901.8
C 314
e. 2

GERMAN CARRERA DAMAS

47255
INV.

METODOLOGIA Y ESTUDIO DE LA HISTORIA

MONTE AVILA EDITORES, C.A.

SEGUNDA EDICION

©Monte Avila Editores, C. A. 1980
Apartado Postal 70712, Zona 1071, Caracas
Caracas / Venezuela

Depósito Legal If 81.219

Portada / Víctor Viano
Impreso en Venezuela por Cromotip
Printed in Venezuela

INTRODUCCION

Los ensayos y estudios agrupados en el presente volumen responden a una preocupación básica y constante: procurar nuevas perspectivas metodológicas que permitan contribuir a la depuración de los estudios históricos. No me corresponde evaluar los resultados obtenidos. Puedo, tan solo, dejar sentado que la búsqueda ha sido incesante y que a lo largo de la misma se ha ido arraigando en mí la convicción de que el cultivo de los estudios metodológicos e histórico-historiográficos, como ramas específicas de los estudios históricos, es necesario para el desarrollo de nuestra historiografía. Los textos seleccionados reflejan, en su conjunto, el proceso inicial de mi experiencia en este género de estudios. Pese a la esencial vinculación que guardan entre sí, he creído conveniente agruparlos en partes cuyos enunciados traducen los contenidos predominantes.

Así, bajo el rubro de Metodología de la historia *se incluyen textos que tienen el propósito de tratar críticamente cuestiones de carácter metodológico ("Sobre el discurso histórico", y "Agregados de datos, filiación, explicación, generalización y conocimiento histórico"); y otros informan sobre indagaciones metodológicas experimentales ("Contribución a la metodología del estudio histórico-historiográfico, con base en una experiencia concreta"); sin que falte alguna muestra de aplicación del instrumental metodológico ("La supuesta empresa antiesclavista del conde de Tovar y la formación del peonaje").*

En la parte dedicada al Estudio de la historia *se incluyen planteamientos críticos referidos a ciertos rasgos sobresalientes de la historiografía venezolana. ("Entre el Bronce y la Polilla"); se propone la revisión crítica de algunos conceptos generalmente manejados por esa historiografía ("Nuestra Re-*

volución Francesa", "Sobre el problema de la contemporaneidad en historia de las ideas"), y se esboza el proceso de los estudios históricos en nuestro país con el ánimo de observar en los mismos etapas y orientaciones generales ("Los estudios históricos en Venezuela").

Como Enseñanza de la historia se presentan observaciones y consideraciones que son el fruto de una experiencia docente que supera la década ("Notas sobre la enseñanza de la historia en Venezuela", y "Sobre el estudio de la historia en la Universidad"), o que expresan preocupación por la orientación general de esos estudios y por su adecuación a las necesidades nacionales y a las exigencias nacidas del desarrollo de las ciencias sociales ("Sobre la teoría y la práctica de la enseñanza de la historia en una era de cambios").

Si alguna proyección formativa pudieran llegar a tener estos textos sería la de mostrar la evolución de una inquietud metodológica y su paulatina instrumentación crítica.

El lector atento encontrará alguno que otro concepto no desarrollado de manera adecuada o suficiente. Otros parecen francamente necesitados de complementación. Otros aún, —los menos—, requerirían una revisión. Sin embargo, no se han hecho modificaciones a los textos originales porque considero que deben guardar su integridad con el objeto de permitir la apreciación directa de su contenido. Cuando ha sido imprescindible añadimos notas de pie de página, debidamente identificadas.

Quiero consignar, por último, la satisfacción profunda que me produce el situar esta obra bajo la égida de la Biblioteca Popular Venezolana, cuyos primeros volúmenes están en el origen de mi gusto por la historia.

GERMAN CARRERA DAMAS

Caracas, julio de 1968.

PARTE I

METODOLOGIA DE LA HISTORIA

SOBRE EL DISCURSO HISTORICO

Desde su inicial condición de rama de las bellas letras, tenida largo tiempo por la Historia, ésta ha ido elevándose cada vez más hacia los terrenos de la ciencia, impulsada por los resultados de incesantes indagaciones metodológicas y por más afinados basamentos filosóficos. Este proceso no podía dejar de traer reajustes en las formas de expresión de la nueva ciencia histórica. Y es que el problema de cómo se ha de escribir la historia, atendiendo a lo formal y estilístico, es tan viejo y ha ocupado tanto a historiadores y filósofos de la historia, como las delicadas cuestiones del conocimiento histórico y sus posibilidades. ¿Tributo pagado a la antigua condición de rama de las bellas letras? Es posible que así sea, pero en todo caso está muy lejos de representar una preocupación exclusivamente formal, pues guarda íntima relación con la calidad del contenido a expresar y con las posibilidades de transmisión de ese contenido.

Nada extraño, en consecuencia, que se haya descendido de las aéreas regiones del adjetivo superlativo que redondeaba el juicio moral, a la escueta, frecuentemente seca y hasta disgustosa prosa desnuda de todo calor que nos entera de acontecimientos y procesos. Semejante tránsito había de conducir a la separación casi hostil de los campos respectivos del escritor y del historiador. Así, escritores de historia serán aquellos que, desconociendo los fundamentos filosóficos y metodológicos de la disciplina, se den con irreflexiva soltura a entretejer consideraciones sobre hechos que mal conocen, al amparo de un discurso atractivo, solazador a veces. Del lado contrario, el despectivo rechazo de todo cuanto pueda sugerir siquiera mediana preocupación formal, viéndola como reprobable atildamiento, innecesario y hasta perjudicial para la solidez científica del pensamiento. De hojarasca que distrae

y extravía la atención, se tacha el cuidado del discurso cuando va más allá de la básica depuración gramatical y pretende ofrecer al lector uno que otro remanso de umbrosas frases donde recobre el aliento.

En el ámbito escolar, gracias a malformaciones que no son del caso señalar, la solución dada a la controversia ha sido simple: la detestable presentación de ideas frecuentemente alteradas, casi siempre mal combinadas, expuestas en un castllano al cual contarle descalabraduras sería cosa de nunca acabar. Todo amparado en la casi agresiva admonición: "lo que interesa es lo que se dice", apoyada en la desconcertante ingenuidad de "esta no es clase de gramática", si es que no lanzada cual proyectil acompañado del dicterio: ¡formalista! Quienes hayan tenido ocasión de vivir uno de estos encuentros con la estulticia cultivada por una pedagogía desvirtuada en fines y procedimientos, habrán conocido la angustia de pretender luchar contra el alud.

Reivindicar para la enseñanza de las humanidades, y de la Historia en nuestro caso, el cultivo del rigor metodológico y la adecuada expresión formal, es tarea ingrata, pero necesaria. Tarea a veces inútil, en otras ocasiones depara hallazgos capaces de compensar desilusiones y de reparar la entereza del ánimo. El objeto es claro: una investigación histórica bien orientada unida a una expresión correcta. Alcanzarlo exige ponderada valoración de cada uno de los términos y acertada combinación de ellos. No hay fórmulas cuya aplicación conlleve fáciles resultados. La naturaleza del tema, la de las fuentes, la intención del historiador, su nivel cultural, el público al que dirige su obra, etc., son apenas algunos de los factores capaces de modificar substancialmente cualquier fórmula propuesta. Debemos contentarnos, pues, con la exposición general de un principio que si bien está lejos de limitar la libre creación, también lo está de autorizar la arbitrariedad:

. . . "Mientras más riguroso y concienzudo sea el método del investigador, con más facilidad obtendrá sus ideas finales. Sin embargo, ni la solidez ni el rigor están reñidos con la forma agradable y literaria, o con la claridad y la sencillez de la expresión. Los trabajos de investigación deben tener tales virtudes de estilo que el lector pueda captar, con toda

precisión y nitidez, el pensamiento y los matices que el investigador percibe durante el recorrido de su estudio y de sus conclusiones" [1].

No insistiremos, por no ser nuestro tema en estas líneas, en la necesidad del rigor metodológico en la labor historiográfica. Buena falta nos hacen las fuerzas que a ello dedicaríamos, para insistir en la urgencia de un no menos intenso rigor aplicado al discurso histórico. Que éste deba ser producto de una constante vigilancia ejercida por el historiador sobre su propio estilo, parece obvio, como también que el cuidado del estilo no significa en modo alguno desatender el fondo documental y la estructura ideológica del discurso. Por el contrario, importa la convicción de que en definitiva serán estos últimos los elementos cuya riqueza y seriedad decidirán la bondad de la obra. Se trata, tan sólo, de prestar oídos a Carmelo M. Bonet cuando aconseja que:

. . . "si las cosechas espirituales son, en última instancia, las que más rinden, es preciso, si se trata de ideas, vestirlas lo mejor posible. Las ideas más hondas y altas, si expresadas desmañadamente, no prenden en las almas. Pero echan raíces si agregan a su hondura o altitud el hechizo de la forma" [2].

Lo de "hechizo" no debe alarmar a los defensores de la adustez del discurso histórico. O en todo caso, no se debe permitir que la magia de esa palabra induzca a error sobre el proporcionado alcance que debe tener cuando se la aplica a la exposición de los resultados de una investigación. Menos aún puede permitirse que disminuya o contraríe la que ha de tenerse por virtud primera de la exposición: el orden y su inmediata consecuencia, la claridad:

. . . "Si pasamos a la literatura didáctica, o a la expositoria de doctrina —dice el mismo Carmelo M. Bonet—, toda prédica en favor del orden será poca. Es tan frecuente el descuido de composición, el empleo de 'ideas en libertad', a menudo caóticamente expresadas, que nos sabe a golosina del espíritu la obra clarificada por la sistematización de sus elementos. El orden trasmite a las ideas una insospechada fuerza dialéctica" [3].

De ninguna manera estamos en presencia de inquietudes que son específicas de literatos o estilistas. Los metodólogos de

la Historia han llegado a compartirlas, luego de afanarse en despojar su disciplina de los excesos literarios que la distorsionaban hasta el descrédito. Y tal han hecho, no por defenderse de acusaciones, muchas veces inconsultas o gratuitas, de quienes han visto los esfuerzos de metodización de la Historia tan solo como injustificados llamados a la austeridad extrema en el discurso, dando pie de esta manera a la maliciosa y simplista especie de que era esa austeridad la vía de acceso a la gravedad científica. Si alguna vez los metodólogos incurrieron en semejantes extremos, como el todavía asentado por Homer Carey Hockett al decir que la presentación, una de las tres fases esenciales en la elaboración historiográfica, es: "El esfuerzo culminante del historiador, para el cual todo lo demás es preparatorio"..., pues... "Por el resultado se juzga el trabajo previo"... [4], cabe comprenderlos como necesaria y saludable reacción ante los desmanes cometidos por autores que hacen gala de excesivo desenfado.

Preocupaciones como la que comentamos en estas líneas están estrechamente vinculadas al incesante debate acerca del carácter científico o artístico de la Historia. Vieja como la propia historia, esta discusión refleja el constante esmero de historiadores, metodólogos y filósofos de la Historia, por dar a su disciplina fundamentos capaces de constituirla en un saber científico. No es el momento, ni podemos hacerlo por ahora, de intentar pronunciarnos acerca del posible desenlace de tan argumentada controversia. Podemos, sí, reclamar los méritos del esfuerzo, compartir este último y darnos a la búsqueda de siquiera medianos resultados. Si bien es de ley reconocer de inmediato que esa búsqueda suele revestir el aspecto de rechazo puesto a las seducciones de la historia artística, antes que de lúcida demanda de metas entrevistas.

No es posible, sin embargo, que la repulsa de la historia arte sea de naturaleza absoluta, cegadora. En la estructuración de una ciencia no hay vertiente que sea del todo estéril. Y ésta nos ofrece, en el menor de los casos, la posibilidad de hipótesis —más intuídas que razonadas—, capaces de ensanchar las perspectivas de investigaciones metódicamente adelantadas. Así como puede la metáfora permitirnos captar directamente la naturaleza íntima de un proceso histórico,

incluso más claramente que lo pueden circunstanciados desarrollos, así mismo la hipótesis intuída gracias a no muy claros procedimientos puede arrojar nueva luz que promueva la investigación. Y ello pese a la condenatoria reflexión de Santiago Ramón y Cajal cuando afirma que:

"Los hombres de talento expositivo y de brillante imaginación creadora tienen en este rico dote un cruel enemigo que puede desviarlos de la minuciosa e ímproba labor que exige la investigación histórica, jurídica o de laboratorio. A este tipo de hombre le pierde el poseer tanta facilidad para formular una teoría como pereza para interrogar la naturaleza. En el fondo, este tipo de hombre no es más que un abúlico más, aunque abúlico inteligente, que es la mayor agravante. Los hechos y no las hipótesis son los que se imponen en el mundo científico; éstos son los que sustentan o derrocan las teorías. Las teorías, las hipótesis pasan; los hechos quedan" [5].

Esta que podríamos llamar *escuela generalizadora,* dentro del rubro de la Historia arte, ha merecido a la par los más desproporcionados elogios y los más negativos reproches. Es, sin embargo, género de enorme poder de seducción para quienes luchan por escapar tanto de la farragosa historiografía documentista, como de la que llamaríamos *escuela de la facundia,* segunda de las que de alguna manera corresponden a una concepción artística de la Historia. Esta última escuela se halla en peor situación que su compañera en cuanto a lo que pueda ofrecernos de provechoso, si es que su utilidad no se reduce únicamente a ejemplificar la manera cómo no se debe escribir la Historia. Veamos una muestra entre las incontables que podríamos sacar de cualquiera publicación de las instituciones dedicadas al culto de la historia oficial:

"No sólo en la esfera celeste se forman constelaciones con los astros que la pueblan, también en la epopeya nacional deslumbra la pléyade de los héroes que la integran; y así como en aquélla, el Sol es el astro de primera magnitud, en ésta Bolívar es el más grande. Y si el más preciado cuerpo luminoso da vida al Universo, a la Historia Nacional le da savia y espíritu el más alto de sus próceres, porque la Historia de América y de Venezuela, a partir de 1783, está llena de Bolívar" [6].

Es tan poco lo que puede darnos que, y a vía de prueba, en este ejemplo amén del estilo anacrónico se lleva la interpretación individualista de la Historia al despropósito de tomar la fecha del nacimiento de Simón Bolívar como punto de partida de su actuación histórica. Y ello es así porque en este género es la ampulosidad del discurso la que dicta órdenes, y poco obstáculo representa la tozudez objetiva del hecho histórico para quienes se abandonan a su embriaguez.

Mesurados y más fecundos senderos transitaba José Gil Fortoul cuando, luego de afirmar el carácter científico de la disciplina, nos dice:

. . . "Y arte [es la Historia] porque no es posible escribir historia legible o duradera sin emplear un estilo que atraiga y cautive, que la distinga de la simple crónica de sucesos más o menos encadenados o de la pura colección de documentos". . . [7]

¿Se trata sola o fundamentalmente de una reacción contra los desvaríos en que incurría la historia-arte? ¿Hasta qué punto no sería, el así creerlo, grave ligereza y muestra de superficialidad, al intentar captar las razones de un proceso de revisión y reválida tan fecundo como el representado por la historia-ciencia, en cuanto a reajuste formal de la disciplina? Fue, sin duda, una reacción. Pero quizá más en sus resultados que en sus motivos. Al menos así permite creerlo el simple cotejo del nuevo contenido histórico con la vieja forma retórica. La inadecuación es evidente. Es más lógico pensar, pues, en una estrecha interacción entre el cambio operado en la estructura metodológica de la Historiografía y la búsqueda de formas que bien se le avinieran. Así, sin partir de simples refutaciones o contrastes formales, se llegaron a plantear éstos de manera tajante. Tanto, que no fue posible sortear el peligro de deslizamientos hacia posturas extremas, culpables de una historiografía grávida de documentos, pero de escaso producto que no fuera su carga documental.

Necesidad del nuevo contenido, pero también huida ante el fragor vacío de la *escuela de la facundia,* la historia-ciencia llegó en el campo de la forma historiográfica a concebir la esperanza de alcanzar mayor respetabilidad mediante la depuración del estilo. El que esa depuración se encareciese hasta el punto de proporcionarnos esqueléticos ordenamientos de datos, imbuidos del temor de la generalización que pudiera juzgarse aventurada, ya hemos visto que fue consecuencia de los propios imperativos de definición de la nueva actitud historiográfica.

Era abrirle la puerta a lo que se ha llamado *fría objetividad,* vertiente primera que examinaremos de esta concepción de la historia ciencia en el campo de lo formal. Preocupada de la exposición escueta y fiel de los hechos, querenciosa del documentismo, hizo respecto de la *escuela de la facundia* las veces de transición, que se halla bien ilustrada en el siguiente fragmento de Laureano Villanueva, quien, al hablar de los hombres y los partidos en la Venezuela de 1846, nos dice que:

"En una edad mítica la imaginación del pueblo bien podría haber hecho de tal guerra [la primera capitaneada por Ezequiel Zamora] una leyenda: y la religión y la poesía formado símbolos, de las selvas de esta sierra, verdes y floridas; al modo que los griegos primitivos idealizaron las encinas del Epiro, convirtiéndolas en oráculos sagrados; y los valles y montes de la Tesalia en mansión de magas, centauros y dioses. Pues a ello se habría prestado la fantástica naturaleza de estas montañas; con cimas coronadas de fuegos celestes; árboles colosales envueltos en nubes; rocas inmensas, como las que arrojaron sobre la tierra las divinidades coléricas de la Beocia, y vertientes y lagos, semejantes a aquellos sobre cuyas aguas se mecían, entre flores, las almas de las razas heroicas de los soñadores pueblos orientales".

Añádase a este arsenal de mitológicas evocaciones el recuento de las peripecias de la guerrilla, acentuando el valor personal y la figuración moral de los contendientes, y tendremos lo que la *escuela de la facundia* habría producido ufana. Afortunadamente, el propio autor nos tiende la mano:

"Pero viniendo a la seca realidad de la historia; a la narración fiel, aunque helada de los hechos positivos, no se nos hace dificultoso decir, porque así es la verdad, que aquella fue la época heroica de nuestros partidos políticos; que si, de cierto,

luchaban con fiereza, lo hacían también por arraigadas convicciones" [8].

Con estos dos fragmentos, Laureano Villanueva permite recorrer completo el curso de esta rectificación historiográfica. Partiendo del recuerdo de la vaciedad mitológica y heroica, y reportándose ante las exigencias vigilantes de la historia positiva, nos conduce a un resultado que lejos de doblegarse ante los mandatos de sequedad y frigidez, da cabida a emotivas pero serenas valoraciones que antes favorecen que contrarían "la narración fiel" . . . "de los hechos positivos".

Se tiene así, en cierto modo, una ratificación de la pauta metodológica formulada por C. V. Langlois y Ch. Seignobos:

"Desde hace cincuenta años, se han separado y constituido las formas científicas de exposición histórica, en armonía con la concepción general de que el fin de la historia no es agradar, ni dar preceptos prácticos para guiarse en la vida, ni conmover, sino saber simplemente" [9].

Mas, si esto era sobre todo verdadero en cuanto al contenido del discurso histórico, no implicaba en modo alguno desatención al aspecto formal. Los mismos autores, luego de censurar a los historiadores que:

. . . "sobre todo, se aplican, con todo el talento que les ha correspondido en suerte, a hacer labor de artistas, y al hacerlo, los que no tienen talento resultan ridículos, y el talento de los que lo tienen resulta afeado por la preocupación del efecto que quieren producir". . .

hacen la expresa aclaratoria de que:

"No es esto decir, entiéndase bien, que la "forma" no tenga importancia, ni que, siempre que se haga entender, al historiador le asiste el derecho de usar un lenguaje descuidado, vulgar, insulso o fatigoso. El desprecio a la retórica, a las falsas brillanteces y a las flores de trapo, no excluye el gusto de un estilo puro y firme, sabroso y expresivo. Fustel de Coulanges fue escritor, aun cuando toda la vida predicase la guerra a las metáforas. Por el contrario, repetiremos gustosos que el historiador, dada la extrema complejidad de los fenómenos que quiere explicar, no tiene derecho a escribir mal. Pero debe *siempre* escribir bien y no *vestirse nunca de gala*" [10].

Se perfila, en lo antes dicho, una posición de equilibrio que vendría a constituir la segunda vertiente de la Historia-ciencia que hemos señalado. Subrayando en todo momento la condición científica de la disciplina, esta concepción no vacila por ello en poner a provecho el concurso de lo artístisco, en una franca combinación auspiciada por la adecuación entre el fondo y la forma del discurso histórico. El filósofo revolucionario ruso V. Bielinski expuso de manera concisa la naturaleza y el funcionamiento de esta combinación:

"Ha nacido recientemente una ciencia que es al mismo tiempo un arte, y que une la sensibilidad poética viva y la imaginación creadora al seco conocimiento de los hechos, al frío análisis de la razón, a la más elevada contemplación filosófica y a una sumisión absoluta a la realidad" [11].

Bielinski escribió estas palabras a mediados del siglo XIX, precisamente el momento del cual data, según Langlois y Seignobos, la constitución de "las formas científicas de exposición histórica". No es otro el reciente nacimiento a que se refiere el filósofo, quien, más sensible que la pareja de ilustres metodólogos a estímulos de género diverso del histórico, pudo fundamentar su afirmación con razones cuya aparente sencillez recoge, sin embargo, la íntima trama de la cuestión:

"Solamente espíritus limitados y corazones secos pueden no ver en el movimiento histórico sino política y guerras, asuntos graves y fastidiosos, importantes y áridos: por el contrario, un espíritu profundo, un corazón vivo, sentirá latir en él el pulso de la vida universal. . . Se nos dirá: ¡pero, entonces la historia será un cuento lleno de ideas poéticas, pero erróneo en cuanto a los hechos! ¡En absoluto! El historiador debe unir al estudio severo de los hechos y de los documentos, al análisis crítico y a la fría imparcialidad, el talento para hacer con ellos un cuadro vivo en el cual se observen todas las leyes de la perspectiva y del claro-oscuro. ¡Y allí está la dificultad!" [12].

Asoma, con las últimas frases de Bielinski, un tema de gran interés e importancia para el historiador, que guarda relación con el de la expresión formal. Es el problema del género histórico, de lo que busca el historiador al cabo de su esfuerzo.

Es evidente que la intención de Bielinski es atribuirle a aquél la meta de reproducir el cuadro vivo del pasado. Aunque esta expresión, vaga, polivalente, pueda prestarse a varias interpretaciones, parece sin embargo, esencialmente acertada, por cuanto cualquiera que sea la solución que se dé a la dificultad señalada, la finalidad última bien podría expresarse con las palabras de Bielinski, si es que no las entendemos forzosamente como la reconstrucción minuciosa, naturalista, de un escenario pasado. Y cabe entenderlo así pese a que el filósofo resalta el papel importante que en la elaboración historiográfica desempeña la inspiración, al decir: ..."la historia necesita inspiración, al igual que la poesía"... [13], a lo que en cierto modo parecía responder desde el lado opuesto del planeta el verbo aguzado de Simón Rodríguez cuando sentenciaba: "La imaginación es buena en poesía —en asuntos de trascendencia es, por lo menos, embarazosa" [14]. Peor aún, dirá Mario Briceño-Iragorry: "¡Qué cosa más dañina son los historiadores imaginativos!" [15].

¿Es fatal la confluencia de las vertientes estudiadas, en sus depuradas versiones? La fusión sería posible en cuanto se hallasen esas vertientes representadas por historiadores que unieran a la condición de eruditos la de ser buenos escritores. Esos de quienes la Historiografía aguarda lo que Manuel Toussaint:

..."investigadores de quienes esperamos una total renovación en ese conjunto de lugares comunes, diariamente repetidos, que hemos dado en llamar nuestra historia.

"Los anima no sólo el deseo de saber más, de precisar con una severa crítica de sus fuentes, sino de emplear ya otra técnica en el relato, para que sus obras no sean divagaciones literarias, tan faltas de comprobación como exuberantes de fantasía, ni esos apretados manojos de citas que parecen carecer de alma. La necesaria amalgama entre la erudición que prueba con sus datos escuetos y la narración emotiva o aun la leyenda que se esfuma entre las nubes de la imaginación, he allí el ideal de estos nuevos trabajadores. Nada más loable ni más necesario"... [16].

También, nada más arduo de valorar objetivamente. Y esto por la ausencia de criterios que tal permitan. En toda eventualidad quedaría en pie la pregunta de por qué el estilo histórico ha de poseer tales o cuales atributos para corresponder a las necesidades de la disciplina. En rigor, no es posible vincular de modo absoluto las características del estilo histórico con la realidad misma del hecho histórico. Esta es igual para las varias posturas historiográficas, si bien nos entregan representaciones diferentes. Al hacerlo, son ellas las que en verdad pautan las características del discurso histórico en lo tocante al estilo, como se desprende de nuestro somero examen documental.

Ahora bien, cualquiera que sea la concepción historiográfica siempre que tenga por objeto, en una u otra forma, no sólo presentar, sino comprender los procesos históricos, habrá de manejar en la exhibición de sus resultados un lenguaje en el cual la presencia de sutilezas y de matices producirá una acentuada diferencia del estilo histórico respecto del empleado por otras ciencias. Y es que, pese a la imposible vinculación antes anotada, la complejidad, la diversidad y la riqueza de tonos de los hechos históricos, impregnados de fuertes dosis de factores psicológicos, precisan un lenguaje adecuado a la expresión de relaciones, de estados, frecuentemente difíciles de aprehender y todavía más difíciles de transmitir.

Cediendo a una incorrecta propensión a disminuir el peso de la acción individual como parte del suceso histórico, exorbitancia que a la postre contraría los fundamentos de la doctrina que le sirve de base, se ha llegado a borrar lo psicológico de entre las causas de los acontecimientos históricos. De esta manera saldría de la zona de interés del historiador parte de la motivación de la conducta histórica del hombre. Más sensatas consideraciones, y más atinadas interpretaciones de los principios de la concepción materialista de la historia, enmiendan este yerro de exegetas. Recobra de este modo la psicología del hombre histórico su preciso valor —ni hipertrofiado ni disminuido— como componente del hecho histórico, planteándosele con ello al historiador problemas de expresión formal que mucho cuentan en la forja del estilo histórico.

Quizá pueda un ejemplo ajustar esta idea. Rufino Blanco Fombona, en una breve biografía de Domingo de Monteverde [17], necesitado de marcar la diferente personalidad de este

hombre respecto de la de José Tomás Boves, sentencia: "No sabía devorar a sus víctimas, como Boves; las masticaba". ¿Cómo no apreciar, en tan pocas palabras, la catadura psicológica de ambos personajes? Más y mejor lo consigue por este medio que abundando en detalladas observaciones, si bien podría objetarse con cierta validez que, en última instancia, el autor no hizo sino trasladar el problema de expresión, puesto que la percepción puramente intuitiva —o "comprensión súbita"—, por parte del lector, deja a éste el cuidado de la formulación final: ¿cómo era Monteverde? No obstante, mal podría negarse que la caracterización psicológica que hace Rufino Blanco Fombona nos acerca a la comprensión plena y directa de los personajes, y puede auxiliarnos mucho en el estudio de sus acciones.

Lejos de tratarse de licencias concedidas al historiador, quizá en honor de su cercano pasado artístico, la metáfora y demás recursos literarios en general son legítimos instrumentos de trabajo cuyo correcto empleo, sin embargo, se halla regido por una parquedad, una mesura y una sobriedad demandadas por la naturaleza científica de su disciplina, obligada a dar cuenta de hechos y procesos cuyo estudio se resentiría de toda demasía literaria.

En suma, muy al contrario de abjurar de estos auxilios para redención de infracciones al carácter científico de la Historia —y de no menores daños al buen gusto literario—, el historiador ha de liberarse de moldes prefijados en la elaboración de su discurso. Sea éste sensible a las exigencias específicas de las circunstancias anotadas que condicionan su elaboración.

(*Crítica Histórica.* Caracas, Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1960).

NOTAS

1. Carlos Bosch García, *La Técnica de Investigación Documental.* México, 1959, p. 11.
2. Carmelo M. Bonet, *La Técnica literaria y sus problemas.* (Compendios Nova, Nº 10). Buenos Aires, 1957, p. 13.
3. *Ibidem,* p. 31.
4. Homer Carey Hockett, *The critical method in Historical research and writing.* Nueva York, The Macmillan Company, 1957, p. 9.
5. Javier Lasso de la Vega, *Cómo se hace una tesis doctoral.* Madrid, 1958, p. 28 (No se advierte claramente si se trata de una glosa del pensamiento de Cajal o de consideraciones propias del autor).
6. Mario Briceño Perozo, "El Bolívar que llevamos por dentro". *Revista Nacional de Cultura,* Nº 134. Caracas, mayo-junio de 1959, p. 69.
7. José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela.* Tercera edición. Caracas, 1942, vol. I, p. 7.
8. Laureano Villanueva, *Biografía del valiente ciudadano Ezequiel Zamora.* Barquisimeto, Ed. Nueva Segovia, 1955, página 121.
9. C. V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos.* Madrid, 1913, p. 321.
10. *Ibidem,* pp. 332-333.
11. V. Bielinski, "Histoire de la Petite-Russie". *Textes Philosophiques choisis.* Moscú, 1951, p. 362.
12. *Ibidem,* pp. 364-365.
13. *Ibidem,* p. 366.
14. Simón Rodríguez, "El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social". *Escritos de Simón Rodríguez.* Caracas, 1954, Vol. I, p. 300.
15. Mario Briceño-Iragorry, *Los Riberas.* Caracas-Madrid, 1957, página 84.
16. Manuel Toussaint, Prólogo a *San Miguel Allende, su historia, sus monumentos,* de Francisco de la Maza. México, 1939.
17. Rufino Blanco Fombona, "El Capitán General Don Domingo de Monteverde". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia.* Caracas, abril-junio de 1956, t. XXXIX, Nº 154, p. 121.

AGREGADOS DE DATOS, FILIACION, EXPLICACION, GENERALIZACION Y CONOCIMIENTO HISTORICO

INTRODUCCION

La necesidad de profesar historia de Venezuela es inmejorable terreno de pruebas para quien se ocupa de investigarla animado por la inquietud de contribuir a la depuración de su metodología. Además de constituir esa necesidad un saludable y forzoso tránsito desde la especializada investigación de un sector restringido del conocimiento histórico hacia planos de más vasta generalización, ofrece también la oportunidad de comprobar la validez de los materiales disponibles para intentar esa generalización con un mínimo de seriedad científica en el procedimiento y en los resultados.

De esta experiencia, lo más revelador es precisamente la comprobación de la dudosa resistencia de muchos de los materiales historiográficos de que dispone el docente. No son raros los aprietos ni las sorpresas que depara esa comprobación, tan pronto se abandona la tradicional exposición narrativa de la historia y se intenta la difícil tarea interpretativa. Pasada la sorpresa, la reflexión va descubriendo progresivamente las causas del percance. Sin embargo, la comprensión de lo sucedido no es propio a tranquilizar. Al contrario, es entonces cuando las preguntas se multiplican hasta llegar a convertirse en una especie de requisitoria contra la que se ha designado como historiografía tradicional.

Y es que palpar las tremendas carencias de esa historiografía no sólo da base para alegatos más o menos encendidos, sino que autoriza al más sereno juicio a plantearse con fundamento esta cuestión básica: ¿Qué nos ha proporcionado la historiografía tradicional?

La pregunta no es nueva. Formulada periódicamente por historiadores y críticos, ella constituye, quizá, la prueba más elocuente de que ha habido reflexión sobre los fundamentos

de la labor historiográfica y sobre la calidad de sus resultados. Mas en esta periódica reflexión crítica sobresalen su carácter esporádico y su marcado interés por la crítica histórica más que por la metodológica, sin que ello signifique ausencia de esta última ni que sus expresiones carezcan de significación. La falta de una crítica metodológica constante en su aplicación y ansiosa del afinamiento de sus instrumentos, obedece al poco cultivo de que ha sido objeto la metodología de la historia entre nosotros, en tanto que rama específica de los estudios históricos.

Mucho tiene que ver ese escaso desarrollo de los estudios metodológicos con las deficiencias estructurales que se observan en nuestros estudios históricos, y bien puede afirmarse que éstos sólo han sentido el efecto correctivo de los primeros en momentos particularmente críticos, representados por la implantación de los ecos de una nueva orientación general de la historiografía universal. Pero, aun en estos casos la reorientación ha sido obra de uno o de contados historiadores, que poco o nada se preocuparon por ofrecer un planteamiento sistemático, teórico, de la metodología que pretendían implantar. Era la obra misma la que constituía el alegato en favor de esa nueva metodología —lo cual, por cierto, no dejaría de ser visto por algunos críticos de la historia como la mejor crítica metodológica—, con la circunstancia desfavorable de que lo propiamente metodológico se confundía con la crítica histórica, y se dispersaba, hasta el punto de que hoy es necesario reconstituir el pensamiento de esos autores para mejor apreciar su estructura y su significado.

La ausencia de estudios metodológicos sistemáticos ha impedido a la historiografía venezolana el aprovechamiento, en pro de su mejor desarrollo, de energías que se pierden en estudios intrascendentes y deleznables, y la persistencia de vicios cuyo efecto llega a comprometer la validez del conjunto de la obra historiográfica.

* * *

Al observador crítico ha de interesarle uno de los rasgos más significativos de la historiografía venezolana: Consiste dicho rasgo en que, pese a los esfuerzos muy considerables y frecuentemente meritorios de muchos historiadores, el conocimiento histórico experimenta escaso progreso, y éste suele ser relativo, parcial o parecer desarticulado. Multiplícanse los ensayos y las tesis y no por ello aumenta en forma considerable el fondo de conocimiento razonablemente puesto fuera de duda, con el resultado de que transcurridos tantos años de una actividad historiográfica muy estimada entre los venezolanos, los "nudos historiográficos" continúan poco menos que igual de ignorados. Todavía hoy quien intente cualquier síntesis, aunque ésta se refiera al muy estudiado proceso emancipador, debe enfrentarse a la difícil tarea de esclarecer por sí mismo cuestiones respecto de las cuales cabría esperar conocimientos sólidos de parte de la historiografía tradicional. De esta suerte, la síntesis se hace casi imposible, y ni siquiera queda el expediente de poder delinear con precisión los puntos de vista de diversos autores o escuelas sobre un tema controvertido, por cuanto ni siquiera en este aspecto rigen siempre criterios lógicos susceptibles de clasificación.

¿Significa esto, acaso, que creamos inútiles tantos esfuerzos de historiadores y cronistas? Nada de eso, en cuanto toca a la verdad de que gracias a esos esfuerzos disponemos hoy no sólo de una mediana estructuración del conocimiento histórico, sino también de no pocas ideas e hipótesis de certera fecundidad. Sí quiere decir, en cambio, que graves y constantes vicios metodológicos aún vigentes de manera extensa, han impedido que los afanes de la investigación se traduzcan consecuente y extensamente en auténtico conocimiento histórico.

Los vicios mencionados podrían sintetizarse, en su mayoría, en los términos siguientes: suelen confundirse los agregados de datos con el conocimiento histórico propiamente dicho, olvidándose que el ordenar y agrupar los datos no es, en rigor, hacer conocimiento, como tampoco es explicar un fenómeno o hecho histórico el establecer su filiación. Tanto los agregados de datos como la filiación de las cuestiones que ellos permiten establecer, constituyen fases o momentos del proceso de elaboración del conocimiento histórico, el cual se alcanza cuando se consiguen explicar los hechos o fenómenos objeto de estudio. Tomar la etapa previa como susti-

tuto del producto final es vicio que se concreta en la suplantación del conocimiento por los elementos que permiten obtenerlo.
Intentaremos analizar someramente los diversos aspectos de tan arraigada desviación metodológica, nos preguntaremos acerca de sus posibles causas y resultados, y apuntaremos algunas técnicas y métodos que podrían contribuir a su corrección.

* * *

El presente estudio es el resultado de una reflexión sobre la experiencia habida en las cátedras de Metodología de la Historia de Venezuela y de Historia de la Historiografía Venezolana. Es un intento personal de poner en claro algunas de las comprobaciones que hemos podido hacer al cabo de un lapso bastante prolongado. Esto explica el carácter todavía provisional de las formulaciones, así como la necesidad de más acabada elaboración de muchas de ellas.
La ausencia de referencias bibliográficas se explica porque se trata de un tema casi sin estudiar específicamente en relación con la historiografía venezolana, y porque al ocuparnos de él lo que hemos pretendido es darle cohesión metodológica a las actividades del Preseminario de técnica de la investigación documental y metodología de la historia, sobre una base que reúna las enseñanzas teóricas de la materia con las derivaciones de su práctica en las condiciones propias de nuestra Escuela de Historia.
Debemos llamar la atención acerca de la terminología. Las implicaciones filosóficas de la misma no dejarán de suscitar dudas en cuento a la corrección de su empleo. Hacemos observar que algunos de esos términos poseen un sentido específico en Metodología de la Historia. En otros casos se trata, cabalmente, de intentos definidores que requerirán ajuste posterior, al paso de nuevas indagaciones.

I. LOS AGREGADOS DE DATOS

Equivalen a la redacción de los resultados parciales obtenidos en la fase del proceso de la investigación documental que se designa como "agrupación y ordenación de los datos". Consiste esta fase en agrupar y ordenar los datos recogidos en fichas, disponiéndolos según el esquema contenido en el plan inicial, en un proceso crítico de doble orientación: a) Permite agrupar los datos de acuerdo con las partes contempladas en el plan, a la vez que permite la crítica y el ajuste de ese mismo plan; b) Comporta la ordenación de esos datos recogidos en fichas de acuerdo con criterios que pueden ser: crono-espacial, material (temático o estructural) e integracional. En suma, al cabo de la operación tendremos un conjunto de datos, recogidos en fichas, agrupados en un fichero que reproduce las partes y subpartes del plan de trabajo, ya ajustado, y los mismos datos ordenados en su sector correspondiente del fichero, con arreglo a criterios.
Como fácilmente podemos colegir, trátase de una operación intermedia entre otras con las cuales guarda estrecha relación de dependencia: recibe materiales que dispone con miras a su empleo. Veamos brevemente, para mejor comprensión del conjunto, en qué consisten estas etapas precedente y siguiente.

A) *La etapa precedente: la obtención del dato*

Una vez hecho el arqueo de las fuentes disponibles para la investigación, atendiendo a la calidad y a la cantidad de ellas, se da comienzo al laborioso trabajo de lectura crítica de las mismas, con el fin de localizar los datos brutos que puedan interesar para los fines del tratamiento del tema. Mas, localizados éstas es necesario todavía someterlas a un estudio crítico riguroso tras el cual pasarán a la condición de datos elaborados, que se recogen en fichas clasificadas de acuerdo

con el esquema —denominado plan inicial— estructurado con el fin de regular el desarrollo de la investigación.

Es tal la importancia que tiene en este proceso la necesidad de ceñirse a técnicas y pautas metodológicas precisas, que de ellas suele depender la calidad del resultado, y que no pocas veces radica en ese tratamiento metodológico y técnico el principal componente de una investigación. En el primero de los casos apuntados, no es raro ver cómo una porción de datos de extraordinario interés pueden perder mucha de su significación por el solo hecho de haber sido mal elaborados críticamente o defectuosamente consignados. En el segundo caso, la cuidadosa reelaboración de datos conocidos permite hallar en ellos potenciales valores que no habían sido puestos de manifiesto por quienes hicieron su hallazgo.

Cuando subrayamos la importancia del tratamiento metodológico de los datos, no perdemos de vista la crítica, frecuentemente infundada, casi siempre irónica, muy pocas veces informada, de que son objeto los metodólogos de la historia por parte de quienes ven en sus afanes de rigor y objetividad una hueca pedantería.

Quienes por ello desdeñan toda posibilidad de aplicación efectiva de la metodología histórica, se complacen en presentar ejemplos en los cuales todo el celo y toda la acuciosidad de los investigadores resultaron burlados por un material que no siempre se presta, y casi nunca dócilmente, a un tratamiento racionalizador cuando a este último se le entiende de manera simplista. Pero, aun si concediéramos gran parte de lo criticado en este terreno, la observación que ahora hacemos acerca de la importancia del tratamiento metodológico conserva su validez, pues no nos referimos a cuestiones intrincadas relativas a las posibilidades del conocimiento histórico, sino a otras más elementales que colindan con la mera técnica de la investigación documental. Y esto es así porque, aunque resulte un tanto ingrato el señalarlo, es en este último terreno donde se sitúan la mayoría y las más importantes fallas en los agregados de datos.

Hechas estas consideraciones queda claro que el interés y la significación de lo que hemos llamado agregados de datos,

dependen del cuidado puesto en la etapa previa de elaboración de los datos que una vez agrupados y ordenados, al presentárseles como resultado de la investigación, constituyen esos agregados.

B) *La etapa siguiente: la presentación de los datos o el discurso histórico*

No habría exageración en decir que la presentación de los datos constituye el momento de prueba de la capacidad del historiador, si entendemos por presentación algo más que el aspecto formal del discurso histórico. Ha existido la tendencia a considerar tan importante este aspecto formal, es decir estilístico, que se ha llegado al extremoso juicio de que la buena prosa puede pesar determinantemente en la valoración de una obra. Sin desdeñar, de ninguna manera, la preocupación por hallarle una forma de expresión adecuada al discurso histórico, cabe señalar que la presentación de los datos en ese mismo discurso implica cuestiones de orden metodológico de la más alta significación, por cuanto atañen a la finalidad misma del discurso y a su estructura.

El discurso histórico tiene por finalidad evidente la de presentar los resultados de la investigación, pero requiere para eso una estructura tal que de ella depende, en buena parte, el que se haga o no verdadero conocimiento histórico.

En este sentido, el peligro consiste en la posible confusión que puede surgir en el investigador al tomar los datos agrupados y ordenados como la instancia última en el proceso de elaboración metodológica propiamente dicha. Confusión que suele hacerle incurrir en el error de creer que el discurso histórico consiste, a su vez, en la redacción de un texto que contenga dichos datos, cuando en realidad, y visto metodológicamente, el discurso histórico es algo superior y diferente de la hilvanación de los datos ya agrupados y ordenados.

C) *La estructura lógico-ideológica del discurso histórico*

Decir que los datos dictan la estructura del discurso parecería redonda profesión de fe documentista, por cuanto sería postular la sujeción absoluta del historiador al contenido del

material que emplea. Sería como pretender negarle toda posibilidad creadora, cuando se entiende por ésta la capacidad de elevarse, gracias a la reflexión y a la interpretación, a niveles conceptuales cuyo alto grado de abstracción podría dificultar la apreciación de su nexo con los datos que le sirven de punto de partida. Sin embargo, la afirmación de que los datos dictan la estructura del discurso es globalmente cierta, y lo es en la medida en que el documentismo puro —tanto como su contrario, la generalización absoluta—, son posturas extremas e inalcanzables. En la base de todo documentismo, aun del más exigente, estará siempre una selección hecha con apego a criterios que pertenecen al historiador y que no *nacen* de los documentos seleccionados, aunque un fenómeno de fetichismo del documento haga pensar lo contrario. Por su parte, la generalización más exacerbada habrá de partir de un bagaje de conocimientos que, tratándose de historiografía, es necesariamente documental, y esto es válido incluso para los temas de la historia contemporánea más actual. En este último caso, el prescindir del documento hace del producto un testimonio, pura y simplemente; bueno para futuro empleo historiográfico.

Pero, atribuir a los datos la facultad de *dictar* la estructura del discurso no pasa de ser, en el fondo, una figura retórica. En su espléndida mudez, de elocuencia contenida, los datos nada dictan ni dicen. Reservan su carga y sólo la liberan cuando se les interroga. Situado ante ellos, el historiador inquiere su significado total, sin desdeñar matices. Pero esto hace refiriéndolos a una capacidad interpretativa que está integrada por dos componentes mayores: la habilidad analítico-sintética del investigador y su densidad cultural. Si por la primera es posible descomponer, y reintegrar después en una condición superior, los datos estudiados, será la confrontación con el segundo componente el estímulo que dará vía libre a su elocuencia. No es excesivo el concebir una mente entrenada en el tratamiento analítico-sintético de los datos, pero escasamente armada en lo cultural y, por lo tanto, incapaz de excitar su elocuencia de manera satisfactoria. Tampoco lo es el concebir el caso contrario.

Situado ante el conjunto de los datos elaborados, y agrupados y clasificados con arreglo al plan de trabajo, el investigador ha de poner en funcionamiento su capacidad interpretativa, como el instrumento encargado de hallar en ese conjunto las relaciones que constituyen los segmentos de la estructura lógico-ideológica del discurso. Pero, no se trata de una simple tarea de organización del discurso. Es mucho más que eso. Si los consideramos "segmentos de la estructura lógico-ideológica del discurso" es tan sólo atendiendo a su presentación final. En realidad, y por ello decíamos unas líneas arriba que de esa estructura depende, en buena parte, el que se haga o no verdadero conocimiento histórico, el hallazgo de esas relaciones entre datos es, *propiamente,* hacer conocimiento histórico, sólo que este hacer lo percibimos en su presentación en el discurso, pues transcurre en el plano íntimo de lo reflexivo.

Sobra decir acerca de lo difícil de este proceso. La capacidad de realizarlo distingue la paciencia del investigador del talento interpretativo del mismo. Y decimos talento a falta de mejor designación para una capacidad indefinida pero real que se halla desigualmente distribuida entre los investigadores, no sólo en el sentido de poseerla o de carecer de ella, sino también en el sentido de la existencia de grados o de planos en su posesión. Y mucho importa observar esto último para los fines del conocimiento histórico.

El investigador paciente acopia más que elabora datos. Pero, aun cuando pueda someterlos a cierta elaboración, acabará por tenerlos ante sí como unidades que no logra interrelacionar, o cuya más elemental relación, la cronológica, le será la única asequible. El resultado será una hilvanación cronológica de datos referidos a una materia. Por su parte, el investigador dotado de talento interpretativo podrá descubrir en esos datos relaciones que traducen la trama del acontecer histórico, visto dinámicamente, y estará en condiciones de definir líneas generales del movimiento histórico. Podrá, por lo tanto, captar el sentido general y profundo de momentos, períodos y procesos. Hará, entonces, conocimiento histórico. Mas, esto representa tan sólo uno de los dos planos globales del ejercicio del talento interpretativo, el inferior. El otro

está reservado al ejercicio de ese talento en su más alto grado, es decir, no sólo a la capacidad de hallar relaciones objetivas en el acontecer histórico expresado en los datos, sino a la de elevar su interpretación hasta el nivel de la reflexión filosófica que le permite plantearse los llamados "problemas de problemas", es decir, ver en el acontecer histórico las "dificultades" básicas, estructurales, que permiten la formulación de los criterios interpretativos más generales. En suma, abre la puerta a la filosofía de la historia, al formularse problemas cuya solución implica la de otros problemas aferentes.

II. FILIACION, EXPLICACION Y GENERALIZACION

La confusión que se advierte en la historiografía venezolana entre agregados de datos y conocimiento histórico, está relacionada estrechamente con la que se advierte entre los conceptos de filiación y de explicación históricas. Esta última confusión está presente en el más numeroso contingente de nuestra historiografía, en forma de la hilvanación cronológica de datos —a que nos hemos referido—, y más propiamente en la narración de esos datos agrupados según un criterio crono-espacial o material, fungiendo todo esto de conocimiento histórico.

En rigor, cuando al cabo de una búsqueda, paciente y acuciosa, en los fondos documentales, se levanta abundante cosecha de datos, se suele agruparlos siguiendo uno de esos dos criterios. Si el crono-espacial, se obtendrá una secuencia cronológica de datos referidos a una determinada región; si el material, la secuencia cronológica corersponderá a la vida histórica del asunto estudiado. Sabremos, de esta manera, de la presencia del tema estudiado en diversos momentos del tiempo histórico. Ahora bien, supongamos que es posible componer esa secuencia cronológica de manera continua, o con muy contados vacíos, y admitamos que éstos sean de tan escasa significación que poco influya su ausencia en la validez del conjunto. Logrado esto, habremos establecido la filiación histórica del asunto estudiado. Mas, ¿qué significa, en propiedad, este resultado? Significa, tan sólo, que hemos conseguido establecer lo que podría calificarse de columna vertebral de un tema biográfico (referido a la vida de un personaje) o morfológico (referido a la vida de una forma histórica). Pero nada más. Y ello no quiere decir que poco valga lo obtenido. Quiere decir, eso sí, que se habrá llegado a una especie tal de resultado, que aparecerá siempre como previo o introductorio a una operación final que está llamada

a extraer de esa secuencia un sentido que no sea el de su solo devenir.

Es el momento de la *explicación* (si la vemos ya en su formulación) y de la *interpretación o comprensión* (si la vemos en su gestación). En verdad, difícil es separar ambas fases sin hacerles violencia. Admitimos, por ello, que el todo puede resumirse en el término *explicación,* considerando que en historiografía no cabe pensar en una interpretación que no se resuelva en una explicación. La interpretación que permanezca enclaustrada en la mente del historiador no interesa desde el punto de vista metodológico más que como elemento de la capacidad interpretativa, la cual sólo podemos apreciarla en los resultados de su ejercicio, es decir, en la aplicación de lo interpretado, en su comunicación.

¿En qué consiste esta explicación, como etapa siguiente a la filiación? Consiste en responder al por qué de esa filiación, la cual nos revela el cómo del asunto estudiado. En este sentido, la filiación cumpliría una función previa y necesaria respecto de la explicación histórica, pues ésta, en atención al método histórico mismo, no podría ser jamás una *explicación de presente histórico,* sino que para ella todo presente objeto de explicación aparecerá siempre como un momento, intermedio o final, de una filiación. Excluimos la posibilidad de un momento inicial salvo para los estudios protohistóricos, y esto de manera convencional, si acatamos la que parece ser una ley general del conocimiento histórico, o sea que toda protohistoria, en razón de la indefinición de sus límites, tiende a convertirse en prehistoria y, progresivamente, en historia, en función del desarrollo del mismo conocimiento histórico.

En suma, colocado ante la filiación de un asunto, el historiador tendrá todavía que realizar una operación que consiste en "interrogarla" para extraer de ella "su sentido más general", a partir del cual podrá establecer sus "sentidos secundarios o complementarios". No se trata, sin embargo, de pagar tributo a un monismo explicativo, pues la naturaleza de ese "sentido general" no está vinculada necesaria o completamente con las posibles "causas" del fenómeno estudiado. Atiende, más bien, a la que podría considerarse su *característica más general y permanente,* es decir, aquella que sintetiza de manera más completa los aspectos esenciales del fenómeno estudiado. Así podrá decirse, por ejemplo, que la esclavitud en Venezuela, en el lapso 1811-1821, es una institución en crisis, desprendiéndose de esta *constatación,* tan objetiva como el precio de un esclavo, aunque de naturaleza diferente, todo un conjunto de derivaciones que una vez desarrolladas configuran la crisis de manera minuciosa.

Hemos dicho *constatación* y no *deducción,* aunque en el fondo sea este último su sentido, por el deseo de subrayar la subordinación en que se halla esa operación con respecto al acontecer histórico real, y el cuidado que debe ponerse en preservarla, al máximo —entiéndase bien, sólo al máximo—, de infiltraciones subjetivas. En otras palabras, con el propósito de proscribir en lo posible cualquier arbitrariedad interpretativa.

Brota, en esta operación, una dificultad fundamental, que plantearíamos a partir de esta interrogante: ¿Cómo localizar esa característica más general y permanente? Parecería que el sentido común sugiere hacerlo con base en el despeje del conjunto de características y en la ponderación de las mismas. Sin embargo, este que parece ser el procedimiento natural, se revela insuficiente al examen de la crítica metodológica, porque no es seguro, aunque sí posible, que nos conduzcamos a la localización de la característica más general y permanente. Ello es así porque el conjunto de las características —que son, en realidad, reflejo de los aspectos componentes del *momento-hecho histórico—,* son de naturaleza semejante a la de este último en cuanto concierne a su unidad. Es decir, que así como la *unidad del momento-hecho histórico* expresa la confluencia de sus aspectos componentes y de *algo más* que no corresponde estrictamente a la suma de esos aspectos, aunque sí guarda relación, y estrecha, con esa suma, asimismo la *característica más general y permanente* de un fenómeno o de un proceso histórico puede no figurar en el conjunto de las características despejadas y corresponder a una categoría similar a la unidad del *momento-hecho histórico,* es decir, que sea *algo más* que la suma de las características y que, por lo tanto, haya necesidad de aprehenderla mediante un esfuerzo suplementario.

Ahora bien, la naturaleza de ese esfuerzo suplementario es de muy difícil definición, y objeto de controversias incesantes que se producen entre corrientes metodológicas que forman una gama que se extiende desde la *comprensión* (tan vinculada a la *interpretación*) hasta la *simpatía,* siendo todas, según los metodólogos de la Historia, vías para la captación de esa *característica general y permanente* que sintetiza la entidad de un fenómeno histórico.

Este es el momento en el que el historiador queda abandonado a sus propias fuerzas, y cuando ni el más audaz metodólogo se atrevería a intentar *enseñarle* cómo salir del trance, ni siquiera con el recurso de la mayéutica, pues ni así parece posible inducir a alguien a pensar cosas importantes e interesantes.

A) *La filiación como presentación*

Vista en sí misma, la filiación de una cuestión o dificultad sólo puede culminar en su presentación. Así al cabo de la secuencia cronológica estaremos en presencia de los hitos de un fenómeno, y bastante habremos conseguido con ello a condición de resignarnos a la sola contemplación de la vida del fenómeno.

Este es el resultado preliminar contenido en muchas obras de nuestra historiografía. Pero debemos decir de inmediato que si bien puede encontrársele en estado puro, por ejemplo cuando bajo la denominación supuesta de *la ganadería en Venezuela durante los siglos XVII y XVIII,* se consignan datos cronológicamente ordenados acerca de la fundación de hatos, la producción y la exportación de ganado, etc., suele encontrársele más bien como pasajes de obras que en otros aspectos pretenden e incluso alcanzan niveles de interpretación y explicación. Más todavía, parece posible afirmar que puede hallársele en obras bien construidas, supliendo la interpretación y la comprensión en los temas o cuestiones donde la escasez de datos o la heterogeneidad de los mismos las hace imposibles o demasiado arriesgadas. Pero puede, también, ser buen testimonio de cortedad interpretativa y hasta de pereza mental.

Detengámonos un poco en el ejemplo que hemos propuesto. A este respecto, es posible componer la más completa filiación de la actividad ganadera, sin que podamos respondernos a la pregunta clave de ¿qué fue la ganadería en Venezuela durante los siglos XVII y XVIII?, cuando esperamos algo diferente del ¿cómo fue? Es decir, cuando nos interesa captar la característica más general y permanente del fenómeno y, consecuentemente, su estructura.

B) *La práctica de la filiación*

El establecimiento de la filiación de un hecho o fenómeno histórico guarda estrecha relación con el desarrollo de la heurística: el conocimiento general de las fuentes hace posible la orientación de la búsqueda documental y contribuye a que se satisfaga lo más posible la condición óptima de la filiación, o sea, el estudio exhaustivo de los fondos documentales. Son bien sabidos los requisitos metodológicos impuestos por la heurística, pero lo son menos las particularidades de los mismos en cuanto corresponde a la historiografía venezolana. Es posible englobarlas en dos características generales: *desigual desarrollo de los fondos documentales* y *jerarquización de los testigos* y, por ende, de los testimonios.

El *desigual desarrollo de los fondos documentales* no es, propiamente una característica exclusiva de la heurística venezolana. Lo es de todas las historiografías en proporción a su desarrollo, pues el interés por los fondos documentales es función de las necesidades historiográficas. Lo que sí puede considerarse propio de la heurística venezolana es la acentuada desigualdad de ese desarrollo, visible en la situación preeminente que se ha dado a la documentación sobre la Emancipación y dentro de ella a la directa o indirectamente bolivariana. Tocamos con esto la segunda característica: *la jerarquización de los testigos.* Esto es claramente perceptible en lo concerniente a los testimonios sobre la Emancipación. Bolívar aparece como el *testigo de referencia,* lo cual sería, digámoslo de paso, una verdadera "aportación" de la historiografía venezolana a la universal. Esta última suele distinguir entre testigos presenciales y no presenciales, y entre testigos califi-

cados y no calificados. La noción de *testigo de referencia* sería el grado absoluto del *testigo calificado,* pues significaría ni más ni menos que la verdad tomada como punto de contraste para la apreciación de los demás testimonios. Funciona de esta manera, pero también así: el tenor de verdad de un testimonio será función de la cercanía o de la fidelidad mostrada por el testigo considerado respecto de Bolívar. Este papel de testigo de referencia atribuido a Bolívar es el eje de una valoración jerárquica de los testimonios un poco más amplia: *testimonios realistas* y *testimonios patriotas.* Los primeros muy pocas veces corresponden a la verdad; los segundos muy pocas veces no corresponden a ella.

La historiografía sobre la Colonia, en el campo de la heurística, añade una característica al conjunto: la de versar sobre un fondo documental limitado, pero no agotado, que es traído y llevado incesantemente. Exhibe, además, carencia de clasificación y una metodología frecuentemente precaria; esto último sobre todo en el manejo crítico de la estadística histórica y en la valoración cronológica de los testimonios.

La apreciación que acabamos de hacer acerca de las fuentes permite afirmar, como uno de los rasgos de la práctica de la filiación histórica en la historiografía venezolana, la del reducido número de datos empleados. Desentendiéndose de toda preocupación metodológica, el historiador suele rebajar al mínimo las exigencias metodológicas críticas que deben actuar en la elaboración del dato, de allí que, en general, sea posible afirmar que se producen los siguientes excesos: *sobrevaloración del dato, exageración de su alcance en sentido espacial* y *disimulo de su aislamiento.*

Por sobrevaloración del dato habría que entender, más propiamente, la poco crítica apreciación del mismo. Salvo excepcionales muestras de crítica histórica, el principio parece ser que todo dato es bueno, particularmente en cuanto se refiere a historia colonial, mientras que para la independiente rige el mismo principio, pero normado a su vez por los criterios que expusimos al comienzo de esta parte [1]. Se exagera su alcance, en sentido espacial, cuando se toman unos pocos datos (no raramente *uno* solo) como prueba de la existencia de un determinado fenómeno en toda una región histórica, hasta la

más extensa, incluso cuando se admite generalmente el desarrollo *sui generis* de algunas de las partes de esa región. Así, el significado de un dato referente a un hato situado en algún lugar del Llano, para fines del siglo XVII, se hará extensivo a todo ese vasto territorio, etc. Además, se disimula el aislamiento del dato en sentido espacial también y en el cronológico. La exageración del alcance permite lo primero, mientras que la ordenación cronológica de los datos, en rápida enunciación, aspira a conseguir lo segundo.

No es infrecuente, también, que se reúnan datos de diferente procedencia en cuanto a la zona o aspecto del fenómeno estudiado. Así, datos de establecimiento de fundos; de exportación de cueros por uno, dos o tres puertos: número de cabezas recensadas o estimadas en alguna región —en total no son más de unas pocas decenas de datos—, bastarán para construir un estudio sober la ganadería venezolana durante los siglos XVII y XVIII, para atenernos al ejemplo citado. Entiéndase, hay *confusión de los datos,* pues no se procede mediante establecimiento de aspectos para reunión posterior de los mismos en una presentación general.

C) *Filiación y generalización*

Para la historiografía tradicional suelen ser la misma cosa, a juzgar por la manera cómo se hacen extensivos a toda una región histórica, por ejemplo, los resultados de una filiación establecida según el procedimiento que acabamos de estudiar. Esto es posible mediante la que hemos llamado, al hablar de los datos, *exageración de su alcance en sentido espacial.* Con ello tocamos al sentido *espacial de la filiación,* al observar que ésta no sólo tiene un sentido cronológico, sino además se halla relacionada con un espacio histórico determinado.

Cabe señalar, al respecto, que si bien puede disimilarse la procedencia diversa de los datos (en cuanto a los aspectos del fenómeno a que se hallan referidos y a los lugares en que se manifestaron), mediante la acumulación de hitos cronológicos hasta producir un efecto de continuidad, no sucede lo mismo con el sentido espacial, pues basta examinar críticamente la serie cronológica para advertir el significado de las lagunas

presentes. Veamos: si bien la filiación obtenida puede ser continua en el sentido cronológico, su capacidad de representación del fenómeno a que se refiere depende del lugar histórico a que se hallan circunscritos esos datos. Es decir, cobra importancia el sentido espacial.

Existen dos "soluciones" tradicionales a esta dificultad metodológica: una consiste en relacionar datos referidos a diversos puntos del territorio estudiado, contemporáneos algunos de ellos, y en tomar el resultado como válido para todo el territorio; la otra consiste en establecer la filiación para algunos puntos o regiones considerados típicos o representativos, y en proyectar su resultado sobre la totalidad del territorio. En ambos casos la filiación conducirá de inmediato a la generalización.

Vale la pena apuntar de seguidas que ambas "soluciones" guardan estrecha relación de dependencia con las fuentes disponibles. Estas pueden ser escasas, y mucho, para un lapso determinado y, en consecuencia, lo será también el número de datos que proporcionen. En otras palabras, se origina una pregunta que es necesario plantearse críticamente: ¿Cuántos puntos de apoyo se requieren para fundar una generalización? Parece obvio que la solidez de una generalización es directamente proporcional al número de datos en que se funda. Pero, no parece menos obvio que debe entenderse por este último el número de datos disponibles en un momento dado de la investigación. De otro modo, habría que renunciar a todo intento de generalización, al menos mientras exista la posibilidad fundada de que aparezcan nuevos datos. Ahora bien, esta es una posibilidad siempre abierta, en razón de la naturaleza del proceso de desarrollo y sistematización de los fondos documentales. Propiamente, será siempre aventurado, si no imposible, declarar cerrada esa eventualidad.

Pero ¿significa esto que no existe posibilidad de generalizar, o que debe tenerse presente, siempre, el carácter provisional de toda generalización?

Tales interrogantes adquieren mayor significación, todavía, cuando aseveremos que toda generalización habrá de fundarse, necesariamente, en un número limitado de casos, por cuanto está fuera de toda lógica el agotamiento absoluto de los

mismos. Y esto último porque en historia —aun para los períodos aparentemente más estudiados—, siempre cabe hallar nuevos datos, bien sea porque surjan de nuevas fuentes, bien sea porque pueda elaborárselos a partir de los ya conocidos mediante nueva interpretación de los mismos.

Bueno es señalar aquí que esta limitación de la generalización no rige exclusivamente para la historia. Ella es extensiva, cuando menos, a las ciencias biológicas, e incluso a las químicas y físicas. No obstante, los historiadores suelen admitir, sin discusión, la validez de las generalizaciones en esas ciencias, y reconocen —algunos hacen de ello fundamento de su concepción de la historia—, la desventaja de su disciplina a ese respecto, y no rehúsan admitir el carácter *especial* de sus generalizaciones.

En historia, toda generalización depende de la cantidad y la calidad de los datos. A su vez, tanto la cantidad como la calidad de los datos guardan entre sí una relación de dependencia recíproca que no debe perderse de vista al apreciarlas en función de la generalización.

A la pregunta formulada: ¿Cuántos puntos de apoyo se requieren para fundar una generalización?, hay una respuesta que, como acabamos de ver, puede descartarse: todos. Ahora bien, si el número ha de ser necesariamente limitado, parecería obvio que cuanto mayor sea, más cerca se estará de la situación óptima. Mas este razonamiento nos conduce directamente a un simplismo: a mayor número de datos, mayor grado de veracidad. ¿Será necesario demostrar que el testimonio de todos los componentes de un batallón, e incluso de un regimiento o de una división, acerca del desarrollo de una batalla de la Segunda Guerra Mundial, en la cual tomaron parte, es menos significativo que el emitido por el Jefe de Estado Mayor del frente, situado a varios kilómetros de la retaguardia? Pero, no sería lo mismo si consiguiésemos los testimonios de todos los oficiales comandantes, en los diversos escalones. Estos últimos nos permitirían construir una visión de la batalla legítimamente contrastable con la que podría proporcionar el Jefe de Estado Mayor. Es decir, la calidad de los testimonios condiciona la elocuencia de la cantidad de los mismos. Igualmente, la cantidad condiciona la calidad, pues

si bien el testimonio de un oficial comandante dfícilmente puede contraponerse al del Jefe de Estado Mayor, sí lo puede el testimonio de todos o la mayoría de los oficiales comandantes.

La práctica metodológica, al distinguir básicamente entre *datos o testimonios seriados* y *datos o testimonios representativos o típicos,* impide ver con claridad la interrelación existente entre la calidad y la cantidad de los datos necesarios para apoyar una generalización.

A su vez, en la práctica de la filiación pareciera no existir diferencia alguna entre la calidad y la cantidad de los datos, pues éstos son integrados en series cronológicas en las cuales su valor quedaría reducido al de testimonios probatorios de la *continuidad* de la presencia del fenómeno estudiado, pero de una continuidad zigzagueante, cuando se toman datos referidos a diferentes regiones históricas; o carente, por igual razón, de toda proyección espacial que no sea la arbitraria a que nos referimos al comienzo de esta parte.

Mas, es en el momento de la exposición de los resultados cuando la interrelación existente entre la calidad y la cantidad de los datos adquiere para el investigador una importancia definitiva: cualquiera que sea el método seguido para la comprensión o interpretación del hecho histórico, a la hora de comunicar sus resultados el historiador tendrá que someterse a las exigencias de la inferencia que es el saber histórico, es decir, tendrá que aducir pruebas en apoyo de sus resultados.

Ahora bien, cualquiera que sea el criterio aplicado en la investigación —datos seriados o datos representativos—, el historiador verá imperar ahora las exigencias propias del discurso histórico, cuyas particularidades, subordinadas a la finalidad de transmisión de conocimiento, le obligarán a buscar una zona intermedia entre el dato representativo excesivamente aislado y la fastidiosa inclusión de largas series de datos. El dato aislado, por representativo o típico que sea, difícilmente logra abonar suficientemente la generalización, aunque se le envuelva en los tradicionales expedientes retóricos, destinados a hacerlo aparecer como parte de un nutrido conjunto de datos no citados. En cuanto a las series, éstas encierran el peligro de hacer demasiado difusa la demostración, además de tediosa, lo cual no es pequeño pecado en el discurso histórico.

Está demás decir, por otra parte, que tras todo dato verídicamente representativo o típico, se extiende la serie que permitió definir esa tipicidad. Asimismo, toda serie, para los fines de su comunicación mediante el discurso histórico, culmina en uno o más datos representativos que abonan y sustentan la deducción hecha con base en ella.

Es este, quizá, el aspecto en que la filiación se distancia más de la generalización [2].

D) *Posibles instrumentos para coadyuvar en el paso a la generalización*

Hemos subrayado la importancia que presenta el tratamiento metodológico de los datos como la única fuente de valor de los agregados de datos. También hemos señalado que es a partir de esos datos ilegítimamente presentados a manera de resultado final de la investigación, cuando comienza la tarea de interpretación y de comprensión que da acceso a la generalización. Por último, apuntamos la estrecha relación que existe entre esta operación generalizadora y el discurso histórico.

Recordemos, igualmente, lo dicho acerca de la dificultad —franca imposibilidad, inclusive—, de proponer normas metodológicas que *enseñen* a realizar esas etapas del proceso del conocimiento histórico. Conviene añadir a esto último, que la ya dudosa posibilidad de enseñanza en este terreno choca con los efectos de una enseñanza que exime al estudiante de todo esfuerzo de elaboración conceptual. El hábito de la memorización, celosamente cultivado por ella, conduce a la franca impotencia del estudiante y del investigador novel para hallar algún tipo de dificultad digna de investigarse en el conjunto de informaciones de que dispone. Más aún, colocados ante un cierto número de datos, les será en extremo difícil llegar al plano de la generalización conceptual.

Si bien no existen fórmulas metodológicas que resuelvan la situación, como hemos dicho, sí es posible proponer una serie de ejercicios básicos y de procedimientos cuyo dominio *puede* facilitar la tarea de estudiantes e investigadores noveles. No

hay contradicción en lo dicho, y quizá sólo porque la utilidad de esos ejercicios se halla en relación con la malformación del estudiante a que nos hemos referido. De allí que, cuando el interesado los practica, de hecho se está enfrentando a la prueba que le ayudará a tener conciencia de si sus aptitudes le permiten o no el ejercicio de la investigación histórica.

Cabe distinguir dos niveles en estos ejercicios y procedimientos: unos corresponden específicamente a la obtención y elaboración de los datos, y otros al discurso que habrá de integrarlos.

Los ejercicios que se sitúan al nivel de la obtención de los datos tienen por objeto rodear estos últimos de un mínimo de seguridad que los haga útiles para la interpretación. Son de sobra conocidos los requisitos del tratamiento crítico de los datos, y es fácilmente perceptible el peso que en ese tratamiento crítico coresponde a la capacidad de interpretación y de análisis. Por esta última razón, los ejercicios propuestos no tienen otro sentido que el de proporcionar instrumentos cuyo producto final depende precisamente de tal capacidad, pero que como técnicas están al alcance del estudiante en general. Sin descartar, tampoco, la posibilidad de que su práctica constante estimule el desarrollo de esa capacidad, frecuentemente ignorada por el propio estudiante en razón de su deformación memorizadora.

Estos ejercicios, cuya finalidad es el aprender a obtener datos con un mínimo de fidelidad a la fuente, permiten igualmente conjugar los procedimientos fundamentales de la crítica externa y de la crítica interna, en una sola operación que para fines pedagógicos disociamos en tres etapas: a) La presentación resumida de un texto; b) El resumen analítico de un texto, y c) El análisis crítico del mismo (véase apéndice A).

En cuanto a los procedimientos que se sitúan al nivel del discurso histórico, éstos tienen una doble meta: unos, tienden a proporcionarle al estudiante puntos de referencia para la que podríamos denominar *identificación de su tema de estudio,* asociando esa identificación con ciertos esquemas metodológicos muy generales que pueden servirle como guías para la búsqueda del esquema definitivo, el cual, como hemos visto,

se halla supeditado a la capacidad de descubrir relaciones entre los datos. Para este fin hemos adaptado una clasificación de los temas de la investigación documental que los reúne en cuatro grupos básicos: biográfico, morfológico, comparativo y cuadro, con la pretensión —no demasiado exagerada—, de que casi todos los temas a investigar corresponden a uno de esos tipos o a una combinación de ellos (veáse apéndice B). Otros procedimientos se refieren, ya específicamente, al tratamiento de los temas, en su estructura planificada. Tienen por objeto mostrar un poco la posible vía para pasar del resultado provisional de las etapas del estudio histórico que hemos denominado "de formación y acopio de datos" y "de agrupación y ordenación de datos", a la generalización compatible con el conocimiento histórico, eludiendo la formación de simples agregados de datos. Para ello ideamos un esquema que aspira a mostrar gráficamente el proceso (véase apéndice C).

No ha lugar para exagerar las virtudes de estos ejercicios y procedimientos. Restringiéndolos a la condición de meros auxiliares, implican un discreto acatamiento de la que parece ser moraleja de toda metodología: da buenos resultados cuando se la aplica bien y con capacidad creadora.

III. CONOCIMIENTO HISTORICO

Superada la concepción de ese conocimiento como simple acumulación de información acerca de hechos y procesos, no se le puede ver sino de acuerdo con las características generales del conocimiento científico. Igualmente, la investigación histórica se asimilará en su sentido básico a la investigación científica. Trátase de comprender, de explicar o de interpretar; propóngase el investigador hallar leyes generales o tendencias de determinados momentos históricos, es claro que su objetivo será siempre superior a la acumulación de información y cercana, en mayor o menor grado, de los propósitos del conocimiento científico. Igualmente, al tener como finalidad la ampliación del conocimiento histórico así entendido, coincide con los fines de la investigación científica en su sentido más vasto.

De acuerdo con los criterios historiográficos, sólo faltaría el requisito de contemporaneidad para que pueda calificarse de crónica el producto historiográfico que no supera el nivel de la acumulación de información relativa a un fenómeno histórico. Por eso se designa esta elaboración historiográfica como historia *narrativa,* en contraposición con otro tipo de historia, la *interpretativa,* cuyos fundamentos metodológicos no han sido objeto todavía, en la historiografía venezolana, de una formulación orgánica.

Existe la insatisfacción causada por la historiografía narrativa, y se siente la necesidad de la interpretativa, pero aún no se ha logrado realizar el cambio en la medida que sería deseable.

A) *Filiación, agregados de datos y conocimiento histórico*

La insatisfacción a que nos hemos referido, se ha traducido en la búsqueda de remedios capaces de transformar los resultados de la historiografía tradicional, marcadamente narrativa.

Han sido varios los remedios propuestos. Históricamente, el primero de ellos fue la afirmación de una intención filosófica en el quehacer historiográfico, de acuerdo con modernas concepciones de la historia, y desembocó en la determinación de la causalidad de los hechos históricos. Fue el momento de auge de todos los determinismos imaginables. Siguió, aunque guardando cercano parentesco con ese remedio, uno imbuido de la obsesión de los orígenes, en forma de establecimiento de la filiación exhaustiva de los fenómenos estudiados, con el propósito de marcar el carácter de *proceso* de los fenómenos históricos, y con el resultado de que el tema investigado solía verse abrumado por una larguísima serie de antecedentes que, de tan remotos que llegaban a ser, difícilmente guardaban alguna relación significativa con él.

En el fondo de estas preocupaciones ha estado presente una inspiración documentista, produciéndose la creencia de que la búsqueda de documentos inéditos y su incorporación al discurso histórico significa, automáticamente, hacer conocimiento histórico, pues éste se vuelve sinónimo de información histórica. El resultado ha sido la producción de obras que, posedoras de un alto valor documental, no han logrado, sin embargo, transformar la historia narrativa en interpretativa, por cuanto el tratamiento de que son objeto dichos documentos no consigue superar el molde tradicional de la narración.

Es cierto que el descubrimiento de ricos fondos documentales, y la obtención de muchos e interesantes datos mediante el estudio de los testimonios en ellos contenidos, han dado origen a una mejor información histórica, por cuanto han permitido nutrir y extender la filiación de los fenómenos estudiados; pero es cierto, también, que no han conducido a la elaboración de conocimiento histórico propiamente dicho, por cuanto la presentación de esas filiaciones laboriosamente establecidas suele quedarse en agregados de datos, narrados mas no interpretados.

Este ha sido el saldo de los esfuerzos renovadores, creemos, porque no se trata de un problema de erudición, sino de metodología. Mientras no se resuelvan las dificultades del tránsito a la generalización —que ya hemos apuntado—, poco

significará cualitativamente la exploración de los fondos documentales.

B) *Filiación, agregados de datos y progreso científico en historia*

La acción conjunta de la práctica de la filiación y de la obsesión de los orígenes, ha producido entre nosotros una manera de historiar, generalmente seguida, a la que bien conviene el mote de "historia de tijera y goma", empleado en la historiografía universal. Dicha manera de historiar consiste en seleccionar un tema y buscar todos los datos sobre él. Veamos someramente el procedimiento:

La selección del tema ya refleja las carencias de la historiografía tradicional, por cuanto rara vez no saldrá del arsenal de temas clásicos tratados por esa historiografía. Se repiten así, una y mil veces, los mismos estudios sobre los mismos temas.

La operación de "buscar todos los datos" suele consistir en la indagación bibliográfica de todo lo dicho sobre la materia, concediendo la condición de *dato* a los juicios historiográficos. No es raro que la búsqueda se detenga allí, y dé como resultado una refundición historiográfica. Pero en ocasiones se incorporan algunos documentos hasta entonces inéditos o poco conocidos.

Los resultados son obvios: una mera actualización o balance del estudio del tema. Pero, ello no impedirá que se considere obra histórica e incluso meritoria, la reconstrucción y ensamblaje, por ejemplo, de todo lo dicho hasta el presente acerca del proceso y ejecución de general Manuel Piar, con el añadido de uno que otro parecer del autor, quien, incluso, puede llegar a tener la ingenua convicción de que está "investigando" un tema virgen, cuando en realidad lo que hace es exhibir su pobreza de recursos como historiador incapaz de ver "dificultades", de plantearse y resolver problemas de verdadero interés. Ese tipo de "historiador" seguirá "descubriendo" cada cierto tiempo los más trajinados temas, sin proponerse jamás una hipótesis propia, temeroso de no verla respaldada por alguna lectura de autoridad.

En nada cambiaría el resultado, desde este punto de vista, si el estudio estuviese fundado íntegramente en documentación hasta entonces desconocida. En este caso, se habrá ensanchado la *información histórica,* pero no habrá adelantado el conocimiento histórico si no se consigue superar el límite de los simples agregados de datos.

Se hará conocimiento histórico, en la medida en que se consiga ensanchar la frontera del conocimiento científico de los hechos mediante su comprensión e interpretación, y en la medida, también, en que se logre revelar la naturaleza de tales hechos al descubrir su estructura y su dinámica, explicándolas con arreglo a conceptos que sólo pueden alcanzarse mediante la generalización hecha a partir de los datos obtenidos.

Así, ensamblar todo lo conocido acerca de un fenómeno histórico no es hacer conocimiento histórico, aunque dicho ensamblaje pueda ser útil para este último fin. Es lo que explica por qué puede hacerse conocimiento histórico, entre nosotros, mediante reelaboración crítica y metódica del volumen de datos ya conocidos, sin que esto quiera decir, en modo alguno, que se deba detener la búsqueda de nuevos datos ni que tal búsqueda tenga un interés secundario. Quiere decir, tan sólo, que el volumen de datos ya conocidos, por figurar mayormente en simples agregados de datos, son susceptibles de interpretación y comprensión, siempre y cuando se les haya obtenido con arreglo a las normas metodológicas básicas que ya hemos mencionado.

Conviene señalar de inmediato que esta legítima reelaboración historiográfica difiere mucho de la historia de "tijera y goma". La reelaboración es posible precisamente por el vicio de los agregados de datos, y se legitima por su naturaleza crítica, metódica, interpretativa, bien diferente de los usuales ensamblajes bibliográficos que produce la historia de "tijera y goma", estéril, farragosa y, a veces, fraudulenta.

C) *Un posible obstáculo al adelanto científico en historia*

Lejos de nosotros la pretensión de haber descubierto la razón de la dificultad que encuentran muchos historiadores venezolanos para superar el nivel de los agregados de datos, suponiendo que fuese *una* razón. Sin embargo, la experiencia docente y el estudio historiográfico hacen que nos inclinemos a creer que esa dificultad puede guardar relación con dos de las que hemos definido como características de la historiografía venezolana: despreocupación metodológica y escasa elaboración conceptual" [3].

Bastante nos hemos ocupado ya de lo tocante a la metodología. Importa, ahora, que nos ocupemos de la segunda característica y de sus manifestaciones.

Desde este último punto de vista, puede decirse que la historiografía venezolana presenta el aspecto de un gran volumen de información desarticulada, en cuanto intentemos apreciar en esa información otro orden que no sea el cronológico, tan útil para la narración. Es decir, contamos con un crecido número de datos que, en gran parte, no hemos conseguido integrar en estructuras que nos permitan conocer los momentos-hechos históricos de otra manera que no sea la tradicional memorización o huera erudición. Faltan, en suma, factores aglutinantes de esa multiplicación de datos.

Ahora bien, esos factores aglutinantes, en el orden del conocimiento histórico, no pueden provenir sino de un esquema de categorías históricas, el cual, a su vez, sólo puede ser elaborado a partir de los datos que deberá aglutinar.

Se trata, en apariencia —pero sólo en apariencia—, de un círculo vicioso. Y esta apariencia se acentúa por la manera como se ha pretendido romper el círculo, es decir, mediante la "importación" de esquemas de categorías históricas. Tomados los moldes, se procede a llenarlos con los materiales acumulados y se produce una historia con calificativo acorde con la concepción histórico-filosófica que profesa el historiador.

Fácilmente se aprecian dos de las principales fallas de este procedimiento: unas veces será necesario recortar o extender los hechos para hacerlos encajar en el molde; otras no habrá en absoluto posibilidad de hacer tal cosa, en razón de la enorme distancia existente entre continente y contenido. En este último caso, el problema se relega al fondo de los grandes temas sin estudiar, o se le escamotea del todo mediante denominaciones de escandalosa arbitrariedad: si el caudillismo es

feudalismo, la hacienda es un feudo, el hacendado un señor feudal y el peón un siervo, etc.

Pero, semejante procedimiento se funda en una marcha que es inversa a la que debe seguir la investigación científica: va de la categoría aprendida al hecho por conocer, pero, además, con el *propósito* de encuadrar el hecho nuevo dentro de la categoría, con renuncia, *ad origine,* de toda posibilidad de definir una categoría a partir de los hechos, en razón misma de su particularidad o novedad.

Aparentemente, nada de censurable hay en esta marcha de lo conocido hacia lo desconocido. Pero sí lo hay cuando la incorporación de lo desconocido significa despojarlo de sus particularidades para hacerle entrar forzosametne en los esquemas categoriales conocidos. Al proceder así, se bloquea la perspectiva de desarrollo del conocimiento, y el investigador podrá colocarse en la falsa situación de quien intenta intervenir un reloj con una llave inglesa, ignorando la elemental relación que debe existir entre el objeto del conocimiento y los instrumentos que este último emplea y, más todavía, que es el objeto el que determina las características del instrumento.

En suma, no parecería errado pensar que la dificultad en superar el estadio de los agregados de datos pueda radicar en el temor a "crear" categorías apropiadas al objeto de estudio, careciéndose con ello de los instrumentos necesarios a la generalización y a la elaboración de conocimiento histórico.

CONCLUSIONES

a) Los agregados de datos constituyen la presentación de los resultados obtenidos en el curso de la investigación histórica, una vez que se han completado las etapas de formación y acopio de datos, y de agrupación y ordenación de los mismos. Consiste, por lo tanto, en la presentación como resultado final de la investigación de lo que tan sólo es una etapa previa a la redacción del discurso histórico, entendido como elaboración de conocimiento.

b) El mérito de los agregados de datos queda limitado a su utilidad para una posterior elaboración de conocimiento, una vez que se les someta a interpretación. Esa utilidad depende, básicamente, del rigor metodológico que se haya puesto en la obtención y en el tratamiento de los datos.

c) La presentación de los agregados de datos como conocimiento histórico se halla relacionada con la confusión, presente en la historiografía venezolana, entre filiación y explicación.

d) El trazado de la línea evolutiva de un proceso o fenómeno histórico (filiación), es necesario para su explicación, pero no constituye, propiamente, esta última.

e) Tanto los agregados de datos como la explicación (entendida ésta como conocimiento histórico) son instancias metodológicas características y relacionadas entre sí, que exigen tratamiento apropiado.

f) No debe descartarse la posibilidad, en las condiciones propias de los estudios históricos en Venezuela, de coad-

yuvar mediante ejercicios y procedimientos adecuados a la solución de las dificultades planteadas por la generalización.

g) Quizá deba buscarse la razón de esas dificultades, fundamentalmente, en una defectuosa marcha del conocimiento científico, y en el miedo a la definición de categorías.

APENDICE A

El tratamiento de los textos es la operación primaria de la investigación histórica. Si bien es cierto que el concepto de fuentes históricas las admite no escritas, no lo es menos que predominan —y con mucho—, las fuentes escritas, y que el historiador ha de trabajar sobre todo con éstas. Tal sucede, en todo caso, en la historiografía venezolana, la cual ha explorado poco otro tipo de fuentes, con excepción de las iconográficas y numismáticas, que han tenido algún desarrollo en tiempos recientes.

Para el investigador, el tratamiento de un texto es básicamente su utilización para los fines de una investigación, dejando de lado los fines no menos importantes aunque diferentes de conservación y difusión del mismo. Es decir, el texto se presenta fundamentalmente como una veta de datos potenciales, que se actualizan en función del interés del investigador y de su respaldo cultural general —en su más amplio sentido— y específico referido a la materia que investiga.

Mas, la posibilidad de actualización de los datos depende de una suerte de procedimiento neutro, aplicable a todo documento escrito, que permite localizar los datos y formarlos con fidelidad y rigor, haciéndolos buenos para posterior interpretación. Este procedimiento neutro podría denominarse *lectura de un texto,* y consiste en una operación de fases tan estrechamente interrelacionadas que sólo por interés pedagógico podría justificarse su descomposición.

Para el historiador la lectura de un texto consiste en una múltiple operación de referencia de lo leído a un interés determinado, pero no con un fin de aprendizaje, sino de construcción de una estructura en la cual lo leído ha de integrarse al proporcionar elementos o materiales apropiados. Ahora bien, esos materiales suelen no ser directamente aprovechables: es necesario afinarlos mediante un procedimiento crítico

que los despoja de adherencias inconvenientes y que determina su resistencia. La realización de estas pruebas a que se somete el material competen al conjunto de procedimientos conocidos como crítica externa y crítica interna, que son eficaces auxiliares del complejo, decisivo en toda operación crítica, al cual deben concurrir en toda su intensidad el sentido histórico, la capacidad crítica y la formación metodológica e ideológica del historiador, siendo estos últimos factores los que en definitiva condicionan la eficacia de los procedimientos arriba mencionados.

En otras palabras, el historiador no sólo ha de ser capaz de leer y comprender lo leído, sino que ha de poder captar lo fundamental, y ha de ser capaz de desentrañar la estructura de la cual forma parte el elemento fundamental seleccionado por él, puesto que de la relación con la estructura y de la logicidad de ésta puede colegirse gran parte de la solidez de lo seleccionado.

La experiencia docente demuestra que una alta mayoría de egresados de la educación secundaria no está en aptitud de realizar tales operaciones, y mucho menos de realizarlas con la simultaneidad, la precisión y la rapidez exigidas por la labor del historiador. Como un estímulo al desarrollo de esa aptitud hemos propuesto desde 1959 una serie de ejercicios, introductorios al estudio de la Técnica de la investigación documental en la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela. Dichos ejercicios están estrechamente relacionados entre sí, como hemos dicho, y corresponden a operaciones que ya en la práctica profesional han de ser realzados simultáneamente. Los denominamos tentativamente así: *presentación resumida, resumen analítico* y *análisis crítico.*

a) *Ejercicios de presentación resumida*

Consisten en dar testimonio de las ideas contenidas en un texto, mediante un resumen que se ajuste a su estructura de tal manera que permita conocer el original lo más completa, resumida y fielmente posible. Tiende a corregir las viciosas formas de "lectura" y de "asimilación" que, frecuentemente,

no son otra cosa que mala comprensión y tergiversación de lo leído, desarrollando al mismo tiempo la primera de las aptitudes del historiador: poder dar testimonios, antes de intentar estudiarlos.

Los ejercicios están rodeados de ciertas normas, con el fin de imponerle al estudiante un esfuerzo de síntesis cuidadosa:

Deben ser breves. Su extensión se determina proporcionalmente a la extensión y a la naturaleza del texto propuesto (extensión máxima: 10 a 15 por ciento).

Empleo de un lenguaje personal, reduciendo al mínimo indispensable las transcripciones textuales.

Empleo de la primera o la tercera persona verbal, al redactar la presentación resumida.

Se vigila particularmente la fidelidad de las ideas resumidas con respecto al original, la amplitud de la presentación resumida en cuanto a la visión más o menos completa del original que permite formarse, y la corrección del lenguaje.

Cabe anotar, como una prueba más de la defectuosa formación proporcionada por la enseñanza secundaria, que este tipo de ejercicio es considerado sumamente difícil por la mayoría de los estudiantes, quienes fallan sobre todo en la comprensión de las ideas y en su fiel expresión resumida. Igualmente hallan dificultad en la recolección de las ideas fundamentales que deben incorporarse al resumen, mostrando tendencia a recoger ideas de escasa significación o desarrollos francamente complementarios.

Para estos ejercicios se escogen textos breves, densos y de lenguaje rico. Preparan para la elaboración de fichas de resumen y mixtas, en el proceso de formación y acopio de datos.

b) *Ejercicios de resumen analítico*

Este tipo de ejercicio está destinado a facilitar el descubrimiento de la estructura ideológica de un texto, estableciendo su *estructura ideológica real,* que puede coincidir o no con la que el autor creyó construir. Así, el estudiante deberá responder a la pregunta: ¿qué se propuso decir o demostrar el autor?, componiendo con las ideas manejadas por dicho autor, fielmente recogidas, la estructura de su propia demos-

tración. Esas ideas deberá disponerlas en forma de un plan de trabajo común, estableciendo la idea central o directriz, las ideas principales, las secundarias, etc.

Para estos ejercicios deben escogerse textos cuya estructura ideológica no sea clara, que susciten problemas de interpretación. El estudiante deberá justificar la suya mediante el rigor lógico de la estructura que logre construir.

La dificultad principal de este tipo de ejercicio, y de allí su valor formativo, consiste en que frecuentemente es necesario deducir las ideas, tanto la central como las principales, y darles una formulación adecuada. Tiende, pues, a estimular la capacidad de reducir a concepto los desarrollos y ejemplos. En este sentido señalamos que el mayor escollo con que tropiezan los alumnos, en la realización de este tipo de ejercicio, consiste en el escaso desarrollo de su capacidad de abstracción. Tienden a razonar con imágenes y ejemplos, presentados de manera narrativa.

e) *Ejercicios de análisis crítico*

Tienen por objeto estimular el espíritu crítico de los alumnos y encauzar la expresión de su crítica con arreglo a ciertas normas mínimas que contraríen el hábito de emitir opiniones desordenadamente. Al mismo tiempo, se proponen inculcarles la noción de *crítica estructural,* con el fin de procurarle al ejercicio crítico el mayor grado posible de objetividad.

El alumno deberá ocuparse, en primer lugar, de establecer con todo cuidado la estructura ideológica del texto *tal como la erigió el autor.* Logrado esto, procederá a estudiarla críticamente, apreciando el rigor lógico de la demostración, la propiedad de los ejemplos, la correspondencia de las conclusiones, etc. Es decir, se esforzará por captar la dinámica de la estructura ideológica para valorar su funcionamiento.

El ejercicio será presentado en forma de una serie de notas críticas ordenadas lógicamente en un plan compuesto según un criterio visible y justificado. Prepara para la valoración crítica, interna, de los testimonios. Un ejercicio semejante puede hacerse a partir del resultado del resumen analítico.

Reiteramos que se trata de ejercicios eminentemente formativos. No se proponen enseñar *una determinada manera de* realizar las operaciones a que se refieren. Sirven como estímulo para despertar y desarrollar el sentido de objetividad, la capacidad de análisis y de síntesis, y para fomentar el espíritu crítico. Para ello se combate la tendencia a la apreciación apresurada, a la defectuosa captación de lo leído y a su expresión desordenada, creando conciencia de estos defectos y proponiendo puntos de referencia para los esfuerzos orientados a corregirlos. A la larga, el alumno formará su propio *estilo de trabajo,* pero ajustado a cierto rigor básico.

APENDICE B

Consecuente con su formación escolar, el alumno emplea la narración para desarrollar cualquier tipo de tema que se le proponga. Incapacitado para distinguir las particularidades de los temas, encuentra dificultades frecuentemente insuperables en formar un plan de trabajo acorde con esas particularidades.

Como una ayuda a la superación de esta falla, hemos adaptado la conocida clasificación de los temas generalmente aplicada por la escuela francesa, completándola con un conjunto de pautas que tienen por objeto encauzar el esfuerzo de los estudiantes. Para ello proponemos la realización de series de ejercicios, de complejidad creciente, que imponen al alumno la obligación de estructurar, en breve tiempo, el plan apropiado para el desarrollo de diversos temas. Todo el ejercicio consiste en construir el plan con arreglo a normas establecidas al efecto, expresando en cada una de sus partes y subpartes, de manera resumida, las ideas que habrían de desarrollarse en caso de efectuarse la investigación.

La realización de este tipo de ejercicio impone al alumno un esfuerzo que consiste en: la captación del sentido del tema propuesto —cuya formulación se hace deliberadamente vaga—; la justificación, en la introducción, de la interpretación que se le da; una exploración bibliográfica adecuada; la adquisición de la información necesaria; la formación de una idea central apropiada a la interpretación del tema, y la construcción del plan correspondiente. En suma, se trata de efectuar un estudio histórico sin llegar a la redacción del discurso.

Se pone énfasis, particularmente, en el contenido ideológico del plan, en su rigor lógico y en su funcionamiento.

APENDICE C

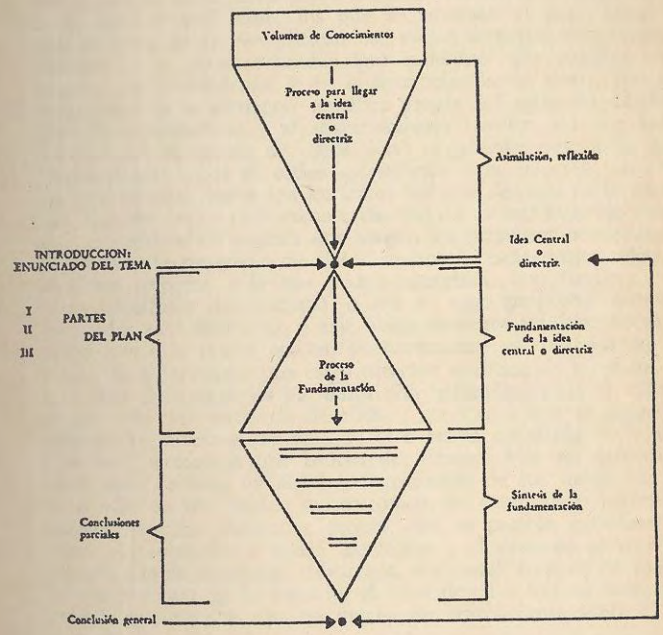
No sin grandes vacilaciones nos atrevemos a proponer el siguiente diagrama del proceso general de elaboración de un plan de trabajo para la realización de cualquiera de los temas mencionados en el Anexo B. De allí que creamos encesario advertir de inmediato que ese diagrama ha sido deducido del análisis de los muchos planes de trabajo realizados en cátedra y del examen de los procedimientos seguidos por sus autores. El diagrama aspira a presentar la correspondencia que creemos existe entre las diversas fases de la indagación y los componentes del plan de trabajo. Su funcionamiento es el siguiente:

Al iniciarse la operación, el investigador del tema propuesto dispone de un *volumen de conocimientos* compuesto de conocimientos específicos relativos al tema que indaga. A partir de esta base se desarrolla la búsqueda de nueva y más completa información sobre el tema, la cual constituye un proceso para llegar a la idea central o directriz, es decir a la concepción general de la hipótesis de trabajo obtenida mediante la *asimilación* de esa información y la *reflexión* crítica sobre ella. Al final de esta fase habrá llegado a un punto de condensación que representa la idea *central o directriz* que regirá el proceso de demostración. Dicha idea central o directriz habrá de exponerse someramente en la *introducción* del plan de trabajo. El *proceso de la fundamentación* consiste en desandar metódicamente el camino seguido un tanto caóticamente en la operación de asimilación y reflexión, pues ahora el investigador se enfrenta a la tarea de *fundamentar la idea central o directriz* sometiendo a comprobación su hipótesis de trabajo en una demostración a partir de pruebas que se dispone lógicamente en las *partes del plan de trabajo*. Realizada esta tarea, se procede a una nueva condensación que tiene por

objeto ofrecer una *síntesis de la fundamentación* que ocupa en el plan de trabajo el lugar de las *conclusiones parciales,* las cuales a su vez culminan en una *conclusión general* que se enlaza con la *idea central o directriz,* en una correspondencia que representa en realidad la culminación de todo el proceso demostrativo, el cual es enunciado en la introducción como un propósito, pero sólo después que ha tenido realización, ya que la introducción es la última fase del discurso, en la cual se enuncia lo que se pretende hacer cuando ya ha sido hecho.

(*Cuestiones de Historiografía Venezolana.* (Colección Avance, Nº7). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, 1964).

REPRESENTACION GRAFICA DEL PROCESO DE ELABORACION DEL PLAN DE TRABAJO



NOTAS

1. No es raro que la sobrevaloración del dato conduzca al exceso de que en los agregados de datos construidos con base en la filiación de alguna cuestión histórica, se llegue a denotar la creencia de que todo dato es útil, tanto los que se contraen al tema como los que se salen de él, ejemplificándose así un concepto excesivamente elástico de la *pertinencia* del dato incidental que culmina en el empleo de lo accidental y en la interpolación de desarrollos desvinculados de la secuencia temática propia del agregado de datos. De allí la dispersión y el abigarramiento temático en que suelen incurrir los agregados de datos. Esto es posible, pese a las guías proporcionadas por el orden cronológico y la filiación, en razón de que en estos casos son los datos los que deciden de la marcha del discurso (entendido como redacción de un agregado de datos), que es redactada a medida que surgen los primeros, ocasionándose la abundante presencia de datos sueltos o escasamente relacionados con respecto a la que podría concebirse con largueza como línea ideológica del discurso, o sea su vago propósito demostrativo. Mas esta dispersión y este abigarramiento temático no es extraño que a la postre afecten profundamente el conjunto del discurso: la ausencia de una estructuración analítica de los datos —y en razón de que todos los datos son utilizados, pues el discurso es tan sólo una secuencia de ellos—, conduce a que se vayan suscitando los diversos aspectos de la cuestión estudiada sin plan ni concierto, a medida que brotan del fichero. Mas no quiere esto decir que no haya en absoluto agrupación de los datos. La hay, pero sólo en un sentido macroscópico, en capítulos o partes que carecen de una estructura propia. Así es posible encadenar los datos sin sujetarlos a orden ideológico y el discurso se convierte en una simple narración abigarrada, elemental, incapaz de facilitar la comprensión de lo narrado, al cabo de cuya lectura siempre es posible interrogarse, con un mucho de desconcierto, sobre el sentido de lo leído.

2. En los agregados de datos corrientemente presentados como "historia", se suelen ignorar los requisitos metodológicos relativos a la "tipicidad del dato". Prescindiéndose de toda consideración acerca de la relación entre esa tipicidad y el carácter seriado de los datos, se dan como tópicos o característicos datos referidos a hechos aislados, o se presume su condición de típicos sin demos-

tración apropiada. La mecánica del agregado de datos es en esto muy elemental: se halla un dato acerca de cuya condición de típico o característico nada se sabe, y se "razona" de esta manera: puesto que ocurrió el caso a que tal dato se refiere, cabe pensar que no fuera único y que "a veces" se presentaban otros semejantes. Es posible, entonces, "afirmar" que tales situaciones ocurrían. Al redactar, se enuncia primero la "generalización", precedida de un "a veces" o de un "frecuentemente" (los más prudentes dirán "en algunas ocasiones"), y como *único* apoyo se transcribe el *único* dato de que se dispone. El abuso de este juego llega a ser insultante para la razón: todo un discurso compuesto de la suerte. Nunca insistiríamos demasiado en cuán alerta debe estar el historiador ante este peligro: los datos "solicitan" la generalización y no es difícil caer en la tentación de formularla, y no siempre el tener conciencia del peligro es suficiente para prevenirlo. Basta un gramo de autocrítica para admitirlo así.

3. Véase: Germán Carrera Damas, "Sobre la historiografía venezolana". *Historia de la Historiografía Venezolana* (Textos para su estudio). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, 1961, pp. XXXIII-XXXVII.

CONTRIBUCION A LA METODOLOGIA DEL ESTUDIO HISTORICO-HISTORIOGRAFICO, CON BASE EN UNA EXPERIENCIA CONCRETA *

INTRODUCCION

El deseo de contribuir al desarrollo de los estudios de Historia de la Historiografía Venezolana nos ha llevado a explorar algunos métodos y criterios que coadyuven al adelanto del conocimiento en esta materia. En razón de las peculiaridades de esa historiografía, hemos considerado procedente el situar tal búsqueda dentro de un marco de finalidades históricas e historiográficas, con miras a que los resultados puedan ser útiles también a los propósitos de revisión que se advierten cada día más claramente en los estudios históricos venezolanos.

El que denominamos estudio *histórico-historiográfico* no constituye una novedad, como no sea en la medida en que se intenta metodizar una práctica fundada en la interrelación existente entre la investigación histórica y la investigación historiográfica, propiamente dichas. Para tal fin comenzamos por intentar establecer con alguna precisión esa interrelación, y por preguntarnos sobre sus fundamentos y sus posibilidades metodológicas.

Al cabo de estas consideraciones, creímos de interés someter a experimentación algunas perspectivas metodológicas.

Con base en la elección cuidadosa de un tema apropiado, intentamos poner en práctica una metodología que presenta algunos matices propios, respecto de la metodología del estudio histórico generalmente definida. En atención a las finalidades de nuestro estudio, ese aspecto del mismo fue objeto

* (Ponencia presentada en la VI Reunión Panamericana de Consulta sobre Historia, patrocinada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Ciudad de Guatemala, 25 de junio-1º de julio de 1965).

de desarrollos amplios cuya presentación, a veces minuciosa, constituye parte fundamental del objetivo solicitado.

De esta manera fue posible obtener resultados de orden histórico, en cuanto conciernen al conocimiento histórico como tal, y de orden historiográfico en cuanto se refieren a la forma de obtención de ese conocimiento. Resultados que evaluamos relacionándolos con la forma de comunicación de los mismos que mejor parece convenir a este tipo de estudio. Con ello creemos haber llegado a algunas conclusiones que, si bien son provisionales, no pueden menos que sugerir posibilidades de desarrollo llamadas a contribuir a la superación de los estudios históricos venezolanos.

Es bueno subrayar, por último, el carácter experimental de esta labor, que si bien ha sido realizada con base en una investigación concreta, no puede de ninguna manera aspirar a ser otra cosa que una comunicación de resultados iniciales, abiertos a observaciones críticas que seguramente habrán de ser en extremo beneficiosas. [1]

Nos complace sobremanera consignar aquí nuestro reconocimiento al Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela, cuyo patrocinio hizo posible la realización de estas indagaciones dentro del marco del Proyecto Nº 7, a cuyos colaboradores mucho debemos.

I. CUESTIONES GENERALES

El planteamiento de algunas cuestiones metodológicas relativas al estudio histórico-historiográfico, exige que nos detengamos a examinar primero ciertos aspectos generales del mismo. De esta manera será posible situarnos dentro de un marco referencial que permita apreciar mejor el significado de la experiencia concreta objeto de nuestra ponencia.

A) El estudio histórico-historiográfico constituye la combinación de dos campos de la investigación científica en historia que podrían ser deslindados con bastante precisión: la investigación histórica y la investigación historiográfica. Este deslinde podría establecerse en base a métodos y objetivos específicos de cada campo, si bien ambos poseen también métodos y objetivos que les son comunes. Pero esta delimitación exige un gran esfuerzo de afinamiento conceptual y metodológico que luce erizado de dificultades. Muy lejos está de nosotros la pretensión de haber avanzado mucho en esta operación de deslinde o en este esfuerzo de afinamiento conceptual y metodológico. Apenas nos hemos asomado a ese campo de trabajo que parece muy lleno de estímulos, de dificultades y de prometedores resultados.

En todo caso, no se advierte, al menos en el momento actual, la posibilidad de un deslinde tajante. Por otra parte, no debemos descartar la posibilidad de que el alcanzarlo quizá no constituya tampoco un propósito feliz, por cuanto las múltiples interrelaciones observables en esta materia no parecen ser sino beneficiosas a ambos campos, y hasta necesarias, amparándose en la fecunda unidad del hecho histórico.

B) Es más, no se trata en absoluto de un hecho nuevo, ni mucho menos: bien podría decirse que es imposible hacer investigación histórica sin realizar al mismo tiempo, y en cierto grado, investigación historiográfica. No en balde los procedimientos de crítica externa y crítica interna de las fuentes, documentales o bibliográficas, son de hecho inseparables. Mas lo contrario no es menos verdadero: al hacer investigación historiográfica se hace también, en cierto grado, investigación histórica, siempre y cuando se entienda por investigación historiográfica algo diferente de la composición de catálogos, más o menos desarrollados, de autores y de obras. Esta última posibilidad se funda en que la comprobación crítica de los procesos de formación de conocimiento histórico incide en la "calificación" de ese conocimiento. Es decir, al ocuparnos de comprobar crítica y metódicamente la forma cómo se obtuvo un conocimiento histórico estamos en condiciones de determinar su grado de resistencia, de tal manera que ese conocimiento sale robustecido o revisado al cabo del proceso de control crítico y metodológico. Así, al realizar una investigación propiamente historiográfica obtendríamos resultados que serían también propios de una investigación histórica, por referirse a lo conocido como tal.

C) La Historia de la Historiografía Venezolana permite comprobar estas aseveraciones, al proporcionarnos numerosos

ejemplos de tal simbiosis. Sólo que en el pasado la investigación historiográfica ha sido apenas un aspecto de la crítica histórica, pues la evaluación de resultados historiográficos respecto de cuestiones históricas determinadas, estudiadas críticamente, implicaba cierto grado de crítica historiográfica (por ejemplo: estudio crítico de las fuentes utilizadas por un autor, y del empleo que de ellas hizo, para apreciar su visión de algún hecho histórico), que cae dentro del concepto básico de investigación historiográfica.

Pero esta condición de producto en cierta forma marginal no podía menos que retardar el desarrollo propio de la investigación historiográfica como rama de los estudios históricos. Rama legítima que se esfuerza por ajustar su metodología y que reivindica su propio campo de trabajo, en una aspiración que se nutre del desarrollo mismo de la historiografía. Esta, como todas las disciplinas científicas, de ninguna manera puede marchar a tientas. Necesita controlar sus resultados, ajustar sus métodos, afinar sus objetivos, depurar sus criterios, etc., para conseguir lo cual requiere un esfuerzo de concentración y de vigilancia crítica que sólo puede proporcionar la historia de la historiografía.

No obstante, si bien son legítimos y saludables los esfuerzos realizados para atribuir un campo específico a la investigación historiográfica, deslindándolo del de la investigación histórica, no parecerían fundadas, ya lo hemos dicho, las pretensiones de extremar los alcances de esos esfuerzos. No más, en todo caso, de lo logrado en los campos de la historia social y la historia económica, que admiten el correctivo generalmente aceptado de la historia socio-económica.

D) Ya puestos en este orden de ideas, nos inclinamos a pensar que esta necesaria vinculación de la investigación histórica y la investigación historiográfica, es tanto más legítima y provechosa en el estado actual de la historiografía venezolana, en consideración de sus características. Particularmente en razón de su escaso desarrollo metodológico, en cuanto esto significa incipiente preocupación específicamente metodológica. Todos los historiadores aplican una metodología, y para determinados momentos de la historiografía venezolana es posible definir una metodología de vigencia general. Sin embargo, son muy escasas las muestras de indagación propiamente metodológica. Se ha visto la metodología casi exclusivamente como parte del quehacer historiográfico: si bien en ocasiones se encuentran algunas referencias de orden metodológico, normalmente la metodología se halla implícita en la obra misma. En suma, una base demasiado escuálida, insuficiente para sustentar un esfuerzo de deslinde en esta materia.

Igualmente, influye en esta situación el hecho de que la historiografía venezolana carece de un desarrollo instrumental orgánico, sin que esto signifique ignorancia o subvaloración de los resultados obtenidos en este sentido. El hecho es que aún hoy carecemos de un catálogo crítico de las fuentes, tanto para el período republicano como para el colonial. Tampoco contamos con esquemas conceptuales que puedan servir como punto de referencia para la apreciación de cuestiones históricas. Padecemos y todos tenemos conciencia de ello, una grave inadecuación categorial, y los esfuerzos realizados para subsanar esta falla, por todavía aislados, no se pueden integrar orgánicamente en una concepción categorial de la historia de Venezuela que, aun siendo discutible como todas las construcciones de esta índole, esté dotada de la organicidad y la claridad imprescindibles a sus funciones referenciales. No es diferente el estado de cosas en lo tocante a periodificación, y de manera especial en historia de la historiografía.

E) En las consideraciones anteriores fundamos nuestro propósito de desarrollar deliberada y metódicamente la interrelación entre investigación histórica e investigación historiográfica. Esta postura nos ha parecido más realista que la solicitación a ultranza de un deslinde precario. Es más, el explorar las posibilidades de esa interrelación puede servir al futuro deslinde de los campos propios, sin perder de vista el carácter siempre relativo de ese deslinde, pero en todo caso en forma más lograda que permita el desarrollo relativamente autónomo de ambos campos de investigación. Tal cosa sería posible gracias a la formación de métodos apropiados. No pretendemos haber definido esos métodos, pero sí hemos puesto en experimentación ciertos atisbos metodológicos, como proba-

ble base de una metodología que no aspira, en modo alguno, a tener un valor general en el sentido de ser aplicable a otras historiografías.

Por esta vía también sería factible fundamentar propósitos de revisión crítica de nuestra historiografía sobre la base de la comprobación crítica global de sus resultados. Mucho se ha hablado y se habla de la necesidad de revisar la historiografía venezolana. Esta revisión de ninguna manera puede intentarse sobre la base de una pura y simple polémica crítica, ni sobre la sola base de la adopción de nuevos criterios metodológicos o de nuevos conceptos filosóficos, sin que se proceda previamente a una valoración científica de la realidad de la historiografía venezolana y de sus resultados hasta el presente. Entonces será posible definir las líneas de acción futura. A ello tiende, en cierta forma, este tipo de investigación histórico-historiográfica.

II. ELECCION DEL TEMA

A todas las dificultades, nada desdeñables, planteadas por la elección del tema en condiciones normales, se añadían en la ocasión los requerimientos derivados de las consideraciones metodológicas generales precedentes. Era, pues, necesario elegir un tema que, al combinar dificultades de orden histórico con problemas historiográficos, se prestase notablemente para el experimento metodológico que nos proponíamos realizar.

A) El tema elegido, *Boves en la historiografía venezolana* —queriendo significar con ello la acción histórica de Boves en función del conjunto de circunstancias históricas con él relacionadas y la proyección historiográfica del todo—, parece satisfacer las exigencias. Es un tema que ha merecido la atención general de nuestros historiadores de todos los tiempos, y, por ende, ha recibido todos los tratamientos posibles. Por su naturaleza pone en juego elementos que responden a los diversos géneros historiográficos, desde la biografía hasta el cuadro histórico, pues Boves fue una persona, pero fue también la Guerra a Muerte, y este es el capítulo crucial de las guerras de emancipación. Es decir, resulta imposible tratar ese tema sin invadir todos los campos. Además, por obra del

análisis histórico este tema se proyecta en forma impresionante sobre la comprensión de nuestra historia republicana, y hasta sobre la comprensión de cuestiones muy vinculadas con el presente venezolano. Convergen en este tema los testimonios más disímiles: nadie ha podido ignorar a Boves y su significación. Si bien en los primeros momentos la *Gaceta de Caracas* y el propio Bolívar quisieron relegarlo a la condición de un bandido más, al estudiar las fuentes se advierte inmediatamente que la figura de Boves y su significación crecen en forma meteórica. Le bastaron unos meses para convertirse en la figura central de su tiempo, pues tanto amigos como enemigos, extranjeros, nacionales, subordinados, etc., necesitaban de Boves y su contexto como punto de referencia para la comprensión e interpretación de la realidad venezolana de la época. Por consecuencia y en igual sentido, Boves ha sido materia de los testimonios más disímiles, que abarcan desde la diatriba por obra de quienes padecieron su prepotencia —es decir, sus mismos compañeros de causa—, hasta el esfuerzo propagandístico de quienes lo combatieron desde el campo republicano, pasando por los testimonios escasísimos de quienes sorprendieron a un Boves humanitario, y los testimonios numerosísimos de quienes conocieron a un Boves monstruoso. Es decir, toda la gama de testimonios imaginables: desde el documento más sereno, más reposado, más estudiado, producido por el Regente Heredia, hasta los más cargados de rencor y odio, como el de Juan Manuel de Cajigal, quien ve a Boves propiamente como un escapado de una casa de locos, por haber sufrido el impetuoso ardor del asturiano cuando éste desconoció su mando militar y político. Por último, este tema compromete una vasta escala categorial: para estudiar a Boves, así entendido, deben enfrentarse problemas de historia social tan espinosos como el de las clases sociales en ese lapso; cuestiones de orden socioantropológico tan difíciles como la caracterización de la sociedad llanera de entonces; arduas cuestiones jurídico-políticas, militares, ideológicas, etc. Es decir, todo un muestrario de categorías que deben ser tratadas, y en cierta forma afinadas y precisadas, para

poder entender lo que fue Boves considerado como un complejo temático diverso del biográfico.

B) Por todas esas razones, *Boves en la historiografía venezolana* constituye un tema que se presta favorablemente a la experimentación metodológica. Para los fines de su tratamiento lo hemos concebido como un amplio estudio que comprende cinco grandes partes [2]:

I. *Boves visto por la historiografía venezolana.*

- A) La visión historiográfica de Boves.
- B) Fundamentos de una visión historiográfica.
- C) Criterios de una visión historiográfica.

II. *El sistema de Boves.*

- A) Lo nuevo y lo viejo en el sistema de Boves.
- B) Boves y la Guerra a Muerte.
- C) Implicaciones de una crueldad.

III. *Boves y la propiedad.*

- A) Boves, saqueador.
- B) Los saqueos como práctica común.
- C) Boves, "redistribuidor" de la propiedad.

IV. *Lucha de razas y lucha de castas.*

- A) La calificación social de una lucha.
- B) Los llaneros.
- C) El exterminio de los blancos.

V. *El "programa" de Boves.*

- A) Postulados supuestos y reales.
- B) El reformador social.
- C) Boves, el "insurgente".

En suma, un tema en el cual se inscribe un conjunto de cuestiones que constituyen el núcleo de la comprensión crítica de nuestras guerras de independencia y, por extensión,

de buena parte de nuestra historia republicana. Y esto es así porque, pese a las apariencias —y valga una insistencia más—, el objeto de nuestro estudio no es el asturiano José Tomás Boves, sino el espectro de cuestiones relacionadas con las circunstancias en que actuó. El tomar a Boves como punto de referencia facilita la estructuración del estudio. Incluso puede verse en esto también un recurso, un expediente metodológico. En vez de concebir el tema como "cuestiones económico-sociales en el período de la Guerra a Muerte" —lo que sin duda habría limitado un tanto su proyección historiográfica—, lo hicimos como "Boves en la historiografía venezolana", porque nos interesa realizar un estudio histórico-historiográfico, y porque todas las razones ya apuntadas recomiendan el tema "Boves".

C) Pero, lo expuesto hasta ahora es resultado de una elaboración crítica y metodológica realizada a partir de una cuestión más sencilla, al menos en su formulación: ¿Cómo surgió el tema? Sometida a una sumaria apreciación crítica la figura de Boves producida por la historiografía venezolana —en el sentido de las cuestiones históricas con él relacionadas—, nació en nosotros la *necesidad* de saber quién fue Boves, en el mismo sentido. No podía satisfacernos, en base a la crítica, ni la figuración ordinaria de un Boves personificación de la barbarie, ni la de un Boves adelantado de la revolución social. Es decir, si en el primer caso saltaba a la vista lo apasionado de los testimonios y sus deleznables fundamentos metodológicos, en el segundo se observa sin dificultad el tejido ideológico que envolvía la verdad del asturiano, distorsionándola hasta transfigurarla para hacerla encajar en moldes interpretativos cuya viciosa carga de modernismo no podía menos que alertar el espíritu crítico, haciéndolo recelar de especiosas valoraciones más vinculadas con un presente histórico, y hasta con una visión programática del mismo, que con la realidad de los hechos apreciada al ras de los tiempos. No fue poco lo que pesó en este enfoque la inquietud causada por la confusión ideológica que de esta manera se creaba. A tal punto que la comprensión del más profundo y arraigado problema histórico venezolano, el que

podría englobarse con la expresión "la cuestión agraria", aparecía de esta manera vinculado en sus orígenes con situaciones de las que se pretendía derivar líneas de análisis válidas para el presente, y no era extraño escuchar de jóvenes estudiantes la afirmación redonda de que Boves fue el iniciador de la lucha por la tierra y en cierto modo hasta un "reformador agrario".

III. TRATAMIENTO METODOLOGICO

Guiados por el interés experimental del estudio histórico-historiográfico, nos propusimos darle al tema un tratamiento metodológico cuidadoso. extremando la valoración crítica de cada uno de los pasos y exponiéndolos en forma precisa y hasta minuciosa, con el fin de que pudiesen ser apreciados claramente por el lector y sometidos a crítica [3].

A) El arqueo de las fuentes y la crítica externa de las mismas nos permitieron advertir la presencia de cuestiones historiográficas de alto interés, relacionadas con la naturaleza de los testimonios y con las circunstancias en que se produjeron, con las fuentes que las contienen, con la calificación de los testigos y con la relación testimonios-finalidad de los testigos al producirlos e intencionalidad de su empleo. Bastó tomar los testimonios sobre Boves, clasificarlos según su procedencia y naturaleza, y luego proyectarlos sobre las circunstancias en que se produjeron, para que se suscitasen problemas historiográficos que valía la pena explorar. Es decir, desde el punto de vista de su significación histórica, Boves aparece situado en una especie de intrincada encrucijada de testimonios de coetáneos, de las más diversas procedencias; coetáneos que guardaron con él toda la escala de relaciones posibles, que se movieron también con propósitos muy variados y que tuvieron actuaciones diversas. Se abrían de esta manera perspectivas de valoración crítica historiográfica realmente fecundas, por ejemplo en cuanto a las fuentes en que se hallan consignados esos testimonios: el estudio de la *Gaceta de Caracas,* en todos sus períodos, mostró cómo la significación histórica de Boves padeció un tratamiento evolutivo que permite apreciar no ya la figura de Boves, sino el valor

de esa publicación como fuente para la historia del período de la independencia. No fue menos productiva la ponderación de los testimonios vistos como instrumentos o pasos hacia finalidades no ya historiográficas, sino propias y directas de sus autores. Y, en otro plano, la estimación crítica de las finalidades del empleo de esos testimonios en la elaboración historiográfica, finalidades que pueden calibrarse en función del andamiaje ideológico de la historiografía venezolana. En suma, una serie de operaciones que integran el tratamiento crítico de los testimonios, considerado como instancia metodológica merecedora de desarrollo y presentación propios.

B) La crítica interna de las fuentes puso al descubierto cuestiones históricas novedosas, en la medida en que éstas veían acentuarse y ampliarse su importancia, como las relativas a la estructura económico-social de Venezuela en ese período, la valoración de la vigencia de la lucha por la tierra como reivindicación activa de las masas populares, etc., y cuestiones historiográficas no menos importantes relacionadas con el esquema conceptual aplicado a la interpretación de los testimonios, con la imprecisión de las categorías históricas involucradas y con la repetición de las fuentes hasta el punto de hacer necesaria una cuidadosa reducción crítica de las mismas.

En lo que se refiere a las cuestiones históricas, el establecimiento de algunos de los rasgos fundamentales de la estructura socioeconómica del período permitió aliviar fenómenos tales como el saqueo y el secuestro y confiscación de bienes de la tremenda carga ética que enturbiaba su verdadera significación. Igualmente, la consideración de las posibilidades históricas reales de que la lucha por la tierra tuviese vigencia como consigna popular, indujo a mayor cautela.

En el orden historiográfico, se advirtió la necesidad de aquilatar los conceptos de violencia, legalidad, fidelidad a las instituciones, subordinación militar, insurgencia; revolución, etc. Pero también criterios específicamente historiográficos como el de la escala de valoración crítica de los testigos establecida por la historiografía tradicional a partir del testigo número uno de la Independencia que es Simón Bolívar, pues

se hizo clara la anticientífica y prejuiciada graduación de la veracidad de los testimonios en función de ese testimonio primordial que suele ser identificado con la verdad misma. Igualmente, pudo apreciarse que los enfoques historiográficos en general pagan tributo al obligado parangón entre Simón Bolívar y Boves, por cuanto este último fue, propiamente, el destructor de la Segunda República y, por lo tanto, quien infligió a Simón Bolívar la más dura y total derrota de toda su carrera militar y política. Se explica así que los historiadores venezolanos cuando han tratado de Boves lo han hecho por lo general en función de ese parangón, intentando explicarse lo que una concepción patriótica de la historia vuelve inexplicable por inaceptable: cómo el *Mal* pudo triunfar sobre el *Bien,* pues en esto pesan criterios de orden teológico hasta el punto de que la interpretación tradicional de este período de la historia de Venezuela adolece de esa visión fundada en la oposición entre el *Bien* y el *Mal.* Quiere esta visión que Simón Bolívar represente el *Bien* y Boves personifique el *Mal.* Por eso Boves es un engendro de los infiernos, es Satanás mismo y así se le identifica. En cambio, Simón Bolívar es la Luz. Transitoriamente, y por circunstancias especiosamente explicadas, el *Mal* predomina sobre el *Bien,* pero al fin y al cabo el *Bien* se recupera y triunfa sobre el *Mal.* Igualmente, la condición sobrenatural y demoníaca de Boves consuela a quienes, imbuidos de los excesos del culto heroico a Bolívar, jamás podrían admitir siquiera sea la posibilidad de su fracaso ante los trabajos de un simple mortal, por denodado y hábil que éste fuese.

Pero también entran en juego cuestiones muy concretas como éstas: ¿"redistribuidor" de la propiedad? ¿Qué quiere decirse con ello?: ¿Reformador? ¿Un simple distribuidor de botín? ¿Qué se intenta sugerir?: ¿Tuvo alguna vez Boves una concepción, otra que la de su tiempo, en cuanto a la propiedad privada? En suma, tratábase de ver cuáles son las categorías aplicables a esa realidad histórica, y cómo las que se le han aplicado exhiben imprecisión, vaguedad y hasta arbitrariedad, lo que imponía la búsqueda de categorías más firmes, mejor fundadas.

En cuanto a las fuentes, se puso de bulto que muchas de las tenidas por tales no son sino repeticiones o refundiciones de otras fuentes. Era, pues, necesario llegar al comienzo de la cadena, y al hacerlo advertíamos, no sin sorpresa nuestra, que las supuestamente abundantes fuentes sobre la emancipación se reducen en forma impresionante a unas cuantas que han sido incorporadas, copiadas, glosadas en otras supuestas fuentes. Esto se comprobó en forma global para el conjunto de nuestro tema, pero se acentúa en lo tocante a aspectos determinados como el Segundo Sitio de Valencia, el reparto de propiedades, el exterminio de la raza blanca como propósito político, etc.

C) En este momento ya fue posible elaborar un plan inicial, sujeto a todas las normas metodológicas usuales. El sentido de cada una de las cuestiones consignadas en el plan inicial es sencillo: partiendo de los resultados historiográficos adquiridos procedimos a reproducir, paso a paso, el proceso de su obtención y evolución. Para cada cuestión nos preguntamos: ¿Cómo se ha llegado a este conocimiento? Y nos abocamos a la tarea de examinar la evolución de ese conocimiento remontando hasta su primera aparición y anotando las sucesivas añadiduras de que había sido objeto. Pero, además, se trataba de indagar los posibles fundamentos del conocimiento inicial. El todo constituye una búsqueda sumamente ardua, porque en general los historiadores venezolanos del siglo XIX no fueron muy dados a citar fuentes o no pusieron mucho cuidado al hacerlo. En esta labor los beneficios de la técnica de la ficha son inapreciables: fichando cada fuente por separado, en forma cuidadosa y con arreglo a una clasificación rigurosa, fue posible reunir para cada cuestión todos los testimonios y todas las versiones. Al compararlos críticamente pudo formarse una idea inicial sobre la procedencia de los datos, y al hacer el estudio historiográfico concomitante fue factible desentrañar la "vida del dato" a través de las diversas versiones historiográficas que había alimentado. De esta manera pudo establecerse el origen de la cuestión estudiada y su evolución, con el resultado de que en no pocas ocasiones cada autor, según su vehemencia, según

su idiosincrasia, le iba añadiendo o quitando adjetivos, pero sin fundamentar mejor el conocimiento de la cuestión.

D) Este proceso de revisión lo consideramos de naturaleza histórico-historiográfica porque, partiendo de una cuestión histórica establecida, se reproduce el proceso de su elaboración historiográfica. Para tal fin, en el caso concreto de nuestra indagación, fue necesario censar y estudiar: a) Toda la documentación conocida originada por Boves y por quienes actuaron bajo su dirección; b) Toda la documentación conocida referida a Boves o relacionada con las cuestianes a él vinculadas, y c) Toda la elaboración historiográfica relacionada con Boves y con las cuestiones a él vinculadas, extendiendo esta búsqueda a los textos literarios y al folklore, con un amplio espectro temático y cronológico.

El desarrollo de estos procesos de comprobación ha de entenderse como una exigente valoración crítica fundada en la documentación empleada por cada autor, en la conocida para su época mas no empleada por él, y en la metodología y la criteriología aplicadas. Veamos, a manera de ejemplos. Concerniente al primer caso: nos preguntamos sobre lo dicho por Laureano Vallenilla Lanz acerca de Boves y sobre cómo llegó a ese conocimiento. Para ello estudiamos la documentación conocida en su época, citada por él o que en todo caso se advierte que guarda relación con lo dicho por él.

Pero, pra apreciar cabalmente la visión historiográfica de Boves por Laureano Vallenilla Lanz, es necesario ver también qué documentación existía ya disponible en la época y que dicho autor no tomó en cuenta, dándose así el caso de una omisión que pudo influir en su comprensión de Boves. En esto el riesgo de anacronismo es muy grande porque, desgraciadamente, nuestras colecciones documentales no están compuestas con todo rigor, y en no pocas ocasiones es imposible precisar el momento del hallazgo y difusión de un documento determinado. En cuanto al segundo caso: al preguntarnos cómo comprendió Juan Vicente González a Boves, no es sólo cuestión el indagar qué documentación empleó, sino también qué métodos aplicó y cuáles fueron sus criterios interpretativos. De no tenerlos en cuenta podríamos incurrir en el

error de juzgar la obra de Juan Vicente González en base a una concepción metodológica y a una criteriología por completo ajenas a las suyas, siendo probablemente tan desacertados respecto a ella como a su vez ella lo fue respecto de Boves.

IV. VALORACION Y PRESENTACION DE LOS RESULTADOS

La naturaleza mixta del estudio histórico-historiográfico permite alcanzar resultados de orden histórico, propiamente, y de orden historiográfico, en sentido estricto. Por su parte, los requerimientos metodológicos de este género de estudios determinan una forma de comunicación de los resultados dotada de algunas peculiaridades.

A) Obtenemos resultados de orden histórico, propiamente, en la medida en que la comprobación crítica de los productos historiográficos permite la evaluación del conocimiento adquirido: refuerza o debilita esos productos y hasta conduce a desechar los más deleznables, desde el punto de vista metodológico, y, por ende, depura el fondo de conocimientos contribuyendo a situarlo más allá de duda razonable. Pero, también da resultados de orden histórico en la medida en que sugiere nuevas líneas de análisis capaces de conducir a la ampliación y al enriquecimiento del conocimiento histórico. Fue el hallazgo de algunas de estas posibles líneas de análisis lo que, en nuestro caso, nos indujo a emplear, aunque limitadamente, nueva documentación (en el sentido de documentación conocida posteriormente a la publicación de las obras estudiadas). Es decir, para algunas cuestiones, una vez estudiadas, nos pareció que no podían ser interpretadas como lo habían sido, por escasez de base documental, vicio metodológico o defectuosa conceptualización, al mismo tiempo que surgían nuevas líneas de análisis que se veían forzadas por alguna documentación recientemente descubierta. Fue posible, en algunos casos, adelantar en la exploración de esas líneas de análisis, pero en escala reducida: la nueva documentación utilizada no representa más del uno por ciento de todo el material trabajado. Un buen ejemplo de este procedimiento lo tenemos en el estudio de la supuesta función de

Boves como "distribuidor" de la tierra. El estudio histórico-historiográfico reveló hasta qué punto esta concepción carecía de fundamentos respetables. Aunque parezca extraordinario y aun grave, encontramos que en el fondo de semejante interpretación yacía un problema de semántica: lo que un testigo designa como casas y bienes, un autor lo interpreta como fincas y luego otros autores lo traducen como propiedades y tierras, para culminar con un Boves distribuidor de la tierra. En cambio, de todo este estudio sí aparece un Boves nuevo: el administrador de secuestros. Es el Boves que se conduce con la propiedad de los insurgentes de igual manera que lo había hecho Monteverde y que lo haría Morillo: establece un tribunal de secuestros y confisca en beneficio de la Real Hacienda los bienes de enemigos y emigrados. De esta manera, partiendo de la documentación conocida era posible afirmar que Boves no aparece como un distribuidor de la tierra, ni como un "redistribuidor" de la propiedad; en cambio, esa misma documentación autorizaba a pensar que Boves fue un ortodoxo administrador de secuestros, y así lo asomamos. Los indicios de esta ortodoxia no permitían, sin embargo, hacer formulaciones enfáticas. Al poco tiempo de publicada la obra, un crítico insertó en nota periodística un documento —hasta entonces semioculto— que confirma en forma plena la línea de análisis propuesta por nosotros: un ortodoxo reglamento de secuestros, dictado por Boves, que en nada sugiere un propósito distribuidor o "redistribuidor". Quedaron así demostradas, aunque fuese en sólo un caso, las posibilidades de este género de estudios. [4]

B) Obtenemos resultados de orden historiográfico en la medida en que la comprobación crítica de métodos y criterios permite advertir deficiencias y aciertos metodológicos, proporcionando materiales para el estudio histórico de la metodología de la historia en la historiografía venezolana, labor que está llamada a contribuir poderosamente al desarrollo del conocimiento en Historia de la Historiografía Venezolana y a repercutir, como veremos, en las tareas renovadoras de los estudios históricos venezolanos. En el caso que nos ocupa es un resultado historiográfico de gran importancia el coadyuvar

a la fundamentación de una clasificación crítica de las fuentes básicas para el estudio de la guerra de independencia. Igualmente, permite adelantar en el conocimiento de la evolución conceptual de la historiografía venezolana, al poner al descubierto los complejos ideológicos que han regido la comprensión e interpretación de cuestiones fundamentales, y apreciar así, en forma muy concreta, lo que Laureano Vallenilla Lanz llamaba "la influencia de los viejos conceptos". Quizá sea uno de los resultados historiográficos más sujeto a controversia el apoyo dado de esta manera al criterio de que es posible la formación de nuevo conocimiento a partir de la documentación ya conocida, sin que esto signifique, de ninguna manera, simple suma de nuevas "opiniones". El interés de este resultado no debe apreciarse en razón de que pueda contrariar la excesiva y hasta perjudicial vinculación de las posibilidades de obtener nuevo conocimiento con el que bien podría denominarse fetichismo del documento inédito. Actúa más bien como un correctivo de esos excesos al contribuir a demostrar que la incorporación de nueva documentación no enriquece necesariamente el fondo de conocimientos adquiridos (conocimiento, no información), en la medida en que se la trabaje con una metodología tradicional o defectuosa, y en la medida también en que se la interprete a la luz de una criteriología no depurada. En cambio, la revisión historiográfica hecha con una metodología exigente y armada de una criteriología rigurosa bien puede hacer aportes "originales" al conocimiento histórico, aun manteniéndose dentro del ámbito de la documentación conocida y ya trabajada. [5]

En suma, el estudio histórico-historiográfico, dotado de una metodología ajustada, puede proporcionar base firme para los propósitos serios de revisión de la historiografía venezolana, revisión que sólo puede fundarse en una cuidadosa revisión historiográfica y metodológica. De otra manera, añadiríamos un retazo más al conjunto, pues sin esa base ocurriría, como en el pasado, que las nuevas concepciones de la historia trabajarían con resultados defectuosamente obtenidos, e incluso con métodos realmente superados y hasta contradictorios con las nuevas concepciones. De allí que esas nuevas

concepciones sólo tendrían de nuevo lo que tengan de concepción, importada o adoptada en lecturas, sin que propicien una auténtica reelaboración del conocimiento histórico.

C) Se determina de esta manera la forma de presentación de los resultados, que ha de ajustarse a los propósitos historiográficos e históricos. La primera finalidad exige la presentación, lo más amplia y circunstanciada posible, de los procesos de comprobación crítica, cualquiera sea su resultado, mediante la aplicación del método de los testimonios seriados.

Sin duda que esta preocupación puede llevar a componer un discurso "erudito", de lectura a veces difícil incluso para el profesional, pero esta deficiencia se ve generalmente compensada por la utilidad formativa y orientadora, con miras a futuros desarrollos de los estudios históricos sobre bases más firmes y depuradas. Esta función del estudio histórico-historiográfico, que no sabríamos si calificar de transitoria o de instrumental, es de suma importancia en historiografías como la venezolana, tan recargada de reliquias dañosas de todo tipo.

La finalidad de contribuir al enriquecimiento del conocimiento histórico, propiamente dicho, impone el cuidado de mantenernos en todo momento dentro de los límites de una postura de comprobación científica, sin incurrir en el desliz de aventurar interpretaciones de sustitución más allá de este límite: visto lo inaceptable del resultado historiográfico considerado como adquirido, las mismas fuentes, gracias a una metodología más afinada y a una criteriología más depurada, sugieren tal nueva línea de análisis, sujeta a una futura y adecuada comprobación.

CONCLUSIONES

Corresponde llamar la atención, de inmediato, sobre el acentuado carácter tentativo de estas apreciaciones, por basarse en una experiencia concreta y por referirse a cuestiones de orden metodológico cuya proyección no es posible evaluar todavía con suficiente exactitud. No obstante, sugerimos las siguientes consideraciones, a manera de conclusiones:

A) Las posibildades metodológicas del estudio histórico-historiográfico se fundan en la interrelación existente entre la investigación histórica y la investigación historiográfica, ramas de la investigación científica en historia que si bien poseen métodos y objetivos propios cuentan igualmente con elementos comunes. Al intentar metodizar esta interrelación en forma del estudio histórico-historiográfico, no hacemos sino sistematizar una práctica que hemos podido observar en la historiografía venezolana, volviéndola una operación metodológica que parece encerrar interesantes y fecundas posibilidades propias al enriquecimiento del conocimiento histórico y al desarrollo de los estudios de Historia de la Historiografía Venezolana.

B) Con el fin de explotar estas posibilidades, realizamos una investigación concreta cuyo tema fue escogido según criterios inspirados en la naturaleza del estudio histórico-historiográfico, naturaleza que puede resumirse en la conjunción de densos y trascendentes significados históricos con un prolongado y diverso tratamiento historiográfico. Tal tema es "Boves en la historiografía venezolana", concebido primordialmente como el complejo de cuestiones históricas e historiográficas relacionadas con la actuación histórica del personaje.

C) El intento de establecer una metodología ajustada al estudio histórico-historiográfico toma como base la operación metodológica denominada comprobación crítica de resultados historiográficos. Partiendo del conocimiento considerado como adquirido, se procede a reconstituir el proceso de su elaboración historiográfica y, una vez alcanzado el primer planteamiento del mismo, a indagar su fundamentación documental, metodológica y criterio-lógica. Por obra de estas operaciones se pusieron al descubierto cuestiones de alto interés histórico y de gran valor historiográfico, tales como la supuesta función de Boves como adelantado de la lucha por la tierra, valoración de prácticas militares y hacendarias de la época, dinámica del cuadro económico-social, elementos para una clasificación crítica de las fuentes, etc.

D) El estudio histórico-historiográfico así realizado permitió obtener resultados de orden histórico y resultados de

orden historiográfico, así como definir tentativamente métodos y criterios apropiados. La presentación de estos resultados, basada en el método de los testimonios seriados, impone ciertos requerimientos formales y estructurales característicos.

E) De manera general, el saldo de esta experiencia en la realización del estudio histórico-historiográfico permite pensar que encierra valiosas posibilidades como factor de una revisión crítica de la historiografía venezolana, sobre las bases de una metodología ajustada y una criteriología depurada.

(Historiografía marxista veenzolana y otros temas. (Colección Humanismo y Ciencia. Nº 3). Caracas, Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1967).

NOTAS

1. En este orden de ideas merecen especial consideración las observaciones críticas, referidas a la naturaleza del estudio, hechas por el profesor Torcuato S. Di Tella, del Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (*Revista Latinoamericana de Sociología.* Buenos Aires, Centro de Sociología Comparada del Instituto Torcuato Di Tella, 1965, vol. I, No. 3), quien llega a la siguiente conclusión: ..."Se trata, por lo tanto, de una investigación histórica y de sociología del conocimiento al mismo tiempo"... (páginas 446-447).

2. Sólo hemos publicado la parte III del esquema, inserta como estudio introductorio, con el título de "Sobre el significado socioeconómico de la acción histórica de Boves", en la obra *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela, 1800-1830,* vol. I. Esta compilación fue preparada por el equipo del Proyecto No. 7, patrocinado por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela, y publicada por el mismo Consejo en 1964. La obra completa aparecerá próximamente con el título "Boves en la historiografía venezolana". Las referencias concretas que se hacen en esta ponencia corresponden, en su mayor parte, a lo publicado. Recientemente se hizo una segunda edición de la parte en referencia con el título de *Boves, aspectos socioeconómicos.* (Caracas, Ministerio de Educación, Colección Vigilia, No. 14, 1968).

3. Este aspecto fue claramente advertido por Charles C. Griffin, quien en nota publicada en *The Hispanic American Historical Review* (noviembre de 1965), califica de "irreprochable" la metodología empleada.

4. Nos referimos a la nota crítica publicada por el profesor Julio Febres Cordero ("Significado de Boves". *El Nacional.* Caracas, 20 de enero de 1965), en la cual se inserta el texto de un reglamento de secuestros dado por Boves en Caracas con fecha 18 de agosto de 1814, y hallado por el autor en el Archivo General de la Nación (Sección "Archivo de Aragua" ,tomo LXXIII, f. 327). Agradecemos al profesor Febres Cordero los siguientes conceptos: "El trabajo del profesor Carrera Damas es modelo de metodología y trata en forma acabada, definitiva diría, un tema fundamental, comprobando fehacientemente que Boves no tuvo, ni podía tener preo-

cupaciones agraristas, ya que su papel se redujo a ser un simple garantizador de la propiedad y de los bienes reales"...

5. Criterio semejante expresa el destacado historiador francés Pierre Vilar, al comentar esta experiencia metodológica en comunicación privada (París, 20 de marzo de 1965): "Como usted, estoy absolutamente convencido de que las investigaciones directas en los Archivos son una cosa, y el entendimiento de la historia es otra cosa. Me ha pasado varias veces lo que a usted sobre la cuestión de Boves: intentar, a partir de los textos publicados, y sin investigación original nueva, 1) una crítica, 2) una síntesis, y llegar a la convicción de que las interpretaciones tradicionales no se ajustaban en nada a las posibilidades inmediatas de conocimiento. Así lo hice, yo que no soy medievalista, con la interpretación de la historia de Cataluña en la Edad Media. Pienso también en lo que nuestro colega Alvaro Jara en su libro publicado en francés *Guerre et societé au Chili,* donde, sin documentación nueva, da una visión absolutamente renovadora de los problemas coloniales del siglo XVI".

LA SUPUESTA EMPRESA ANTIESCLAVISTA DEL CONDE DE TOVAR Y LA FORMACION DEL PERSONAJE

(ESTUDIO CRITICO DEL TESTIMONIO DE HUMBOLDT)

Ya es casi un lugar común en la historiografía venezolana la utilización del pasaje de la narración del viaje de Humboldt relativo a la singular empresa antiesclavista del conde de Tovar. Se trata del párrafo final del capítulo XV del libro V. Allí describe Humbouldt aspectos del crecimiento de la población libre y del empleo de la mano de obra libre en las faenas agrícolas, en zonas situadas al norte del Lago de Valencia. Este testimonio ha servido de punto de apoyo casi único a dos concepciones de desigual significación: por una parte, sería prueba del espíritu progresista de un oligarca —y, por qué no decirlo, de la oligarquía—, según el punto de vista de Augusto Mijares ("El Proyecto de un Oligarca". *El Nacional,* 31 de mayo de 1966); por la otra, desempeña función semejante en algunas interpretaciones de la estructura económica colonial, según el punto de vista de Carlos Irazábal *(Hacia la Democracia.* México, Editorial Morelos, 1939, pp. 192-193) y Federico Brito Figueroa *(Ensayos de Historia Social Venezolana.* Caracas, Dirección de Cultura de la U.C.V., 1960, pp. 112-113; y *La Estructura Económica de Venezuela Colonial.* Caracas, Instituto de Investigaciones de la Facultad de Economía de la U.C.V., 1963, pp. 382-383).

Hacía ya mucho que, al detenernos incidentalmente en esta cuestión, con motivo de lecturas o de cursos, sentíamos la preocupación nacida del hecho de que el conde de Tovar pudiese pronunciarse en favor de la extinción de la esclavitud y, más todavía, la pusiese por obra, apenas dos años después del frustrado intento de Gual y España (la conspiración fue descubierta en 1797 y las observaciones de Humboldt son de febrero de 1800), cuya proyección antiesclavista contribuyó

a motivar una declaración de lealtad, de parte de la nobleza y los grandes propietarios de Caracas, a cuyo frente aparece precisamente el conde de Tovar. Mas, en el fondo esto podía ser explicado: el Conde habría reaccionado contra los "excesos" emancipadores de los conjurados. Pero aun así continuaba creándonos inquietud el hecho de que pocos meses después de la ejecución de José María España (8 de mayo de 1799), cuando al calor de los sucesos de Santo Domingo y de los propósitos antiesclavistas de los conjurados, se producía en el país una intensa reacción esclavista, pudiese un representante de la clase esclavista pronunciarse contra la esclavitud y trabajar por su extinción en forma abierta.

Unida a esta preocupación estaba otra: no habiendo indicios de que en alguna ocasión se pusiese en duda la cordura del conde de Tovar, no podía menos que sorprender el hecho de que la cabeza de la nobleza criolla, esclavista a ciencia y conciencia, emprendiese por sí y casi sólo por sí la lucha contra tan fundamental institución, precisamente en una zona de alta concentración de esclavitud. Más todavía, sorprende que tan quijotesco propósito se llevase hasta el extremo de que ..."ofreciese a los manumisos la facilidad de volverse hacendados"..., como reza en la versión del pasaje de Humboldt dada por Mijares. En suma, dos propósitos hasta tal punto antagónicos respecto de los intereses de la clase a que pertenecía el Conde, que aun en el supuesto de que éste desvariase, sus iguales no habrían tardado en ponerlo donde no pudiese constituir peligro para los ajenos intereses.

En otras palabras, suficientes dificultades como para inducirnos a una búsqueda documental con un doble objeto: establecer con exactitud el testimonio de Humboldt y evaluarlo críticamente.

DE TRADUCTORES

El primer conocimiento del pasaje de Humboldt lo tuvimos por la obra de Carlos Irazábal, ya citada. Allí se insertan dos fragmentos del mismo (pp. 192-193):

"»Nuestro huésped cuyo padre disfrutaba de 40.000 pesos de renta, poseía más tierras de las que podía cultivar, y las

distribuía entre las familias pobres del Valle de Aragua que querían dedicarse al cultivo del algodón. Procuraba poblar aquellas plantaciones de hombres libres que trabajando unas veces en sus casas y otras en las plantaciones vecinas, según les convenía, le proporcionaba [*sic*] jornaleros en el tiempo de las recolecciones. El Conde de Tovar, ocupado en los medios de destruir progresivamente la esclavitud de los negros en aquellos cantones se lisonjeaba con la esperanza de hacer menos necesarios los esclavos a los propietarios, y de ofrecer a los libertos la felicidad de ser arrendadores. Al partir para Europa había dividido y arrendado en porciones una parte de las tierras de Cura que se extienden al Oeste al pie del peñasco de las Viruelas. Cuatro años después, a su regreso a América, halló en el mismo sitio hermosos plantíos de algodón y un lugarcito de 30 a 40 casas, llamado 'punta de Zamuro', el que hemos visitado varias veces en su compañía... *Este ejemplo de división de terrenos ha sido seguido con muy buen éxito por otros propietarios fuertes*». (Subrayado por nosotros. — C.I.)".

Irazábal da la siguiente fuente: "A. de Humboldt, *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente,* París. En Casa de Rosa. 1826, págs. 320-321". De Irazábal tomó el dato Brito Figueroa, haciendo de los dos fragmentos uno solo (*Ensayos de Historia Social Venezolana,* pp. 112-113) y sin citar a Irazábal. Posteriormente, Brito Figueroa inserta sólo una parte del primer fragmento en su obra *La Estructura Económica de Venezuela Colonial* pp. 382-383), haciendo esta vez referencia a Irazábal.

Ahora bien, la edición castellana de 1826 merece de Eduardo Röhl, traductor junto con José Nucete Sardi de los tomos VIII y IX de la versión de Lisandro Alvarado, editada en 1941. (Caracas, Ministerio de Educación Nacional, 5 vols.), el siguiente comentario: "La traducción es anónima y tan pésima, mutilada y plagada de tan extravagantes errores, que el traductor, como si se diera cuenta de semejante atropello a uno de los monumentos de la bella literatura del siglo, tuvo a bien no estampar su firma". ("Nota de la Biblioteca Venezolana de Cultura", a la edición venezolana de 1941, vol. I, p. VIII).

Por su parte la versión que da Alvarado de los fragmentos citados por Irazábal revela considerables diferencias de forma y de fondo respecto de la versión castellana anónima de 1826: ..."Nuestro huésped, cuyo padre disfrutaba de 40.000 pesos de renta, poseía más tierras de las que podía desmontar; y en los valles de Aragua, las distribuía a familias pobres que querían dedicarse al cultivo del algodón. Trataba de llamar en torno de esas grandes plantaciones a hombres libres que, trabajando a su modo en el propio predio, o bien en las haciendas vecinas, le proporcionasen jornales al tiempo de las cosechas. Notablemente ocupado en los medios convenientes para la extinción progresiva de la esclavitud de los negros en estas comarcas, se lisonjeaba el conde Tovar con la doble esperanza de que se hiciesen menos indispensables los esclavos para el propietario, y de que se ofreciese a los manumisos la felicidad de volverse hacendados. En yéndose a Europa había dividido y arrendado una parte de las tierras de Cura que se extiende al Oeste, al pie del peñón de *Las Viruelas*. Cuatro años después, al volver a América, halló en aquel mismo lugar excelentes cultivos de algodón y un pequeño caserío de 30 a 40 casas que llaman *Punta de Zamuro,* que con frecuencia visitamos con él"... "Este ejemplo de arrendamiento ha sido felizmente imitado por otros varios grandes propietarios"... (t. III, pp. 93-94, en la edición de 1941, y t. III, pp. 75-76 en la de 1956).

Pueden advertirse, entre las dos versiones, las siguientes diferencias de importancia:

1ª Mientras la edición de 1826 dice que el conde de Tovar ..."poseía más tierras de las que podía cultivar"..., la de Alvarado reza: ..."poesía más tierras de la que podía desmontar"..., lo cual establece un matiz importante para la calificación de los contratos de arrendamiento.

2ª Dice la primera versión: ...Procuraba poblar aquellas plantaciones de hombres libres"... Y dice la segunda: ..."Trataba de llamar en torno de esas grandes plantaciones a hombres libres"...Es decir, de una a otra versión cambia el significado del proceso.

3ª Dice la primera versión: ..."El Conde de Tovar, ocupado en los medios de destruir progresivamente la esclavitud

de los negros en aquellos cantones, se lisonjeaba"... Dice la segunda versión: ..."Noblemente ocupado en los medios convenientes para la extinción progresiva de la esclavitud de los negros en estas comarcas, se lisonjeaba el conde de Tovar"... O sea, que de una a otra versión el supuesto propósito antiesclavista se ve disminuido. La segunda versión es menos radical que la primera.

4ª Dice la primera versión: ..."ofrecer a los libertos la felicidad de ser arrendadores"... Dice la segunda versión: ..."Que se ofreciese a los manumisos la felicidad de volverse hacendados"..., lo que sería, a todas luces, un despropósito.

5ª..Dice la primera versión: ..."Este ejemplo de división de terrenos ha sido seguido, con muy buen éxito por otros propietarios fuertes"... Dice la segunda versión: ..."Este ejemplo de arrendamiento ha sido felizmente imitado por otros varios grandes propietarios"..., lo que altera el sentido.

Tantas e importantes incongruencias y discrepancias nos llevaron a sospechar que el uso de versiones adulteradas pudo inducir a error a los investigadores, sugiriéndoles interpretaciones sin fundamento real o basadas en errores de traducción. Para disipar nuestra sospecha, nos dirigimos a la edición hecha por el título de *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent,* aparecida entre los años 1816 y 1831, y cuyo tomo V fue impreso Chez N. Maze, Librairie, Rue Git-Le Coeur, Nº 4, París, 1820. De esta edición dice Röhl que ..."fue copiada íntegramente de la edición primitiva"... *(op. cit.).* Ahora bien, con el doble objeto de establecer la versión auténtica de los fragmentos citados por Irazábal y de permitir su evaluación crítica, decidimos tomar todo el párrafo. Dice el original francés:

"Pendant notre séjour à Cura, nous fûmes de nombreuses excursions auz îles rocheuses qui s'elevent au milieu du lac de Valencia, aux sources chaudes de Mariara, et à la haute montagne granitique appelée *El Cucurucho de Coco.* Un sentier étroit et dangereux conduit au port de Turiamo et aux fameuses cacaoyères de la côte. Dans toutes ces excursions, nous fûmes gréablement frappés, je ne dirai pas seulement des progrès de la culture, mais de l'accroissement d'une popu-

lation libre, laborieuse, accoutumée au travail, trop indigente pour compter sur l'assistance des esclaves. Partout de petits fermiers, blancs et mulâtres, avoient formé des établissemens isolés. Notre hôte, dont le père jouit de 40.000 piastres de rentes, possédait plus de terres qu'il n'en pouvoit défricher; il les distribuait dans les vallées d'Aragua, à de pauvres familles qui vouloient s'adonner à la culture du coton. Il tâchait d'entourer ces grandes plantations d'hommes libres qui, travaillant à leur gré, tantôt chez eux, tantôt dans les plantations voisines, lui offaient des journaliers dans le temps des récoltes. Noblement occupé des moyens propres à éteindre progressivement l'esclavage des noirs dans ces contrées, le comte Tovar se flattait du double espoir et de rendre les esclaves moins nécessaires aux propiétaires, et d'óffrir aux affranchis la facilité de devenir fermiers. En partant pour l'Europe, il avoit morcelé et arrenté una partie des terres de Cura, qui s'étendet à l'ouest au pied du rocher de *Las Viruelas*. Quatre ans plus tard, à son retour en Amérique, il trouva dans le même lieu de belles cultures de coton et un petit hameau de 30 à 40 maisons, que l'on appele *Punta Zamuro,* et que nous avons souvent visité avec lui. Les habitants de ce hameau sont presque tous des mulâtres, des zambos et des nègres libres. Cet exemple d'arrentement a été heureusement suivi par plusieurs autres grands propiétaires. La redevance est de 10 piastres par *vanega* de terrain; elle est payée en argent ou en coton. Commne les petits fermiers se trouvent souvent dans le besoin, ils donnet leur coton à un prix très modique. Ils le vendent même avant la récolte, et ces avances faites par des riches voisins, mettent le débiteur dans une dépendance qui le force à offrir plus souvent ses services comme journalier. Le prix de la main d'oeuvre est moins cher ici qu'en France. On paie un homme libre qui sert de journalier *(peon)* dans les vallées de Aragua et les Llanos, quatre à cinq piastres par mois, sans la nourriture, qui est très-peu couteuse à cause de l'abondance des viandes et des légumes. J'aime à entrer dans ces détails sur l'agriculture coloniale, parce qu'ls prouvent aux habitants de l'Europe, ce qui depuis longtemps n'est plus douteux pour les habi-

tants éclairés des colonies, que le continent de l'Amérique espagnole peut produire du sucre, du coton et de l'indigo par des mains libres, et que les malheureux esclaves peuvent devenir paysans, fermiers et propiétaires" (pp. 152-155). Lo que en versión castellana literal, diría:

"Durante nuestra estada en Cura hicimos numerosas excursiones a las islas rocosas que se alzan en medio del lago de Valencia, a las fuentes termales de Mariara y a la elevada montaña granítica llamada *El Cucurucho de Coco*. Un sendero estrecho y peligroso que conduce al puerto de Turiamo y a los famosos cacahuales de la costa. En todas esas excursiones nos impresionó gratamente no digo sólo los adelantos del cultivo, sino también el crecimiento de una población libre, laboriosa, acostumbrada al trabajo, demasiado indigente para contar con el auxilio de esclavos. Por doquier pequeños arrendatarios, blancos y mulatos, habían formado establecimientos aislados. Nuestro huésped, cuyo padre gozaba de 40.000 pesos de renta, poseía más tierras de las que podía desmontar. Las distribuía, en los valles de Aragua, a familias pobres que querían dedicarse al cultivo del algodón. Trataba de rodear esas grandes plantaciones de hombres libres que, trabajando a voluntad ora en lo suyo, ora en las plantaciones vecinas, le proporcionaran jornaleros en época de cosecha. Noblemente ocupado en los medios adecuados para extinguir progresivamente la esclavitud de los negros en estas comarcas, el conde Tovar se lisonjeaba de la doble esperanza de hacer los esclavos menos necesarios a los propietarios y de ofrecer a los libertos, la facilidad de hacerse arrendatarios. Al partir para Europa, había dividido y arrendado una parte de las tierras de Cura, que se extienden hacia el Oeste, al pie del peñón de *Las Viruelas*. A su regreso a América cuatro años después, encontró en el mismo sitio prósperos cultivos de algodón y una pequeña aldea de 30 a 40 casas, llamada *Punta Zamuro,* que frecuentemente visitamos juntos. Los habitantes de esa aldea son casi todos mulatos, zambos y negros libres. Este ejemplo de arrendamiento ha sido felizmente seguido por varios otros grandes propietarios.

El canon es de 10 pesos por *fanega* de tierra, pagado en dinero o en algodón. Como los pequeños arrendatarios frecuen-

temente padecen estrechez, dan su algodón a un precio muy módico. Incluso lo venden antes de cosecharlo, y estos anticipos hechos por ricos vecinos colocan al deudor en una dependencia que le obliga o ofrecer con más frecuencia sus servicios como jornalero. Aquí el precio de la mano de obra es más bajo que en Francia. A un hombre libre que trabaja como jornalero *(peón)* en los valles de Aragua y en los Llanos, se le pagan de cuatro a cinco pesos por mes, sin la alimentación, que es muy poco costosa debido a la abundancia de carnes y legumbres. Me agrada entrar en estos detalles sobre la agricultura colonial porque prueban a los habitantes de Europa lo que desde hace mucho tiempo no ofrece dudas para los habitantes ilustrados de las colonias: que el continente de la América española puede producir azúcar, algodón y añil con manos libres, y que los infortunados esclavos pueden llegar a ser campesinos, arrendatarios y propietarios".

DE INTERPRETES

El pasaje de Humboldt que insertamos en traducción literal, conocido a través de dos versiones castellanas —la anónima de 1826 y la de Lisandro Alvarado—, ha dado lugar a tres interpretaciones historiográficas de desigual interés, pero ilustrativas todas, de lo que podría considerarse —con dispar intensidad— una grave falta metodológica, consistente en fundar una conclusión en una fuente no sometida a un tratamiento apropiado ni apreciada críticamente con el debido cuidado.

La primera de las interpretaciones de que haremos mención es la de Augusto Mijares, quien en reciente artículo, ya citado, utiliza el pasaje de Humboldt en la versión de Alvarado para presentarnos, refiriéndose a la sociedad colonial venezolana, ..."la aparición de una sociedad ilustrada e inquieta que resueltamente se adelanta a su tiempo, y que va a ser patriota antes de haber creado la patria, revolucionaria antes de haber proclamado la independencia y democrática antes de establecer la República". Todo para sacar la sorprendente conclusión de que ..."espontáneamente se había llegado a cierta parcelación de la propiedad rural, muchas veces

trabajada directamente por sus dueños"..., seducido seguramente por lo que según la versión de Alvarado era propósito del conde de Tovar: ..."que se ofreciere a los manumisos la facilidad de volverse hacendados", propósito tan fuera de tiesto que no puede dejar de inquietar, pese a todo, a Mijares, quien consigna su preocupación para de inmediato tranquilizarse acogiéndose a la autoridad de Humboldt como testigo: "Tan fuera de su tiempo y tan extraña a la clase social a que pertenecía el Conde de Tovar nos parece aquella audaz iniciativa, que si no la encontráramos ampliamente explicada por Humboldt nos parecería una de esas leyendas elaboradas posteriormente para adornar la historia". Es decir, lo que al fin y al cabo hace el académico historiador, apoyándose en una incorrecta versión del pasaje de Humboldt.

La segunda interpretación del testimonio de Humboldt lo convierte en precedente de una sana pauta de política agraria para el presente venezolano de 1939. Esto hace Carlos Irazábal (*Hacia la Democracia,* pp. 129-193), fundándose en el pasaje de la traducción anónima de 1826, que dice: ..."Este ejemplo de división de terrenos ha sido seguido con muy buen éxito por otros propietarios fuertes", y cuya versión correcta es: "Este ejemplo de arrendamiento ha sido felizmente seguido por varios otros grandes propietarios". Confundido por la versión incorrecta, Irazábal afirma: "Podemos demostrar las ventajas de la repartición de la tierra invocando una experiencia nuestra, enteramente venezolana. Se trata de una experiencia positiva relatada por Humboldt, vista por él, cuando visitó nuestro país a principios del siglo pasado"...

La tercera interpretación del pasaje de Humboldt la hace Federico Brito Figueroa, quien, como ya hemos dicho, cita el pasaje a través de la obra de Irazábal, o sea, que utiliza la versión de 1826. La interpretación de Brito Figueroa disiente de la de Irazábal: ..."lamentamos discrepar del autor [Irazábal], inspirador de la primera ley agraria de Venezuela, cuando considera el ejemplo mencionado por Humboldt como una experiencia de la democratización de la propiedad territorial, cuando en realidad era manifestación, simple y llanamente, del proceso de endeudamiento de la mano de obra

esclava"... (*La estructura económica de Venezuela colonial;* p. 383).

En efecto, el pasaje de Humboldt constituye un elemento muy importante en la fundamentación de la tesis del enfeudamiento de la mano de obra esclava, tal como la ve Brito Figueroa, primero en *Ensayos de Historia Social Venezolana,* y luego en la obra arriba mencionada. En los *Ensayos* (pp. 112-14), se transcribe el pasaje de Humboldt (es decir, fragmentos de la versión de 1826), en apoyo de la siguiente generalización: "La manumisión, que, por razones económicas favorables a los latifundistas, se observa en muchas haciendas, fue posiblemente la vía más importante en el proceso de *enfeudamiento* de un porcentaje de la mano de obra esclava"... (p. 112). En este caso, Brito Figueroa somete la cita a un tratamiento sólo perceptible mediante cotejo con el texto transcrito por Irazábal: mientras éste interrumpe el texto de Humboldt en la frase ..."que hemos visitado varias veces en su compañía", coloca puntos suspensivos señalando el corte, y reanuda con "Este ejemplo"..., ..."peñasco de Las Viruelas", y la reanuda *sin señal de supresión,* en "Este ejemplo" ...Ahora bien, en ambos casos se suprime la siguiente frase, referida a la aldea de Punta Zamuro, cuya fundación había resultado de la experiencia del conde de Tovar: ..."Los habitantes de esta aldea son casi todos mulatos, zambos y negros libres"..., es decir, pardos y negros libres. Si relacionamos esta frase con la referida a los ..."pequeños arrendatarios, blancos y mulatos"..., cuyo incremento se menciona al comienzo del pasaje de Humboldt, se nos revela una realidad que resta considerable fuerza probatoria a la fundamentación de la tesis sustentada por Brito Figueroa, al sugerir un proceso bastante diferente, como veremos.

Quizá comprendamos mejor la metodología seguida por este autor si consentimos una breve digresión para comprobar su funcionamiento. En la misma obra de que nos ocupamos, y a renglón seguido, dice Brito Figueroa: "Depons confirma las observaciones de Humboldt; el latifundista que manumitía una parte de los esclavos se libraba de los gastos relacionados

con su mantenimiento, y se aseguraba, por otra parte, una renta anual fija por el arrendamiento de las tierras y mano de obra en la época de cosechas"..., e inserta el siguiente fragmento de Depons: "La gente libre ["que en otras partes casi no hace nada", frase omitida por Brito Figueroa] aquí se dedica a trabajar, mediante un salario razonable, de suerte que el hacendado no ha de comprar sino muy pocos esclavos, únicamente los necesarios para el mantenimiento de la hacienda. En los trabajos extraordinarios, como la siembra, la limpia y la cosecha [,] se emplean jornaleros libres" (p. 113). Brito Figueroa da como fuente del fragmento de Depons la siguiente: pp. 421-422, de *"Depons, Francisco,* "Viaje a la parte Oriental de Tierra Firme", Caracas, 1930".

La mutilación señalada entre corchetes y la extracción del fragmento de su contexto cambian considerablemente el sentido del testimonio de Depons, quien en realidad se refirió a la excepcional condición de la población de Maracay y sus alrededores, en términos que no vemos cómo pueden relacionarse con lo afirmado por Brito Figueroa. Dice Depons:

"Al igual del pueblo [Maracay], sus habitantes son dignos de la admiración del observador. Nadie presume de alcurnia ni se envanece con las distinciones.

"La industria, la actividad, el trabajo, son base de sus sentimientos. Por una beneficiosa emulación la agricultura ha llegado a ser la pasión dominante de todos. Muchas haciendas de algodón, añil, café, trigo, etc., mantenidas con inteligencia y cuidado, son testimonio inequívoco de la laboriosidad de aquellos hombres y fuente de su bienestar. No cabe duda de que la mayoría de ellos han de ser Vizcaínos, pues éstos entre todos los españoles residentes en Tierra Firme, se dedican con preferencia a la agricultura. Los oriundos de Canarias les siguen las huellas, aunque no les igualan. Las hermosas siembras que atraen la mirada en los alrededores de Maracay, se extienden por todos los Valles de Aragua ya se llegue a ellos por Valencia o por las montañas de San Pedro, que los separan de Caracas. Allí se tiene la impresión de estar en otro país, en una comarca poblada por la gente más laboriosa y amiga de la agricultura. En las quince leguas de

Este a Oeste ocupadas por estos valles sólo se ven campos de frutos coloniales, regados con arte, molinos de agua y soberbios edificios destinados a la fábrica y preparación de los productos. Lo más notable, sin embargo, es la gran actividad que parece hija de aquella tierra, la gente libre que en otras partes casi no hace nada, aquí se dedica a trabajar mediante un salario razonable, de suerte que el hacendado no ha de comprar sino muy pocos esclavos, únicamente los necesarios al mantenimiento de la hacienda. En los trabajos extraordinarios, como la siembra, la limpia y la cosecha, se emplean jornaleros libres"... (pp. 421-422 de la edición de 1930) [1]. Pero, volvamos a Humboldt y su célebre pasaje. También lo inserta Brito Figueroa en su obra más reciente: *La estructura económica de Venezuela colonial* (pp. 382-383). En este caso se trata igualmente de la versión de 1826, y el fragmento comienza en: ..."Nuestro huésped" , y termina en... "Punta de Zamuro"..., sin supresiones. En este caso se invierte la relación entre Humbolt y Depons, y es el primero quien apoya al segundo, que figura con la misma cita que ya hemos comentado, aunque con supresiones señaladas y con un subrayado, que suponemos se debe a Brito Figueroa, destinado a hacer énfasis en el pasaje más conveniente a la tesis: el ...."*hacendado no ha de comprar sino muy pocos esclavos*"...

DE CRITICOS

Al comienzo de la parte dedicada a los *intérpretes* del pasaje de Humboldt señalamos el peligro de fundar una conclusión en una fuente no sometida a un tratamiento apropiado ni apreciada críticamente con el debido cuidado. Estas exigencias, válidas para todo el trabajo del historiador, lo son todavía más cuando se trata de elementos fundamentales en la construcción de la demostración o en la fundamentación de los criterios empleados para la formulación de la tesis. En estos casos cualquier grado de cautela es poco y si bien generalmente no es posible aplicar el precepto que aconseja llegar "hasta el original" de la fuente, sí cabe tomar razonables precauciones, posibles gracias a un tratamiento metodológico básico.

En el presente caos cabe hacer cuando menos tres observaciones de carácter metodológico: a) Una concerniente al establecimiento de la exactitud de la fuente: b) otra concerniente a ubicación del dato dentro de su contexto, y c) por último, una concerniente a la autoridad de Humboldt como testigo.
a) *Sobre el establecimiento de la exactitud de la fuente.* En el supuesto negado de que en el caso del pasaje de Humboldt, cuya función probatoria es fundamental en las demostraciones de los tres intérpretes mencionados, nos abstuviésemos de seguir el precepto que aconseja "llegar hasta el original" o lo más cerca posible de él, y más aún tratándose de una traducción (más grave todavía: citada de segunda mano, como en el caso de Brito Figueroa), la lectura crítica tanto de la versión de 1826, —empleada por Irazábal y Brito Figueroa—, como de la de Alvarado, —empleada por Mijares—, suscita una serie de interrogantes que razonablemente debieron inducir a la necesidad de establecer la exactitud de la fuente.

Tratándose de la versión de Lisandro Alvarado, cuatro cuestiones llamaron fundamentalmente nuestra atención:

1) La expresión ..."demasiado indigente para pensar en la ayuda de los esclavos"..., refiriéndose a la "población libre" cuyo crecimiento impresiona a Humboldt. Además de sugerir un apego excesivo al francés, la expresión permitiría pensar en pequeños propietarios, pues siendo el costo de los esclavos proporcionalmente mayor que el de la tierra, mal cabe pensar en la posesión de los primeros sin la de la segunda.

2) El uso del término "cortijeros", poco claro para el investigador de hoy, y cuyas acepciones. "Persona que cuida un cortijo y vive en él", y "Capataz de un cortijo", mal pueden esclarecer su significado en este caso: Lisandro Alvarado da la siguiente versión, utilizada por Mijares: ..."Por dondequiera habían formado establecimientos aislados modestos cortijeros, blancos y mulatos"... (p. 93), del pasaje de Humboldt que dice: "Partout de petits fermiers, blancs et mulâtres, avoient formé des établissemens isolés"... (p. 153), el cual, en versión literal, daría: ..."Por doquier pequeños arrenda-

tarios, blancos y mulatos, habían formado establecimientos aislados".

3) La expresión ..."trataba de llamar en torno de esas grandes plantaciones a hombres libres"..., nos hizo dudar acerca del sentido de todo el pasaje, pues más que sugerir un proceso de manumisión de los esclavos del conde de Tovar, sugiere la atracción de mano de obra libre, exterior a las posesiones del conde, a fin de contar con jornaleros.

4) Por último, la frase: ..."que se ofreciese a los manumisos la facilidad de volverse hacendados...", implantó definitivamente en nosotros la duda acerca de la exactitud de la fuente. Ya hemos anotado, al comienzo de este estudio, las razones que hacen aparecer semejante supuesto propósito del conde de Tovar como un verdadro exabrupto, *aunque* lo diga Humboldt.

Tratándose de la versión de 1826, también cuatro cuestiones nos hicieron nacer dudas acerca de la exactitud de la fuente:

1) Al decir de Humboldt que el conde de Tovar ..."poseía más tierras de las que podía cultivar"..., se le atribuye una perogrullada que no hace mucho honor al naturalista alemán. Sorprendente, y digno de ser anotado, habría sido lo contrario.

2) La expresión ..."Procuraba poblar aquellas plantaciones de hombres libres que trabajando unas veces en sus casas y otras en las plantaciones vecinas, según les convenía"..., etc., es sencilamente un tejido de absurdos: ¿En qué trabajarían, en sus casas? ¿Artesanos? ¿El altruísmo del conde de Tovar llegaba hasta procurar jornaleros a las plantaciones vecinas"?, etc.

3) Curioso sentido de felicidad tendría el barón de Humboldt para que en la época de exaltación de la propiedad hablase de "la felicidad de ser arrendadores"..., más todavía cuando él mismo nos ilustra sobre las estrecheces que padecían los arrendatarios. [2]

4) Las expresiones ..."Tiempo de las recolecciones"..., y "otros propietarios fuertes"..., sugieren escaso dominio de ambas lenguas, francés y castellano.

En suma, mucho más de lo necesario para alertar el espíritu crítico, si se consideran las versiones por separado, y para alarmarlo si se las coteja. La necesidad de establecer la exactitud de la fuente puede desprenderse, pues, de la consideración crítica de cada una de las versiones, y todavía más de la confrontación de las mismas.

b) *Sobre la ubicación del dato dentro de su contexto.* Los tres autores que han utilizado el pasaje de Humboldt no sólo han tomado de éste únicamente los fragmentos adecuados a su propia línea de demostración, sino que han interpretado tales fragmentos sin la debida consideración del contexto. Es decir, que en la operación de formación del dato establecieron la relación que debe existir entre el interés investigativo y la información ofrecida por la fuente, de manera bastante arbitraria, prescindiendo del influjo que el contexto del posible dato puede tener sobre el mismo.

Esto hace Mijares cuando detiene su cita de Humboldt en el supuesto propósito del conde de Tovar ..."de que se ofreciese a los manumisos la facilidad de volverse hacendados"... Como se aprecia en el texto íntegro del pasaje de Humboldt, existe una flagrante incongruencia entre la posible condición de *hacendado* y el género de actividad, descrito en lo esencial, practicado por los tales "hacendados", que no eran otra cosa que arrendatarios.

No es menos importante la tergiversación del sentido del pasaje de Humboldt observado en el uso que del mismo hacen Irazábal y Brito Figueroa. Cuando el primero deduce del fragmento que cita las ..."ventajas de la repartición de la tierra"..., incurre en un exceso, comparable al cometido por Brito Figueroa cuando hace que el mismo fragmento citado por Irazábal sirva para abonar la tesis sobre el ..."proceso de enfeudamiento de la mano de obra esclava"...

Considerado en su conjunto, el texto de Humboldt permite ilustrarnos sobre:

1) La comprobación del crecimiento de la población libre en zonas aledañas del Lago de Valencia. Esa población libre estaba constituida por arrendatarios blancos y mulatos. Es decir, una población libre que no tenía necesariamente su ori-

gen inmediato en la manumisión, si tomamos en consideración el crecimiento vegetativo de blancos pobres y pardos. Humboldt habla de pequeños arrendatarios blancos y mulatos. No menciona a los manumisos y esto no parece casual, pues poco antes, al hablarnos de la Hacienda Concepción, de los Uztáriz, cerca de la de Cura, del conde de Tovar, consigna lo siguiente: ..."Con vivo interés vimos la gran copia de casas aisladas en el valle habitadas por manumisos"... [3] (p. 80 del volumen II, de la edición de 1941). Es decir, cabe pensar que existía en Humboldt un "vivo interés" por lo concerniente a la esclavitud, la manumisión y la suerte de los manumisos. De ser así, ¿por qué no menciona a estos últimos al hablar de la población libre cuyo crecimiento le impresionó tan gratamente? Refiriéndose a la noble empresa del conde de Tovar, ..."ocupado en los medios adecuados para extinguir progresivamente la esclavitud de los negros en estas comarcas"..., lo veía alentado por ..."la doble esperanza de hacer los esclavos menos necesarios a los propietarios y de ofrecer a los libertos la facilidad de hacerse arrendatarios"... En cuanto a la primera esperanza, se realizaba mediante el arrendamiento de tierra a hombres libres que combinaban la condición de arrendatario con la de jornalero. En cuanto a la segunda esperanza, nada en el testimonio de Humboldt permite afirmar que su realización implicara la manumisión de los esclavos del propio conde, y más bien es posible colegir que se tratase tan sólo de ofrecer la posibilidad de hacerse arrendatarios *también* a los libertos y a los descendientes de libertos, como parte que eran de la población libre. Véase, en este sentido, que al hablar de la población de la aldea de Punta Zamuro, Humboldt menciona entre sus habitantes a los negros libres, cuyo origen no era solamente la manumisión ni se puede inferir que hubieran sido liberados por el conde. Toda la operación parece reducirse, pues, a probar que una explotación agrícola podía realizasre con mano de obra libre, o con un mínimo de mano de obra esclava, con lo cual se contrariaban tesis vigentes sobre la inevitabilidad de la mano de obra esclava, en razón de la naturaleza misma de los cultivos tropicales, como lo debate el propio

Humboldt al final del pasaje tantas veces citado, para lo cual hace una generalización: ..."y que los infortunados esclavos pueden llegar a ser campesinos, arrendatarios y propietarios". Esta generalización de Humboldt se refiere a la controversia sobre la necesidad de la mano de obra esclava, en su sentido más amplio, y a su supresión como una perspectiva posible. Mal puede inferirse de ella que el conde de Tovar fuese de los terratenientes que ..."manumitían una parte de sus esclavos, a veces sobre la base de cobrar posteriormente en servicio personal el precio de la "papeleta de libertad", y les arrendaban tierras marginales que requerían del trabajo humano para su valorización"... (F. Brito Figueroa, *Ensayos de Historia Social Venezolana,* p. 112). Generalización esta última basada por el autor mencionado precisametne en el testimonio de Humboldt, apoyado (?) por el de Depons.

2) Relacionando las primeras afirmaciones de Humboldt con la actividad del conde de Tovar, se observa que éste daba la tierra en arriendo a ..."familias pobres que querían dedicarse al cultivo del algodón"... Todo permite colegir que se trataba de la población libre antes mencionada, de la cual formaba parte un contingente de blancos, hecho este último que se reafirma si tomamos en consideración lo dicho por Humboldt más delante (Capítulo XVI) al tratar de la ciudad de Nueva Valencia, enclavada en la misma zona: ..."Muchos blancos de raza europea, los más pobres sobre todo, abandonan sus casas [en la ciudad] y viven la mayor parte del año de labranzas de añil y de algodón. Osan allí trabajar con sus propias manos, lo cual, según los prejuicios inveterados en este país, sería en la ciudad deshonroso para ellos"... (volumen III, p. 137, de la edición de 1941) [4].

3) Más todavía, esta idea se ve respaldada por la afirmación de que el conde de Tovar ..."trataba de rodear esas grandes plantaciones de hombres libres que"... O sea, atraer y fijar en torno a sus grandes propiedades parte de la abundante población libre, que habría de proporcionarle jornaleros en época de cosecha. Es decir, hasta ahora nada permite pensar que esos hombres libres serían esclavos de Tovar, manumi-

tidos. En todo caso, cabe pensar que de haber sido así hecho tan importante habría sido consignado expresamente por Humboldt.

4) La confusión se crea a partir de la frase: "Noblemente ocupado en los medios adecuados para extinguir progresivamente la esclavitud de los negros en estas comarcas"... Mas, reflexiónese sobre las dos esperanzas que el conde abrigaba en tal sentido: a) En primer lugar, hacer menos necesarios los esclavos, recurriendo a la mano de obra libre, en determinadas condiciones, lo que parecía bastante obvio dadas las circunstancias que imperaban en el mercado de esclavos y sus serias repercusiones en el régimen esclavista;

b) En segundo lugar, ..."ofrecer a los libertos la facilidad de hacerse arrendatarios"... Ahora bien, obsérvese que la adjudicación de los arriendos se hacía a "familias pobres" que formaban la población libre de pequeños arrendatarios, blancos y mulatos. Pero también a los libertos se ofrecía esta posibilidad, aunque no había sido concebida en función de ellos, ni siquiera en proporción predominante, pues al hablar Humboldt de la aldea Punta de Zamuro, formada como resultado de las prácticas del conde de Tovar, dice que: ..."los habitantes de esa aldea son casi todos mulatos, zambos y negros libres"..., lo que equivale a decir: blancos pobres, pardos y negros libres.

En suma, no hay base clara y precisa para afirmar, como parece hacerlo Brito Figueroa, que se trataba, *en el caso del conde de Tovar y tal cual lo relata Humboldt,* de una práctica de arerndamiento concebida y realizada en función de la manumisión de esclavos que pasarían a la condición de "campesinos enfeudados". En todo caso, parece claro que, aun sin que neguemos la posible existencia de tal proceso de "enfeudamiento", no es propiamente el pasaje de Humboldt el más adecuado para fundamentar semejante afirmación, menos aún para constituir un punto de apoyo principal.

c) *Sobre el prestigio de Humboldt como testigo.* En cuanto concierne al cuadro final de la Colonia, visto con el criterio historiográfico que hemos denominado "patriota", por su identificación con el sentido que tal calificativo tiene en la

historia patria de la Independencia, el testimonio de Humboldt es generalmente tenido por válido. Una que otra corrección hecha a toponímicos no altera sustancialmente la confianza puesta en el testimonio del naturalista alemán, ante el cual ha asumido la historiografía venezolana una actitud muy poco crítica.

No pretendemos, de ninguna manera, realizar tal crítica. Pero sí cremos oportuno hacer algunos señalamientos que conviene considerar en relación con la interpretación del pasaje de Humboldt que nos ocupa:

a) En el mismo capítulo XV que termina con el pasaje referido al conde de Tovar, se insertan muestras de las tradicionales prácticas esclavistas imperantes en la misma región o en las colindantes. Tal hace cuando describe la hacienda de caña de azúcar de don Fernando Key Muñoz, cerca de Las Adjuntas, y la de don José Manterola, en los Valles del Tuy. Lo que acentúa más aún el carácter de excepción del ensayo del conde de Tovar, y limita el alcance geográfico del dato —y, por tanto, su significación—, a la hora de hacer valoraciones generales referidas a estructuras y a sistemas socieconómicos.

b) El pasaje referido al conde de Tovar muestra, expresamente, una clara intencionalidad del testimonio. Se le destina a probar que la escalvitud no es una lacra necesaria de la colonia americana, y que ésta podía funcionar sin semejante lastre. ¿No es esto suficiente para inducirnos a tomar con cuidado el dicho de Humboldt de que: ..."Este ejemplo [del conde de Tovar] de arrendamiento ha sido felizmente seguido por varios otros grandes propietarios"..., expresión vaga, muy propicia al interés probatorio del testigo y contradictoria respecto de la existencia de las prácticas esclavistas tradicionales que el mismo viajero relata y, esto sí, en más de una ocasión? Como muestra del influjo que la intencionalidad del testigo puede tener sobre el valor probatorio de la fuente, conviene referirnos al empleo del calificativo "felizmente" *(heureusement)* aplicado a la práctica del arrendamiento por los grandes propietarios. En este caso "con éxito" y "por fortuna" convendrían casi por

igual, puesto que Humboldt parece tener interés en subrayar tanto el buen resultado de la operación como lo edificante de la tendencia.

c) Por último señalaremos la conveniencia de darle a Humboldt, como testigo, el tratamiento que a todo testigo cuadra, mas aún en razón de la vastedad y diversidad de su testimonio, en razón de su intencionalidad probatoria y, por último, dado el uso bastante extenso que hace de otras fuentes. En suma, tener presente la advertencia que de hecho formuló Francisco Michelena y Rojas al decirle al lector que en su obra: ..." Encontrará rectificados algunos graves errores del barón Humboldt, y graves, en la geografía física de la Guayana venezolana como en muchas de sus apreciaciones y asertos"... *(Exploración oficial.* Caracas, 1867, p. 28. Véase también p. 31).

* * *

Al cabo de esta confrontación de versiones de un pasaje de Humboldt, realizada con el objeto de determinar su influjo en la formulación de algunos conceptos relativos a la sociedad y a la economía de la Venezuela colonial, parece quedar en claro que el establecimiento de la exactitud de esa fuente obliga, cuando menos, a buscar nueva y más sólida fundamentación a esos conceptos, si es que han de sobrevivir. En todo caso, parece establecido que el tetsimonio de Humboldt, relativo a la supuesta empresa antiesclavista del conde de Tovar, no se ajusta propiamente a las interpretaciones que de él se han hecho con base en versiones castellanas incorrectas.

Caracas, julio de 1966.

(Publicado originalmente en el *Anuario* del Instituto de Antropología e Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, T. II, año 1965).

NOTAS

1. En vista de las numerosas incongruencias y hasta de los contrasentidos revelados por el cotejo de las dos versiones castellanas de los fragmentos de Humboldt, y del cotejo de éstas con el original francés, nos pareció necesario hacer lo propio con el fragmento de Depons. Así, cotejamos el fragmento tomado por Brito Figueroa de la traducción de Enrique Planchart, editada en 1930, con la edición francesa original de 1806. En esta ocasión, también, el cotejo reveló considerables diferencias de sentido, incluso una de mucha importancia. He aquí el texto original.

"Les habitants de ce village, au nombre de huit mille quatre cent, n'ont pas moins de droits à l'admiration de l'observateur. Aucun d'eux n'est entaché de la vanité de la naissance, ni de l'orgueil des distinctions.

"L'industrie, l'activité; le travail, en un mot, forme la base de leurs affections. Une heureuse émulation y fait de la culture la passion dominante. De nombreuses plantations de coton, d'indigo, de café, de blé, etc., faites avec intelligence, et entretenues avec soin, attestent d'une manière non équivoque combien ces hommes sont laborieux, et donnent la cause de leur aisance. On se doute bien que al plupart doivent être Biscayens; car ce sont, de tous les Espagnols européens, ceux qui, à la Terre-Ferme, s'adonnent le plus à la culture. L'originaire des Canaries suit bien leurs traces, mais ne va pas de pair avec eux. Les belles plantations que l'on voit avec enthousiasme aux environs de Maracay, s'étendent dans toutes les vallées d'Aragoa. Soit qu'on y entre par Valence, soit qu'on y arrive par les montagnes de San-Pedro, qui les séparent de Caracas, on se croit transporté chez un autre peuple, et dans un pays possédé par la nation la plus industrieuse et la plus agricole. On ne veit, dans l'étendue de quinze lieues est et ouest, qu'occupent ces vallées, que des denrées coloniales artistement arrosées, que des moulins à eau, que des bâtiments superbes pour servir à la fabrique et à la préparation des mêmes denrées. Ce qu'il y a encore de plus remarquable, est que cette grande activité paroît exclusivement attachée à ce sol. Les libres, qui ne font presque rien nulle part, travaillent dans les vallées d'Aragoa, moyennant un salaire raisonnable, et ainsi le propriétaire n'est forcé d'acheter que le petit nombre d'esclaves nécessaire à l'entretien des habitations. Les travaux extraordinaires, comme les plan-

tations, les sarclaisons et les récoltes, s'y font par des gens libres, payés tant par jour". (Vol. III, pp. 148-150).

Obsérvese el pasaje que dice: ..."Ce qu'il y a encore de plus remarquable, est que cette grande activité paroît exclusivement attachée à ce sol. Les libres, qui ne font presque rien nulle part, travaillent dans les vallées d'Aragoa, moyennant un salaire raisonnable"... Ese pasaje daría, en traducción literal, lo siguiente: ..."Lo que hay todavía más notable, es que esta gran actividad parece exclusivamente vinculada con este suelo. Los libres, que en todas partes casi no hacen nada, trabajan en los valles de Aragua por un salario razonable"... Es decir, trátase de un fenómeno que parece exclusivo de esta región, que no es sólo Maracay y sus alrededores sino los valles de Aragua. Desde este punto de vista, el testimonio de Depons, que se refiere a quienes ..."en todas partes casi no hacen nada"..., es decir, a los blancos, no puede de ninguna manera abonar la tesis del enfeudamiento de la mano de obra esclava, como lo pretende Brito Figueroa, y, en cambio, confirma lo dicho por Humboldt acerca de la multiplicación de la mano de obra libre, en parte formada por blancos pobres. Debe tenerse en cuenta, además, que cuando Depons se refiere al sector social formado por los manumisos y descendientes de manumisos, cuyo número calcula en 291.200, sobre una población total de 728.0000, emplea las expresiones ..."gens de couleur libres"... (vol. I, p. 262), y ..."hommes de couleur libres"... (*Ibidem,* p. 268). En apoyo del testimonio de Depons podemos citar el de Robert Semple. Este viajero inglés es autor de un *Bosquejo del estado actual de Caracas incluyendo un viaje por la Victoria y Valencia hasta Puerto Cabello, 1810-1811,* publicado en Londres en 1812 y recientemente traducido al castellano por José Nucete Sardi (Caracas, Ediciones del Grupo Montana, 1964). Semple se declara sorprendido por ..."el aspecto de Maracay"... "En general se vive aquí en un ambiente de prosperidad, o mejor dicho, de actividad, según pude apreciar cuando supe que el trabajo en este lugar lo efectúan braceros libres, pues los esclavos se utilizan muy poco para las labores principales de esta comunidad" (p. 80). La versión original (p. 88), dice: ..."We were struck yith the appearance of Maracai"... "and there is a general air of prosperity, and still more of activity, which I was puzzled to account for, untill I learned that works was here chiefly performed by free labourers, and the use of slaves for the great purposes of society, comparatively speaking, but little known". Hay indicios, que no hemos explorado, de que Semple pudo seguir en algún sentido la obra de Depons. En todo caso, obsérvese que no se relaciona a los trabajadores libres con los manumisos. Semple da varias noticias del uso de trabajo asalariado, e incluso asienta: ..."All work is done with the spade and the hoe, and chiefly by slaves. The lighter work is performed by Indians, and free

labourers, which last class is increasing rapidly"... (p. 113). O sea, en la versión de Nucete Sardi: ..."Todo el trabajo es hecho con la pala y la azada, generalmente por esclavos. El transporte es hecho por indios y por trabajadores libres, cuya clase está aumentando rápidamente"... (p. 100). La traducción de "ligter work" por "transporte" no parece acertada. Todo indica que el autor clasifica el trabajo agrícola en pesado y ligero o menos pesado. Este último estaría a cargo de un sector de jornaleros ("free labourers") que no se relaciona específicamente con un proceso de manumisión orientado a la formación de una clase de campesinos "eufeudados".

2. Incidentalmente señalemos que la atribución de esta peculiar concepción de la felicidad al barón de Humboldt, y el hecho de que la versión de Alvarado se emplee el término *facilidad,* en vez de *felicidad,* nos indujo a cotejar los fragmentos transcritos por Irazábal y reproducidos por Brito Figueroa con la edición castellana del *Viaje,* de 1826, de donde fueron tomados. El cotejo reveló omisiones, interpolaciones y errores de transcripción, al igual que permitió esclarecer, ¡y de qué manera tan insospechada!, la diferencia de términos antes señalada. He aquí los fragmentos de la versión castellana de 1826, en transcripción textual:

...."Nuestro huésped, cuyo padre disfrutaba 40.000 pesos de renta, poseía más tierras de las que podía cultivar, y las distribuia entre las familias pobres del valle de Aragua que querían dedicarse al cultivo del algodón. Procuraba poblar aquellas grandes plantaciones, de hombres libres que trabajando unas veces en sus casas, otras en las plantaciones vecinas, según les convenía, le proporcionaban pornaleros en el tiempo de las recolecciones.

"El conde Tovar noblemente ocupado en los medios de destruir progresivamente la esclavitud de los negros en aquellos cantose lisonjeaba con la esperanza de hacer menos necesarios los esclavos á los propietarios, y de ofrecer á los libertos la falicidad *[sic]* de ser arrendadores. Al partir para Europa había dividido y arrendado en porciones, una parte de las tierras de Cura que se extienden al oeste al pie del peñasco de las Viruelas. Cuatro años después a su regreso a América, halló en el mismo sitio hermosos plantíos de algodón y un lugarcito de 30 a 40 casas, llamado *Punta Zamuro,* el que hemos visitado varias veces en su compañía" ..."Este ejemplo de división de terreno ha sido seguido con muy buen éxito por otros propietarios fuertes"... (pp. 324-325). Amén de supresiones, interpolaciones y errores, el cotejo nos permitió observar que la disparidad de términos ¡se debe tan sólo a una errata de imprenta mal interpretada! En efecto, *falicidad* no es otra cosa que un empastelamiento de

facilidad, sólo que fue interpretado como felicidad, y aunque se hacía evidente una incongruencia respecto del sentido del contexto, no se advirtió la necesidad de comparar con la edición francesa original.

3. ...Nous vîmes avec un vif intérêt le grand nombre de maisons isolées, dans la vallée, et habitées par des affranchis"... (Libro V, cap. XVI, p. 132, de la edición de 1820).

4. ..."Beaucoup de blancs, de race européenne, sur-tout les plus pauvres, abandonnent leurs maisons et vivent, la majeure partie de l'année, dans leurs petites plantations d'indigo et de coton. Ils osent y travailler de leurs mains; ce qui, selon des prejugés invétérés dans ce pays, seroit avilissant pour eux à la ville"... (Libro V, cap. XVI, p. 230, de la edición de 1820). Sobre la existencia de un considerable número de blancos pobres que trabajaban la tierra con sus manos, en calidad de arrendatarios, seguramente, coincide el testimonio de Humboldt con el de Depons, que ya hemos visto se refiere no sólo a la ciudad de Maracay si no a ..."los Valles de Aragua"... La traducción de Planchart redujo el alcance geográfico del testimonio de Depons por la doble circunstancia de hallarse en el capítulo dedicado a Maracay, y por haber el traductor convertido la frase ..."dans les vallées d'Aragoa"..., en un simple "aquí".

PARTE II

ESTUDIO DE LA HISTORIA

ENTRE EL BRONCE Y LA POLILLA

A juzgar por numerosas y recientes pruebas, cabría pensar en rectificar el adagio. A los clásicos médico, poeta y loco, fuerza sería añadir una actividad cuyo ejercicio tiende a analizarse hasta la vulgaridad: la de historiador. Por mucho tiempo relegada a la condición de carrera semiliteraria de dudoso rendimiento económico —donde aún permanece para algunos—, la de historiador es una difícil profesión que soporta los asaltos cada vez más osados e irresponsables de quienes, perdida toda circunspección, se lanzan a hacer historia en el papel cuando o no pudieron hacerla en la vida o que por hacerla se ven rechazados al desván de los hombres usados. Contribuyen de esta manera, tales historiadores, a crear la angustia a veces desesperante de los que tratan de mantener la disciplina en el rango tan costosamente alcanzado. Quizás los poetas, cuyos predios aventajan a los del historiador como escenario de incursiones piráticas más o menos descaradas, sean los señalados para comprender y compartir esa angustia. Generales con o sin pasado militar; dictadores que todavía no se reponen del estupor que les causara un derrumbe aparatoso e insospechado; hombres de negocios en función de estadistas cuando negocios y Estado se confunden peligrosamente; *gansters,* confesos o no, pero mimados por la publicidad; para no hablar de los oradores de "esta ocasión solemne en que todos nos hallamos reunidos"; en suma, toda suerte de personajes parecen tener una meridiana conciencia de su obligación de vivir para la historia, pésele o no a ésta,, y nos inundan de memorias intranscendentes, de explicaciones de acontecimientos que ellos mismos no han comprendido, de detalles íntimos llamados a apuntalar desenfrenadas e ilusas ambiciones de ser recordados.

Nada extraño resulta que la preocupación científica por la historia se sienta urgida de preguntarse el rumbo a cada instante, deba verificarlo de inmediato y tenga que seguir un derrotero que exhibe la impronta de escollos de peligrosidad sumergida, cuya profusión antes reclamaría la mano serena de un piloto avezado que el entusiasmo de un novel navegante. Mas no hay lugar para pilotos de planta en la nave unipersonal de la formación intelectual. No quiere esto significar que carezcan de valor las experiencias de quienes con desigual felicidad conocieron los escollos antes que nosotros. Valen. Pero sólo cual puntos de orientación en un marear alterado constantemente por movedizos fondos al acecho. Llegado el momento de afrontar el riesgo se ve limitada la experiencia pasada —propia y extraña— a preceptos cuya transferencia ofrece a veces una dificultad extrema.

No se adquiere con el nombre de marino la condición de lobo de mar. Es una verdad al parecer sencilla que golpea duramente a los desapercibidos para arrostrarla. No sucede otra cosa con quienes, acabada o cerca de serlo una carrera universitaria, hacen alto para sacar un balance aunque sea ligero del camino recorrido. La conclusión a que llegan de inmediato no es alentadora: se ha emprendido la marcha sin el equipo y el entrenamiento apropiados. Mucho habrá que corregir —y hasta que improvisar en el apresurado sortear un lance— ya andando, de modo que no baste un guijarro para cerrar el paso.

Al confrontar las primeras cuestiones que plantea el obrar con la preparación recibida para resolverlas, se pone de evidencia la falta, durante el aprendizaje, de una adecuada representación —ni siquiera teórica— de los elementos problemáticos, y menos aún de las formas engañosas que suelen asumir. Pasados con bastante prisa por una enseñanza en la que se dan, a la vez, carencia de aplicaciones prácticas y ausencia de posiciones claramente definidas en quienes la imparten, los recién cocinados historiadores se sienten huérfanos de recursos. Nada sorprendente, pues, que de tumbo en tumbo acaben por renunciar a la lucha y ceñirse al marco estrecho de la sola docencia.

Escuchar interminables recitaciones cuyo supuesto interés se ve contrariado por técnicas pedagógicas superadas, o por falta de una preparación para la cual muchos de los encargados de decirlas o no están capacitados o no se muestran particularmente interesados, constituye el diario alimento de una vocación de historiador para la que la escuela se vuelve, de la encauzadora vocacional que debería ser, en desalentadora de vocaciones. De cuya terca resistencia sólo triunfan quienes durante el tránsito escolar encuentran alicientes marginales, o mantienen fija la mirada en la meta lejana y discutida.

El defecto de la preparación no radica, como podría creerse, en la disparidad de los criterios seguidos por los diversos profesores en sus cátedras. Todo lo contrario. Está en una uniformidad infecunda que se pretende mantener lo más incólume posible, según lo permitan las fluctuaciones de las fuerzas en el colegio de profesores. Es comprensible que haya pugna por el predominio de una u otra corriente historiográfica. Resulta inadmisible que se pierda de vista la necesidad de colocar al estudiante en situación de conocer las más diversas posiciones, de vivir esa pugna de otra manera que como pasivo auditor que sólo recibe versiones parciales, si es que no malintencionadas.

Ofrecer la oportunidad de que se conozcan las diferentes corrientes historiográficas expuestas por sus más calificados representantes, sería la mejor y más vívida escuela. La que en vedad prepare para autodirigirse fuera de ella. Temer que la disparidad de opinión y la crítica ejercida en el aula por los cultivadores de cada tendencia, desconcierten primeramente al alumno y lo hagan plantearse preguntas después, es creer que la aparente uniformidad escolar puede constituir de alguna manera el fiel reflejo de una realidad en que predomina la discordancia.

Dejando a un lado los aspectos intrincados de la orientación en el terreno de las corrientes historiográficas más elaboradas, quedan posiciones sencillas que no por ser tales están desprovistas de peligro para el estudiante de historia. Las consideramos más de cuidado que los conceptos difíciles de la historiografía, pues a éstos apenas se les roza en el período

escolar. Son las burdas, si se quiere, posiciones que con mayor frecuencia inducen a error, por hallarse en constante manejo tanto en la escuela como fuera de ella. De una de estas posiciones elementales nos ocupamos.

* * *

Dos polos y una gama de matices. Atracciones extremas y resbalosas situaciones intermedias. Uno de los polos está representado por la visión patriotera, parcial, elegíaca y antihistórica cuyo símbolo es el bronce de las estatuas. Esas de sombra propicia al follaje exuberante hasta la asfixia de una fraselogía tonante, y audaz hasta la pérdida de toda mesura, con que oradores profesionales y espontáneos abruman aniversarios y hacen irrisorios momentos que deberían ser de serena evocación. El otro polo está representado por quienes, en rechazo del bronce, proponen como base final la del análisis recortado, apegado a las fojas de los documentos hasta el punto de temer tanto a la soledad que no se aparta de ellas en nada y se consume, exagerando, en la mera presentación de fuentes. Su símbolo le está dado por la fauna de su reino archiveril: es la polilla.

Son puntos de partida de muy dispar valor. Sin embargo, mientras el primero pierde fácilmente todo crédito con el sólo perfeccionamiento de su tendencia, el segundo llegaría a la nada alentadora conclusión de suprimir al historiador para salvar el documento, al tomar un elemento de construcción por la construcción misma.

De allí que difícilmente encontremos hoy representantes puros de esta última tendencia. No sucede esto con los guardianes del bronce. Así, de los puros, los apóstoles del bronce con cierta frecuencia no se atreven a reclamar la calidad de historiadores o se conforman con la manoseada defensa de que hacen "una historia viva", en revolucionario contraste con la académica. En cambio, sus opositores, documentistas a ultranza, son de curso legal en las transacciones de la historia y penetran por una cooptación altamente selectiva y siempre alerta, en los apacibles y vetustos salones de academias cuya

misión cultural aristocratizante pertenece a un pasado definitivamente superado. Corporaciones que por el arcaísmo de sus funciones, persisten a la manera de cuerpos extraños, encajados en el organismo de sociedades vigorosas y plenas de ímpetu que revalorizan, con su diario construir y dar sentido a la historia, las reliquias de un pasado cambiado todavía de aliciente en lastre paralizante, inhibidor, como si no le bastara con haber tupido mentes a lo largo de más de un siglo.

En el día nadie reclama para sí la posición límite. Todos los historiadores se consideran a sí mismos colocados en la intermedia y emplean los extremos a la manera de proyectiles en una polémica que poco tiene por dar. De esta manera se crea un problema de dosificación, la resolución del cual conduciría, según creen algunos, al hallazgo de la fórmula mágica que permita brotar al historiador tipo, al hombre cuya ecuanimidad vigilante lo haga árbitro y unificador en la pugna de extremos de repulsión mutua más aparente que real.

¿Cómo encontrar esa fórmula? ¿Qué porcentaje de polilla y cuál de bronce deben entrar? Es lo que ubicaciones intermedias deberían dejar solucionado, pero que no hacen sino replantear. A poco que el discurso se eleve entra en terrenos donde le acecha el bronce con su metálica esterilidad. A su vez, el exagerado temor de ésta puede arrojar al historiador entre las diminutas y no menos aniquiladoras mandíbulas de la polilla, con lo que no pasaría de ser buen pastor de un rebaño disciplinado de fuentes históricas.

* * *

En el principio fue el bronce. En nuestras tierras el historiador parece haber surgido más de la necesidad de conservar glorias que de establecer y explicar hechos. Nada extraviado sería suponer relacionado este entusiasmo por el bronce con una necesidad hasta ahora presente en el hombre, la de situar en altos planos sus pasiones y preferencias. Odio o admiración, representados en los actores y en las vicisitudes de la vida diaria, parecen no poder prescindir del bronce para

llenar una función social, política u otra. Sólo así adquirirían poder aglutinador, ordenador de voluntades. Es la manera de proveernos, además, de vidas ejemplares complacientes con las necesidades de discursos de orden.

No pasa con el día la necesidad del bronce. Perdura. Para ello toma aspectos diferentes según el tiempo transcurrido. Siempre cumple una misión de actualidad, pues ofrece una magnífica oportunidad para ventilar en terrenos del pasado, y con un personaje que admiten "correcciones", conflictos del presente. No se acaban aquí las bondades del bronce. También tiene la de prestar su voz, es decir, su prestigio, a causas poco relevantes de un presente comprometido. El bronce sirve aquí de eficaz y oficial puntal de causas desacreditadas. Y nada asombroso resulta que, al pasearnos por nuestra historia americana, encontremos al mismo tiempo en los más apasionados e intolerantes exegetas del bronce los más odiosos ejemplos de negación actual de ese pasado de que tanto se abusa.

Es tradicional en dramas y comedias, cual toque definidor de prejuicios sociales en el caso de pretenciosas familias, el descubrimiento de alguna incómoda "mancha", que amenace sumergir bajo una gota de negrura el blancor que se tenía por bien preservado de indiscretas revelaciones.

Algo así, y no es burla, sucede con los cultores del bronce. En su bien guardado redil de hombres puros no hay cabida para borrones. Su quitamanchas histórico interviene sin tardanza para disipar hasta la duda surgida acerca de esas reputaciones consideradas incontrovertibles y que deben seguirlo siendo a toda costa.

Claro está que, aun dentro de esta manera acentuada de presentarlos, no todos los partidarios del bronce abrazan el dogmatismo de quienes deifican a los hombres del pasado, cual colonizadores del Olimpo criollo, y rechazan toda blasfemia como corresponde a severos sacerdotes. Digo de esos que consideran necesario completar el engolosinamiento religioso del pueblo con un culto paralelo —suerte de segunda religión—, rendido a hombres en quienes se personifiquen los más altos valores morales, para espejo y ejemplo de los

que se sientan inclinados a insurgir contra situaciones establecidas. No les importa que para ello deban efectuar el prodigio de poner hoy como freno valores sacados de la rebeldía de ayer. Así se invitará al díscolo a deponer su inconformidad saneando su espíritu en contacto con el desinterés y el patriotismo de los rebeldes y no conformistas fundadores de la patria.

De cualquier modo, les resulta duro renunciar a imágenes troqueladas según la perfección de los padres de la patria, a la imagen piadosa de patricios y grandes hombres, de modo que bien se incurre en el engaño de pretender ajustar sus figuras a marcos que en realidad nos pertenecen, destinados más a servir nuestros intereses de todo tipo que a encuadrar las propias dimensiones del objeto del culto. De ahí que se caiga en la tentación de quitarle a éste todo lo inconveniente y atribuirlo lo que siquiera medianamente pueda soportar. De ahí que luego de tan patriótico lavado, o de soportar el impacto de algunos "discursos alusivos al acto", queden totalmente inconocibles las figuras de los grandes hombres, dándose pie a la nada edificante duda de que o hicieron poco, tratándose de seres de naturaleza divina, o hicieron mucho a pesar de ser humanos.

A diario percibimos las retóricas emanaciones del bronce. Tanto nos hemos acostumbrado a ellas que casi siempre, instintivamente, las sepultamos bajo una buena porción de desprecio. Periódicos, radio, cine, todos se encargan de recordar que la adulterada y personalísima versión de la historia empleada como arma para el debate político, o como escaño para alcanzar jugosos frutos, es servida cotidianamente a manera de bazofia ideológica al pueblo, al que se pretende orientar y educar así en pro de "la solución de los grandes problemas nacionales".

Pero, debemos creer que no sólo a oradores de circunstancia ataca este mal. También lo padecen, aunque en forma más leve, no menos tenaz; sí más razonada, aunque no menos dañosa, hombres que, dignos de respeto por su labor intelectual, no han logrado inmunizarse.

* * *

Tenemos a la vista una interesante muestra de esta debilidad. Nos es dada por un episodio de la vida de Andrés Bello. el humanista. A su figura ha querido añadírsele una significación que sobrepasa los límites de su obra. Se ha pretendido erigirlo en ejemplo de probidad intelectual, con el fin de suscitar propósitos de enmienda en los que son acusados de olvidar su irrevocable compromiso con el impeercedero legado de la cultura, en beneficio de causas cuya transitoriedad se intenta hacer resaltar, contrastándola con la perennidad de la obra reposada y fecunda de quienes supieron cerrar sus oídos a los apremios del momento.

Todo porque, colocado el hombre, intelectual o no, en la obligación de definir con claridad la posición personal ante las contingencias políticas, le amenaza indudable riesgo que puede alcanzar a la obra misma, ya haciéndola imposible, ya impidiéndole cuajar en toda su plenitud. Sabida es la manera como muchos de los más destacados cerebros de la emancipación resolvieron el problema: Caldas en Colombia, Unanue en el Perú, Miguel José Sanz en Venezuela, y otros muchos, no vacilaron en asumir una responsabilidad que su clara conciencia hacía más imperiosa.

Ahora bien, Andrés Bello rehuyó esa responsabilidad. Hacer valer hoy, por sus defensores, el peso de una obra en la que no podía apoyarse entonces y de la que nada podía garantizar el advenimiento, no es convicente, y sí expresión de un vicio historiográfico muy difundido. De aceptar semejante razonamiento sería necesario lamentar que su ejemplo no fuera seguido por muchos cuyas vidas prometían realizaciones valiosas y que se vieron truncados o desviados por las exigencias de una contienda que no admitía vacilaciones. No ha faltado quien, de esta manera, invoque una fantasmagórica cita de Bello con el porvenir de la cultura americana para justificar su abstención, agravada hoy por una carta que en junio de 1813 dirigiera desde Londres a la Regencia española. Hela aquí:

Serenísimo Señor: Andrés Bello, natural de la ciudad de Caracas y ahora residente en Londres, tiene el honor de representar a V.A. con el más profundo respeto: que cuando

sobrevivieron en Caracas los desgraciados acontecimientos que han terminado en la ruina de aquel país, se hallaba el suplicante empleado en la Secretaría de aquel Gobierno y Capitanía General, donde había desempeñado los deberes anexos a su empleo a satisfacción de los capitanes generales Manuel de Guevara Vasconzelos, don Juan de Casas y don Vicente Emparan; que verificada la revolución de Caracas, continuó en la expresada Secretaría, que se incorporó entonces con la de la Junta revolucionaria; y que habiendo ésta determinado enviar una comisión a Londres, cerca del Gobierno de S.M.B., fue elegido el suplicante para servir de secretario a las órdenes de los diputados don Simón Bolívar y don Luis López Méndez.

"La conducta del suplicante durante esta época desgraciada no puede aparecer libre de toda culpa a los ojos de la severa justicia; varias consideraciones podrían con todo disculpar en alguna manera sus yerros.

"El suplicante no tuvo parte alguna en los movimientos y tramas que precedieron a la revolución; ninguna inteligencia con los promovedores de la primera Junta; ningún desliz, ni aun leve, mientras subsistió en Caracas el Gobierno legítimo.

"Las circunstancias en que se estableció en Caracas la segunda Junta (en abril de 1810) eran tales que pidieron fácilmente la opinión aun de los más fieles. El triste estado en que se hallaba la Metrópoli; el sistema de moderación que parecía distinguir las primeras providencias de la Junta revolucionaria y declarada adhesión al soberano legítimo de España, si no prestan bastante razón para purificar de toda culpa la conducta de los que continuaron en sus empleos y admitieron nuevos, la prestan a lo menos para considerarla en gran parte como producida por un error del entendimiento.

"El suplicante puede alegar también en su favor la notoria moderación de sus opiniones y conducta, que aún llegaron a hacerle mirar desafecto a la causa de la revolución; y cita en su abono el testimonio de cuantas personas le hayan conocido en Caracas, de las cuales no será difícil se encuentren muchos en Cádiz.

"En último, el suplicante hace presente a V. A. que no ha ejercido empleo ni comisión alguna bajo el Gobierno de Caracas desde la declaración de la independencia.

"El que representa, confiado respetuosamente en la favorable impresión que las razones expuestas hagan en el ánimo benévolo de V. A.; y acogiéndose al beneficio de la amnistía proclamada en Caracas, y sancionada plenamente por el supremo gobierno de España, tiene el honor de suplicar a V. A. se digne por un efecto de su augusta clemencia comprenderlo en la citada amnistía y concederle su permiso para regresar a cualquier parte de los dominios de V. A. o a las que V. A. tenga por conducente".

* * *

El ilustre escritor e historiador Mario Briceño Iragorry, a quien debe la historiografía venezolana obras de tan levantado mérito como *Casa León y su tiempo* y *El Regente Heredia o la piedad heroica,* dio a conocer esta pieza en su obra *El hijo de Agar.* Viene incrustada en breve artículo que el autor coloca con clara intención bajo el título de *La integridad de Bello.*

Mario Briceño Iragorry, que no ha rehuido la responsabilidad que su conciencia política le señala en la hora presente, se aplica a justificar la carta. Es lo que busca más que explicarla, como pretende, pues los términos de la petición y las circunstancias en que fue escrita —de auge de las armas realistas— hacen difícil toda explicación que no invoque la filiación conservadora, y poco favorable a la empresa emancipadora, de don Andrés. De lo contrario, nada ilegítimo resultaría pensar en un cálido apego a situaciones tranquilas que en día son cual pararrayos para violentas diatribas.

Llevar el empeño de preservar el bronce de don Andrés, de todo menoscabo por obra de asustadizos y "pacatos patriotas", hasta reducirlo a la condición de simple burócrata para luego elevarlo a la de "trabajador de la cultura" que "fue un moderado estudioso más que un entusiasta de la política", resulta excesivo. Así, en la clara y equilibrada prosa del autor

se entretejen unas y otras razones que lo llevan a afirmar rotundamente, que "contar la opinión de quienes pueden ver en este papel un hecho que ensombrezca la conducta del patriarca inmortal de nuestras letras, yo miro un abono más de su genial ingenuidad". *

¿Que Bello no fue nunca un entusiasta patriota dispuesto al sacrificio? Es verdad sabida, y su carta no hace más que confirmarla. Tampoco su pluma entró en lid por una causa que, cual otros hicieron, habría podido defender sin traspasar los linderos dentro de los que era maestro, como lo pudo cuando cantó al león de Bailén para glorificar la derrota del francés. Ahora bien, ¿desvirtúa esto la trascendencia de su labor humanística? Evidentemente que no. Ni patriota consecuente ni antipatriota militante, en momentos cuando ser patriota pedía mucho visión y entereza, Andrés Bello queda como un hombre que se mantuvo a distancia de la pelea, en actitud que si bien resultó propicia para su obra, lo invalida como paradigma de intelectuales. **

* * *

Por el bronce puede entenderse no sólo la metalización de un pasado glorioso, de que son ejemplos los cultos heroicos nacionales hispoamericanos, sino también la de una realidad actual en la que, depreciado, está al alcance de famas cortas o endebles que urden perpetuarse, con malas artes, usurpando longevidad al metal. Imponiendo de esta manera su recuerdo

---

* Las citas de este párrafo son del libro antes mencionado. Caracas, 1954, p. 163.

** Sobre la conducta política de Bello durante su estada en Londres se ha revelado recientemente su afiliación, junto con Luis López Méndez, a la *Sociedad de Caballeros Racionales* (Logia número 7), uno de cuyos principales animadores fue el argentino Carlos Alvear, según se desprende de una comunicación de éste para Rafael Mérida, en Caracas, fechada Londres, 28 de octubre de 1811, que fuera interceptada por un corsario al servicio de la Corona. ("Una sociedad secreta en Londres al servicio de la independencia hispanoamericana". *Boletín del Archivo General de la Nación.* México, Segunda Serie, t. VIII, números 1-2, 1967, p. 122).

gracias a la situación de facto —¡cómo abandonar viejos hábitos!— de una estatua que más que una gloria consagra un abuso de poder. A ambas acepciones paga tributo, dócil o resignadamente, esa historia anémica, pese a sus estruendos, que se fragua al amparo de presupuestos y colocaciones oficiales más o menos bonancibles para el historiador hombre, pero de tan nocivos efectos para la historia producto. En estos casos la dignidad salvada por el historiador guardaría razón directa con el pudor del mandatario. Base deleznable, si las hay, para erigir una construcción siquiera medianamente firme.

Es este otro terreno en que comparten dividendos poetas e historiadores. Con ventaja de los últimos desde que un gusto más depurado comenzó a tener por cursi el abrupto espetar un poema a la medida en la más antipoética situación. De ahí que el culto del bronce haya abandonado el reducido y personal campo de la emoción íntima de sacerdotes—cruzados de un pasado atiborrado de "varones ejemplares", para cambiarse en uno de los bien cuidados asideros de gobiernos poco a nada respetables. No resistimos aquí la tentación de señalar la comprometedora presencia de una constante: cuanto menos respeto —entiéndase, no temor— inspira un gobierno, más desemesurado e intransigente es el culto al bronce, en una innoble maniobra para suplir con brillo arrebatado disgustantes flaquezas. Son, en suma, harapos de gloria que buhoneros de la historia endilgan a quienes de ellos necesitan para encubrir una vergonzosa desnudez de buenas intenciones.

* * *

Como saludable reacción contra fuegos fatuos de positivo peligro para el trabajo del historiador, surgió en tierras de América, por obra de permanente reflejar ondas nacidas fuera de sus costas, la urgente comprensión de una necesidad: desbrozar los predios de la historia de yerbas de belleza atractiva pero infecunda.

Se acuñó de esta manera una actitud ante la historia que, de provechoso reexamen de la orientación historiográfica y

cuidadosa elaboración de fuentes, devendría en epíteto que se quiere infamante en boca de supuestos innovadores, impulsadores de una fresca marcha liberadora de la historiografía del yugo ciertamente asfixiante del fetichismo de la huella histórica. Contrarrestando excesos declamatorios, la obsesión documental llegó a cometerlos ella misma, aunque en sentido totalmente opuesto: convirtió al historiador en un mero recopilador y ordenador de fuentes que permanecen, después de pasar por sus manos, en espera de la fuerza capaz de desentrañar su valor.

Injusto sería, sin embargo, parangonar el mérito o el demérito respectivos del bronce y la polilla. Ante el reducido aporte del primero, en forma de alguna intuición brillante, el siempre sólido bagaje de la polilla permanece, salva del olvido, ordena, presenta datos y fuentes que poseen un valor propio. No quiere ello decir que subestimemos el peligro encarnado por la elocuencia del documento, siempre al parecer perfecta, que invita a sacrificarle todo el afán de comentario, o a reducir, éste, en injustificable exceso, a la nota ubicadora de la pieza. Pese a todo, esa manera de entender la historia ha dado resultados dignos de serena consideración. No por obra de sus más ortodoxos exponentes, sino por la de quienes supieron liberarse de la enmarañada trama de la caligrafía documental para alcanzar planos interpretativos considerables.

* * *

En verdad, no andan tan divorciados el bronce y la polilla. El absorbente culto de los héroes nacionales los acerca hasta unificarlos en una común tarea de desorientación historiográfica, al darnos de la historia de nuestros países una especie de versión mestiza de *Gulliver en el país de los enanos.* A Gulliver por época, esto no deja de ser cierto. Así, mientras los metalúrgicos de la historia se dedican a perfeccionar sus instrumentos de pulido, los devotos de la polilla aplican su esfuerzo, de tenacidad indiscutible, a seguir la huella del grande hombre hasta en su más rudimentarios actos. De esta manera, y escrutando siempre la historia para justificar y

sostener a toda costa —que no para explicar— el culto de hoy, se llega hasta presentir genialidad en las incontinencias de un simple muchacho malcriado. Se tornan los heraldos de una gloria que nada permitía suponer los que son actos sencillos y ordinarios en quienes no escalaron el monte Olimpo. Con este criterio, será condenado implacablemente el cabecilla reacio a someter la autonomía de su banda a la dirección de quienes vistos al ras de los tiempos no pasaban de ser los cabecillas de otras bandas, pero luego serían consagrados libertadores de México, Venezuela o cualquier otro país. Asimismo la insumisión de Manuel Piar a Simón Bolívar, basando su pretensión el primero en las propias victorias y en los sucesivos fracasos del segundo, nos es presentada poco menos que como un crimen de lesa patria. Se les condena, en última instancia, por no dar pruebas entonces de una clarividencia que administra hoy con desenfado cualquier escolar.

La seducción del bronce, perversamente manejada, bien sirve para encauzar hacia el embotamiento los ímpetus de una juventud en que desbordan fuerzas y deseos de medirlas con las dificultades de grandes obras. No importa que se les mate en embrión el sentido crítico. Al mismo tiempo se les hace sentir la amenaza de la polilla, mantenida de manera constante sobre las cabezas de los aprendices de historiador por quienes desnaturalizan el afán interpretativo y generalizador hasta convertirlo en pura retórica. El resultado de esa conjunción de factores es nefasto: perece toda inclinación a la investigación histórica que aspire a obra más considerable que el periodismo histórico, cuyas sonoridad y prestigio acaban por captar las inquietudes de los pocos que no se limitan al ejercicio del profesorado.

* * *

¿Cómo orientarse? ¿Cómo eludir a la vez el estéril vacío del bronce y la aplastante macicez de la polilla? ¿Habrán de resignarse, quienes llegan a la historia por la puerta nada franca de la inadecuada preparación escolar, con barloventear entre dos posturas que al cabo bien pueden ser sólo una?

No se trata de una elección que deba hacerse. Hemos visto que no se crea una disyuntiva en que se halle cogido el historiador. El bronce y la polilla son solamente la representación más grosera de algunos de los peligros que se corren al escribir historia. ¿Qué hay en el fondo de todo esto? Un llamado a la objetividad. Lo malo es que esta palabra anda como desnuda —en el parecer de muchos— si no se le antepone el calificativo de fría. Así, juntas, la fría objetividad vendría a ser para ellos la máxima virtud del historiador, su temperancia.

¿Puede ser la objetividad el fiel en la graduación del bronce y la polilla? Creemos que sí, sin que tengamos por necesario entrar en consideraciones de temperatura cuando tratemos de ella. Fría o vehemente, ha de ser la misma, aunque pueda observarse que muchas, si no la mayoría, de las obras maestras de la historiografía, tienden más al alegato vigoroso que a la apacible exposición. De ellas, los años llevan a desechar el aspecto polémico, caduco, dejando subsistir los sólidos fundamentos que las sustentaron.

Hay, pues, para el impulso y la fuerza una vía que no es la del bronce; como hay para la concienzuda labor documental una que no es la polilla. Es una actitud historiográfica que concede su parte al historiador, reconociendo así lo que es un hecho evidente: la estrecha relación que guardan obra y autor. Es un poco lo que escuchábamos de un maestro cuando, hablando de la historiografía de la antigüedad, al mencionar a Grote, exclamaba entusiasmado: "¡Es una obra magnífica, vehemente, muchos de cuyos capítulos cumplieron un fin inmediato, polémico, pero que perdura como una de las obras fundamentales de la historiografía sobre Grecia!".

(Publicado en *La Palabra y el Hombre,* Revista de la Universidad Veracruzana, No. 6, abril-junio de 1958, pp. 149-159. *Entre el Bronce y la Polilla.* Caracas, Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1958).

NUESTRA REVOLUCION FRANCESA

Sin que se llegue a pretender que la Revolución Francesa es un proceso sobre el cual todo ha sido dicho y los juicios están definitivamente establecidos, no es raro encontrar, en espíritus menos tranquilos que el supuesto, cierto encajonamiento conceptual que termina falseando el examen e impidiendo el acceso a conclusiones más acertadas.

No cuadra a investigadores o estudiosos de la historia de América esa actitud nada fecunda ante un hecho que —parece indudable— resulta de gran importancia contemplado desde el punto de vista de la historia nacional de los países hispanoamericanos. A poco que andemos en la historia de ellos tropezamos con estas utilísimas y a veces acomodaticias expresiones: *el espíritu de la Revolución Francesa, la ideología de la Revolución Francesa, la influencia de la Revolución Francesa,* etc., que intervienen oportunamente, cual las *oleadas de pueblos* de los antropólogos, cuando el análisis flaquea.

Fáciles de manejar —aunque esa facilidad en ocasiones permita pensar más en ligereza aliada de ignorancia que en conocimiento cabal del asunto— esas piedras de construcción de nuestra historiografía son casi siempre, podríamos decir, productos de demolición de la gran construcción que es la historia de Francia; piedras que se arrebatan a edificio ajeno para incorporarlas al propio sin ser muy exigentes en cuanto a la viabilidad de la argamasa empleada.

Para no hablar del historiador, limitándonos a la escala más modesta del estudioso de la historia, es indudable, y está plenamente reconocida, la necesidad de elementos adquiridos y definidos con claridad que sirvan de base a la generalización inispensable, sin la cual no puede haber trabajo histórico, ni estaría justificada la labor del historiador [1]. En países donde la historiografía es rica, tanto cuantitativa como cualitativa-

mente, la tarea resulta aliviada por la corrección que reiterados estudios sobre determinados temas logran alcanzar, proveyendo, en el peor de los casos, de algunas definiciones que facilitan la actividad del historiador y del estudioso. En consecuencia, la verificación de objetividad ve reducirse el campo en que deba aplicarse.

No sucede igual en nuestros países de América. Pero, antes de continuar, se hace necesario el expreso rechazo de tesis sin fundamento alguno que, bajo una cubierta pretendidamente sociológica, intentan achacar tal resultado a caracteres propios de razas o pueblos, concluyendo en la estulta afirmación de la *actitud latina ante el conocimiento,* cuya falta de rigor representaría algo así como un islote de la *fantasía oriental* en el *mar racional de Occidente.*

Si al estudiar la historia de América tropezamos con oscuridades a veces sorprendentes, o con tesis consagradas, repetidas tradicionalmente, que no resisten una crítica sagaz, ello no se debe tanto a los historiadores mismos —tomados individualmente— como al estado general de la historiografía y al nivel general de la cultura en que se sustenta. Imposible sería el trabajo del historiador si tuviera que detenerse en cada uno de los elementos que forman, no ya su conclusión, sino su discurso, para proceder a una cuidadosa verificación de objetividad. Esto, en Hispanoamérica, en la etapa actual de su historiografía, tiene necesariamente que dejarse tan sólo para los puntos fundamentales, con el correspondiente riesgo de error, y no creemos que haya historiador que haga otra cosa, porque se encontraría detenido por un muro infranqueable de trabajo previo al que no podría dar culminación en el espacio de una vida.

No obstante, serios y valiosos son los esfuerzos que, en forma de monografías, tienden a proveer la historia de América de bases —hoy aisladas— capaces de componer con la continuidad de su producción una plataforma que permita la elaboración de la síntesis histórica con menos dificultades, aunque no con menor porfía.

La posibilidad de utilizar para el análisis propio materiales por otros elaborados, encuentra en el caso presente un

obstáculo que nos parece insalvable: las diferentes realidades que sirvieron de escenario al fenómeno estudiado imponen, para el americano, la necesidad de observarlo desde puntos de vista distintos de los que preocupan al historiador francés, por ejemplo. Las preguntas que nuestra historia nos hace acerca de la Revolución Francesa no pueden ser satisfechas con respuestas de importación, entre otras razones, porquee o no las hay o no resultan apropiadas.

Estas consideraciones surgen al reflexionar sobre la Revolución Francesa *tal como sucedió en América.* Asunto de franceses —o afrancesados— sería la preocupación por tal tema si las palabras empleadas para designar esa transformación social le dieran el alcance limitado de una revolución en Francia. No sucede así, e inútil resulta demostrarlo. Esa revolución es asunto de muchos que nada tienen que ver con Francia, y asunto importantísimo de los franceses, cuya bibliografía al respecto crece cada día, enriqueciéndose, conduciendo la comprensión e interpretación de los hechos a niveles de precisión cada vez más acabados, más claros, más concluyentes; es decir, acercándose a lo que Marc Bloch consideraba objeto fundamental de la historia: proporcionar "una clasificación racional y una inteligibilidad progresiva" [2].

La Revolución Francesa sería, pues, asunto americano, por vía de repercusiones cuyo justo valor está aún por establecer. Lo que equivaldría a afirmar la necesidad de una interpretación americana de dicha revolución, hecha por historiadores americanos sobre la basee de un detenido estudio del proceso tanto en Francia como en América. Queremos decir un estudio directo, personal, de un período histórico que en ningún momento estuvo circunscrito a un solo país y cuyos resultados contribuyen a universalizarlo todavía más; pero guiado por una conciencia de americanos que resintieron esos efectos bajo formas a veces aparentemente contradictorias con las originales.

Hemos invocado la desemejanza de las dos realidades, la americana y la francesa, como obstáculo insalvable a una generalización sin embargo, presente en más de un autor, sustentada en más de una cátedra, que supone dos afirmaciones: la

de una equivalencia del *antiguo régimen* hispanoamericano y el Antiguo Régimen francés, y una igualación de las versiones nacionales de la emancipación de Hispanoamérica, a la que se adjudica la patente de revolución de manera bastante a la ligera.

La primera afirmación va implícita cuando se aplica el esquema de la Revolución Francesa a la emancipación de las colonias españolas de América, al hablársenos de una clase criolla que, alcanzado el poder económico, aspira al político y lucha por conseguirlo para completar su indiscutible predominio; tesis que sugiere las sostenidas por Sieyès en su famoso panfleto-programa político de la burguesía francesa [3]. La segunda afirmación tiene doble aspecto: se califica de revolución, sin distingos, a la guerra de independencia, y se uniforman sus características en una Hispanoamérica indiferenciada en sus partes, una que nunca ha existido. Esta tesis fue expuesta con soberana claridad por Tomás Mosquera en la convención de Ocaña de 1828, al responder a un adversario "que la diversidad de costumbres es pura imaginación, que en América, de México a Buenos Aires, todo es igual, hasta los resabios; que la revolución de independencia fue la misma dondequiera y que todas las nuevas repúblicas están pasando por idénticos trastornos, debidos a una mala administración que ya se trata de corregir" [4].

REVOLUCION EN FRANCIA ¿REVOLUCION EN HISPANOAMERICA?

Una afirmación y una pregunta. Veinte años de distancia y tentaciones de establecer similitudes que, al examen más cuidadoso, se muestran erizadas de peligros. Lo que llamamos revolución en Francia no parece prestar sin más ni más tan fecundo calificativo a lo sucedido en Hispanoamérica. Este nudo de nuestra historia ha contrariado las fuerzas y mañas de muchos historiadores. Desde la discusión, siempre apasionada, a veces enconada, entre hispanistas y antihispanistas, acerca de si en el proceso emancipador se trató de una guerra internacional, o si era civil, hasta las afirmaciones en ocasiones aventuradas, por no parecer apoyarse en sólida elaboración histórica, de que tuvo lugar una verdadera revolución; de una posición a otra, decimos, corre la necesidad de definir el concepto mismo de revolución. Si entendemos por tal, como lo hacemos, el trastorno radical y progresista del orden social que acarrea la superación de una etapa de la evolución de la sociedad, no es arriesgado concluir que sí hubo en Hispanoamérica una revolución cuando se trató de separarla de la Metrópoli. Pero, creemos constatar en ese tránsito diferencias que permiten sostener que si bien en algunos países, como Venezuela, la magnitud de la conmoción fue tan grande que causó la casi desaparición de una clase social —la de los criollos— y la liquidación, en la práctica, de la base esclavista de la economía, en otros países, como Colombia y Perú, no se llegó a resultados semejantes. Aún sería necesario conceder un lugar especial a México. Ya diremos por qué.

Así, consideramos posible hablar de revolución en Francia, aunque, como veremos más adelante, en realidad hubo varios movimientos revolucionarios englobados en un mismo proceso. Pero no de revolución en Hispanoamérica o de *Revolución Americana,* pues debemos referirla a casos concretos, insistiendo en que el fenómeno revolucionario no fue en modo alguno general a todo el continente, ni tuvo igual signo de uno y otro lado del océano.

Intentando resumir las fueras que condujeron, en Francia, a la revolución de 1789, encontramos dos sectores sociales que se enfrentaban. Hablamos de sectores, no de clases, porque en ellos militan contingentes de variada extracción social. Cabe advertir que este esquema inicial sufrirá decisivos cambios hasta llegar, durante la reacción termidoriana, a mostrarnos una burguesía presa de pánico entregada a una implacable lucha contra dos de sus antiguos aliados: los obreros y los artesanos.

En el campo capitaneado por la burguesía militan la naciente industria capitalista, condición de su juventud como clase, y una ideología que la representa, aunque no siempre sea fruto de la meditación sustraída al cálculo económico de los de su propia clase; que la representa, digamos, como símbolo de

ese hacer, inherente a su sentido transformador, cuyo ejercicio choca contra normas vetustas incapaces de resistir su embate.

Frente a este campo está el otro: privilegios feudales que se perdían en polvorientos archivos, pero que pesaban tercamente sobre las conciencias y los hombres. La posesión de la tierra, eje de su textura, se opone a otra riqueza, nueva, móvil y desprovista de más prerrogativas que las conquistadas por su poder adquisitivo, que no distingue mucho entre hombres, cosas y escrúpulos morales.

La necesidad vital de transformar, surgida de la propia dinámica de la burguesía como clase ascendente, se oponía a la no menos urgente de conservar que animaba a la aristocracia, incluidos en ella no pocos burgueses que junto con la tierra habían adquirido privilegios feudales en cuyo disfrute emulaban con los más atrabiliarios señores.

Fundar un orden nuevo, vale decir un depurado establecimiento orientado hacia la consecución de la felicidad de los hombres en sociedad —ese Eldorado de los pensadores del siglo XVIII— es la meta de la burguesía, al menos en lo ideológico, pues la realidad resultaría amarga para quienes no eran la burguesía sin ser la aristocracia. No debe olvidarse que la burguesía debutó como usufructuaria del Estado bajo los funestos auspicios del fusilamiento del pueblo de París en el Campo de Marte. Necesitábase destruir y crear. El instrumento sería la ley, esa mágica potencia que constituyó el hallazgo del siglo [5].

Comenzado bajo el signo de la evolución modificadora, el movimiento se convirtió luego en transformador, es decir, en auténtico proceso revolucionario en el que aparecieron brotes de sacudidas sociales para los que aún no había sonado la hora.

Apagados los fuegos en Waterloo, descargado Luis XVIII de los furgones prusianos, el retorno al pasado se revelará imposible. Restos de una aristocracia maltratada se verán obligados a pactar, por su propia salvación, con una burguesía que, aparentemente derrotada en los campos de batalla, era históricamente la vencedora.

Otro es el panorama en Hispanoamérica. La edificación social reposa sobre bases económicas que mucho varían de país a país. Observamos formas más o menos rudimentarias, todas superadas por la revolución industrial; aunque conectadas con ella, mediante el auge del comercio internacional, como fuentes de materias primas y como mercados. Esto último, sea dicho de paso, no fue poco lo que contribuyó a la fermentación social que precedió al 1810. Aquí podemos mencionar a la Capitanía General de Venezuela, país de economía agraria, latifundista, con base esclavista. En 1777 "la mano de obra esclava continuaba siendo la base fundamental de nuestra economía; de ahí que todo propósito de estímulo al trabajo de la tierra tuviera que partir de las facilidades para elevar el número de negros" [6]. Tan evidente necesidad es recogida en el pensamiento económico del Intendente Abalos, quien "consideró que el paso más importante para fomentar la agricultura era el de conceder todo género de facilidades para la compra de esclavos en los mercados extranjeros vecinos" [7]. Sobre esta base, caracterizadora por su importancia, se entretejen elementos e influencias económicas diversos que hacen imposible una definición demasiado sintética del régimen económico colonial venezolano.

En cambio, la Nueva España constituye ejemplo de país colonial donde, por razones que merecen tratamiento especial, el régimen económico evoluciona con bastante rapidez hasta que, en la segunda mitad del siglo XVIII, "la industria, a pesar de las leyes prohibitivas, crece considerablemente: a grandes pasos se desarrolla la vinícola, y la textil nace prácticamente en este tiempo" [8]. Sin olvidar que el eje estaba constituido por una industria extractiva, la minera, auspiciadora históricamente, en determinadas condiciones, de formas económicas a cuyo desenvolvimiento va aparejado el de la burguesía.

Ahora bien, considerando tan diferentes estructuras económicas hallamos un rasgo que las aproxima: la común oposición a un monopolio comercial —entre otros lastres— que obstruía su desarrollo y determinaba un malestar económico que "era como una lima sorda que iba rompiendo los lazos que

unían a la colonia con la Madre Patria". Pero, ahí acaba la semejanza. En la Capitanía General de Venezuela la oposición principal se daba entre los grandes propietarios de tierras, agricultores, y el comercio casi monopolizado por la Península, aunque no debe subestimarse el papel del contrabando como contrapartida salvadora. Así, los primeros llegaron a plantear "crudamente el antagonismo existente entre los intereses de la colonia [interpretados como los de su propia clase] y los de la metrópoli y llamaron a la población a dar por tierra con los "opresores", término en el que los autores de la representación designaban particularmente a los mercaderes peninsulares y coloniales, a quienes España favorecía con su régimen proteccionista" [10]. Se agita la reivindicación, predominante, de la libertad de comercio; no hay pugna apreciable por romper las trabas impuestas a la industria.

En la Nueva España, si bien existe una lucha parecida, pues "las trabas al comercio eran las que se mantenían con mayor rigidez" [11], en cambio, la reivindicación de la libertad de comercio va aparejada con la libertad de explotación agrícola e industrial. No es poco lo que este contraste, sin ser tajante, puede decir al análisis histórico. En él radicaría un comienzo de explicación de la tan disímil marcha que el afán emancipador seguirá en ambos países.

En Venezuela, la guerra de independencia, comenzada bajo el signo arriba señalado , sufrió alteraciones que al cabo determinaron un cambio revolucionario, como ya hemos dicho. No creemos posible afirmar que en la Nueva España ocurriera lo mismo. Antes bien, la insurgencia, originalmente orientada por igual contra los españoles y contra la supremacía económica de los criollos, sufrió un aplazamiento, en su contenido revolucionario, con el plan de Iguala, quedando planteado el conflicto para reanudarse a partir del momento en que la burguesía, más consolidada, pudo hacer lo que llamaríamos su revolución legal en 1856-1857, como preparación del golpe definitivo que asestó a la oligarquía terrateniente, pero encontrándose ya en capacidad de ponerse a resguardo del peligro entrañado en la participación popular.

EL ANTIGUO REGIMEN FRANCES Y EL ANTIGUO REGIMEN HISPANOAMERICANO

La actitud más cómoda: tomar de historiadores franceses juicios que luego se pretende incrustar en la realidad americana, ha sido hasta ahora, en general, la solución ofrecida por nuestra historiografía a este problema. Esta solución, aunque no del todo equivocada en cuanto a la consideración que se debe a tales juicios, se presta a errores que en nuestra opinión acaban por hacerla inadecuada. Porque, entre otras razones, la propia historiografía francesa apenas comienza, tras prolongados intentos, a liberarse de un fantasma que oscurecía bastante el análisis de la Revolución propiamente dicha. Tal fantasma es el Antiguo Régimen, como llaman los historiadores franceses al período anterior a 1789. Hallar en ese lapso todas y cada una de las raíces de todos y cada uno de los actos de la Revolución era una actitud que, por simplista, se pasaba de lógica, pues culminaba, por la obsesión de los orígenes, en privar de personalidad, digámoslo así, a un momento histórico bien definido: el de la revolución burguesa.

Ahora bien, si historiadores franceses daban a la Revolución ese carácter de réplica a todas las preguntas planteadas por el Antiguo Régimen francés, y, con esa visión de cuestionario, llegaban a conclusiones particulares, necesariamente referidas al Antiguo Régimen (y han considerado necesario cambiar ese enfoque), ¿qué sería permitido pensar de historiadores americanos que, tomando esas conclusiones y trasladándolas a América —en desafortunado trasplante— llegan, de hecho, a establecer una identidad entre el antiguo régimen francés y un antiguo régimen americano que en poco o nada se le parece?

Esa identidad se establece también cuando se repite la manida tesis de la relación causa-efecto que se pretende hallar entre la Revolución Francesa y la emancipación de Hispanoamérica. Debemos observar que, aun entre quienes sin percatarse de ello incurren en esa equivocación, difícilmente encontraríamos alguien que la sostenga de manera expresa.

Nada o casi nada de común había entre el estado social y económico de la América hispana y el de la Francia posterior al tratado de París de 1763. Para ésta se abría un período que tendría como característica fundamental la de una profunda renovación económica. Tal fue su intensidad que en la agricultura se le ha llamado —exageradamente— revolución agraria; mientras la manufactura al trocarse en industria capitalista constituiría el fermento de todo el sistema económico, determinando un cambio en la estructura social. La burguesía francesa que en 1789 se enfrenta a la aristocracia terrateniente —no a la monarquía, que parecía estar por encima de todo juicio, y en ello los burgueses franceses de comienzos de la revolución no aventajarían a los primeros insurgentes americanos— había venido acumulando fuerzas a lo largo de todo un accidentado camino en que su peso específico como la clase más pujante se revelaría de manera indudable. A la par de este desarrollo corría el de una nueva clase, ya bastante numerosa para el momento del estallido, cuya participación en la revolución no pasaría inadvertida: el proletariado urbano.

En Hispanoamérica, en cambio, el crecimiento seguía diferentes cauces. Mientras en los países de economía de base esclavista la prosperidad se mostraba como aumento de la producción ya tradicional, con medios que casi ninguna innovación presentaban y sin modificación substancial de la estructura de la sociedad, en los que se situaban en una etapa económica superior, como México, formas nuevas venían a plantear con su desarrollo una aguda contradicción con las normas jurídicas.

Surge aquí una cuestión difícil e interesante. Se trata del origen de la burguesía mexicana. Nos inclinaríamos a pensar que, partiendo de un substrato histórico-económico más favorable y mejor dispuesto para su aprovechamiento debido a la abundancia de mano de obra y a la acumulación extraordinaria de riqueza que estas condiciones permitieron, la burguesía sería identificable ya en la segunda mitad del siglo XVIII. En este orden de ideas, quizá no resulte demasiado aventurado ver en Lucas Alamán la personificación de este

proceso, al apreciar en su pensamiento —y en su actividad— una curiosa amalgama de posiciones arcaicas con otras renovadoras que lo hacen, a la par que ejemplo de ese tránsito social, heraldo de una victoria indudable de la nueva clase sobre todo lo que entorpecía su camino.

Pero, aun admitiendo la presencia nítida de una burguesía naciente en el orden social de la Nueva España, ¿cabría por ello pensar alguna forma de igualdad entre los sucesos revolucionarios franceses y la guerra de emancipación mexicana? No lo cremos posible. El curso de esta última no permite afirmar que esa clase —recién llegada en la Nueva España, plena de madurez en Francia— asumiera su dirección en algún momento. Antes, por el contrario, sus breves ardores insurgentes se apaciguaron ante la imponente tromba que propiciaba la actuación de la masa indígena y se acogió a una prudente alianza con las mismas fuerzas que pensara combatir.

LA REALIDAD OBJETIVA: LA ESTRUCTURA SOCIAL Y ECONOMICA

Los fenómenos históricos, aun los más específicos, adquieren distinto significado desde el momento en que sus repercusiones se producen en condiciones diferentes de las originales. Esto quizá resulta más claro en el caso de los productos ideológicos de esos fenómenos. Su traslado a otras tierras, no sometido a la voluntad de hombre alguno, sino a factores objetivos que a su vez condicionan y transforman la expresión de esa influencia, no siempre se realiza en circunstancias óptimas para el mantenimiento de sus características primitivas. Contrariamente, tiene lugar un intrincado proceso en que la interacción entre ideología importada y realidad objetiva produce un estado de resultados muchas veces autorizados para reclamar el calificativo de originales. Tan vaga parece su relación con el punto de partida.

Esta realidad objetiva no es sino la estructura de clases de la sociedad y su base económica. Sólo una clara comprensión de estos factores puede permitirnos calibrar la posibilidad de

que alguna corriente ideológica derivada de la Revolución Francesa pudiera desempeñar algún papel orientador en la emancipación de Hispanoamérica. Debemos aclarar que, como veremos más extensamente en otra parte de estas reflexiones, no se trata de encontrar huellas de ese pensamiento en discursos y proclamas, sino de constatar hasta qué punto trascendió a los hechos.

No estaría de más señalar que en esta tarea nos acecha un peligro que concretaríamos así: *en el principio fue la burguesía.* El que ésta haga remontar su origen al de nuestra vida nacional, no es pretensión pequeña, pero tampoco insólita, si pensamos que los ideólogos de la burguesía francesa no han vacilado en confundir el de la libre empresa con el del humanismo.

Quizá sea el punto que atañe al análisis de las clases el menos claro de nuestra historiografía. El manejo del concepto de clase social y sus consecuencias, instrumento valiosísimo para la comprensión de los hechos históricos, presente ya en la obra de los grandes historiadores de la Restauración francesa Guizot y Thierry [12], parece encerrar dificultades extraordinarias para los historiadores hispanoamericanos. A muchos de ellos es el rechazo irrazonable y en bloque de la corriente historiográfica materialista lo que les impide el acceso a ese instrumento de trabajo inapreciable, o les hace *caer* en una mistificación: despojar a la noción de clase social de su *contenido materialista* y substituirlo por otros que no logran alcanzar el valor general imprescindible en tales casos. Porque, nos preguntamos, como estudiantes de historia ¿puede satisfacernos un instrumento de investigación aplicable sólo al momento para el cual fue creado?

La gama es rica en este punto: abarca desde los que sucumben a la tentación de pintarnos una sociedad colonial dividida en órdenes o en grupos que de alguna manera respondan a ese anticuado esqueleto social, hasta los que emplean la más moderna terminología —con bastante ligereza, por cierto— y nos hablan de burguesía y proletariado, como lo hacen Mario Briceño Iragorry y Juan Uslar Pietri, en Venezuela [13], y el propio Luis Villoro en México.

En el primer caso, la clasificación en órdenes, ya definitivamente condenada por historiadores franceses [14], facilita la introducción, en la historia de Hispanoamérica, de dos temibles contrabandos: el del paralelismo de la llamada revolución americana y la francesa y, en cierto modo consecuencia del anterior, el de situar a la sociedad colonial en un feudalismo más o menos impuro a comienzos del siglo XIX.

Ante semejante posición cabría decir, como lo ha sido para Francia, que "la complejidad de la estructura social de la sociedad del antiguo régimen permite darse cuenta de las peripecias de las luchas de clase durante la revolución" [15]. Nada más sencillo que hablar de un feudalismo americano a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX cuando se interpreta la sociedad colonial con criterio de alguna manera inspirado en la organización en forma de estados, puesto que "está claro que esta división formal de la sociedad no era sino un ropaje con que se revestía la auténtica estructura de clase. La concepción de una sociedad estratificada en órdenes no es sino una superestructura propia de esta etapa feudal del desarrollo social" [16].

De esta manera vemos cómo Luis Villoro [17] nos proporciona una curiosa clasificación de las clases de la sociedad colonial novohispánica que parece obedecer al criterio siguiente: el grado de dependencia que guardaban respecto de la metrópoli. Tal punto de partida, que creemos inspirado en cierto sentido en la noción del orden social, le permite presentar una clase tan extrañamente formada como la que designa con el nombre de "clase trabajadora", que comprende a "los rancheros y labradores de las grandes propiedades rurales, los obreros de las minas e industria, los artesanos, los curas de ínfima extracción social, los miembros de las antiguas comunidades indígenas, en una palabra, todo el proletariado [sic] urbano y rural". Podría preguntarse si la norma aplicada por Villoro a la estructura social anterior a la independencia conserva algún valor cuando, después de abolida la subordinación a la metrópoli, las clases continúan existiendo.

Considerando las expresiones ideológicas de la Revolución Francesa y sus repercusiones americanas, las preguntas que surgen, forzosamente, son tan diversas y arduas de responder que constituyen otras tantas pruebas de la urgencia del estudio señalado en nuestra introducción. Veamos: al decir Revolución Francesa ¿a qué nos referimos en realidad? Los historiadores que la han estudiado más de cerca creen discernir no una, sino varias revoluciones escalonadas en un tiempo no menor de 10 años. ¿Se trata de la revolución jurídica y burguesa de 1788-1789? ¿De las revoluciones populares de agosto-octubre de 1789? ¿De la de la Convención girondina, montañesa o termidoriana? La respuesta, como se ve, se hace difícil si consideramos la complejidad del fenómeno. No obstante, sí es posible hablar de la Revolución Francesa, así, en conjunto, pues al cabo de diez años agitados se formó una resultante, indudable, que da fisonomía a todo lo anterior, que lo define. Cabe señalar, sin embargo, que esa resultante no surge de inmediato, ni en un trance sencillo que tomase corto número de años, lo que haría imposible su influencia en movimientos de liberación que nacían cuando recién cesaba el aspecto episódico de la Revolución Francesa y se iniciaba apenas la sedimentación necesaria al fraguado de la conclusión. Entonces, ¿cuál de estas etapas tiene más directa repercusión en América, para que podamos hablar de influencias de la Revolución Francesa? La pregunta nos parece tanto más interesante cuanto que la respuesta puede llevarnos a retardar en varias décadas la verdadera y exacta influencia de la Revolución Francesa en Hispanoamérica.

Tocamos aquí un aspecto fecundo: la probabilidad de que existieran contactos estrechos entre algunas etapas del proceso revolucionario francés y algunas de las intentonas emancipadoras hispanoamericanas anteriores al 1800. La investigación de esta posibilidad puede arrojar mucha luz sobre el carácter definitivo del movimiento posterior, que no fue, en modo alguno, un acto súbitamente surgido, sino más bien un lento

madurar, con estallidos prematuros, desencadenado en forma crítica y terminante por un vigoroso estímulo. El examen de esos estallidos prematuros nos revela un poco el secreto de la organización de las fuerzas, del deslinde de campos, de la toma de posiciones de las clases antes del combate.

En este aspecto la historiografía venezolana ofrece un importante material. Entre otros casos, Casto Fulgencio López [18] proporcionó recientemente interesantes datos acerca de la conspiración revolucionaria de Juan Picornell, Manuel Gual y José María España, en Venezuela, en 1797. Las ideas que corrían en los planes y proclamas de la conspiración —de fuerte contenido revolucionario francés—, y las clases en que se reclutó a la mayoría de sus actores, hacen que resulte nada asombroso oír al Dr. Francisco Espejo —prócer de la independencia 13 años después— hablar de ella en un informe al gobierno colonial como del "horroroso atentado de substituir a la Real Corona la dominación de esta provincia, erigiéndola en república libre e independiente" [19], mientras que varios de los nobles terratenientes criollos que sostendrían la independencia en sus comienzos, "se apresuraron a ofrecerle al Capitán General sus vidas y haciendas, y propusieron armar compañías de milicias a su costa para la defensa del gobierno"... pues... "en todo caso no querían aún la revolución sino de un modo que no destruyese sus privilegios oligárquicos" [20]. Esta actitud de los criollos venezolanos ante una auténtica amenaza revolucionaria no está muy lejos de la asumida por los criollos mexicanos cuando armaron a Calleja en Zacatecas para aplastar un peligro parecido [21].

VIABILIDAD DE UNA INFLUENCIA IDEOLOGICA

Otra pregunta, de no menos interés, podría ser ésta: ¿En qué medida responden los primeros gestores de la independencia americana a la influencia ideológica revolucionaria francesa? Lo que permitiría formular dos preguntas todavía: ¿De qué ideología hablamos al referirnos a la de la Revolución Francesa? y ¿tratábase de una influencia consciente o no, predominante o no?

No cabe duda de que las diferentes etapas de la Revolución Francesa están íntimamente ligadas a expresiones ideológicas que, como las etapas mismas, están en abierta contradicción unas con otras. Así, pues, ¿cuando hablamos de esta influencia ideológica en la emancipación de Hispanoamérica nos referimos a la expuesta en la Asamblea Legislativa? ¿En la Convonción? ¿A la que el verdugo Sanson pretendió cortar junto con la cabeza de Babeuf? ¿A la vehemente defensa de los intereses del pueblo que informaba el verbo combativo de Jean-Paul Marat?

A decir verdad, las más de las huellas que encontramos son de corrientes ideológicas anteriores a la Revolución Francesa. A veces opuestas a ella, según el desarrollo revolucionario tenía lugar, en opinión de algunos, pero que, no obstante, se señalan como responsables parciales del estallido de 1789. Se trataría, incluso, de ideas que, como las de Rousseau, chocaban en muchos aspectos con la orientación de la Enciclopedia. De esta manera, la influencia en cuestión sería más la prerrevolucionaria que la propiamente revolucionaria, cuando menos para el tiempo de las guerras de independencia. Sorprende ver, confirmando lo anterior, cuán contrarios eran a la Revolución Francesa —representada para ellos por la Convención del 93, plena de aspiraciones populares— a la que veían como una especie de flagelo devastador y corruptor, muchos de los principales actores de la indepedencia americana [22], contra los cuales, todavía en 1830, tuvo que levantarse la palabra esclarecedora y valiente de Simón Rodríguez, para justificar el Terror, con extraordinaria perspicacia de filosofía política, refiriéndose a la tesis de la salvación nacional, cosa que por su carácter sangriento chocaba particularmente a los libertadores americanos, los mismos que, por otra parte, habían aplicado el terror con mano maestra en más de una ocasión, pero sin que se mostrasen gustosos en reconocerlo. Dijo Rodríguez:

. . . "La república se sostuvo —si debió, o no, sostenerse la república, es punto discutible—, el fallo en su contra condenará a los jefes por haberla defendido; pero no por los medios que emplearon para defenderla" [23].

Es importante detenerse en esto. Los "rusonianos" americanos sostuvieron con bastante consecuencia el repudio de la violencia, ejercida por el cuerpo social, como expediente para mantener y realizar sus fines. ¿No fue una reacción contra ese modo de pensar el alegato de Bolívar en el Manifiesto de Cartagena contra la que tildaba de república de los ilusos, o sea la Primera República Venezolana? Sin embargo, ese aborrecer la violencia en función de defensa del interés general no concuerda con el pensamiento del maestro, que llegó a afirmar:

"A fin de que este pacto social no sea una fórmula vana, encierra tácitamente este compromiso, único que pueda dar fuerza a los otros: quienquiera que se niegue a obedecer a la voluntad general, será obligado a hacerlo por todo el cuerpo. Lo que no significa otra cosa sino que se le obligará a ser libre" [24].

¿Era otro, en esencia, el argumento esgrimido por la Convención montañesa?

Las ideas que al parecer influyeron más sobre los primeros pensadores políticos americanos fueron las de Rousseau. Su huella está esparcida en muchos de los encendidos discursos o juiciosos artículos con que tribunos y publicistas intentaron justificar históricamente el trascendental paso que habían dado al declarar la independencia. Pero, ¿son esas huellas una razón bastante para considerar el discurso o pensamiento en cuestión como muestras del pensamiento "rusoniano"? ¿No se requiere llenar una condición de sistematicidad, de compenetración íntima de la estructura del pensamiento y de la acción con la tesis filosófica tomada como referencia, para poder concluir apropiadamente la filiación intelectual del personaje? Y, establecida ésta, ¿no faltaría fijar su grado de trascendencia a la acción y a las masas del pueblo? Las huellas podrían ser simples aditamentos librescos, mal digeridos, hasta equivocados en su comprensión, injertados en el discurso por la necesidad de fundamentar una acción, nada clara en la mente de quienes la veían de modo menos simple que como el sencillo acto soberano de un grupo de individuos que proclamaban su independencia porque estaban dispuestos a de-

fenderla con sus vidas. Quizá la marca "rusoniana" sea más visible en la actitud de interés por la Naturaleza, de conocimiento de su habitat, que se extendió entre los criollos a fines del siglo XVIII, y cuya importancia política estaría ligada al despertar de una conciencia nacional.

Veamos una muestra. Cuando el ya mencionado Dr. Francisco Espejo, Presidente de la Alta Corte de Justicia, proclamada la independencia de Venezuela, respondió a J. Germán Roscio, que le presentaba el acta declaratoria, dijo un breve discurso en el que encontramos conceptos de acentuado sentido "rusoniano", al referirse al pueblo como "fuente original de la potestad legislativa", y al afirmar "que removido el fantasma espantoso de un soberano vitalicio, hereditario, se ha fundamentado aquella encantadora asociación en que se defiende y protege con toda la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado; en que cada asociado unido a todos los demás se obedece a sí mismo y queda tan libre como se hallaba en estado natural" [25].

En la cita de Espejo se encuentra contenido, casi palabra por palabra, el siguiente párrafo del Capítulo VI de "Del Contrato Social":

"Encontrar una forma de asociación que defienda y proteja con toda la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado, y mediante la cual cada quien, uniéndose a todos, no obedezca sin embargo, más que a sí mismo, y permanezca tan libre como antes".

A primera vista estamos ante un "rusoniano" de factura indiscutible. ¿Pero, se trata de un pensamiento "rusoniano" consecuente? No, graves modificaciones son introducidas ya a las ideas del maestro, tan graves que chocan con tesis fundamentales de su concepción de la sociedad y del gobierno.

Ahora bien, ¿lo que queda de Rousseau podría considerarse tal, hablando con propiedad? ¿La misma teoría de Rousseau, en la forma expresada por Espejo, no deja de pertenecerle para ingresar a la gran corriente ideológica que podríamos llamar de "el contrato social" y que, tras larga y contradictoria evolución, pasando por Grotius, Pufendorf, Locke, Hobbes, etc., llega hasta el propio Rousseau? ¿No desempeña

en este caso la teoría del contrato social tan sólo su más elemental y tradicional función política: servir de arma contra la monarquía desbordada? No debe olvidarse tampoco que tal corriente tuvo una vertiente española importantísima y más accesible a los estudiosos coloniales. ¿No constituye una prueba suficiente de la incosecuencia ideológica de estos pretendidos "rusonianos" la Constitución venezolana de 1811, su obra, que no consagra la igualdad social ni tampoco responde a las tesis del ginebrino sobre la legislación y la iglesia?

EL MOMENTO DE LA INFLUENCIA IDEOLOGICA FRANCESA EN HISPANOAMERICA

En apoyo de la hipótesis formulada antes acerca del posible retardo habido entre las manifestaciones de la Revolución Francesa, es decir, la revolución burguesa, en Francia y en América, vendría al caso un estudio cuidadoso, entre otros, de los personajes y los matices políticos presentes en el Congreso Constituyente Mexicano de 1856-1857. Resulta sorprendente constatar cómo casi setenta años después de iniciada la Revolución Francesa se expresan en México, con virulencia digna de Convención montañesa, principios políticos calcados no sólo de la filosofía de la Ilustración, sino que, yendo más adelante, se proponen principios filosóficos y políticos, así como medidas prácticas, que abandonan esa etapa de pensamiento revolucionario farncés para ubicarse en las cercanías de tesis sostenidas, en orden de acentuación socialista, por Robespierre, Marat y Babeuf.

La existencia en México de un numeroso grupo de franceses exilados, que habían venido a este país huyendo, unos de la restauración monárquica y otros del II Imperio, y que participaban con libertad casi estrafalaria en la vida política del país constituyó el vehículo más seguro para la transmisión más o menos fiel —esto queda por estudiar— del pensamiento pre-revolucionario y revolucionario francés (Aunque ya se perciben los ecos más avanzados de las barricadas de 1848 en París). La obra de Masson como director del periódico "Le trait d'Union", y la de Barrès al frente de "L'Inde-

pendant", ambos de tendencias jacobinas en ocasiones exaltadas; así como la de los redactores de "El Siglo XIX", éste con ribetes de socialismo utópico, a veces ostensibles, son ejemplo. Es necesario advertir, sin embargo, que sólo se trata, en la vida de estos periódicos, de explosiones cuya luz se refleja en el pensamiento de hombres como Ponciano Arriaga, "ese licenciado loco" que encaró la reforma agraria un poco con el criterio del agrimensor de Picardía, Babeuf, y que consideraba, disparándolo así en el Congreso, que en una sociedad democrática todos debían ser propietarios, e invocaba a cada paso la "voluntad general" de fuerte sabor "rusoniano"; de Ezequiel Montes, el joven licenciado que en opinión del Ministro francés en México, vizconde de Gabriac, era de esa escuela que no comprende en absoluto la inutilidad de las discusiones por escrito con la Iglesia, pero que hizo perdurable labor de reformador; del joven e incendiario orador Zarco, de la pandilla de "El Siglo XIX", según el impresionable observador, que arremetía contra nobles y ricos señalando su destrucción como vía de progreso.

Estos "rojos" franceses —tal calificativo ya en esa época era utilizado— desempeñaron un papel apreciable en la vida política de México. ¿Hasta qué grado fueron sus doctrinas responsables de instituciones o leyes? Punto es este que requiere estudio comparativo cuidadoso. Pero, no parece demasiado arriesgado afirmar que esa responsabilidad fue efectiva, y que cabría señalarla, a más justo título que la independencia, como la verdadera repercusión en México de las ideologías sustentadas tanto por los filósofos más audaces de la Enciclopedia como por los pensadores-actores de la Revolución Francesa.

Una prueba del peso de esas corrientes en la conciencia pública mexicana posterior a la Independencia, nos parece hallarla en los siguientes versos de la comedia "A ninguna de las tres", de Fernando Calderón, estrenada en 1831. Criticando a la prensa por vacía, uno de los personajes dice:

No, señor, no es el medio
de ilustrar a los mortales.
Si copian, copien al menos

A Juan Jacobo, a Segur,
a Vattel, a algunos de esos
cuyas magníficas plumas
han escrito tanto bueno.

* * *

Visto así el problema, no hemos hecho más que plantearlo a la ligera. Tema escurridizo es éste. Se han formulado hipótesis de trabajo que tienden a demostrar la necesidad inaplazable de un concienzudo estudio de los problemas ideológicos y sociales de la Revolución Francesa, obra de hispanoamericanos, para encontrar su legítima repercusión en estas tierras y fundar con acierto la importancia de su acción, vale decir, estudiar "nuestra Revolución Francesa".

NOTAS

1. E. Troeltsch, *El protestantismo y el mundo moderno.* México, 1951. p. 12.

2. Marc Bloch, *Introducción a la Historia.* México, 1952, página 14.

3. Sieyès, *Qu'est-ce que le tiers état,* en Albert Soboul, *1789 "L'an un de la liberté".* París, 1950. p. 64.

4. J. Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela.* Caracas, 1942, t. I. p. 596.

5. Daniel Cossío Villegas, *En el centenario del Congreso Constituyente de 56,* sobretiro de la Memoria de El Colegio Nacional, t. 3 núm. 1º, 1955, p. 13.

6. Eduardo Arcila Farías, *Economía Colonial de Venezuela.* México, 1946, p. 27.

7. *Ibidem,* p. 307.

8. Luis Villoro, *La revolución de independencia.* México, 1953, página 12.

9. Lino Duarte Level, *Cuadros de la Historia Militar y Civil de Venezuela.* Madrid, p. 237.

10. Eduardo Arcila Farías, *op. cit.,* p. 368.

11. Luis Villoro, *op. cit.,* p. 19.

12. Ver F. Guizot, *Histoire de la civilisation en Europe,* y Thierry, *Lettres sur l'histoire de France.*

13. Mario Briceño Iragorry, *Casa León y su Tiempo,* Madrid, 1954. Juan Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de* 1814, París, 1954.

14. Podrían citarse, entre otros, a: A. Ribard, A. Marthiez, J. Jaurès, A. Soboul, R. Fossaert, H. Lefebvre.

15. Albert Soboul, "Classes et luttes de classes sous la Révolution Française". *La Pensée,* núm. 53, enero-febrero, 1954, página 48.

16. Robert Fossaert, "La théorie des classes chez Guizot et Thierry". *La Pensée, núm.* 59, enero-febrero, 1955, páginas 62-63.

17. Luis Villoro, *op. cit.*

18. Casto Fulgencio López, *Juan Picornell y la conspiración de Gual y España.* Madrid, 1955.

19. *Ibidem,* p. 189.

20. J. Gil Fortoul, *op. cit.,* t. I, p. 143.

21. Luis Villoro, *op. cit.,* p. 79.

22. Ver Nicolás García Samudio, *Independencia de Hispanoamérica.* México, 1945; Luis Villoro, *op. cit.,* Casto Fulgencio López, *op. cit.,* etc.

23. Simón Rodríguez, *Defensa del Libertador del Mediodía de América y de sus compañeros de armas.* Arequipa, 1830, página 29.

24. J. J. Rousseau, *Du Contrat Social.* París, 1955, p. 71.

25. *El publicista de Venezuela,* núm. 5 (1º de agosto de 1811), reproducido en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia,* núm. 153 (enero-marzo de 1956).

(Publicado en *La Palabra y el Hombre,* Revista de la Universidad Veracruzana, Núm. 2, abril-junio de 1958, pp. 27-43. *Entre el Bronce y la Polilla.* Caracas, Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1958).

SOBRE EL PROBLEMA DE LA CONTEMPORANEIDAD EN HISTORIA DE LAS IDEAS

Periódicamente se actualiza en la temática del debate ideológico la cuestión de la contemporaneidad del pensamiento venezolano. La tesis más reiterada es la de la falta de contemporaneidad de ese pensamiento. Sin embargo, al asomarnos a las opiniones expresadas advertimos cierta imprecisión en el contenido que se atribuye al concepto de contemporaneidad. Tan pronto parece tratarse de contemporaneidad cronológica como de contemporaneidad informativa, quedando un poco en la sombra el que creemos aspecto fundamental, que llamaríamos contemporaneidad histórica. A debatir un poco esos conceptos, con miras a la búsqueda de guías capaces de orientar este género de preocupaciones hacia resultados de cierta firmeza, se enderezan estas líneas, ajenas por vocación a todo espíritu de rotundidad afirmativa.

El problema de la contemporaneidad en la Historia de las Ideas no es una cuestión abstracta cuya solución pueda estar sometida a modos subjetivos de apreciación. Es un problema histórico, y, como tal, debe investigarse en el tiempo y en el espacio, dimensiones de lo histórico. Claro está, son las huellas de diverso género e importancia las que, cual elementos del conocimiento histórico, permiten escapar a la vaguedad de la apreciación subjetiva. Pero, y digámoslo de inmediato para no correr el riesgo de que se nos tilde de idólatras de la huella histórica, creemos que la simple constatación de la relación de simultaneidad entre dos huellas históricas no basta para concluir la existencia de contemporaneidad entre ellas, entendida esta última no como pura coincidencia cronológica, sino más bien, con sentido dinámico, como la adecuación de manifestaciones históricas análogas al ritmo histórico del proceso histórico en que se hallan inscritas. La

repetición no es involuntaria. Quiere poner de relieve la naturaleza del fenómeno.

En suma, la cuestión planteada no es otra que la selección de criterios, nada arbitrarios por cuanto deben reposar en un conocimiento de la Historia lo más riguroso y depurado posible, que nos permita comprobar la relación de contemporaneidad. Todavía más, quizá podamos de esta manera contribuir a precisar ese concepto, tomando como guía de nuestro estudio lo ya avanzado en este sentido, y ello sin olvidar ni menospreciar las dificultades sin fin que pueblan tan espinoso problema. Sin olvidar, tampoco, la importancia que su solución tiene para la más acabada inteligibilidad de cuestiones básicas de nuestra historiografía americana, tales como la definición de sus categorías en o respecto de las de la historia universal.

¿Cómo, pues, medir la contemporaneidad de dos acontecimientos históricos? Faltos de una respuesta "definitiva" que la más elemental prudencia desaconseja en semejantes trances, y a guisa de mero expediente metodológico, formularemos algunas hipótesis que de inmediato someteremos a crítica.

¿Puede entenderse por contemporaneidad histórica la más o menos marcada correspondencia cronológica? El sentido elemental de lo contemporáneo parece obligar a una respuesta afirmativa. Mas, he aquí que la noción de espacio viene a enturbiar tanta limpidez lógica, en cuanto nos mantenemos en el terreno de lo histórico. ¿Pueden dos fenómenos históricos ocurridos separadamente considerarse contemporáneos por el sólo hecho de la coincidencia cronológica? Veamos un ejemplo: Existe en la historiografía venezolana e hispanoamericana una tesis mil veces afirmada y, cremos, nunca satisfactoriamente demostrada. Se trata de la afirmada relación —para algunos de causalidad absoluta, para otros más relativa—, entre la serie de eventos revolucionarios agrupados bajo la denominación de Revolución Francesa, y los movimientos hispanoamericanos de emancipación. Un océano separaba ambos procesos. Pero ¿sólo un océano? El espacio, en esta relación, no es de índole geográfica. Es, podríamos decir, el espacio histórico, en constante e íntima interrelación

con la noción de tiempo histórico. Al examinar el panorama histórico del momento encontramos en su espacio la coexistencia de dos sociedades, la francesa de fines del Antiguo Régimen y la colonial hispanoamericana. Mas, el propio espacio histórico, en intrincada confusión con el tiempo histórico, determina entre ambas sociedades una no menos evidente diferenciación que es de orden cualitativo. Al cabo, el espacio histórico vendría a ser, cuando menos en este caso, algo así como el tiempo histórico visto horizontalmente. La relación inversa nos daría una expresión del tiempo histórico.

Considerada desde este ángulo, la contemporaneidad pierde su sentido inicial para convertirse en una relación de índole específicamente histórica. Abandona su escueta presentación cronológica para trocarse en una complicada y delicada valoración de procesos históricos, con arreglo a criterios cuya formulación está supeditada al resultado de una indagación orientada a precisar e identificar los hechos que integran esos procesos.

De esta manera, la sola proposición *Revolución Francesa* engendra serias dificultades en cuanto a la ubicación cronológica del proceso así denominado. No vemos cómo se podría solucionar esta cuestión sino mediante el recurso a expedientes del conocimiento histórico, valederos cuando se trata de complejos de esta naturaleza. A diferencia de otros géneros de sucesos para los cuales es perfectamente posible la determinación cronológica, al manejar procesos históricos, y todavía más en Historia de las Ideas, sólo podemos atribuirles un lapso más o menos amplio en acuerdo con su desarrollo episódico. ¿Cuándo comenzó la Revolución Francesa? ¿Durante la llamada Rebelión de la nobleza en 1787? ¿O bien con la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789? ¿Probablemente cuando, el 8 de agosto de 1788, el rey Luis XVI convocó los Estados Generales, montando con ello el escenario donde se expresaron las fuerzas que convulsionaban la sociedad del Antiguo Régimen? Cada una de estas interrogantes puede abonarse con sólidos argumentos. Esto en cuanto al comienzo. Las dificultades son todavía mayores cuando intentamos precisar el final. ¿Quizá en 1793, con la Conven-

ción Montañesa que dio nuevo contenido y forma al proceso? ¿O con el Directorio, que pone fin a esa innovación y entrega la revolución al Imperio? ¿O, precisamente con este último? Nada descabellado sería fijar como límite el regreso al trono del voluminoso Luis XVIII.

Es decir, ya el sólo pretender fijar cronológicamente un proceso histórico de esta naturaleza levanta dificultades extraordinarias, las cuales no significan otra cosa que los problemas básicos de la Cronología considerada como ciencia auxiliar de la Historia. Por otra parte, este es problema viejo. No en balde pudo decir un historiador francés que el siglo XVIII comenzó hacia 1750, y, recientemente, el destacado penalista español Luis Jiménez de Asúa, en conferencia sobre "La Universidad argentina y sus problemas" *(Universidad Central,* Caracas, 23 de octubre de 1959, año IV, Nº 86), afirmaba que... "El siglo décimonono comienza antes de 1801, y se extiende hasta los catorce primeros años del XX, cuando se amojonan más que períodos cronológicos etapas culturales"... Ahora bien, esbozada de esta manera una de las vertientes del concepto de contemporaneidad, veamos otra: en Venezuela, para 1797, Juan Bautista Picornell expresó en planes y proyectos un pensamiento social y político que constituye quizá, para su época, la muestra más acabada de conexión ideológica con la Revolución Francesa en su período de la Convención Montañesa. Unos escasos años de diferencia estrictamente cronológica poco o nada significan, tenida cuenta de los medios materiales de difusión de las ideas. ¿Bastaría esto para fundar una relación de contemporaneidad entre los dos sucesos? Cronológicamente, la contemporaneidad es casi de lo más exacta que podríamos hallar en este campo. No obstante, algo falta para que funcione históricamente. Todavía pasarán unos diez años antes de que, al calor de los arrestos emancipadores, afloren tímidamente algunas de las ideas llamadas de la Revolución Francesa, en documentos emanados de hombres que en general miran con horror esa especie de catástrofe corruptora que se abatió sobre Francia, y de cuyas repercusiones haitianas querían preservarse. Mucho más tarde aún, en 1822, el periódico liberal *El Venezolano,* al

hablar de los monstruos de la humanidad, incluye a Robespierre al lado de Nerón, Herodes, etc. Será sólo hasta 1830 cuando Simón Rodríguez, quien por su formación ideológica bien podría para el caso representar la equivalencia histórica de Picornell, se atreve a reivindicar la Revolución Francesa y a los hombres del Terror. Ahora bien, ¿qué sentido adquiere la noción de contemporaneidad en este caso? Todo parece conducirnos a la necesidad de establecer una diferencia entre la simultaneidad en la aparición de hechos o procesos históricos y la contemporaneidad entre ellos.

Por otra parte, ¿hemos de tomar en cuenta la simple aparición del proceso en un país determinado, o debemos —lo que parece más sensato—, partir del momento cuando el proceso se muestra viable históricamente? En la Historia de las Ideas Políticas en Venezuela, la ideología expuesta por Picornell ocuparía el rango de antecedente de un pensamiento liberal avanzado que sólo adquirirá derechos de ciudadanía hacia mediados del siglo XIX. Entonces, y sólo entonces, las tesis liberales avanzadas se presentan como viables, arraigadas en la realidad objetiva, capaces por lo tanto de traducirse en acción. En consecuencia, la contemporaneidad surgiría cuando la propia evolución desemboca en condiciones iguales, semejantes o correspondientes a las que primitivamente originaron el fenómeno. De otra manera, la extemporaneidad será proclamada por la frustración y el silencio.

En suma, no creemos que baste con una huella o con varias para caracterizar un proceso ideológico. Es necesaria la adecuación de ese proceso con la realidad histórica, su posibilidad de conducir a la acción. Así como Picornell no pudo trasplantar su inflamada ideología, asimismo no es suficiente el conocimiento, por individualidades o grupos reducidos, de algún proceso ideológico extranjero, para que se establezca una relación de contemporaneidad histórica. Y es que precisa cuidarse de no confundir la contemporaneidad histórica con el huero "estar a la moda", a veces producto de una desorbitada vocación cosmopolita.

Todavía más, quienes incurren en tal error olvidan un hecho fundamental: el peso de la realidad objetiva como regulador

del proceso ideológico atendiendo a su viabilidad histórica. Exigir o lamentar la ausencia de una correspondencia apriorística entre los procesos ideológicos venezolanos y los europeos, equivale a desoír el sentido histórico que se pretende exhibir.

Existe, sí, una contemporaneidad en cuanto los medios modernos de difusión de las ideas permiten estar al tanto, en brevísimo tiempo, de las novedades extranjeras. Pero es todo. Es, si se quiere, una contemporaneidad informativa. Los peritos en aviación, aun dentro de la era del motor a pistón, suelen resumir el extraordinario desarrollo de este medio de transporte y comunicación diciendo que hoy ningún lugar de la tierra está a más de dos días de distancia de otro. Y es que, en esta suerte de consideraciones, no debe olvidarse nunca el papel cumplido por la base material de propagación de las ideas.

Pero esta contemporaneidad informativa, de acentuada significación cuando se la ve como contribuyente y hasta como condición del proceso de adecuación histórica de las formas ideológicas, tiene en su sola realidad de transmisor disminuida importancia. En todo caso, mucha menos de la que le atribuyen conciencias angustiadas por el hecho *principalísimo* de que tal o cual insurgencia en el campo de las artes o de las letras —frecuentemente destinada a una vida efímera en su propio medio de aparición—, no tenga de inmediato representantes o voceros en nuestro país. Muy al contrario de estas subjetivas apreciaciones, son poderosas las razones que militan en contra de tan infundadas esperanzas.

Y ello pese a que en Venezuela se ha estado siempre de puertas abiertas a las novedades, particularmente en lo ideológico. No es fortuito que cuando un viajero o becario regresa del exterior, cause desilusión si al ser interrogado no hace alguna revelación desconcertante que estigmatice el atraso del país en tal o cual campo, o el escaso valor de tal o cual institución o idea generalmente aceptadas.

Es suficiente hojear los periódicos venezolanos del siglo XIX para observar cómo reflejan de cerca el acontecer político e ideológico europeo, tenida cuenta de los medios de comunicación. Y, más aún, basta recorrer crónicas y comentarios para comprobar la preocupación de sus autores por mostrarse enterados de nuevas ideas. Valgan como ejemplos: el pensamiento de Benjamín Constant (1767-1830) y de Destutt de Tracy (1754-1836), son invocados en periódicos caraqueños de los años 1822 a 1824. El debate entre capitalismo liberal y socialismo y comunismo se halla planteado en el *Correo de Caracas* ya en 1852, apenas cuatro años después de la aparición del *Manifiesto;* y en el mismo año circuló en Caracas un *Análisis del Socialismo,* que informa del desarrollo de estas doctrinas hasta las últimas obras de Prudhon, contemporáneo de quienes leían la obra. Y así, serían muchos los ejemplos que nos llevarían, pasando por la parodia del II Imperio francés que fue en buena parte el guzmanato, hasta el apreciable esfuerzo por estar al día que se observa en obras de José Gil Fortoul como *El hombre y la Historia* y *Filosofía Constitucional.*

¿Dónde radica, entonces, la pretendida ausencia de contemporaneidad, cuando en resumidas cuentas bien podría imputársele a nuestra producción intelectual un excesivo y hasta irrazonable afán de estar al paso con las más frescas corrientes ideológicas o artísticas?

Nada parece más anti-histórico que buscar contemporaneidad entre realidades históricas que, por razones igualmente históricas, se hallan situadas en planos diferentes en cuanto a tiempo y espacio históricos.

¿No sorprende la contemporaneidad en el curso de la Historia de Hispanoamérica? ¿Independencia y movimientos de Reforma no nos están mostrando una casi sincronización en las diversas etapas fundamentales de la vida de nuestros países? ¿No ha podido hablarse de ciclos democráticos y ciclos dictatoriales? ¿Dónde basar entonces la pretendida falta de contemporaneidad? Afirmarla sería tomar por una resultante histórica lo que no es más que un error de enfoque, una falta de sentido objetivo y la confesión de una predilección. Un error de enfoque, por cuanto para establecer o negar la contemporaneidad parece juzgarse a partir de huellas bastante superficiales o endebles y de la comparación de realidades

históricas de diferente factura. Una falta de sentido objetivo, puesto que se toman como indicios expresiones que suelen no corresponder históricamente al medio en el cual se les intenta aclimatar. Y, por último, una predilección en la medida en que aun hoy cuando la intercomunicación de las ideas se ha extendido y perfeccionado, se busca la comparación con la llamada cultura occidental, sin consideración de su base geográfica pero atendiendo a prejuicios de índole política. Ha existido, pues, en nuestro país, una simultaneidad cronológica e informativa con culturas más avanzadas. (Gran desvelo desde la Sociedad Económica de Amigos del País hasta *El Cojo Ilustrado).* Ha existido también una sorprendente y significativa contemporaneidad cronológica e histórica fundamental con respecto a los demás países hispanoamericanos. Y ha existido, por último, una contemporaneidad histórica en cuanto a procesos histórico-ideológicos generales. Siguiendo su evolución histórica, necesariamente vinculada y relacionada con los países más avanzados, Venezuela ha visto sucederse etapas y fenómenos cual en esos países, cuando las condiciones de su propio desarrollo lo han permitido. Y han surgido entonces no como simples muestras de erudición o gala de buena información, sino como potentes movimientos que o han logrado traducirse en acción o han pugnado por conseguirlo.

Esta contemporaneidad, entendida como una relación dinámica entre el fenómeno ideológico y las circunstancias históricas que lo hacen viable, es una de las características del devenir histórico. Dicho sea esto sin olvido de que esas circunstancias históricas no son ni ajenas ni indiferentes al estímulo que sobre ellas pueden ejercer los movimientos ideológicos.

(Publicado en el "Papel Literario" de *El Nacional.* Caracas, 2 de junio de 1960. *Crítica Histórica.* Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1960).

LOS ESTUDIOS HISTORICOS EN VENEZUELA

Nos proponemos presentar sintéticamente un panorama de los estudios históricos en Venezuela; de ninguna manera hacer un estudio circunstanciado de los mismos. Ni lo permiten los límites que se nos han señalado ni convendría para los fines a que se destinan estas páginas, el recargarlas de citas eruditas que muy poco o nada dicen al lector común [1]. Habremos, pues, de enfocar los estudios históricos como un producto histórico ellos mismos, en el cual es posible apreciar líneas generales de evolución, susceptibles de indagación crítica tendiente a facilitar la comprensión del estado actual de esos estudios, de sus métodos y resultados y, sobre todo, de las urgentes tareas que hoy se plantean los historiadores venezolanos animados de una preocupación científica, y resueltos a contribuir con una más afinada comprensión del pasado al correcto planteamiento de situaciones presentes que reclaman la consecuencia del historiador con un claro sentido de su función social.

¿EXISTE UNA HISTORIA DE VENEZUELA?

Podrá parecer un exceso crítico el comenzar esta somera presentación de los estudios históricos en Venezuela preguntándonos acerca de la existencia de una historia de Venezuela. No obstante, no podemos dejar de hacerlo y he aquí la pregunta: ¿Existe una historia de Venezuela? Debemos advertir de inmediato que al interrogarnos así no tenemos en mientes una obra escrita, sino la historia misma de un pueblo tal como la conocemos hoy. En otras palabras, indagamos sobre la propiedad de la denominación Historia de Venezuela para significar con ella un determinado tipo de conocimiento de nuestra vida nacional. No dejamos de advertir que semejante duda puede parecer un exabrupto a quienes piensen que al

abrigarla ignoramos voluntaria o realmente las muchas historias hasta hoy escritas. Al contrario de esto, es en la consideración crítica y metodológica de esas obras y de los criterios que las informan, donde toma pie la legitimidad de estas consideraciones, y sin que ello denote necesariamente mengua de esas historias, las cuales no pueden ser vistas ni apreciadas fuera de su propia perspectiva histórica, y como tales corresponden a etapas caracterizadas de la evolución de nuestros estudios históricos. Respecto a ellas, si constituye propia muestra de falta de sentido histórico el valorarlas con arreglo a criterios que no tengan en cuenta la perspectiva histórica, no es menos demostrativo de esa falta el conservarlas como pauta inmutable de un conocimiento por esencia tan cambiante como el histórico.

Nuestra pregunta posee una fundamentación metodológica: la relación que existe entre la historia entendida como conjunto de hechos históricos y la historia entendida como conocimiento de esos hechos. En este sentido, el acontecer histórico puede ser visto como una realidad que subyace respecto de una elaboración historiográfica, o historia escrita, con la cual sólo coincide en forma parcial y fragmentaria (sucede en esto como con los ríos semi-subterráneos, que a ratos afloran y corren sobre la superficie como se sumen y piérdense en el subsuelo).

Se establece una coincidencia parcial por cuanto la elaboración historiográfica sólo muestra etapas o segmentos de ese acontecer, dando origen así a "períodos muertos" que a la postre únicamente prueban insuficiente desarrollo de los estudios históricos o carencias y estrechez de miras en los historiadores.

No creemos desmesurada la afirmación de que lo antes dicho es válido para toda historiografía. Pero la relación que hemos señalado entre el acontecer histórico y la elaboración historiográfica, varía según el grado de desarrollo de los estudios históricos. Basta asomarse a la historia de la historiografía universal para percatarse de que también en ella rige una suerte de ley de desarrollo desigual de los países o regiones culturales, y de cómo es tarea actual de muchos pueblos recién liberados del dominio imperialista el escribir su historia

por primera vez, cuando el conocimiento que de la misma se tenía, al igual que la propia soberanía, ha dejado por fin de ser un simple pasaje, si no una anécdota en la historia del reciente opresor.

En Venezuela, la relación entre acontecer histórico y conocimiento histórico es sobre todo función del que llamaríamos carácter convencional de nuestra construcción historiográfica, por el cual se ha admitido denominar historia de Venezuela un determinado tipo de conocimiento del pasado, pero sin poner en claro los criterios que asisten a semejante designación. Uso y tradición han prevalecido en esto, expresándose sobre todo en cuanto se refiere a la temática, la periodificación, la valoración de las fuentes, los criterios y métodos y las provincias históricas. Para quien observe la historia de la historiografía venezolana en su conjunto, surgen interesantes cuestiones tocantes a los puntos enunciados.

En cuanto a la *temática,* es fácil advertir la presencia de aspectos, períodos y puntos sometidos de preferencia al estudio, con abandono de muchos otros importantes. Si la reiteración del estudio de un limitado grupo de cuestiones fuese garantía de mejor conocimiento de las mismas, probablemente nuestra historiografía habría ganado una profundidad quizá compensatoria de la extensión de que carece, pero bien puede decirse que esa reiteración del estudio se resuelve por lo general en mera repetición dotada a lo más de algunas observaciones críticas no siempre afinadas ni metódicamente trabajadas: se hace suma de opiniones más que comprobación de resultados. Quedaría todavía por ver si es en rigor posible alcanzar el conocimiento ajustado de esos aspectos, períodos o puntos de manera aislada, sin poderlos enclavar con propiedad en una línea del proceso histórico que con seguridad no podría menos que reflejar los resultados del estudio de los aspectos, períodos o puntos poco o nada tratados.

Es precisamente la determinación de ese curso del proceso histórico el que da lugar a las dificultades de *periodificación.* En esta materia se siente el peso de una periodificación tradicionalmente calcada sobre denominaciones circunstanciales, y así se marcan los períodos de la Independencia, la Oligar-

quía Conservadora, la Oligarquía Liberal, la Federación, etc., rótulos todos estos que no sólo revelan la ausencia de líneas ideológicas referenciales sino también de análisis estructural de las etapas a que se les pegan. Es más, esta periodificación basada en lo circunstancial induce al falseamiento —por lo que tiene de arbitrario orden cronológico— del significado de los períodos, al amputarlos bruscamente de sus proyecciones y despojarlos así de sus efectos en apariencia tardíos que no pocas veces constituyen su saldo históricamente consolidado. Sucede así con la Independencia, muchos de cuyos resultados revolucionarios se desconocen y hasta se niegan al interrumpirla cronológicamente en 1830 —y aun en 1821 o en 1824—, reduciéndola casi al puro evento militar y privándola de sus efectos económicos, sociales y políticos que son sólo perceptibles en las dos décadas siguientes, cuando menos, como sucede con fenómenos históricos semejantes ocurridos en otros países.

No es necesario insistir —por obvio— en la importancia de las *fuentes* para el desenvolvimiento de los estudios históricos. Séase "documentista" o no, está fuera de duda razonable el hecho de que estos estudios se ven frenados o alentados según las fuentes de que se disponga. En los estudios históricos venezolanos el uso y la tradición han conducido en este aspecto al escaso desarrollo de los fondos documentales y a un vicio que denominaríamos "jerarquización de los testigos". Al decir escaso desarrollo de los fondos documentales no queremos significar propiamente reducido acopio de los mismos o su limitada publicación, pues en ambos aspectos se ha hecho bastante y consecuentemente, atendiendo a las facilidades de que han podido disponer algunos heroicos compiladores. Por desarrollo de los fondos documentales entendemos más bien las necesarias labores de clasificación crítica, de depuración metódica, y de preparación de instrumental técnico, que permitan la utilización de los fondos documentales con relativa facilidad y eficacia: aun hoy carecemos de catálogos de las narraciones, relaciones y crónicas relativas al período colonial y a la Independencia, pese a ser éstos los momentos más estudiados por los historiadores venezola-

nos. Más grave que esta deficiencia —puesto que puede suplirla la acuciosidad y la veteranía del historiador, aunque con lamentable pérdida de tiempo y esfuerzo—, es el vicio que denominaríamos "jerarquización de los testigos". Por él entendemos una construcción ideológica prejuiciosa que es observable con particularidad en los estudios históricos sobre la Independencia. Esa construcción guarda relación con el fenómeno conocido como "Culto a Bolívar", al cual habremos de referirnos más adelante. En virtud de este culto, quiere la historiografía venezolana que Bolívar sea tenido por el testigo perfecto de cuantos sucesos tienen alguna relación con él y con el lapso en que actuó. Con olvido de las más elementales normas metodológicas relativas a testigos y testimonios, y exhibiendo una postura por completo anticientífica, se ha llegado a identificar el testimonio de Bolívar con la verdad misma, y lo que es más, se ha construido una suerte de escala de veracidad en la cual se sitúan los testigos de acuerdo con el grado de fidelidad y obediencia al Libertador. Esto con la consecuencia lógica de que al enemigo sólo queda la mentira —tildada de diatriba en cuanto afecte la imagen que de Bolivar ha construido el culto—, o la sola posibilidad de ser testigo referencial para aquellas cuestiones que no incidan directamente en los predios de ese culto.

En materia de *criterios y métodos,* patriotismo y narración histórica tienen lugar de historiografía científica. El primero ha conducido a la cristalización del concepto de "historia patria", en virtud del cual la historiografía, sobre todo en lo que se refiere a la Independencia, adquiere carácter de un encendido alegato justificativo de los hechos históricos, alegato que no siempre retrocede ante el falseamiento o la distorsión de los mismos, y que suele desembocar en la exaltación adjetivesca e intolerante de figuras ejemplares que son propuestas e inculcadas como paradigmas, por todos los medios pero en particular en la educación. A esta visión patriótica de la historia, que en el fondo implica una artificiosa concepción de la conciencia nacional, debemos todavía la visión parcial de la Independencia, según la cual sólo constituyen la historia de Venezuela los hechos de quienes luchaban

por emanciparla, apareciendo sus opositores como un mero obstáculo, irracional e injusto, que no vale la pena conocer, sino negar. Esta historia así concebida ha encontrado su natural vehículo expresivo en la narración épica que, cuando no las desdeña, relega a un segundo plano las cuestiones económico-sociales. Cabe señalar que la narración como vehículo de expresión del conocimiento histórico ha podido prevalecer —gracias a la poca preocupación metodológica de la mayoría de los historiadores— aun en los apreciables progresos experimentados en las últimas décadas en orden a la ampliación de la temática historiográfica, pues con frecuencia los resultados de las investigaciones son presentados como simples agregados de datos que se narran sin someterlos a un esfuerzo de sistematización analítica tendiente a descubrir procesos, características, etc.

A todo lo antes visto se añaden el fomento desigual y discontinuo de las *provincias históricas,* y la lenta incorporación de las mismas al conocimiento del conjunto de la realidad histórica nacional. Manteniéndonos dentro de la historiografía relativa a la Independencia, por ser la más desarrollada, diríamos que basta examinar cualquiera de las historias generales de Venezuela para encontrar esta significativa construcción: la historia de la Independencia, una vez reseñados los antecedentes, que adquieren el carácter de mero introito anunciador del advenimiento de Bolívar, se convierte en la biografía de este último, y sorprende ver cómo la historia de Venezuela sigue sus peripecias, saliendo y entrando del territorio nacional junto con él y, lo que es más, se pega de su caballo en la incesante recorrida de ese territorio, cuyas provincias históricas salen o entran de la historia en razón de su estada en ellas. De allí que muy poco o nada se diga de aquellas provincias en que casi no actuó, o que éstas surjan momentáneamente a la historia cuando de alguna manera se vieron relacionadas con su acción. No quiere esto decir que subestimemos los productos de la historiografía regional, que ha sido de cultivo constante en Venezuela, sobre todo en los últimos tiempos. Pero sí quiere decir que los resultados de esa historiografía regional, todavía fragmentarios, no han sido

integrados en una visión de conjunto que pueda constituir la historia de Venezuela, aunque no sea sino para un lapso limitado, ni menos aún incorporados a las historias generales.

Muy presentes tenemos los riesgos que encierran intentos de generalización como el que acabamos de realizar. Esos riesgos se concretan en no poder mantener el esfuerzo generalizador dentro de sus justos alcances: en este caso hemos querido tan sólo poner al descubierto algunos de los grandes reparos que se podrían hacer a la noción de historia de Venezuela comúnmente aceptada. La presencia de las deficiencias y de los vicios que hemos expuesto, si bien las pretendemos características del conjunto de esa historia, no implica necesariamente que prevalezca de manera absoluta y total, y mucho menos que no haya obras que escapen en parte a su influjo.

¿COMO SE HA ESCRITO LA HISTORIA DE VENEZUELA?

Es en la historia de nuestros estudios históricos donde podemos hallar la explicación de los hechos de que hemos venido tratando, pero a condición de que esa historia sea entendida como otra cosa que el recuento de historiadores y obras, y aún que el análisis de corrientes y tendencias. Es decir, esos hechos no se explican por el solo quehacer historiográfico, sino principalmente en el contexto social de esos estudios, pues ese contexto constituye a la vez la condición general del historiador y de su obra.

La muy importante rama de la actividad intelectual de los venezolanos representada por los estudios históricos ha atravesado, en este sentido, etapas y momentos que se corresponden muy bien con las que podrían considerarse características más generales de nuestra historiografía, entendiendo por tal, en propiedad de término, la historiografía republicana. Esta historiografía nace como el hecho de una sociedad que viene de la guerra, cuenta sus hazañas y justifica su acción. De allí que predominen en ella el carácter heroico, el sentimiento antiespañol, y la visión narrativa-épica.

La guerra de indepedencia de Venezuela se libró a la par en los campos de batalla y en las prensas de la imprenta. Desde

los comienzos de la gestión emancipadora, sus promotores tuvieron la convicción de que el más importante objetivo consistía en ganar para las nuevas ideas la conciencia de pueblos secularmente sometidos al indoctrinamiento monárquico y clerical. Esto era tanto más urgente cuanto que según los indicios hasta ahora conocidos no hubo ocasión de formarse bajo el dominio colonial un pensamiento republicano y antimonárquico coherente, si bien el propósito de establecer una república independiente figura en el programa de acción de algunas de las conspiraciones iniciales.

Hubo, pues, que justificar la república independiente y la cruenta lucha librada por su implantación. Iniciada la guerra, bien pronto se advirtió que las victorias militares no deparaban un control firme del territorio en tanto no significasen también ganancia de la opinión de los pueblos. De allí los repetidos alegatos en favor de la emancipación al igual que las enjundiosas explicaciones de las peripecias de la lucha. De allí los manifiestos historiados de Simón Bolívar, Manuel Palacio Fajardo, José Félix Blanco y otros. Unos más, otros menos, esos manifiestos contienen recuentos históricos destinados a fundamentar la acción inmediata, y en su conjunto ofrecen la primera versión crítica del régimen colonial español hecha por venezolanos sustraídos al influjo de la monarquía. La llamada "Carta de Jamaica", de Bolívar, y el *Bosquejo de la Revolución en la América Española,* de Manuel Palacio Fajardo, editado este último en Londres en 1817, representan en forma acabada este tipo de documento.

Finalizada la guerra, varios de los hombres que participaron en ella con firmeza inquebrantable se ocuparon de recoger sus recuerdos de combatientes, componiendo relaciones y narraciones que por lo general no eran sino recuentos de los combates y situaciones en que tuvieron directa participación, o de los cuales fueron de alguna manera testigos. Otros, dueños de una firme vocación de historiador, compusieron extensas crónicas que en alguns casos sobrepasaron el nivel de tales y pugnaron por explicar hechos y procesos, para lo cual utilizaron las narraciones que mencionamos en primer lugar, sumadas a su propio recuerdo. Entre estos últimos

cabe mencionar siquiera a Francisco Javier Yanes, Feliciano Montenegro Colón y José de Austria. Otros, por último, produjeron relaciones autobiográficas y memorias: Rafael Urdaneta, José Antonio Páez, Daniel F. O'Leary, etc. El conjunto de estas obras forma el contingente primero y primario de la historiografía republicana. Su más acabada expresión es la primera obra histórica de gran aliento, el *Resumen de la Historia de Venezuela* compuesto por Rafael María Baralt y Ramón Díaz, que se extiende desde el descubrimiento de América hasta el año de 1830, publicada por primera vez en 1841.

Esta primera historiografía venezolana está construida, pues, sobre las narraciones de testigos-actores de la Emancipación, cuyo carácter bélico, sumado al hecho de que sólo recogiesen jirones de todo el proceso y a las circunstancias postbélicas en que fueron historiadas, condujeron naturalmente al predominio absoluto de la narrativa épica, muy acorde, por otra parte, con el tono del romanticismo literario que campeaba. Pero no es esto lo más notable de esa historiografía. Sus significados más reveladores habría que buscarlos por una parte en su contenido ideológico, acorde con las circunstancias de la sociedad venezolana de la época, y en la fijación de una vez por todas de determinadas características metodológicas cuyo influjo aún se muestra poderosamente en la historiografía venezolana reciente sobre aquel período.

En este sentido ideológico, bien podría decirse que se trata de una historiografía heroica para los héroes, pues al sentar la afirmación desde entonces siempre repetida de que la Independencia fue obra concebida por un puñado de aristócratas ilustres, y realizada por unos cuantos más heroicos guerreros, contra la oposición cerrada de un pueblo ignorante de su propio bien, ponía la primera piedra en la edificación de las ideologías antipopulares actuantes hasta el presente. En el lapso inmediato posterior a la guerra, esta subestimación del papel del pueblo en el logro de la Independencia —que constituye una de las más escandalosas y tendenciosas falsificaciones de la historia de Venezuela—, así como la subestimación de los valores no militares cual consecuencia de la exaltación

apabullante de los militares, convenían muy propiamente a los intereses de los grupos oligarcas que ejercieron el poder durante el siglo XIX.

Esta historiografía se encuentra dominada por un fuerte sentimiento antiespañol, que se expresa no sólo en la hostilidad manifiesta contra todo lo español, sino también en el concepto de "historia patria", predominante desde entonces. La reacción antiespañola era a todas luces legítima después de una larga y cruenta guerra, y finalizada ésta se alimentó de los temores de reconquistas, de actos hostiles y de la lenta negociación del reconocimiento de la nueva República por España, reconocimiento que se produjo en 1845. El vigor del sentimiento antiespañol perdura en la historiografía y en la literatura venezolanas hasta el último cuarto del siglo XIX, cuando se robustece la tendencia hacia la adopción de posiciones que iban desde la ecuanimidad hasta el "hispanismo", según lo determinaran la situación política española y los movimientos partidarios en Venezuela.

El tenor metodológico de esta etapa inicial de la historiografía venezolana constituye la representación básica de las características de la historiografía venezolana, de que nos ocupamos en la primera parte de este estudio: las contadas narraciones y relaciones de los próceres de la Independencia solicitadas y utilizadas por Rafael María Baralt para la composición de su *Resumen de la Historia de Venezuela desde el año de 1797 hasta el año de 1830,* segunda parte de la obra antes mencionada, configuraron lo que desde entonces se ha denominado *historia de Venezuela* o *historia patria,* con el agravante de que algunas versiones concomitantes, como sucede con las de Francisco Javier Yanes, Feliciano Montenegro Colón y José Félix Blanco, por ejemplo, en parte se copian entre sí o reconocen una fuente común, restringiéndose, por ello, el fundamento testimonial. Lo dicho es sobre todo cierto para los testimonios sobre hechos de los cuales no fueron esos autores testigos presenciales. De allí que bien pueda afirmarse que una clasificación crítica de las "fuentes" empleadas hasta hoy para componer la historia de la independencia, tendría incalculables repercusiones en la visión de ese

momento primordial de la vida histórica de Venezuela, afirmación que apoyamos en los resultados iniciales alcanzados por exploraciones realizadas actualmente en ese sentido.

También está presente en esta historiografía el que habría de ser hasta el presente uno de sus rasgos más firmes: su estrecha vinculación con el Poder Público, que ha conducido a la conformación de la "historia oficial", entendida como concepción ideológica y como actividad específica del Estado. El punto de arranque histórico de esa vinculación podría definirse como la conciencia que tuvieron los gobernantes surgidos de la Independencia, de vivir para la historia, y su afán de perdurabilidad.

Así, la obra historiográfica de Baralt es producto del cuidado que puso José Antonio Páez en bien labrar su figura histórica, y en su descontento con algunos aspectos de lo hecho por Baralt está en parte la motivación de la *Autobiografía* que compuso el caudillo llanero. Quizás sea el general Carlos Soublette, Presidente entre los años 1837-1839, y 1843-1847, el único que no mostró preocupación por erigirse un monumento historiográfico, contrariamente al celo puesto por José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco, Joaquín Crespo, Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Eleazar López Contreras, etc. Coincidente con esta preocupación o cuidado de los actores de la inicial historia republicana, que los llevó a vigilar su propia figuración historiográfica, está la marcada tendencia a dirimir cuestiones de política en el plano histórico, tendencia explicable por el hecho de que casi todos esos actores participaron en las peripecias y conflictos político-militares de la Independencia (más tarde sucederá algo semejante con la Guerra Federal, 1859-1863, e igualmente por influjo del culto a Bolívar, cuya instauración oficial a partir de 1842, con el repatriamiento de sus restos, obligó a muchos de esos actores a definir o esclarecer su posición ante el Padre de la Patria, en un intento desesperado por mostrarse sus fieles seguidores, o en un no menos desesperado esfuerzo por lavarse de culpas en su desconocimiento y condena en 1830.

Es condición muy objetiva en esta vinculación de la historiografía con el Poder Público el hecho de que durante todo el

siglo XIX y comienos del XX fuese el Estado el casi único editor de obras históricas y compilaciones documentales. La escasez de recursos técnicos, la pobreza de casi todos los autores, la ausencia de editores, y el atraso cultural del país que hacía inexistente un mercado de libros, determinaban que los autores dependiesen de las imprentas oficiales o del patrocinio de los Jefes de Estado para la edición de sus obras. A esta dependencia debe la historiografía venezolana resultados de diferente signo: casi todas las valiosas compilaciones documentales editadas y la "historia oficial". Actúa como condicionante general, en igual sentido, la casi permanente ausencia de libertad de expresión, o lo peligroso de su ejercicio en situación de omnipotencia y arbitrariedad de los diferentes gobernantes, que al mismo tiempo que convertía en hazaña arriesgada todo intento de historiografía contemporánea no obediente al criterio oficial, condenaba a una especie de ostracismo intelectual a quienes no se amoldasen a los cánones de la historia oficial. Llegados a este punto, es necesario prevenir contra el error de enfoque consistente en confundir la importancia y difusión actuales de algunas obras entonces "disidentes", con las que pudieron tener en el momento de su aparición.

La vinculación de la historiografía venezolana con el Poder Público encuentra su más acabada expresión en la que denominamos institucionalización de los estudios históricos, cuyo origen puede situarse en la creación de la Academia Nacional de la Historia por Decreto de 28 de octubre de 1888, y en la estructuración del culto a Bolívar como cuestión de Estado.

La creación de la Academia, obediente a que su fundador Juan Pablo Rojas Paúl creyó... "evidente la necesidad, por lo menos hasta cierto punto, de reconstituir nuestra historia principiando por rectificar en mucho nuestro criterio histórico", estaba llamado a significar un esfuerzo sistemático en el fomento de los estudios históricos, realizando labores que irían desde el acopio de fuentes hasta la elaboración de manuales para la enseñanza pública. Más de setenta y cinco años de vida, cumplidos por la institución, arrojan un saldo abigarrado de realizaciones que aun juzgándolo sin pérdida de la perspectiva histórica no puede menos que ser calificado de adverso a lo que cabría entender, antes y ahora, por fomento de una visión científica de los estudios históricos venezolanos, acorde con la rectificación de criterios que se le proponía cual meta en el discurso inaugural del Presidente Rojas Paúl. Bien pronto se hizo claro que la Corporación habría de ser un baluarte de las ideas más conservadoras y de los criterios más anquilosados, si bien al mismo tiempo consagratorio arribo de todos los historiadores venezolanos que enmendasen rebeldías juveniles o que por su peso político, económico o social, "tuviesen su lugar" en la Corporación, cuidadosa siempre de este complemento de la obra histórica requerida para ingresar a ella, hasta el punto de que en no pocas ocasiones el complemento ha suplantado la obra misma.

Atrincherado en la Corporación, rectora de la historia oficial, el espíritu de la Academia se distingue por su obsequiosidad ante los regímenes políticos más antipopulares y reaccionarios, por sus desvelos en la promoción del culto a Bolívar y por su celo en estorbar el ejercicio de la libertad de crítica y de investigación. El predominio de ese espíritu, al que se han sometido en todos los tiempos de la Corporación espíritus alertas y fecundos, por temor, comodidad o básica solidaridad clasista o política, no quiere decir que haya carecido esa Corporación de historiadores de obra valiosa y fundamental en los estudios históricos venezolanos. Casi todos los grandes historiadores venezolanos han pertenecido a ella, pero sin conseguir —y seguramente hasta sin proponérselo— cambiar su régimen.

Quizá sea uno de los efectos principales de la fundación de la Academia, el cambio que con ello se produjo en el ejercicio de la crítica, factor dinámico esencial en el desarrollo de la investigación científica. En 1888 se cierra el período preinstitucional de esa actividad, durante el cual el contraste crítico se ejercía entre personalidades, sin tener generalmente más trascendencia que al nivel de la opinión pública. Se abre, entonces, el período de la crítica institucional, en la

cual suele plantearse el contraste entre el individuo y la institución, con trascendencia concreta del orden de la sanción que puede significar privación de oportunidades de trabajo o de desarrollo, imposibilidad o dificultad de difundir puntos de vista disidentes, etc. La Academia no ha sido parca en el ejercicio de sus facultades —no establecidas estatutariamente— de guardián de la pureza de la historia oficial, y aun en nuestros días muestra su intolerancia ante la libertad de crítica y la investigación histórica científica. Por ese camino ha derivado en una suerte de Supremo Tribunal de la verdad histórica que se divorcia cada día más —si esto es aún posible—, de toda concepción científica de la disciplina.

La institucionalización de los estudios históricos ha significado también el establecimiento de organismos oficiales y privados encargados de promover, conservar y difundir el culto a Bolívar, como eje de un culto heroico que ha llegado a convertirse en la segunda religión —una especie de religión cívica—, que se inculca a los escolares y que ha llegado a estar presente en todo el ámbito de la vida ideológica de los venezolanos, hasta constituir parte esencial de una conciencia nacional deliberadamente orientada hacia valores alienatorios de las más fecundas potencias del pueblo. La Academia cumplió sola estas labores de guardián hasta 1938, cuando fue fundada por el gobierno continuador de la tiranía eterna de Juan Vicente Gómez, la Sociedad Bolivariana de Venezuela, concebida como parte de un proyecto de organización política que se beneficiase del arraigado y amplio prestigio de que goza la memoria de Bolívar en el pueblo venezolano, dándose con esto ejemplo de un uso del culto en que han sido consecuentes todos los gobiernos.

Las diversas circunstancias anotadas han conducido a la existencia de un sector oficial y un sector privado en historiografía —cual sucede en la vida económica—, y así, frente a la "historia oficial" suele vivir una historiografía a veces "subversiva" o "inconforme". No existen, sin embargo, vallas infranqueables entre ambas: más de un autor las ha salvado, generalmente en razón de su peso social, político o

económico, pagando el tributo de deponer "juveniles arrebatos críticos", o apartando habilidosamente de su obra cualquier reflexión crítica que pudiese chocar con el espíritu de la historia oficial o ser visto por sus guardianes como un atentado contra los valores en que se funda aquella.

Contribuye a esta división de los campos, igualmente, uno de los subterfugios de que se han valido algunos autores para burlar las limitaciones y hasta la supresión de la libertad de expresión: la historiografía como la literatura han sido entonces manera velada de "decir cosas" en ausencia de libertades. Influye en igual sentido la perdurable confusión entre la obra historiográfica y la literaria.

EDADES, CICLOS, PERIODOS Y CORRIENTES EN LA HISTORIOGRAFIA VENEZOLANA

No podríamos prescindir en estas apreciaciones sobre los estudios históricos venezolanos, de considerar los intentos de periodificación de los mismos realizados hasta el presente. Al hacer tal cosa aspiramos a favorecer una mejor comprensión de las observaciones críticas precedentes, así como de algunos de los problemas estructurales de esa disciplina en fase incipiente de formación que es la historia de la historiografía venezolana. Con ello, al propio tiempo, situaremos en una perspectiva histórica lo dicho en este ensayo.

Hagamos de inmediato la advertencia de que al hablar de fase incipiente de formación de la historia de la historiografía venezolana, como disciplina, no pretendemos de ninguna manera ignorar los pasos ya dados en ese sentido, sino caracterizar el grado de provisionalidad y de imprecisión de los mismos. La preocupación por la evolución de los estudios históricos venezolanos ha dejado huella en la obra de varios historiadores, quienes se esforzaron por demarcar en ella edades, ciclos, períodos y corrientes, con el propósito de constituir un esquema referencial que permitiera no sólo la clasificación de autores y obras, sino también el trazado de curvas evolutivas.

Respecto a estos esquemas quizá quepa una observación inicial: exhiben un sentido de complejidad creciente, al pasar

de totalizaciones de excesiva generalización a intentos de apreciación de matices. Todo ello claramente ilustrativo de los problemas fundamentales de la periodificación en historia de la historiografía.

De excesiva generalización pecaría el juicio de Eloy G. González cuando, en 1916 [2], creyó posible dividir la historia de la historiografía venezolana en dos grandes edades, la de la historia arte y la de la historia humana. Situado en uno de los momentos críticos de la evolución de los estudios históricos venezolanos, le fue fácil a González advertir un marcado contraste entre el pasado y el presente de los mismos, que creyó seguro criterio para la periodificación. Del primero de los períodos nos dice: "Tuvo como arte, entre nosotros, la historia su bella edad, en que los acentos líricos y el tono épico sirvieron, en definitiva, para perpetuar el recuerdo del hecho; en especial, el hecho militar, con el cual comparecía el acontecimiento político, como causa o como efecto de aquél" ..."Para describirlos, enaltecerlos o lamentarlos, aportaron sus caudales el himno y la elegía, constituyendo y consolidando una de las más ricas literaturas históricas del continente"... De los autores representativos de esta edad asienta que... "No poseen la profundidad pero sí la brillantez; y de los elementos que según Taine inflamaron y asombraron el estilo de Tácito, si carecen del estudio, les queda la poesía y el odio", y menciona entre ellos a José Domingo Díaz, Juan Vicente González, Rafael María Baralt, Felipe Larrazábal y Eduardo Blanco. Fue una edad históricamente necesaria, según González, pues en ..."el tiempo en que así se trataba nuestros anales, no era dable hacerlo de otra manera, porque no se observaban —ni aun por los más eminentes historiadores del mundo— los preceptos de la heurística, de la diplomática y de la crítica de interpretación"..., incurriendo con ello en una franca exageración que resalta al cotejo de su dicho con la historia de la historiografía europea del siglo XIX.

Del segundo período nos dice: "Lo que pudiéramos llamar edad humana de nuestra historia, como escritura, es de data muy reciente: la concepción y la intención del estudio filosófico o científico de nuestros anales parte de la generación que con el doctor Gil Fortoul produjo, en 1890 y 1891, la *Filosofía Constitucional* y *la Filosofía Penal,* anteriores a *El Hombre y la Historia,* en 1896"... Para entonces, según Eloy G. González, los estudios históricos venezolanos habían recibido la contribución etnográfica de Gaspar Marcano; la metodológica de López Baralt, Ricardo Becerra y Rafael Villavicencio; y la antropológica de Samuel Darío Maldonado. Con todo, la ..."utilización de nuestra historia para los estudios sociológicos es todavía más reciente —añade González—. Son muy pocos los investigadores y los estudiosos que se hallan preparados con los suficientes instrumentos de erudición científica, información histórica nacional, aptitud personal y elementos materiales de vida, para la consagración y formalización provechosa de estos estudios"..., y menciona a Laureano Vallenilla Lanz como el más cercano a reunir esas condiciones.

Cuarenta años más tarde [3], Mario Briceño-Iragorry propuso la siguiente clasificación en ciclos de la historia de la historiografía venezolana:

"1º Ciclo de la Conquista y la Colonia. Lo representan el acervo de los primeros cronistas de tipo particular (Castellanos, Aguado, Simón, Piedrahita, Oviedo y Baños, etc.), las relaciones de tipo general indiano, los viejos relatos de viajeros los documentos de los propios conquistadores (Federmann), las relaciones obandinas (1572-1585); las divulgaciones y los estudios etnográficos y lingüísticos de los misioneros, las visitas e informes generales (Martí, Olavarriaga, Iturriaga, etc.).

"2º Ciclo heroico. De carácter literario y polémico, que tomó como centro de interés para el estudio del pasado la lucha de Independencia y la exaltación romántica de sus hombres (Yanes, Baralt, J. V. González, Larrazábal, etc.).

"3º Ciclo científico, cuyas realizaciones pudieran encuadrarse así:

"a) El estudio del hombre primitivo venezolano (Ernst, Marcano, Rojas, Alvarado, Salas, Jahn, etc.).

"b) La historiografía con consulta documental (Rojas, Febres Cordero, etc.).

"c) La revisión crítica del proceso anterior a la Independencia y la aplicación de ideas positivas en la interpretación del hecho histórico venezolano (Alvarado, Angel César Rivas, Pedro Manuel Arcaya, Laureano Vallenilla Lanz, etc.).

"d) La publicación oficial de grandes colecciones documentales (Blanco y Azpúrua, Anales de Venezuela, O'Leary, Cartas del Libertador, Archivo de Miranda, Archivo de Sucre, etcétera).

"e) Las tentativas de organización archivística.

"f) El neorrevisionismo contemporáneo (Augusto Mijares, Santiago Key Ayala, Arturo Uslar Pietri, Ramón Díaz Sánchez, Enrique Bernardo Núñez, Cristobal L. Mendoza, Mariano Picón Salas, Jesús Antonio Cova, Luis Beltrán Guerrero, Ambrosio Perera, Eduardo Arcila Farías, Juan Oropesa, Carlos Irazábal, Julio Febres Cordero, Mercedes Fermín, Héctor Parra Márquez, Casto Fulgencio López, Jesús Arocha Moreno, J. A. de Armas Chitty, Arellano Moreno, Rondón Márquez, José Nucete Sardi, Luis Acosta Rodríguez, Juan Liscano, Juan Saturno, Rafael Pinzón, Siso Martínez, Pedro José Muñoz, Fernando Carrasquel, Joaquín Gabaldón Márquez, Ismael Puerta Flores, Carlos Felice Cardot, Polanco Martínez, Giménez Landínez, Montaner, etc.)".

Semejante clasificación exhibe, además de una extrema largueza en la inclusión de historiadores contemporáneos, marcadas imprecisiones cronológicas y conceptuales que no se salvan con la advertencia hecha por el propio Briceño-Iragorry, al consignar que "aventurero y arbitrario sería pensar que entre el segundo y el tercer ciclo existe una separación ideológica que permita dar por abolido el criterio que inspiró a los historiadores de su tiempo. Aun en la etapa que nos atrevemos a llamar del neorrevisionismo, subsisten escritores de Historia que permanecen fieles a las líneas mentales que inspiraron a los románticos del siglo pasado".

Una década después [4], Ramón Díaz Sánchez elaboró una periodificación que podría resumirse así: arranca de una *etapa revelatoria* representada por los primeros cronistas, seguida de una *etapa clasicista* representada fundamentalmente por José Oviedo y Baños con su *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela,* aparecida en Madrid en 1723, y considerado por Díaz Sánchez el primer historiógrafo venezolano. A continuación, un *período humanístico,* representado por intelectuales de ..."espíritu liberal y enciclopédico"..., como Bello, Sanz, Simón Rodríguez, Cristóbal Mendoza, Yanes, Coto Paúl, Miguel Peña etc. Le sigue el *período romántico* en el cual ..."todo es informe y apasionado"..., representado por Baralt, Ramón Díaz, Codazzi, Juan Vicente González, Antonio Leocadio Guzmán, Felipe Larrazábal, etc. Por último, la *etapa de la influencia positivista,* con Vargas, Toro y Acosta como "precursores", que reciben la influencia de Adolfo Ernst y constituye el inicio de la "historiografía científica" vinculada con las ciencias auxiliares y afines.

A manera de elementales reparos a estos intentos de periodificación de la historia de la historiografía venezolana, que sirvan para prevenir al lector cuidadoso, podrían formularse dos, muy generales: en primer lugar, la confusa presentación de la más reciente etapa de la historiografía venezolana, y la manera por demás desenvuelta como se tratan las que hemos llamado cuestiones fundamentales de la periodificación en historia de la historiografía.

En cuanto al primer reparo, que es falla no imputable a Eloy G. González, pero sí a Mario Briceño-Iragorry y más todavía a Ramón Díaz Sánchez, en los tres casos por razones cronológicas, diremos que la manera confusa como se presenta la etapa contemporánea de la historia de la historiografía venezolana coloca en igual plano secuelas de viejas corrientes y nuevas corrientes plenas de vigor histórico. Sobresale en este sentido la no identificación de la corriente historiográfica que nace hacia 1938 con las obras de Carlos Irazábal, Miguel Acosta Saignes y Manuel Matos Romero, las cuales constituyen intentos de interpretación de la historia de Venezuela inspirados en el materialismo histórico. Esta nueva corriente, claramente ejemplificada en esas obras, ya había alcanzado para 1946 y más aún para 1956, una audien-

cia y una fuerza considerables en el ámbito de los estudios históricos venezolanos, sin que haya proporcionalidad entre el número de autores que la cultivan, el de obras producidas y la amplitud de su esfera de influencia, apreciable esta última en el acentuamiento y desarrollo de la preocupación por las cuestiones económico-sociales, hasta el punto de poder ser considerada predominante en nuestros días, en el marco de la nueva historiografía científica.

Sea el segundo reparo ocasión propicia para recordar un juicio que emitimos en 1961 [5], el cual se ha visto robustecido por la indagación historiográfica proseguida desde entonces:

"Lo escaso y lo incipiente ..."de los estudios historiográficos entre nosotros, constituye una afirmación difícilmente controvertible. Carecemos en la actualidad de estudios que nos permitan conocer, de manera orgánica y crítica, las corrientes evolutivas de la Historiografía venezolana. No implican estas afirmaciones la ignorancia o el menosprecio de algunos trabajos realizados en la materia, los cuales tenemos a la vista. Sin embargo, bien puede decirse de ellos que son *paisajes historiográficos* de excesiva generalización, que no están basados en cuidadosos estudios documentales de toda la obra, o de su parte más significativa, de los autores tratados. De esta manera es obvio que se abren demasiadas brechas a la crítica, y que la clasificación de los autores en las diversas corrientes historiográficas suele ser, cuando no dudosa, imprecisa, pues se halla basada en el estudio de unas pocas obras, o de su pensamiento en un momento dado. En suma, nos faltan estudios que versen sobre la obra de un autor, y que permitan, por lo tanto, seguir la evolución de su pensamiento y precisar el verdadero contenido y el real significado del mismo.

"En otras palabras, aún estamos, en cuanto a los estudios historiográficos, en una primera etapa que consiste en establecer con la mayor exactitud posible el concepto que de la Historia tuvieron nuestros más destacados historiadores. Cumplida esta etapa será posible distribuirlos en corrientes y movimientos con propiedad, sin incurrir en generalizaciones violentas ni en apreciaciones parciales o fragmentarias".

Cuando nos formulamos esta pregunta tenemos en mientes el desarrollo de los estudios históricos venezolanos en las últimas décadas. De él deducimos que ha habido un considerable incremento de esos estudios, cuya importancia en la fórmula cultural del país se acrecienta incesantemente. No puede ser nuestro objeto en estas consideraciones el examen minucioso de las razones de este hecho, pero sí podemos apuntar que sobresale en esa fórmula cultural la preocupación por el pasado histórico hasta el punto de que los temas historiográficos se explayan constantemente en las más diversas publicaciones y acaparan gran parte de la vida intelectual. La sistemática y organizada labor de estructurar una conciencia nacional tomando como eje el culto a Bolívar, es sin duda uno de los orígenes de este fenómeno.

En ese panorama aparece un hecho nuevo: al lado de la historiografía oficial e institucionalizada, hasta no hace mucho la única cultivada sistemáticamente en Venezuela, surgen dos nuevos sectores: la historiografía fomentada por instituciones privadas y la gestada en escuelas universitarias.

Ya hemos apuntado, como una de las características de la historiografía venezolana, su tono heroico, que la hacía cónsona con una etapa determinada de nuestro desarrollo histórico. La subestimación del pueblo como agente histórico está en esa historiografía combinada con la exaltación del héroe militar y de los valores que le son propios, formando con ello un producto ideológico muy adecuado a la vida caudillesca de la República durante todo el siglo XIX y comienzos del XX. La orientación de la conciencia nacional en función del hombre providencial, del salvador necesario, no podía menos que proporcionar una buena coartada histórica para los apetitos de poder de los grupos de terratenientes y comerciantes constituidos en torno a los caudillos.

A partir del último cuarto del siglo XIX, con la formación de algunas estructuras nacionales, sobre todo bajo los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco, comienza a operarse un cambio básico en la sociedad venezolana que aun sujeto a estan-

camientos relativos y retrocesos parciales no ha dejado de proseguir desde entonces: el desarrollo de la burguesía nacional al calor del desarrollo comercial, primero, y de las negociaciones mineras, luego y fundamentalmente. La acumulación capitalista realizada mediante el peculado cometido al amparo del poder público, o sirviéndose de éste como instrumento para el establecimiento de pingües monopolios; la subasta de concesiones petroleras y la extensa libertad de explotación de las masas campesinas y obreras, han sido los componentes de este desarrollo de la burguesía y de su consiguiente toma de conciencia como clase, ya clara y distinta respecto de los sectores populares y de vanguardia, en proceso de clarificación creciente respecto de otros sectores sociales y del dominio imperialista.

Ese desarrollo de la burguesía como clase conlleva ingentes esfuerzos por la definición de una ideología apropiada, y lo que es claramente perceptible en el orden de la vida política no podía menos que proyectarse en el campo de los estudios históricos. De allí que la burguesía venezolana se encuentre desde hace algún tiempo en trance de reescribir la historia de Venezuela, revisándola de acuerdo con criterios específicos y haciéndola servir a la sustentación de valores que ya no pueden ser los mismos que correspondieron a la etapa del latifundismo caudillesco [6]. Por eso en el lapso que ahora nos ocupa han cuajado y se desarrollan valores históricos que, si bien tienen su raíz principal en la historiografía de fines del siglo XIX y comienzos del XX, es sólo ahora cuando entran en vías de consolidación y expansión. Así, esta nueva historiografía tiende a exaltar valores tales como el de la continuidad institucional, oponiendo el concepto de evolución al de revolución; reivindica los valores civilistas burgueses y propone, para uso de una clase que no ha ganado laureles en el campo de batalla, una ampliación y diversificación del concepto del héroe [7]. Pero, no todo es nuevo en esta historiografía: así como conserva usos y tradiciones en el aspecto metodológico, continúa también la subestimación del pueblo como agente histórico, presentando como motor del proceso histórico no ya el hombre providencial, sino a restringidas élites.

Es dentro de este orden de ideas como cremos debe apreciarse la historiografía fomentada en instituciones privadas, vale decir las fundaciones creadas por grandes capitalistas con diversos fines —desde los fiscales hasta los de relaciones públicas—, que cumplen desde hace algunos años considerable labor en el campo de los estudios históricos. Estas instituciones, que han prestado una encomiable ayuda en el rescate, preservación y difusión de fuentes, se hallan todavía en la primera fase de su desarrollo, por lo que aún no son del todo evidentes sus finalidades básicas en el orden ideológico estricto. No obstante, el sentido de su desarrollo histórico apunta hacia su conversión cada vez más nítida en centros de elaboración y difusión de los valores propios de la burguesía, para servicio de sus intereses. La historia que en ellas se elabora no se diferencia todavía claramente de la historia oficial tradicional, aunque se infiltra en esta última en razón de los movimientos políticos y de la atracción de los mismos historiadores e investigadores que elaboran y cuidan la oficial. La meta necesaria de estas instituciones se precisa en los actuales momentos en la preocupación que demuestran los grandes capitalistas por vincular el desarrollo histórico de Venezuela con sus actividades económicas: comienza a escribirse la historia de las grandes compañías y se enriquece el contingente heroico con un nuevo tipo de héroe: el empresario exitoso.

La fundación de la Escuela de Historia en la entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela, el año 1947, constituye uno de los hechos capitales en el desarrollo de los estudios históricos venezolanos. Con ella se inicia la enseñanza universitaria de la historia, como rama específica, hoy extendida a otras universidades nacionales. A este hecho, que por sí solo habría bastado para justificar la apreciación que de él hacemos, se ha sumado desde 1959 una nueva circunstancia que posibilita sus más fecundas repercusiones: la autonomía universitaria. El resultado de estos factores es la actual existencia de escuelas universitarias de historia que funcionan en régimen de autonomía. De allí los dos rasgos fundamentales de este nuevo

sector de los estudios históricos: se cuenta hoy en Venezuela con centros de enseñanza e investigación de la historia animados de una preocupación científica y desligados de la historiografía oficial gracias al régimen autonómico de las universidades nacionales.

Ya es posible comenzar a estimar los resultados positivos de este hecho, y si bien no cabe exagerar su repercusión en orden al cambio global del estado de los estudios históricos, es posible afirmar que las escuelas universitarias de historia han sido factor esencial en la formación de una nueva actitud ante los estudios históricos, hecha de más acentuada exigencia científica y de franca rebeldía contra los usos y tradiciones historiográficos. No debe, sin embargo, pensarse que esas escuelas de historia se hallan por completo liberadas o preservadas de semejante lastre. En realidad en ellas se libra una lucha incesante entre concepciones historiográficas, pero también entre una sencilla y llana concepción científica de la disciplina —tan sólo sea por técnica y metódica— y los procedimientos tradicionales de la historiografía venezolana.

La contribución más significativa de las escuelas universitarias de historia habría que buscarla en orden a la sistematización de los estudios y a la formación profesional del docente en historia; en los esfuerzos metódicos por despertar, estimular y entrenar vocaciones de investigador histórico; y en el fomento de un nuevo concepto de lo que *debe ser* la historiografía.

Pero, no es menor esa significación en el campo de la investigación —inseparable de los otros resultados—, ya que gracias al régimen autonómico es posible desarrollar hoy propósitos indagatorios que sólo cabría realizar en la Universidad gracias a la libertad de investigación y de cátedra, y a la disposición de recursos diversos que facilitan la investigación.

Como consecuencia, sobre todo de la enseñanza y la investigación universitaria de la historia, se advierte hoy en el panorama de los estudios históricos venezolanos la presencia de los que llamaríamos nuevos historiadores y la de una nueva historia, abocados a la difícil tarea de alcanzar una atinada valoración del pasado historiográfico, pues nada sería más

antihistórico que negarlo, ni nada sería menos histórico que desconocer el cambio presente que se anuncia. En suma, está planteada la continuación dialéctica de la tradición en nuestros estudios históricos, sacándolos del punto poco menos que muerto a que habían llegado por su anquilosamiento metodológico y su escasa preocupación filosófica.

Al hablar de nuevos historiadores lo hacemos con toda propiedad por cuanto es ahora cuando ingresan a la vida cultural del país profesionales universitarios específicamente preparados para la docencia y la investigación en el campo de la historia. La especificidad de esta formación llega hasta superar la dualidad, todavía vigente en la enseñanza secundaria venezolana, del docente de historia y geografía, y marca, por lo tanto, un paso hacia adelante en la definición de la disciplina con respecto a la formación docente impartida en el Instituto Pedagógico Nacional, ajustada a esa dualidad.

El nuevo historiador es todavía, en gran parte, tan sólo un docente que inicia sus tareas de investigación, o un investigador novel. La muy reciente creación de las escuelas universitarias de historia así lo determina. Pero cada año egresan de ellas promociones de jóvenes que han venido a los estudios históricos con una actitud profesional, a diferencia del historiador aficionado procedente de la política o de cualquier profesión universitaria. En su tránsito escolar, el nuevo historiador es todavía objeto de una formación general predominante, de corte clásico en el sentido de concepción informativa de la enseñanza: se *aprende* historia. Pero, conjuntamente con esa formación general y en magnitud creciente se ofrece una formación técnica y metodológica en constante trance de depuración, que tiene por objeto el *enseñar a estudiar y a investigar* historia, tanto para los fines de la docencia como para los de la investigación propiamente dicha.

Hemos hablado también de la presencia de una nueva historia. Vista críticamente, esta afirmación no podría significar más que una etapa normal e histórica de los estudios históricos, ya que se podría hacer una "Historia de las nuevas historias". Muy débil sería la afirmación de la existencia de

una nueva historia si por ella pudiera entenderse, de alguna manera, intencionado desconocimiento del pasado historiográfico o pretendido rompimiento con él. No es este el espíritu que la anima, aunque se producen inevitables erupciones iconoclastas.

La nueva historia se caracteriza por una actitud crítica y revisionista constructiva, por un propósito de depuración metodológica y de enriquecimiento filosófico, y por la ampliación del campo de la investigación histórica. Con ello se espera arraigar la nueva historiografía en los mejores y más fecundos aportes de la historiografía tradicional, y promover el conjunto de los estudios históricos a un estado de intenso desarrollo y fortalecimiento.

Cuando relacionamos la nueva historia con los más fecundos aportes de la historiografía tradicional la situamos en una precisa línea de continuidad crítica y revisionista de las contribuciones hechas por notables historiadores de fines del siglo XIX y comienzos del XX, que si bien no consiguieron despojarse de cargas prejuiciales tradicionales ni dejaron por ello mismo de incurrir en el abono de las concepciones ideológicas propias de esa historiografía, introdujeron en los estudios históricos una inquietud filosófica y metodológica que les permitió resquebrajar el opaco monolito en que se había convertido la historiografía tradicional, abriendo en él una brecha crítica por la cual fue posible entrever amplias perspectivas de revisión. Gracias a la obra de hombres como Laureano Vallenilla Lanz, José Gil Fortoul, Mario Briceño-Iragorry, etc., se aceleró y vigorizó el proceso de abandono de las concesiones románticas, iniciado con la revisión denominada global y hasta abusivamente "positivista", a la liquidación de cuyas supervivencias se aboca hoy la nueva historiografía con una actitud constructiva que entiende desechar cuanto de caduco y superado hay en las obras de esos autores para poner a contribución lo más sólido y fecundo de las mismas.

Semejante labor de revisión crítica sólo puede adelantarse, y así se le comprende cada vez más claramente, gracias a la depuración metodológica y al enriquecimiento filosófico de

la labor historiográfica. Esto es sobre todo una consecuencia esperada de la profesionalización del historiador y de los nuevos recursos de que dispone en tanto docente e investigador. La sola necesidad de profesar historia con apego a exigencias críticas revela al docente la inconsistencia de muchos de los resultados historiográficos usualmente tenidos como válidos, pero al mismo tiempo le descubre la magnitud del esfuerzo metodológico y filosófico requerido para la revisión científica de esos resultados. Mejor preparación técnica y más afinada formación metodológica, por una parte, conducen al robustecimiento de un espíritu crítico que armado de nuevas concepciones filosóficas, de nuevos criterios interpretativos, capacita al trabajador de la nueva historia para llevar a cabo una ímproba labor de revisión de la historiografía tradicional, a cumplirse no en el plano efectista de la polémica como se la ha entendido también tradicionalmente, sino en el propicio ambiente de los gabinetes de investigación y en el intercambio crítico que proporciona la docencia bien entendida y practicada.

Esa obra revisionista crítica ha dado un primer resultado importante —de proyecciones que por el momento nos parecen incalculables— con el solo hecho de revelar la urgente necesidad de ampliar el campo de la investigación histórica, extendiendo su acción a nuevos sectores, temas o cuestiones, donde radica lo esencial del propósito revisionista, el cual no puede realizarse plenamente si se le deja encallejonarse en el reexamen de la temática tradicional. Hay conciencia de que es en la exploración de los nuevos o descuidados campos donde existe la posibilidad de establecer los fundamentos de la revisión crítica cuya repercusión habrá de sacudir y renovar —como lo hace ya— la estructura de la historiografía tradicional. Es ésta, seguramente, una de las condiciones determinantes que habrán de posibilitar el desarrollo sistemático de los estudios de historia económica y social; el desarrollo de los de historia de las ideas y de historia de la historiografía, y la inauguración de disciplinas tales como historia de la técnica y de la ciencia.

Pero esta apreciación de la nueva historia y de sus propósitos y perspectivas se vería seriamente debilitada si se fundase en la creencia de que ella puede ser hecho de la sola preocupación científica de los nuevos investigadores. Obedece a circunstancias objetivas cuya consideración es tema del siguiente capítulo.

NUEVAS TAREAS Y NUEVAS ORIENTACIONES

El panorama de los estudios históricos que hoy se extiende ante el denominado nuevo historiador rebosa de tareas en cuya realización ha de apoyarse en nuevas orientaciones que lo solicitan con empeño. La respuesta a esa solicitud conduce a la ubicación del historiador en el vasto frente de los estudiosos de ciencias sociales e históricas cuyos afanes se dirigen al establecimiento de un conocimiento científico y articulado de la realidad nacional, de interés para la construcción del presente, sin que ello implique incurrir en elemental pragmatismo. La esencial vinculación de los estudios históricos con ese quehacer político, social e ideológico actual, pone de evidencia la importancia de la orientación que se dé a esos estudios.

En orden a las tareas que se plantean al nuevo historiador, y manteniéndonos dentro de un propósito de generalización de las mismas, bien puede decirse que constituyen un estimulante reto de cuyo resultado depende en mucho la definitiva estructuración de la "Historia de Venezuela", entendiendo por esto no el conocimiento de esa historia en forma "definitiva", sino tan sólo la superación de las deficiencias estructurales que comentamos en la primera parte de este ensayo.

Así, podríamos decir que la principal y más general de esas tareas consiste en *no llenar lagunas, sino reestructurar.* Proponemos esta suerte de consigna historiográfica porque cada día crece en los nuevos historiadores la convicción de que no bastaría con poner parches a lo ya hecho: es necesario reconstruir integralmente. La incorporación de nuevas parcelas de conocimiento histórico, por masiva y atinada que

pueda ser, adolecería de dispersión y configuraría a la postre una visión desarticulada, si no fragmentaria de la historia de Venezuela. Aun reconociendo sin esfuerzo la importancia primaria de semejante desarrollo, quedaría planteada la necesidad de esfuerzos totalizadores que sirvieran cual campo de prueba para los aportes parciales. La significación metodológica de este procedimiento la entendemos en un doble sentido: complementa el valor específico de las aportaciones parciales al revelar su valor relativo, y replantea con nueva claridad las lagunas aún subsistentes. Al referirnos a esos esfuerzos totalizadores pensamos propiamente en los ensayos de historia general, que cuentan en la historia de la historiografía venezolana con los muy valiosos aportes —en los sentidos metodológicos anotados—, de Rafael María Baralt, a cuya obra ya hemos hecho referencia, y de José Gil Fortoul con su *Historia Constitucional de Venezuela,* la cual puede ser estimada como refundición y balance de los resultados obtenidos por la historiografía venezolana hasta comienzos del presente siglo.

Mas esta obra de reestructuración ya hemos dicho que se inscribe dentro de un proceso de continuidad dialéctica de los estudios históricos venezolanos. Impone, por lo tanto, *esfuerzos por alcanzar una ajustada comprensión de la utilidad para esa labor representada por la historiografía tradicional.* No cabe subestimar este legado sin exhibir por lo mismo escaso sentido histórico —lo hemos dicho y ahora lo subrayamos—, pero tampoco cabe el reducirlo a la simple aportación de materiales de construcción en el orden de los datos, de las fuentes, etc. Sin que ello constituya inconsecuencia respecto de posturas críticas ante esa historiografía, por nosotros sostenidas también, no vacilamos en reconocer que hay en ella un fondo de ideas y de guías para la investigación cuyo desconocimiento puede encerrar para el nuevo investigador el riesgo de lamentables pérdidas de tiempo, si es que no de duplicaciones de pobre significación. A reserva de que el estado incipiente de los estudios de historia de la historiografía venezolana obliga en esto a una extrema cautela, creemos que los resultados actuales de la indagación

historiográfica autorizan a admitir que sobre el fondo de un instrumental interpretativo y metodológico frecuentemente rudimentario, se han erigido hipótesis de fecunda proyección, útiles al nuevo historiador, dueño de un instrumental más eficaz y completo.

Semejantes propósitos de reestructuración del conocimiento histórico, favorecidos por una actitud científica ante la historiografía tradicional que permite hacerla servir a su propia revisión, ha de tener como norma la de *poner tierra bajo los pies de "nuestros héroes"*. Para quien esté siquiera medianamente familiarizado con la historia de la historiografía venezolana, será tarea sencilla comprender lo justo de esta norma, que no significa otra cosa que darle a la historia de Venezuela un contenido económico, social e ideológico que preste sentido a la acción del "héroe" de todos los tiempos, es decir, del pueblo venezolano, demoliendo así, de una vez, la increíblemente primitiva visión individualista de la historia que agobia la gran masa de nuestros estudios históricos.

Esta última tarea nos devuelve básicamente a la primera de las enunciadas, permitiéndonos enriquecer su formulación al verla ahora como la tarea de estructurar una "Historia de Venezuela", al cabo de una reestructuración de lo ya adelantado en ese sentido, pero poniendo énfasis en las cuestiones relativas al significado espacial y temporal de esa meta, en el sentido de incorporación de nuevas provincias históricas y de la continuidad de los anales, pero también expandiendo el espectro temático de esa historia y dotándola de una fundamentación filosófica y metodológica de marcada preocupación depuradora.

En suma, un vasto conjunto de tareas, pleno de dificultades, aumentadas y agravadas por el tremendo trabajo de definición de categorías interpretativas y de métodos apropiados a la empresa. Es en este punto donde intervienen los requerimientos de las nuevas orientaciones, las cuales difieren en razón de las varias concepciones de la historia que hoy conviven en los estudios históricos venezolanos: desde el más burdo providencialismo hasta las concepciones de mayor contenido científico inspiradas en el materialismo histórico. Ni

por un instante cabe olvidar que esta convivencia ha de entenderse como una confrontación crítica entre concepciones ya caducas, filosóficamente anquilosadas, y la pura y simple concepción científica de la historia, representada en nuestros días por la concepción materialista de la misma. Pero, creemos posible definir un conjunto de orientaciones básicas que responden, al menos en gran parte, a la más elemental índole científica y técnica de la disciplina, aquella a partir de la cual puede plantearse la confrontación ideológica elevándola a un nivel siquiera medianamente superior a la simple confrontación de prejuicios. Decimos esto porque no es extraño ver, en los estudios históricos venezolanos, a los paladines de las diferentes concepciones de la historia parapetarse tras bastiones cuyos fundamentos técnicos y metodológicos los hacen ser en realidad endebles castillos de naipes.

No escapa a nuestra atención crítica lo movedizo del terreno sobre el cual comenzamos a andar ahora: la pretensión de definir algunas orientaciones que, en su mayor parte cuando menos, convengan a concepciones de la historia diametralmente opuestas e irreconciliables.

La primera de estas orientaciones consiste en tender a la *estructuración de una disciplina en el orden técnico y metodológico*. La validez de este reclamo se funda en las todavía muy extendidas y arraigadas prácticas historiográficas tradicionales que al ignorar, omitir o aplicar defectuosamente las más elementales normas técnicas y metodológicas en el tratamiento de las fuentes y de los datos, así como en el orden de la generalización, acaban por pretender beneficiarse del criterio de autoridad, al hacer virtualmente imposible, o en extremo difícil, la imprescindible tarea de comprobación crítica de los resultados primarios de la investigación, sobre cuya base se levantan las interpretaciones correspondientes a las diversas concepciones de la historia. En rigor de planteamiento científico, en el orden técnico y metodológico, se revela tan prejuiciada e insostenible la interpretación materialista que debe más a la intuición que a la investigación, o que pretende ampararse en el prestigio científico de los princi-

pios filosóficos que la inspiran, como su equivalente obediente a cualquier otra concepción. Y tal situación no pertenece, de ninguna manera, al terreno de lo imaginario: el apriorismo campea en forma insolente en los estudios históricos venezolanos, globalmente, y son contados los logros significativos de signo contrario. La lucha contra estos vicios técnicos y metodológicos implica la superación definitiva de los métodos y técnicas tradicionales de la historiografía narrativa, en la cual se confunden los agregados de datos con el conocimiento histórico propiamente dicho y se sustituye la filiación de los fenómenos a su interpretación.

La magnitud del esfuerzo que cabe realizar para seguir esta orientación se revela más claramente cuando la hacemos parte de una *revisión de criterios* que ha de comenzar por criterios tan vetustos como el hermanamiento de la historia y la geografía (los geógrafos lo agradecerían no menos que los historiadores) al nivel de la enseñanza, aferrado a conceptos hoy abandonados en los países de adelantada evolución científica, y que no obedece por cierto, en su acepción aún vigente en los estudios históricos venezolanos, a una ponderada valoración de las funciones respectivamente complementarias de esas ciencias en sentido semejante a la colaboración que podría establecerse entre ellas y la economía, la política, la sociología, etc. Es bueno señalar en este orden de ideas —aunque advertimos que con ello comenzamos a salirnos aceleradamente del ámbito en que hemos pretendido situarnos—, que no pesa menos como lastre puesto a una elemental valoración de la historia como disciplina científica, la simbiosis que interesadamente se ha formado entre la historia oficial y la "moral y cívica", entendida esta última como la enseñanza de una visión de la sociedad y del Estado de plano sumisa a las ideologías dominantes políticamente.

A sabiendas hemos entreabierto esta última puerta, porque ella nos da acceso a una orientación que hoy se impone por igual a historiadores partícipes de diferentes concepciones históricas —excluyendo, es cierto, a los retardatarios providencialistas—, como la imprescindible necesidad de *reubicar a los héroes*. Para el historiógrafo que considere esta cuestión sin colocarse en la perspectiva historiográfica venezolana, y aun latinoamericana, podrá parecer algo incomprensible el que esto se plantee cual necesidad actual. Igualmente ha de parecerle un tanto extraño que digamos a continuación que esta orientación hacia la reubicación de los héroes —que parecerá irreverencia a muchos, lo cual ya da un poco la clave de la situación—, puede ser un sano criterio, por el bien de la historiografía: si han de subsistir los héroes como hasta ahora, más valdría crearles un campo especial para su culto, pero "sacarlos de la historiografía". Hecho esto, podrían existir con holgura en un ámbito en el cual tengan libre juego los prejuicios del dogma, sin entrabar demasiado las tareas mínimas de conocimiento histórico científico.

Mas no es la exageración del culto a los héroes el único tabú del cual han de tratar de deshacerse los estudios históricos venezolanos. Reina en ellos también el temor a lo históricamente reciente, de allí que sea una perspectiva la *extensión del campo historiográfico en sentido cronológico*. El estudio de la historia contemporánea de Venezuela ha experimentado un claro retroceso desde fines del siglo XIX. A partir de entonces ha ido creciendo la separación entre la última fecha historiada y el presente del historiador, hasta llegarse hoy a una distancia de más de medio siglo, lapso ocupado casi exclusivamente por la obra panfletaria o de común polémica política, pero todavía no sometido a elaboración historiográfica sistemática propiamente dicha. Las biografías, las memorias, los cuadros histórico-literarios, contienen una abundante información que ha de completarse con la que duerme en los archivos oficiales y que sólo comienza a ser liberada mezquinamente para el período 1900-1910.

Como factor condicionante general de todo este proceso de reestructuración de los estudios históricos venezolanos, está la *necesidad de reorientar y estimular la crítica histórica y la crítica historiográfica*. En forma por demás escueta diríamos que esa reorientación consiste en liberar a la primera del simplismo y a la segunda de los vicios de la crítica mal entendida. Choca ver cuánto esfuerzo y tiempo se despredicia en debatir el establecimiento de cuestiones históricas fútiles

—por lo general tocantes a algún episodio de la vida de los héroes—, cuando permanecen poco menos que intocadas las cuestiones básicas de nuestra historia. No es menos desagradable el espectáculo ofrecido por una crítica historiográfica cargada de convencionalismo y ramplonería, obra de la complicidad producida en los círculos académicos entre quienes hacen de semejantes ejercicios escaleras para trepar a cargos diplomáticos y políticos, o para adquirir figuración social y notoriedad. Muy lejos de estos cuidados, al nuevo historiador ha de preocuparle la puesta a contribución de estos dos admirables recursos que son la crítica histórica y la crítica historiográfica, en la difícil tarea de depuración y afinamiento técnico, metodológico y conceptual. La estrecha vinculación existente entre ambos tipos de crítica, y su consustanciación con todo propósito renovador, sitúan esta necesidad de reorientación crítica entre las que reclaman más urgente satisfacción, pues ella es al mismo tiempo arranque y factor constante de todo el proceso, así como la mejor garantía de sus resultados.

* * *

En suma, diríamos que la nueva historiografía venezolana se enfrenta a un complejo de tareas de orden propiamente científico, en cuya realización se ve solicitada por orientaciones que, pese a todo, admiten una reducción aunque sea parcial a una plataforma común contentiva del mínimo de requerimientos científicos que saquen la pugna de las diversas concepciones del plano del enfrentamiento de prejuicios y apriorismos.

Pero, puestos ya deliberadamente en una posición que con seguridad es de imposible avenencia para opuestas concepciones de la historia, pecaríamos de cortedad si viéramos en ésta tan sólo una cuestión de orden profesional y científico. Estamos en presencia de un asunto de trascendencia práctica en el orden histórico actual, trascendencia que tiene el sentido de una más ágil y precisa definición de la función social del historiador, vista esa función como su parte de responsabilidad en la formación, consolidación y desarrollo de la

conciencia nacional. La postura asumida dentro del campo de esa responsabilidad, de acuerdo con los resultados de su propia comprensión científica de la historia y con su condición de hombre participante en los conflictos del presente, hace que no pueda serle indiferente al historiador el que una historiografía sirva para edificar una concepción subvalorativa del pueblo, para alimentar el culto heroico y para nutrir la "segunda religión" moral y cívica al servicio de las clases sociales dominantes, o que esa historiografía sirva para situar al pueblo como principal agente histórico —en toda la riqueza y vastedad de este concepto—, para desarrollar y fortalecer la conciencia nacional, y para formar el sentido crítico e histórico de la propia evolución nacional, y con ello para auspiciar el desarrollo social.

NOTAS

1. El presente ensayo, que se publica ahora por primera vez en su versión castellana, fue elaborado especialmente para la obra *Conocimiento de Venezuela,* editada en ruso por la Academia de Ciencias de la Unión Soviética.
2. Eloy G. González, "En la recepción [académica] de F. Jiménez Arráiz. *En la Tribuna y en la Cátedra.* Caracas, Tipografía Garrido, 1955, pp. 80-100.
3. Mario Briceño-Iragorry, "Nuestros estudios históricos". *Introducción y defensa de nuestra historia.* Caracas, Tipografía Americana, 1952, pp. 17-28. Reproducción de *Revista de Historia de América.* Diciembre de 1947, Nº 24, México.
4. Ramón Díaz Sánchez, *Evolución de la Historiografía Venezolana* (Colección Letras Venezolanas, Nº 3). Caracas, Ministerio de Educación, 1956.
5. Germán Carrera Damas, *Historia de la Historiografía Venezolana* (Texto para su estudio). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1961, página XVII.
6. Sobre este empeño de la burguesía venezolana en reescribir la historia de Venezuela, decíamos en 1960: ..."comprueba la Historia que el acceso de una nueva clase social al poder, impone a ésta la necesidad de justificarse históricamente. Para ello debe alegar y ordenar argumentos de diversa índole capaces de convencer acerca de la procedencia de su posición como clase dominante"... ..."A tal fin emprende una revisión de la Historia orientada en el sentido de demostrar que todo lo sucedido precedentemente sólo tuvo un objeto o un significado: preparar el actual estado de cosas. Es decir, en el presente caso, preparar el advenimiento de la burguesía"... Señalamos entonces, en abono de tal juicio, la tarea semejante emprendida por la Revolución Cubana, y citamos el dicho de Alejo Carpentier sobre que: "Incumbe a la nueva generación de cubanos la tarea de revisar la historia patria, pésele a quien le pese, empezándose por los textos escolares"... ("Significado Político-Social del Centenario de la Guerra Federal". *Crítica Histórica.* Caracas. Publicaciones de la Dirección de Cultura de la U. C. V., 1960, pp. 76-77). Recientemente y para mayor afirmación, escribió José Antonio Portuondo: "Una de las necesidades que está planteándonos de modo insoslayable el triunfo de nuestra Revolución Socialista es la de

realizar el estudio del proceso histórico cubano a la luz del marxismo-leninismo"... ("Hacia una nueva Historia de Cuba". *Cuba socialista.* La Habana, agosto de 1963, Año III, núm. 24, p. 24). (Nota a la versión española).

7. La oposición tradicional entre el héroe militar y el civil, representados arquetípicamente por el *caudillo* y el *repúblico,* y en un plano especial por el *intelectual,* ha recibido recientemente dos aportaciones. Una, representada por el llamado *heroísmo plural,* fue definida por Caracciolo Parra-Pérez en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, al referirse al ..."heroísmo de los muchos"... "que en fin de cuentas constituye aún más que el fondo de la tela histórica la esencia misma de la historia", con motivo de la exaltación heroica de los miembros del Congreso de 1811. Más novedosa que esta concepción consagratoria de las élites, es la que aspira a enriquecer el panteón con un nuevo tipo de héroe: el *empresario* exitoso. A ello se aplica Arturo Uslar Pietri cuando al hacer la semblanza biográfica del hombre de negocios Eugenio Mendoza, enhebra lugares comunes a propósito de la ..."historia ejemplar y estimulante del muchacho pobre que surge y se abre camino, contra innumerables obstáculos, hasta alcanzar el triunfo que no parecía posible, gracias al trabajo y la tenacidad". ("Eugenio Mendoza, el realizador". *Diez años de la Fundación Eugenio Mendoza.* Caracas, 1961, p. 15). Las tres virtudes del héroe burgués, así definidas: éxito, tenacidad y trabajo, se dieron también en Ricardo Zuloaga, según Juan Röhl, pues aquel ..."sigue siendo un modelo a copiar por las juventudes de hoy"..., y cuya "obra cumbre, la Electricidad de Caracas [es] la más útil quizás de las emprendidas por hombre alguno en Venezuela"... (*Ricardo Zuloaga.* Caracas, 1663, p. 247). Todo con criterios e intenciones que Guillermo Morón redondea en prólogo a la obra de Röhl: "Admirable empeño el de este nuevo libro de Röhl, porque Venezuela necesita conocer las vidas ejemplares, aquéllas que han contribuido a formar el presente y a dar lineamiento al futuro"... (*Ibidem,* p. 12). (Nota a la versión española).

(*Cuestiones de Historiografía Venezolana.* (Colección Avance, número 7). Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, 1964).

PARTE III

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

NOTAS SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN VENEZUELA

La suerte sufrida por los diversos intentos reformadores ocurridos en la Historiografía venezolana, permite creer en la inutilidad del esfuerzo renovador que se detenga en la obra individual, por cuidadosa y sólidamente elaborada que haya sido ésta. La conciencia de esa inutilidad se funda en la comprobación de que la carga crítica y renovadora contenida en la obra de varios destacados historiadores, permanece como enquistada y trasciende poco y tardíamente al campo de los estudios históricos. Los conceptos falsos resisten con éxito los embates críticos, y circulan a su placer por las obras más disímiles: desde los textos didácticos aparentemente indicados para extraviar cualquier interés del estudiante por la Historia, hasta los textos de ocasión periodística o radiofónica y las obras de historiadores de segunda mano.

Este aislamiento prolongado entre los productos de la investigación y los estudios históricos responde a vicios desesperantes pero en extremo difíciles de erradicar. Algunos de ellos se hallan vinculados con deficiencias estructurales de la sociedad venezolana cuyo remedio escapa a las posibilidades de acción del historiador, aunque le competen en alto grado. A poco que penetremos en esta cuestión, tropezamos con el analfabetismo y el consiguiente atraso cultural. Mas, en nuestro caso importa en primer lugar el que podríamos llamar "analfabetismo docente", si puede admitirse semejante atentado al lenguaje.

Aludimos con ello a la ausencia de preocupación, observable en docentes de diverso grado, por enterarse de los resultados de la investigación relativa a su disciplina. Quizá sea éste uno de los engranajes principales cuya deficiencia impide la elevación del nivel de la enseñanza.

Estas consideraciones nos han llevado a creer que la renovación de nuestros estudios históricos habrá que buscarla, durante una primera y larga etapa, en la transformación de la enseñanza de la Historia. Las observaciones contenidas en estas notas, esperan contribuir a la realización de tan alto propósito [1].

1. LA FORMACION METODOLOGICA DEL ESTUDIANTE DE HISTORIA

El ingreso al primer año de la Escuela de Historia suele causar en el estudiante un estado de ánimo que muchas veces va más allá de la sorpresa, hasta convertirse en desconcierto. Tal conflicto íntimo se debe a la casi ninguna relación que advierte entre la enseñanza que se le imparte y la idea que del estudio de la Historia se había hecho. Con ello paga las consecuencias de deformaciones y errados conceptos adquiridos en el curso de la enseñanza Secundaria.

Habituado a mirar la Historia como un saber constituido esencialmente de buen decir y mejor memoria, confía en estas artes para "sacar una carrera fácil". Si es lamentable que de la Secundaria pueda extraerse semejante concepción de los estudios históricos, sería censurable que ella pudiese sobrevivir siquiera un momento al nivel universitario.

La existencia indudable y tenaz de esa errónea concepción de los estudios históricos en los estudiantes de reciente ingreso, y la necesidad inmediata de orientarlos por las vías de una concepción científica moderna de los mismos estudios, hace que la primera tarea pedagógica sea la de combatir las deformaciones y falsos criterios, para abrirle campo a la plantación básica que habrá de desarrollarse en los años sucesivos.

Nada fácil de realizar esta tarea. El estudiante, estructuralmente mal formado, imbuido muchas veces de una suficiencia y hasta de una pedantería humanística muy superiores a su bagaje intelectual, llega a oponer terca resistencia, —algunas veces, franca hostilidad—, a todo intento de demolición de sus "verdades adquiridas". La expresión más pacífica,

aunque no por ello menos dañosa, de esa oposición, consiste en cerrarse herméticamente ante los esfuerzos del profesor, aunque sometiéndose disciplinariamente a las pautas fijadas por éste.

Quizá sea en el campo de la formación metodológica donde se muestra con más alarmantes tonos la insuficiente preparación recibida en la Secundaria. Más ajustado a la realidad sería decir: la ninguna preparación metodológica. Palpable con ocasión del primer trabajo de cátedra, presente en las respuestas orales, la carencia de método constituye, a nuestro entender, la más seria dificultad con que tropiezan los estudiantes que inician la carrera de Historia.

Aunque son muchos los aspectos de esa dificultad que piden cuidadosa consideración, comenzaremos por el examen de dos de ellas que, dado su alcance general, bien podría decirse influyen en el conjunto: ausencia o escaso desarrollo del sentido crítico aplicado a la Historia, y desconocimiento casi absoluto de las más elementales técnicas de la investigación documental.

De ninguna manera pretendemos que el fomento del sentido crítico sea simplemente una cuestión metodológica. Subsisten en el fondo de toda actitud crítica imponderables que, por tales, escapan a definiciones. Sin embargo, es admisible que el estudio y la aplicación del método crítico a la Historia, proporcionan al estudiante un arsenal mínimo y un entrenamiento capaces de contribuir al desarrollo del sentido crítico. Igualmente, el estudio y la aplicación del método crítico a la Historia no pueden desligarse de la adquisición del instrumental que constituye la Técnica de la Investigación Documental. Esta técnica es de utilidad común a todas las disciplinas, humanísticas o no, que emplean fuentes documentales, auque sometida a las adaptaciones específicas.

Tampoco es posible creer que bastará con impulsar la formación del estudiante de Historia, en los campos de la Metodología de la Historia y de la Técnica de la Investigación Documental, para remediar completamente los defectos visibles en su preparación.

Es cierto que tal género de enseñanza adquiere, en las presentes circunstancias, importancia más acentuada de la que correspondería en momentos menos críticos. Pero también es cierto que la profundidad y la amplitud de las malformaciones que aquejan al estudiante reclaman la acción combinada y permanente de los profesores de las diversas materias, quienes han de conceder a las preocupaciones de orden metodológico y técnico porciones de tiempo y de atención muy superiores a las que normalmente les dedicarían.

Al proceder de esta manera, en realidad se busca situar al alumno a un nivel mínimo, para que en los años siguientes extienda y fortalezca esa enseñanza básica, ejercitándola sin cesar en el cumplimiento de sus labores escolares. Regresamos, con este planteamiento, al terreno de las consideraciones que abren estas líneas: la cuestión estrictamente pedagógica. Y es así porque, en última instancia, la viabilidad de los esfuerzos formativos está condicionada decisivamente por el grado de cooperación que se logre despertar en el alumno. Actitud esta última que resulta considerablemente más difícil de suscitar en un alumno adulto que en la etapa juvenil de la Secundaria.

Vistos con brevedad algunos de los componentes del problema que se plantea en torno a la formación metodológica del estudinte de Historia, podríamos quizá enunciarlo de la siguiente manera: ¿Cómo lograr que el estado de ánimo inicial, que hemos llamado de sorpresa y hasta de desconcierto, se vuelva propicio, a la vez, a la sistemática revisión y destrucción de los falsos criterios y las deformaciones traídos de la Secundaria y a la adopción, primero, de una actitud propicia a la recepción de nuevos criterios y normas, para pasar de inmediato a la leal y hasta entusiasta práctica de éstos?

Enunciado así el problema, subsiste un aspecto de la dificultad que si bien está ausente de la definición ensayada, constituye sin embargo, condición fundamental de todo el proceso, y hasta prueba simultánea de su efectividad: la que hemos llamado "leal y hasta entusiasta" práctica de las normas metodológicas y técnicas, ha de producirse de tal manera que no se convierta en la simplista suplantación mecánica de unos principios y técnicas por otros (Casos hemos tenido, y muchos, de alumnos que añoran los apuntes que les permiten memorizar dichos principios y técnicas).

La asimilación activa y crítica de principios metodológicos y de técnicas, sólo puede realizarse al favor de numerosos, repetidos y bien calculados ejercicios prácticos, concebidos y ordenados de tal manera que permitan el acceso gradual a las cuestiones más intrincadas. Ahora bien, es evidente que tales prácticas requieran atención personal del profesor, y abundante tiempo de trabajo tanto por parte del alumno como del mismo profesor. Sería muy difícil dosificar estos factores en forma ideal. Más fácil, y realista, es partir de la situación en que se ha de trabajar, y en ésta debemos señalar dos elementos de desigual importancia: las posibilidades de brindar atención personal, en lo tocante al profesor, y el tiempo de que disponen los alumnos para la realización de sus estudios. Pero, es esta una cuestión que, como otras esbozadas en esta nota, exige futuro y detenido tratamiento.

II. SABER HISTORIA Y HUERA ERUDICION

Las muchas dificultades planteadas por la formación metodológica del estudiante de historia, no pueden examinarse con provecho sin considerar previamente la relación que existe entre la finalidad general de la enseñanza de la disciplina y el método empleado. De esta relación dependen, en última instancia, tanto el correcto planteamiento de los problemas como la procedencia de las soluciones correspondientes. Por eso intentaremos, en estas líneas, hacer una somera denuncia de las que creemos deficiencias en la actual enseñanza de la historia, y algunas consideraciones sobre su posible enmienda.

En igual medida que la resistencia opuesta por el estudiante de historia a la que llamaríamos su "remodelación metodológica", nos ha preocupado su tenaz apego a una concepción del saber histórico que se resuelve en la idolatría de la huera

erudición. Es conveniente subrayar la correlación existente entre ambos vicios. A una concepción arcaica del historiador y del saber histórico, le basta una metodología rudimentaria, y el todo se sitúa bajo la égida de una historiografía regida por criterios nada científicos cuya persistencia, al amparo de las fallas estructurales de nuestro sistema educacional, representa el más grande obstáculo puesto al desarrollo y mejoramiento de los estudios históricos.

Habituado el estudiante a creer signo evidente del saber las prestidigitaciones verbales que pasan por muestras de erudición, se halla también preparado para servir de terreno fértil a la proliferación y a la supervivencia de toda suerte de incorrecciones metodológicas: la brillante improvisación opaca la disertación preparada y realizada con ayuda de notas; los alardes de buena memoria desacreditan el trabajoso fichaje de las obras y documentos estudiados; la fraseología lideresca e intrascendente suple la serena exposición; la intuición caprichosa e infundada hace las veces de hipótesis, y son tesis toda suerte de afirmaciones enfáticas. En suma, lo necesario para que el historiador se convierta en un ente compuesto de artes más que de métodos, y esté bien lejos de parecerse al investigador científico moderno.

Muy lógico es que semejante historiador necesite "saber historia", cuando por tal cosa se entiende el pertrechar la memoria con verdades que puedan derramarse a borbotones sobre el primer incauto con que se tropiece. Preocupado, no obstante, de ponerse a la moda y de "parecer científico", tal historiador pretenderá conseguirlo apuntalando su discurso con la abrumadora mención de una bibliografía extensísima cuya memorización —que no su cabal conocimiento—, hará las veces de arma definitiva en el torneo de la pedantería. Nada importa, para el caso, que buena parte de esa bibliografía esté compuesta de obras escritas en idiomas que ignora o conoce mal. Nada importa, tampoco, que se trate de obras raras y de muy difícil consulta, conocidas tan sólo por referencias de terceros: la macicez de una bibliografía abigarrada funda una reputación de científico, de serio, e insufla respetabilidad al más deshilvanado, banal e ilógico discurso.

Puesto aparte el fraude común de la imponente bibliografía, el desvalido esquema ideológico de semejantes historiadores está formado por un reducido número de "verdades" aprendidas sin el menor esfuerzo crítico, sin elaboración personal alguna, pero que expresadas con convicción —con esa ingenua convicción producto de la ignorancia, algunas veces—, inculcan en el estudiante la idea de que saber historia consiste simplemente en retener esas verdades y en repetirlas con fidelidad. El resultado inevitable es la conversión de la historia en un cuento mil veces repetido, carente de vida, aburridor y cargado de decepción.

Semejante historiador pretende, sin embargo, enseñar "historia crítica", entendiendo por ésta la mención en clase de los diversos juicios sobre un determinado hecho o proceso emitidos por autores investidos de autoridad, sin realizar con ellos alguna elaboración crítica que permita sacar provecho de lo que se convierte en puro enunciado de opiniones. Más todavía, cree hacer enseñanza crítica cuando permite a sus alumnos discutir en clase esos juicios, en polémicas estériles por cuanto se realizan desordenadamente y se fundan en una falsa estimación de la "opinión" del alumno, que suele estar todavía más desasistida de información y de sentido crítico que la del propio historiador. Al cabo de estas sesiones de "historia crítica", el alumno sólo habrá conseguido robustecer su ya excesivo respeto por su propia capacidad de opinar.

A estos errores formativos debe abonársele al desconcierto y hasta el asombro —algunas veces, la indignación prejuiciada y agresiva—, que vemos reflejarse en el rostro del alumno ante el examen crítico de esas "verdades" que forman el saber histórico entendido como huera erudición. Alguna vez, con desalentada ingenuidad, expresa el desconcierto que le produce la pérdida o el debilitamiento de la verdad que consideraba adquirida, definitiva, por obra de un análisis crítico practicado con arreglo a una metodología depurada. En tales situaciones, el alumno suele llegar a dudar de la posibilidad de "saber historia", y hasta a poner en tela de juicio la consistencia misma de la disciplina.

Esta pequeña "crisis" no es otra cosa que el primer encuentro con una concepción del saber histórico extraña a la viciosa acumulación de pseudos conocimientos. Con ésta asoma, en realidad, la que deberá ser guía fundamental de sus estudios: la adquisición de un sentido histórico estructurado críticamente. En el curso del lento, contrariado y fatigoso entrenamiento metodológico exigido para ello, habrá de comprender que "saber historia" no es almacenar conocimientos, que "saber historia" consiste esencialmente en formarse la capacidad crítica, lógicamente armada y adiestrada, para estudiar hechos y procesos con arreglo a procedimientos técnicos y a métodos que se intenta establecer con precisión y rigor.

Sería injusto, sin embargo, afirmar que el estudiante de historia ignora consecuentemente estas dificultades. Muchas veces las vive en forma de una angustia indefinida, que sobreviene casi siempre al final de la carrera, y que no alcanza a explicarse ni menos aún a resolver. La salida es por lo general el desaliento: se ve perdido en medio de una maraña de opiniones y criterios divergentes, y en ella continuará debatiéndose con el deseo y la esperanza de encontrar "verdades" firmes en que apoyarse, pues sólo la adquisición de estas "verdades" le hará sentir que sabe historia. Con ello, en suma, se convertirá en fiel resultado de una enseñanza mal orientada.

Muy diferente sería el saldo si, como hemos dicho, en el curso de sus estudios el alumno se viese abocado a la tarea de comprender que "saber historia" consiste básicamente en saber estudiar e investigar la Historia con arreglo a métodos depurados y con sentido crítico, en un incesante proceso de afinamiento que no necesita de ninguna manera llegar a "verdades definitivas" para ser legítimo conocimiento. Teniendo como finalidad esta concepción del saber histórico, es evidente que las cuestiones metodológicas cobran importancia hasta el punto de convertirse en eje de la formación del historiador. Este habrá comprendido la sencilla verdad de que la huera erudición no puede de ninguna manera suplantar el obstinado entrenamiento crítico y el sostenido ejercicio en las técnicas

de la investigación documental, pues éstos, al cabo, le franquearán el acceso a cualquier género de estudio histórico.

No está de más advertir, por último, que esta concepción del saber histórico debe entenderse como orientación de una formación general del historiador, y no como único factor formativo de éste, pues el complejo pedagógico que es la enseñanza de cualquier disciplina exige una orientación general que la encauce hacia la obtención de resultados previstos, pero pone en juego elementos diversos de cuya conjugación dependen esos resultados.

En el caso del estudiante de historia, a nuestro juicio, es urgente desechar la manera rutinaria de conjugar esos elementos formativos, dedicada al cultivo de la huera erudición, y dar paso a la aplicación de nuevos procedimientos pedagógicos tendientes a formar una conciencia y una actitud más científicas para los estudios históricos.

III. SOBRE DOCENCIA E INVESTIGACION EN HISTORIA

Una de las causas del bajo nivel observable en la enseñanza de la Historia, es la retardataria y perjudicial separación que subsiste entre la docencia y la investigación en ese campo. Se plantea, al respecto, una falsa oposición de actividades que por tal se ven convertidas, de inseparables que deberían ser, en casi contrarias. Más todavía, se invocan razones de orden práctico o de política educacional para conservar la primacía de la docencia sobre la investigación, en cuanto a la orientación académica de los estudios. En suma, tres factores que confluyen en un resultado cuya sola constatación debería bastar para desacreditarlos, pero que perduran al favor de una especie de inercia de fácil explicación aunque imposible de tolerar más tiempo sin correr el riesgo de hacer grave daño a una disciplina que, como la Historia, es parte influyente de nuestro complejo cultural.

Con cierta frecuencia hemos escuchado la que se considera interrogante primaria cuando se trata de examinar la orientación de los estudios históricos en algún centro docente:

¿formar profesores o investigadores? Las respuestas suelen servir, cuando más, para definir a quienes participan en la discusión, repartiéndolos en partidarios del predominio de uno u otro término de la interrogante, pero no aporta claridad al estudio de una cuestión vuelta todavía más difícil por tan incorrecto planteamiento.

Quienes enfrentan los estudios históricos a la necesidad de semejante elección inicial, ceden a endurecidas convicciones en cuanto a las características y a las funciones respectivas del docente y del investigador en Historia. Su concepción del docente se resume en verlo casi exclusivamente como un repetidor, encargado de difundir una masa de conocimientos recibidos en el aula y que ha de permanecer, de hecho, virtualmente estable. Presenta también la huella de la atrasadísima aberración pedagógica que es el profesor de Geografía e Historia, aun vigente en sectores de la educación venezolana. El investigador será, en cambio, un ente *sui-géneris* que en sus ratos libres y sin haber sido preparado ni siquiera medianamente para ello, dedicará su atención al estudio de algún tema histórico, en intento que frecuentemente no pasa de ser audacia de espontáneo.

De esta suerte, no sólo aparecen separados los campos de la docencia y de la investigación, sino que se contraponen en una relación antitética de la cual se desprenden estancamiento y decadencia de los estudios históricos. Aparte del desaliento general de la investigación y de la desnaturalización de la docencia, esta separación se muestra en la lentitud del tránsito de los resultados de la investigación a la docencia, la cual se advierte en la perdurabilidad en esta última de criterios ya sometidos a reexamen o a enjuiciamientos de imprescindible conocimiento, cuando no marcan una total revisión en la materia. Así se explica que pese a los trabajos de Eduardo Arcila Farías en el campo de la Historia Económica de Venezuela, y particularmente sobre la encomienda, aún se repitan y hasta publiquen conceptos en extremo erróneos o francamente superados. Igual cosa podría decirse de los trabajos de Miguel Acosta Saignes y Federico Brito Figueroa en Historia Social. La monumental obra de revisión historiográfica de nuestra emancipación que es el *Mariño* de C. Parra-Pérez, aún no ha repercutido como debería en la docencia. No se trata, como podría creerse, del mantenimiento de tesis contrapuestas. Se trata, real y cabalmente, de ignorancia de los resultados de la investigación.

De allí que sea fácil comprobar la existencia de un vacío entre los productos de la investigación y una docencia rezagada, vacío que no podrá llenarse en tanto no se transforme la fórmula pedagógica que rige la preparación de profesores de Historia. Este cuadro se ensombrece todavía cuando tomamos en consideración que generalmente se entiende por investigación la que no pasa de ser una indagación bibliográfica realizada sin apego a normas metodológicas. En suma, hablar en estos términos de ausencia de actividad investigadora en el docente equivale pura y llanamente a decir que ni siquiera lee los resultados de los trabajos realizados por los investigadores, y que se atiene casi exclusivamente a la repetición de lo recibido en clase durante su formación escolar.

Y es que el vínculo existente entre investigación y docencia se expresa en dos planos que a su vez guardan estrecha conexión entre sí: de manera general, puede afirmarse que no es posible extender la docencia, ni elevar su nivel, sin proveerla constantemente de resultados afinados por una investigación que debe marchar siempre unos pasos adelante. De no ser así, la enseñanza se convertiría, como de hecho se ha convertido, en la estéril repetición de un material cada vez más desposeído de sentido. En lo particular, el investigador recibe de la docencia la indicación de los aspectos o zonas del conocimiento histórico más urgidos de tratamiento, y el docente debe ser cuando menos un investigador de mediano nivel.

En forma conceptual, bien podría proclamarse como solución ideal la de que todo docente ha de ser al mismo tiempo un investigador. Es evidente, sin embargo, que la demasiada amplitud de este planteamiento debilita su significado. Aunque no sea más que obedeciendo a preferencias vocacionales, es inevitable la especialización en uno de los dos cam-

pos. Sin embargo, la unidad entre el investigador y el docente es necesaria cuando menos al nivel de la enseñanza superior, particularmente la universitaria, que ha de ser en todo sistema educacional foco de creación y ordenación de conocimientos. En escala menor, esa unidad ha de subsistir provista de un significado diferente. La investigación original cuyos resultados se divulgan en la cátedra universitaria, se convierte para el docente de la educación secundaria en constante indagación bibliográfica, metódicamente cumplida, que le permita actualizar sus conocimientos e imprimirle a su enseñanza un carácter creador.

Condición básica de este último proceso es que el docente en la educación secundaria haya sido debidamente entrenado para la asimilación creadora de los resultados de la investigación. El ejercicio de esta asimilación creadora será al mismo tiempo vivo estímulo para la investigación en su conjunto.

En suma, el principio ideal de que todo docente ha de ser un investigador, cualquiera que sea su escala, debe completarse con esta otra norma: la formación del estudiante de historia, al nivel profesional, debe prepararle tanto para el ejercicio de la docencia como para la práctica de la investigación. La especialización ha de venir posteriormente, con el desarrollo preferente de uno de los aspectos de esa formación.

Quizá sea esta la respuesta a dos marcadas necesidades de nuestros estudios históricos: la de eludir el pantano del estancamiento y la repetición, en cuanto a docencia se refiere; y la de que el paso por un centro de enseñanza de la Historia no continúe siendo para las mejores vocaciones una especie de larga e injusta prueba, de la que muchas veces sólo se puede salir victorioso cerrando oídos y mente a una formación que se cambia, como hemos dicho alguna vez, . . . "de la encauzadora vocacional que debería ser, en desalentadora de vocaciones. De cuya terca resistencia sólo triunfan quienes durante el tránsito escolar encuentran alicientes marginales, o mantienen fija la mirada en la meta lejana y discutida" [2].

Ahora bien, ¿cómo puede inocular el virus de la investigación quien pudo permanecer inmune a él durante su propia formación? ¿No conocemos, acaso, profesores de historia para quienes la *Historia Constitucional de Venezuela,* de José Gil Fortoul, hace las veces de obra difícil, de consulta, y *no de todos los días?* ¿Es posible que quienes ignoran la elemental organización de una bibliografía, la elaboración de fichas y más aún la de un plan de trabajo, puedan despertar o alentar en el estudiante una potencial disposición hacia la investigación? Sería inútil dar respuestas. Todavía más cuando semejantes deficiencias se agudizan, al considerar el hecho cierto de que buena porción de esos profesores han culminado su carrera sin haberse preguntado jamás sobre cuestiones relacionadas con los fundamentos metodológicos y filosóficos de su disciplina.

Si a ello añadimos el culto de la huera erudición, con su secuela de vicios: apuntismo, memorización, "verdades absolutas", etc., y las dificultades que surgen de la "remodelación" metodológica del estudiante de Historia, habremos compuesto aproximadamente el inventario de los males que mantienen poco menos que postrados los estudios históricos.

Investigar Historia es para la generalidad de los estudiantes, —lo hemos comprobado en la educación secundaria y en la superior—, sólo averiguar el dicho de tres o cuatro autores sobre un hecho histórico, y no sólo no encuentran quien les diga lo contrario, sino que encuentran quien les ponga buena nota. Investigar historia consiste también, para los mismos, en juntar de cualquier manera y sin ceñirse a orden lógico alguno, cuantos fragmentos pueden obtener relativos, —de alguna manera relativos, pues la mayoría falla en el trabajo de las citas—, a un tema que generalmente es impuesto por un profesor que desconoce las más elementales normas de la investigación y de las técnicas apropiadas.

Por su parte, la docencia es retórica. ¡Hasta se mira con cierta desconfianza al profesor que se guía por esquemas o fichas! Consiste, la docencia, en derramar sobre un auditorio, inerme desde el punto de vista crítico, conocimientos re-

cibidos sin que mediase operación alguna de elaboración personal de los mismos.

Así separadas en la práctica, y desvirtuadas ambas en su realidad, investigación y docencia andan en Historia por vías de limitación, de decaimiento de la disciplina a la que entienden servir. Basta leer pruebas y trabajos escolares, o asistir a exámenes, para sentir la preocupación causada por este estado de cosas.

IV. ACERCA DE LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA DE LA HISTORIA

En 1947, Mario Briceño-Iragorry veía en la incorporación de los estudios históricos al pénsum universitario uno de los factores llamados a influir decisivamente en la reorientación general de la investigación histórica en Venezuela. Consciente de la evolución seguida por nuestra Historiografía, no vacilaba entonces en afirmar: ..."Creemos que apenas empezamos la labor de metodizar el estudio de nuestros anales y que falta algún tiempo aún para que pueda en verdad comenzarse una racional labor de reconstrucción de nuestro pasado". Y atribuía tal estado de cosas, entre otras causas, a la ..."falta de una sistematización didáctica de los estudios históricos, que permita orientar vocaciones y ordenar el trabajo de los investigadores" [3].

Es de mucho beneficio la reflexión actual sobre este juicio emitido por quien fuera toda su vida no sólo un apasionado estudioso de la Historia, sino también uno de los más informados y mejor dispuestos a la consideración y aplicación de las modernas aportaciones en los campos de la metodología y la filosofía de la Historia.

Hacer depender en buena parte la reorientación de los estudios históricos venezolanos de la labor cumplida en ese campo por la Universidad, no significa solamente una expresión de confianza en la función rectora de nuestra vida cultural que le corresponde, sino también, y de manera muy especial, la esperanza de que dichos estudios universitarios puedan concebirse, planificarse y orientarse de acuerdo con

criterios científicos, capaces de despojar la disciplina de la tremenda carga de vicios que arrastra, en cuanto a su fundamentación filosófica y a su estructura metódica.

Fácilmente se establece el vínculo entre la concepción de la Universidad como foco de creación y ordenación de conocimientos, y la esperanza expresada por Mario Briceño-Iragorry. A ella correspondería la labor de enriquecer la actividad cultural del país con más depuradas normas de trabajo y de creación, así como fijar un alto nivel que pueda servir de pauta general. Frente a esta concepción, y en actitud que creemos innecesariamente contradictoria, está la que toma la Universidad más como un centro de formación de profesionales y hasta de técnicos en una función marcadamente de divulgación de conocimientos.

Se ha intentado resolver la que hemos calificado de contradicción innecesaria, mediante la creación de organismos específicamente orientados hacia el fomento de la investigación, como el actual Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. Sin embargo, cabría preguntarse si pese a la labor presente y futura de dicho organismo y de sus semejantes, no habrá de continuar vigente la falta de sistematización didáctica señalada por Mario Briceño-Iragorry. Más todavía, cabría preguntarse también si esa falta no significa, en última instancia, la existencia de un vacío entre la investigación así fomentada y dirigida, y una enseñanza cuyos defectos pueden no sólo contrariar, sino anular los resultados de esa investigación.

Tan importantes defectos se originan, creemos, en la manera tradicional como se conciben los estudios históricos al nivel universitario. Queremos decir por tradicional el hecho de que se les concibe mayormente como la repetición (aunque en un grado más alto) de *la misma enseñanza impartida en la Secundaria.* Si se quiere, como lo expresan despectivamente muchos estudiantes, en *volver a contar el cuento* con otras palabras y un poco más de información. Esto es particularmente cierto en cuanto a las materias que guardan correspondencia con las del Bachillerato, y el resultado es que vemos repetirse al nivel universitario aproximadamente el mis-

mo programa seguido en la Secundaria. Parece obvio que dada la duración de los estudios y la programación de los mismos, difícilmente puede alcanzarse un nivel considerablemente más alto que el de una buena Secundaria, y menos todavía la "sistematización didáctica" a que hicimos referencia al comienzo de esta nota. Situación que se agrava por la supervivencia de la aberración pedagógica que es el Profesor de Geografía e Historia, y por la tendencia a ver la orientación profesional en el campo de la Historia, fundamentalmente como una cuestión de "elegir la rama a que se va a dedicar" (entiéndase, en el ejercicio de la docencia). De manera muy natural y lógica, una enseñanza concebida en semejantes términos tiene que derivar preferentemente hacia lo informativo, desentendiéndose de lo formativo en cuanto no se refiera a la capacitación pedagógica del futuro docente, preocupación ésta que subraya la que consideramos desviación de los estudios históricos universitarios, sin que ello implique menosprecio por la formación de personal docente, pero sí la convicción de que es de otro orden la función de la universidad en este terreno.

El examen de estas cuestiones nos lleva a pensar que nuestra misión no es la de "enseñar Historia", en el sentido que tal expresión puede tener en la Secundaria, por ejemplo, pues para ello tendríamos que "saberla", y en realidad no la "sabemos", tomando estos vocablos en el mismo sentido. La enseñanza que podemos y debemos impartir en la Universidad se reduce al alto objetivo de contribuir a la formación del sentido histórico en el estudiante, y a capacitarle para que, por sí mismo, se desenvuelva en el manejo de las cuestiones históricas. De esta manera, nuestra enseñanza ha de ser esencialmente filosófica y metodológica, pues será en la urdimbre compuesta por estas disciplinas donde se incrustará el estudio histórico propiamente dicho.

La experiencia con los estudiantes de Historia, a su vez, parece dictar la conclusión de que la preocupación fundamental en cuanto a la enseñanza de esta disciplina en la Universidad, ha de ser la de *despertar, fomentar, orientar* y *armar* el sentido histórico de los estudiantes. Por *despertar* entendemos

la tarea de suscitar la expresión de su sentido crítico, frecuentemente inhibido si es que no dañado por la rutina memorizadora de la Secundaria. Por *fomentar,* el someter ese sentido crítico a un ejercicio constante y de creciente exigencia, hasta constituirlo en "modo de ser" del estudiante. Por *orientar,* el colocar ese sentido crítico en contacto con las diversas corrientes filosóficas e historiográficas, en un proceso de asimilación crítica que ha de contribuir definitivamente a la formación del "sentido histórico" o "sentido de lo histórico", entendiendo por tal el resultado de la comprensión crítica de las cuestiones históricas. Finalmente, entendemos por *armar,* la dotación de ese sentido crítico e histórico del instrumental metodológico y de técnicas de investigación documental, que permitan una constante práctica creadora tanto en la docencia como en la investigación, cualesquiera sean los niveles en que éstas se ejerzan.

Parece excesivo señalar que para conseguir semejante resultado se hace necesario transformar la programación de los estudios históricos universitarios, y una de esas transformaciones consistiría en modificar la proporción en que se hallan representadas las materias que integran el pénsum, así como en darles de manera general el carácter de indagaciones monográficas formativas (cómo se estudia un proceso cultural, una formación económico-social, la evolución de un concepto constitucional, etc.). En cuanto a la proporción mencionada, en ella debería acentuarse el predominio de las materias filosóficas, metodológicas y en general de carácter formativo, al igual que de los seminarios de trabajo práctico: Filosofía de la Historia, Metodología de la Historia y de las Ciencias Sociales, Historia de las Ideas Políticas, Económicas y Filosóficas; Historia de la Ciencia y de la Técnica; Principios Generales de Derecho y Derecho Constitucional; Técnica de la Investigación Documental; Historia de la Historiografía Universal, Americana y Venezolana; Economía Política; Antropología y Sociología, etc., y disminución consecuente de las materias principalmente informativas. Estas últimas deberían, en buena parte, servir de apoyo y ejemplificación de las materias informativas. El objetivo sería, en suma, no el cargar al estudiante de conocimien-

tos históricos —cual se carga una batería—, sino el capacitarle para un incesatne proceso de adquisición activa de conocimientos.

Imposible finalizar estas breves observaciones sin referirnos a los obstáculos de diferente género que entorpecen la reorientación de los estudios históricos universitarios. Ellos merecerían, y de hecho ya lo merecen, cuidadoso estudio de parte de quienes se preocupan por esa orientación. Entre esos obstáculos los hay que son comunes a toda la enseñanza universitaria o a la mayor parte de ésta, y que se inscriben en el orden de lo pedagógico (deficiente formación preuniversitaria del alumnado), en el orden de lo social (escasez del estudiante de tiempo completo), en el orden de lo económico (dificultad de costear numerosos cursos y de multiplicar seminarios en los cuales se realice un aprendizaje práctico en condiciones óptimas), y hasta en el orden de lo que concierne específicamente a los estudios históricos (supervivencia de erróneas concepciones acerca del docente y del investigador; por ejemplo).

Visto el objetivo y considerados los obstáculos que se oponen a su consecución, ambos muy someramente, sólo restaría señalar la necesidad de que ellos puedan constituir materia de estudio y atención por todos aquellos que —cualquiera que sea su grado—, compartimos la responsabilidad de la enseñanza de la Historia al nivel universitario, con la esperanza de que gradualmente podamos acercarnos a la meta tan certeramente entrevista por Mario Briceño-Iragorry en 1947.

V. LA ENSEÑANZA PRACTICA DE LA HISTORIA

Me pregunto cuál será la reacción de mucha gente, superado el gesto casi mecánico de asombro, ante esta proposición formal: constituyamos un laboratorio de Historia. No dudo que muchos pensarán, benévolos, que se trata solamente de una expresión incorrecta, inadecuada. Habrá quien, más crítico, piense en la malsana influencia de un cientificismo exagerado y hasta alegre en sus proyecciones y conclusiones. No obstante estas posibles respuestas y las variantes intermedias, no creemos que se trate de una proposición descabellada, como intentaremos explicarlo a continuación.

De materia muerta —o dada a hurgar cadáveres, mas en ningún caso creadora— a lujo de Bellas Artes, pasando por asilo —lo hemos escrito alguna vez—, de novelistas cortos de imaginación, la Historia ha servido "para todo" —un poco como el papel, según el dicho popular—. Mientras no veamos a un orador político derramar ecuaciones sobre un auditorio entusiasta, la Historia seguirá gozando del privilegio de servir "para todo". Sin embargo, dentro de esa utilidad genérica de la Historia proponemos incluir una nueva fase: la creación de un *laboratorio de Historia.*

Afirmar que la Historia es una materia suceptible de enseñanza práctica y hasta podría decirse experimental, suscitaría el desdén de quienes conciben la práctica en la enseñanza de la Historia como la obra de seminarios desvirtuados en su funcionamiento y en su orientación, cuando no en el recurso a la sarta de ingenuidades que componen la seudopedagogía. Desechamos, por superada e inútil, la posición de quienes todavía hoy admiran el saber histórico del que tiene pronta la cita, la anécdota o la fecha. En cuanto a los otros, a los que llamaríamos "prácticos tradicionales", puede decirse de ellos algo semejante a lo que tenemos asentado en otra parte de estas notas acerca de la "historia crítica" y de su enseñanza: no hay tal enseñanza práctica, bien porque los seminarios degeneren en cursos minitura, bien porque la práctica se convierta en formación docente o pedagógica, es decir, en este caso, en el arte de enseñar a enseñar a quien todavía no se le ha enseñado a aprender.

En realidad, darle a la enseñanza de la Historia un contenido práctico y un sentido experimental, exige muy drásticos correctivos aplicados al sistema actual. Correctivos cuya aplicación sólo podrá hacerse al cabo de una discusión amplia y constante entre el personal docente, con participación organizada del estudiantado. Existe —hemos podido constatarlo muchas veces—, la inquietud de profesores y estudiantes, apoyada en un fenómeno de elevación paulatina, aunque desigual

y frecuentemente desorientada, del nivel de exigencia por parte de los alumnos, cada vez más reacios a someterse a una enseñanza cuya insuficiencia y limitación sienten.

Ante todo, es necesario transformar los criterios tradicionales vigentes en Venezuela acerca de la enseñanza de la Historia al nivel universitario: vista la imposibilidad concreta de dar al estudiante una formación histórica integral que combine de manera extensa la formación con la información, se impone el abandono de los patrones anticuados. No es posible que durante su breve paso por una escuela de Historia el estudiante adquiera un conocimiento global de tan vasta e intrincada disciplina. En ésta, puede decírselo con igual justicia que en otras, la formación debe entenderse como asunto de toda una vida: nunca se sabe bastante Historia como para comprender en toda su proyección lo que de ella se considera sabido. Esto hace necesario que la Escuela de Historia sea para el estudiante, fundamentalmente, el lugar donde se le enseña a estudiar Historia y se le adiestra en el manejo de métodos y técnicas apropiadas al efecto.

Desde este punto de vista, qué será más importante y útil en la formación de un estudiante de Historia: ¿atiborrarse de Historia económico, social, política, religiosa o del arte, o *aprender a estudiar una forma histórica* correspondiente a cada una de esas ramas? La posibilidad de participar con un profesor en el planteamiento y desarrollo de una investigación sobre una forma históricoeconómica, por ejemplo, permitirá al estudiante recorrer cada uno de los pasos señalados por la técnica de la investigación documental, habrá de contribuir al establecimiento de los métodos apropiados al tema, y comprenderá prácticamente las dificultades y las propiedades características de cada forma histórica, así como de la técnica y la metodología adecuadas. En suma, habrá aprendido a estudiar una forma tipo, y por ello estará en condiciones de enfrentarse solo —con bastante posibilidad de éxito creciente—, a los estudios subsiguientes.

Esto equivale a decir que, durante su paso por la Universidad, al estudiante se le habrá enseñado a estudiar las formas históricas tipo: la estructura y el funcionamiento económicos

de una sociedad; el ordenamiento constitucional de un Estado; el proceso histórico de una forma política, de una religión, de un arte, etc. Habrá participado, desde la elección del tema, en estudios realizados prácticamente: arqueo de fuentes, crítica externa e interna de las mismas, formación del plan, elaboración, clasificación y agrupación de los datos, ajuste del plan, redacción del discurso, etc. Es decir, habrá *hecho* Historia en un proceso de aprendizaje práctico llamado a capacitarle para que pueda estudiar por sí mismo fenómenos semejantes. En fin, una enseñanza que se resume en enseñar cómo se estudian las formas históricas típicas.

Concretando más todavía, diremos que consideramos como la más valiosa adquisición que pueda hacer el estudiante de Historia, la siguiente: en presencia de un problema, estar en capacidad de comprender cabalmente su planteamiento; saber situarlo históricamente; aproximarse a él gradualmente hasta llegar a formarse una comprensión inicial de su estructura; disponer racionalmente el equipo documental y técnico apropiado; realizar metódicamente el estudio del problema hasta alcanzar su comprensión; organizar los resultados de ese estudio con arreglo a un plan ajustado críticamente, y estar por último, en aptitud de enfrentarse a la redacción (o exposición oral) del discurso empleando un lenguaje apropiado. Futuro docente o investigador, todo estudiante de Historia ha de tener la oportunidad de hacer esta adquisición durante sus estudios, y ello sólo es posible en una suerte de laboratorio dotado de los materiales (documentación) e instructores (investigadores guías) apropiados, que bien podría ser el actual seminario restituido a su intención original, y de ninguna manera entendido como una brevísima entrevista de treinta o cuarenta minutos una vez a la semana, porque así lo estipula una medición pedagógica de la capacidad de atención, que parece arbitrariamente proyectada desde los grados inferiores de la escuela primaria sobre una enseñanza de alto nivel y de especialización como lo es la universitaria.

La realización colectiva y controlada de una labor de naturaleza práctica, en el estudio de una forma histórica típica, tendrá una efectividad formativa incomparablemente superior al

actual procedimiento, que consiste, por lo general, en adjudicar temas de trabajo para que el alumno haga con ellos lo que bien pueda. De esta manera, se obtiene el resultado impresionante de que un alumno casi desvalido en cuanto a formación metodológica y técnica, tenga que entregar en una fecha dada tres, cuatro o cinco trabajos, sin que la realización de ese esfuerzo signifique para él, salvo contadas excepciones de profesores que hacen observaciones personales a los alumnos, progreso alguno en su formación, pues normalmente recurrirá a todo género de viciosos y hasta dolosos expedientes para salir del paso, seguro de que sus trabajos no recibirán la corrección crítica debida, sino que valdrán casi siempre por su sola presentación . . . ¡y grosor!

Es cierto que el alumno obtendrá de la manera propuesta un conocimiento parcial de la Historia, en el sentido de que no se habrá paseado por todo el vasto curso de ésta. Pero, ya es hora de preguntarnos si realmente el actual sistema *ha enseñado Historia a alguien,* a menos que entendamos por tal cosa la carga de conocimientos rutinarios. Con el agravante de que esa enseñanza conlleva un principio de autolimitación que solamente muy contadas personas consiguen vencer: cierra las vías del verdadero trabajo historiográfico al no preparar al estudiante de tal manera que éste pueda no ya reformar, sino ni siquiera ampliar correctamente su carga inicial de conocimientos.

En cambio, cabe esperar de un estudiante formado y entrenado en el estudio de formas históricas típicas, que aplique esa capacidad adquirida en la Escuela a sus futuras necesidades de aprendizaje, sea en la docencia, sea en la investigación.

Semejante transformación de los criterios tradicionales acerca de la enseñanza de la Historia, impone también un cambio profundo en la organización de esa misma enseñanza, concretado en el ya mencionado predominio de las materias filosóficas, metodológicas y formativas en general; en el nuevo planteamiento de los seminarios sobre la base apuntada con la expresión "laboratorio de Historia", y aumento de los mismos; en la enseñanza monográfica de las materias más acentuadamente informativas, en estrecha combinación con los trabajos correspondientes de los *laboratorios,* y, por último, en la coordinación de estos elementos con arreglo a un plan experimental global.

Igualmente, esa transformación requiere la renovación de los métodos seguidos en la docencia y un considerable cambio de actitud en muchos docentes, carentes también de buena parte de la formación que habrían de cultivar en el alumno, pero mejor situados que éste, por su experiencia y conocimiento, para operar rápidamente en sí mismos la renovación que en el alumno requerirá, sobre todo, atención personal del profesor y constante estímulo mediante la presión general ejercida sobre él por la nueva orientación de los estudios.

Tocamos con esto una delicada cuestión cuyo influjo en esta materia pide cuidadosa atención: la libertad de cátedra. Como todos los buenos principios, éste puede servir en un momento dado para preservar lo más genuinamente científico y progresista, pero puede ser utilizado también para estorbar el avance de lo mismo. En todo caso, no creemos que la adopción de una nueva orientación en los estudios históricos, entendiendo por tal la implantación de nuevos procedimientos, sin que ello signifique regimentación del fondo ideológico manejado por el docente en su cátedra, pueda ser tomado como una violación de la libertad de ésta. Más todavía, sería a nuestro juicio una peligrosa exageración el entender esta libertad como el equivalente, de hecho, de la imposibilidad de planear los estudios universitarios. Esa libertad debe reivindicarse y preservarse, intransigentemente, en cuanto toque a la exposición de la materia, a su concepción, pero debe dar cabida a la coordinación mínima necesaria para que esa labor individual se integre en un conjunto formativo. Entendemos, en suma, que el profesorado de una Escuela universitaria, si ha de ser leal con su función, no puede ajustar su responsabilidad a su exclusivo campo de trabajo, sino que debe extenderla a los diversos organismos de que participa y a la Institución como un todo.

Llegamos así a la última consideración en esta serie de notas: se refiere ella a la función que corersponde cumplir a la Universidad en la renovación de los estudios históricos, y se resu-

me en que está llamada, por su papel rector en la vida cultural del país, a dar comienzo a una labor de búsqueda de nuevos procedimientos pedagógicos y de establecimiento de criterios metodológicos y técnicos más depurados que los actuales, capaces de cambiar radicalmente la situación en la materia.

(*Tres temas de historia.* Caracas, Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, 1961).

NOTAS

1. En la redacción de estas notas tomamos como base una serie de cuatro artículos publicados en el *Boletín Informativo de la Universidad Central.* Caracas, 13 y 27 de abril, 11 de mayo y 8 de junio de 1961.
2. Germán Carrera Damas, *Entre el Bronce y la Polilla.* Caracas, Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1958, p. 104.
3. Mario Briceño-Iragorry, "Nuestros estudios históricos". *Introducción y defensa de nuestra Historia.* Caracas, 1952, páginas 17-28.

SOBRE EL ESTUDIO DE LA HISTORIA EN LA UNIVERSIDAD

Ya es un lugar común el señalar deficiencias en la enseñanza de la historia en los primeros ciclos de la instrucción. Podrían resumirse así: una rudimentaria concepción de la disciplina e inadecuadas técnicas pedagógicas se combinan para hacer una materia muerta, abrumadora por el esfuerzo memorizador que impone y desalentadora por su farragosa inutilidad, de la que debería ser elemento formativo básico de la cultura del estudiante. Más importante todavía, y en cuanto toca sobre todo a la historia de Venezuela: se daña y desvirtúa el que debería ser el más firme soporte de la conciencia nacional, o se le reduce a la elemental veneración de los símbolos patrios y al obligado culto al Libertador.

Se ha querido subsanar esta situación mediante la implantación de la llamada Historia Documental y Crítica. Sin olvidar que en no pocas ocasiones tras denominación tan ambiciosa prosigue la misma enseñanza rutinaria y tediosa que muy poco tiene de documental y menos aún de crítica, es notorio que esa loable preocupación reformadora se ve gravemente entrabada por la dificultad de obtener material apropiado a tal enseñanza y, sobre todo, por el escaso y accidentado desarrollo que hasta el presente han tenido los estudios específicos de Metodología de la Historia, Filosofía de la Historia e Historia de la Historiografía, indispensables para todo enfoque crítico y documental de la historia, entendido éste como valoración múltiple y unitaria a un tiempo de los diversos factores que condicionan la elaboración de la obra histórica, y de los elementos que la componen.

Mal puede enseñarse historia documental y crítica, sobre todo en los últimos años del bachillerato, sin penetrar cuestiones que el docente por lo general no se halla en condiciones de encarar, y para lo cual no dispone, a defecto de una preparación

apropiada, ni siquiera de una bibliografía adecuada y de fácil obtención. Las citas de citas suplantan los textos de estudio y de consulta y hasta las bibliotecas mismas, y mal pueden llegar a manos del alumnado obras que el propio docente está imposibilitado de obtener, por agotamiento, escasez o alto costo. Así, es perfectamente posible aprobar un curso de historia documental y crítica empleando tan sólo unos malos apuntes plagados de errores, o embutiéndose unas cuantas tesis mimeografiadas (Hemos conocido alumnos de bachillerato que leían la *Historia Constitucional de Venezuela,* de José Gil Fortoul, en un resumen mimeografiado vendido por un instituto privado, y que retrocedían espantados ante la perspectiva del estudio directo de la obra). Pero, sería largo y doloroso seguir estas consideraciones, cuyo capítulo más elocuente estaría constituido por la angustia de los sinceros y sostenidos esfuerzos de los pocos profesores de secundaria que, teniendo conciencia de la renovación que debe operarse en esta materia, chocan infructuosamente con limitaciones y rémoras de toda índole.

De allí que al ingresar a una escuela universitaria de historia, el estudiante no advierte fácilmente el vínculo que pueda existir entre algunos estudios que en ella se realizan y lo que hasta el momento había tenido por aprendizaje de la historia. Oportuno es señalar que realmente, aunque también desgraciadamente, ese desconcierto no se produce en un cien por ciento, pues no son pocas las infiltraciones, en la docencia universitaria, de las prácticas viciosas que acabamos de exponer. Ciertos alumnos no logran, sin embargo, superar el desconcierto que les invade al encontrarse ante unas disciplinas que —aunque sea tan sólo en parte—, les exigen esfuerzos de interpretación y análisis, por completo ajenos a la nociva memorización escolar.

Este es, al parecer, el momento crítico en la formación del alumno universitario de historia. Abocado a la necesidad de promoverse a sí mismo a un nivel más alto del aprendizaje, y puesto en contacto con una enseñanza metódica y crítica, el alumno se ve en la necesidad de abandonar viejos hábitos y erróneos conceptos que le han sido largamente inculcados,

y adentrarse soltando lastre en la búsqueda de nuevos criterios y procedimientos. Infortunadamente, no siempre se obtiene este resultado. Con frecuencia esos viejos hábitos y erróneos conceptos, vueltos prejuicios, son defendidos con un celo y una tenacidad tales que su poseedor consigue al fin conservarlos poco menos que incólumes.

Concepción científica moderna de los estudios históricos

No han faltado voces pedagógicas que, preocupadas por evitarle al estudiante semejante trance, abogan por un prudente acercamiento entre el nivel inicial de la enseñanza universitaria de la historia y el alcanzado en la secundaria. Lamentablemente, no todas esas voces entienden semejante acercamiento como producto de la urgente elevación del nivel alcanzado por la secundaria, sino antes bien como un descenso del universitario. Con ello todo lo más que se ganaría sería posponer por algún tiempo el temido choque, pero con ese retardo mermaría de manera considerable una enseñanza universitaria de la historia que ya se encuentra cercada por la brevedad de la carrera, el escaso número de horas de clase y la ausencia mayoritaria de alumnos de tiempo completo.

Esta es una cuestión que desborda los límites de la preocupación pedagógica inmediata al alumno, y lleva sus efectos hasta terrenos más complejos y de más amplias y permanentes consecuencias: interesa al desarrollo mismo de los estudios históricos, cuya responsabilidad recae hoy predominantemente en las escuelas universitarias de historia. Pasada la etapa del historiador por afición, y llegada la del historiador profesional, expresamente formado para el desempeño de su función, son los centros universitarios de estudio y enseñanza de la historia los llamados a influir masiva y cualitativamente en el desarrollo general de los estudios históricos.

Por eso la escuela universitaria de historia debe impartir una enseñanza regida por una concepción científica moderna de los estudios históricos. En tal virtud, y es bueno repetir lo tantas veces dicho, su objetivo no debe ser *enseñar historia,* en el sentido tradicional de la expresión. Con abandono de

prácticas que correspondían a las exigencias de una enseñanza informativa la escuela universitaria de historia debe orientarse hacia la enseñanza formativa, destinada a capacitar al alumno para el prolongado estudio que requiere la disciplina. Semejante capacitación puede solicitarse mediante el fomento del espíritu crítico y del sentido histórico, y el aprendizaje de métodos y técnicas apropiados.

Antes que *saber historia,* la finalidad debe ser *aprender a estudiar y a investigar historia.* De esta manera tanto el docente como el investigador profesional podrán desarrollar su labor con una actitud creadora, propia para liberar la disciplina de los defectos de enseñanza que hemos anotado.

Para tal fin, además de los cursos generales dictados dentro del tono científico global de la escuela, el pénsum de la misma deberá incluir otros especialmente orientados a estimular el desarrollo del espíritu crítico y a permitir una adecuada formación en las modernas técnicas de la investigación documental y en metodología de la historia, además de seminarios en los cuales halle campo de expansión la capacidad creadora así fomentada y entrenada.

Concebimos, de esta manera, una escuela universitaria de historia estructurada en torno a un núcleo formado por las materias de índole metodológica, técnica y filosófica, encargadas de proveer los instrumentos que el alumno empleará para captar de manera crítica y creadora las demás materias. Pero esto llama a dos observaciones: en primer lugar, al concebir estas relaciones entre las materias, no hay el propósito de establecer una escala de importancia o de prioridad; se trata tan sólo de organización de su enseñanza. La relación real entre ellas no es otra que la del instrumento con el material sobre el cual ha de aplicarse. En segundo lugar, la composición de un núcleo de materias específicamente orientadas a la formación metodológica, técnica y filosófica, no significa excluir de estas preocupaciones, ni eximir de ese deber, a las materias que quizá cabría denominar *propiamente históricas* y las que forman el grupo de las *ciencias auxiliares de la historia.*

La meta general de toda esta preparación debería consistir en que los egresados de una escuela universitaria de historia se encuentren debidamente preparados tanto para el ejercicio de la docencia como para tareas de investigación, y esto último ya sea de manera complementaria a la docencia, ya sea como especialidad. En todo caso, el alumno deberá estar, al cabo de la carrera, en aptitud de emprender la elaboración de la tesis doctoral que habrá de rematarla.

La escuela universitaria de historia y el desarrollo de los estudios históricos

La concepción de escuelas universitarias de historia constituidas en el sentido que venimos exponiendo, no obedece a personales criterios ni ideologías. Pretendemos que representa tan sólo la búsqueda de una ubicación dinámica y creadora de tales institutos en el conjunto de los estudios históricos, habida cuenta del estado de esos estudios en Venezuela y de los factores que en ellos inciden, así como de sus necesidades estructurales.

El estado de desarrollo de los estudios históricos en Venezuela, apreciado no por la abundancia de las producciones, sino por el grado de afinamiento y de depuración alcanzado en la metodología y en la definición de criterios interpretativos, debe ser punto de referencia en la orientación de los estudios históricos al nivel universitario, supuesto que éstos se realizan en universidades en verdad regidas por principios de permanente vigilancia de las necesidades de la sociedad en que operan. Queremos decir con esto que se impone a tales universidades la responsabilidad de convertirse en centros orientadores y creadores capaces de influir de manera rectora en esa rama del conocimiento.

Con ello las escuelas universitarias de historia asumirían funciones que han sido desempeñadas de manera fragmentaria y esporádica por autores individuales. En diversas épocas se han producido obras que son, para su momento, hitos en la depuración metodológica y en el afinamiento de criterios interpretativos. Pero el hecho mismo de que esas aportacio-

nes se hayan producido siempre en el curso del tratamiento de cuestiones históricas determinadas (ha sido muy escaso el cultivo específico de la metodología de la historia, la historia de historiografía y la filosofa de la historia), unido a la excesivamente lenta transmisión de esos adelantos a los niveles divulgativo y escolar, terminaron por neutralizar gran parte del efecto benéfico que esas aportaciones pudieron tener en el cuerpo de los estudios históricos. No es extraño, incluso, que la apreciación y utilización de esos aportes sólo ocurra cuando han caducado en su mayor parte, de manera que su tardía incorporación al material divulgativo y escolar no está lejos de constituir un fortalecimiento de viciados conceptos y prácticas, manteniéndose e incluso ampliándose la distancia que separa el nivel general de los estudios históricos del alcanzado en las excepcionales realizaciones de autores individuales.

La experiencia histórica parecería probar así que la obra de depuración metodológica y conceptual no puede depender de la labor individual. Los mejores logros en ese terreno se perderían, como se han perdido, para los más amplios fines sociales, al caer en un medio cultural dominado por la escasa preocupación científica y por una marcada carencia de investigación bibliográfica creadora, al nivel de la docencia.

De allí que el desarrollo de los estudios históricos pareciera depender de dos grandes factores: el clima general imperante en esos estudios y el fomento de la investigación científica en historia. Es fácil advertir la correlación existente entre ambos términos, pero conviene precisar algunos puntos.

Lo que denominamos clima general imperante en los estudios históricos es, en realidad, el resultado acumulativo de esos estudios. En él encontramos, conviviendo, las reliquias de los más diversos estilos y concepciones. Algunos con postreras posibilidades de producción, otros como auténticas rémoras. Pero en ese conjunto se establece al cabo el predominio de una o varias tendencias afines, que da al todo una tónica más o menos caracterizada. Así es posible establecer si en una historiografía domina la preferencia por cierta temática o predomina alguna concepción historiográfica determi-

nada. En el caso de los estudios históricos venezolanos ha predominado, y todavía lo hace, la narrativa épica, individualista y profundamente idealista, con rudimentaria metodología y preocupación metodológica y filosófica accidental y hasta incipiente.

La investigación histórica ha de desenvolverse dentro de ese clima, que la condiciona de manera global; de él ha de nutrirse y a él ingresan sus productos.

Importancia de la diversificación de los centros de investigación histórica

La última consideración anotada, que establece la estrecha vinculación existente entre el clima general de los estudios históricos y el desarrollo de la investigación científica en historia, es quizá la cuestión fundamental en relación con las perspectivas de fomento crítico y científico de la ciencia histórica. Constituye el condicionamiento social de tales esfuerzos.

La íntima conexión que existe entre los estudios históricos y la conciencia nacional, hace que ante ellos no sean indiferentes el Poder Público y los diversos núcleos de opinión y corporaciones que participan en la vida del país. Es precisamente el interés del Estado, expresado mediante corporaciones encargadas de manejar el acervo histórico, y gracias al vehículo de la instrucción pública, lo que ha dado origen a la llamada *Historia Oficial,* que no es por cierto un producto inmutable, aunque sí de muy lento cambio, y que conserva, como elemento permanente, una básica orientación propicia a la legitimación ideológica, a la estabilidad y a las miras políticas generales del poder.

Se inicia en nuestro país un nuevo tipo de historia, que calificaríamos de *privada,* y la entendemos sujeta a corporaciones de esa índole: fundaciones y universidades y colegios no nacionales, principalmente. Aunque todavía este sector de la investigación histórica no ha tenido mucho desarrollo, nos atrevemos a pensar que su tiempo será aproximadamente éste: a un comienzo como editores de compilaciones documentales y

obras conmemorativas, etc., le acompañará la acentuación creciente de su verdadera función de defensa y promoción de los intereses ideológicos de los grupos de presión de que dependen, y esto último tanto haciendo la historia apologética de determinados sectores sociales, como la del empresario y la empresa privados, y divulgados y fortaleciendo concesiones y criterios propios de esos grupos de presión. Por otra parte, los movimientos de la política y el hecho de contar con un mismo personal directivo y de investigación —en parte por su escasez—, conducen a que *la historia oficial* y la *privada* se identifiquen.

Esta identificación significa, en el orden metodológico y filosófico, unidad de métodos y de criterios, con el consiguiente fortalecimiento de los mismos. Ahora bien, en tal situación, regida neecsariamente por los intereses del Poder Público y de los grupos privados de presión, no son las preocupaciones de carácter científico las que podrán prevalecer sobre esos intereses, al plantearse innovaciones, revisiones, críticas o búsquedas metodológicas. La reacción de la *historia oficial* ha sido en este sentido clara y consecuente. El resultado obligado de esa actitud lo hemos visto los venezolanos durante mucho tiempo: un panorama de los estudios históricos compuesto de tres elementos: a) La historia gris de las academias, sociedades y centros; b) El contingente siempre renovado de los historiadores disidentes, privados de oportunidades de desarrollo o limitados sistemáticamente en sus medios de acción; y c) El contingente no menos constante formado por quienes viniendo de la disidencia toman el camino de la academia, dejando en el trayecto su bagaje científico y su espíritu crítico, para terminar nutriendo la historia oficial cargada de tabúes, prejuicios y convencionalismos rentables.

No es difícil apreciar la alta significación científica que tiene, dentro de este ambiente general de los estudios históricos, dominado por los factores que acabamos de enunciar, la existencia de focos de investigación y de enseñanza de la historia situados en condiciones de autonomía. Tales son, precisamente, las condiciones de las escuelas de historia y de los centros de investigación histórica de las universidades nacionales, y

ellas son también condiciones primarias del desarrollo de la ciencia histórica. También se rompe así —y esto no es lo menos importante—, el estado de indefensión en que se hallaba el historiador individual ante los organismos de la *historia oficial,* que casi siempre terminaba por constreñirlo a la claudicación de sus más fecundos propósitos críticos y renovadores.

El docente y el investigador universitario de historia, en régimen de autonomía, puede dar libre curso a su espíritu de búsqueda crítica y de depuración metodológica. Puede, también, y esto es por lo menos igualmente promisorio, encuadrar su labor dentro de equipos, grupos de trabajo e institutos que, dotados de los recursos necesarios, permiten emprender tareas que de otro modo sobrepasarían los esfuerzos individuales.

Con lo cual se abre, en suma, la posibilidad de que las escuelas de historia de las universidades nacionales, influyan de manera determinante y renovadora en el clima general de los estudios, gracias a la aportación científica cada vez más abundante y significativa.

Docencia e investigación en las escuelas universitarias de historia

Porque cuando decimos *escuela universitaria de historia,* no entendemos por ello, de ninguna manera, un centro de exclusiva o preponderante dedicación a impartir conocimientos ya adquiridos, con el fin de formar retransmisores de los mismos. Tenemos presente, antes bien, un organismo que difiere mucho del concebido por quienes, animados de una comprensión estrecha y limitada del interés nacional, atribuyen a esa escuela funciones casi absolutas de formación de personal docente. Quienes así piensan no ignoran completamente las labores de investigación, pero las relegan al plano de lo complementario, cuando no al desván para guardar personal que por cualquier razón no se ocupa en la docencia (*en la producción*). En cambio, los sostenedores de esa concepción conceden gran importancia al fomento de las disciplinas pedagógicas, y al cabo

consiguen, anteponiendo el *cómo enseñar* al *qué enseñar,* un instituto más de formación docente.

Es otra la función que debe desempeñar la escuela universitaria de historia, más aún en nuestro país, donde carecemos de centros superiores de investigación científica en los cuales se reconozca la vigencia científica de la historia; en un país donde la investigación histórica queda en su mayor y mejor parte a cargo de artesanos (Bloch no repugnaba el término), cuando logra escapar de las cenagosas aguas de las academias, sociedades y centros históricos.

El *qué enseñar* adquiere en esas escuelas carácter de cuestión primordial, tenida cuenta de las circunstancias anotadas y sin olvido, no obstante, de que la principal salida de sus egresados es la docencia. Nada de acomodaticio hay en esta reunión de finalidades. Obedece a un criterio: se necesita formar personal docente, pero en condiciones tales y dotado de una preparación tal que se halle capacitado para que su labor docente influya de manera determinante en la orientación científica de los estudios históricos en general. A la postre, ese influjo habrá de promover un cambio sustancial en el clima de los estudios históricos, y revertirá a la escuela universitaria de historia estimulando la elevación de su nivel científico, luego de cumplir su cometido en la enseñanza secundaria.

Muy poco ganaríamos con la multiplicación de un personal docente que no estuviese en capacidad de promover esa transformación. Pronto amenazaría un estancamiento desolador del conocimiento histórico. Se habría conseguido tan sólo extender y robustecer la influencia de los viejos conceptos que denunciaba Laureano Vallenilla Lanz.

Es por esto que la labor de investigación adquiere en la escuela universitaria de historia el carácter de cuestión primordial que ya dijimos. Esa escuela debe ser un centro de experimentación y de indagación en los más diversos campos. En ella debe darse fomento a nuevos sectores de la disciplina y a la búsqueda crítica de más afinados métodos y criterios interpretativos; a la renovación, en suma, de los conocimientos históricos que luego son objeto de divulgación. Esto es

tanto más cierto en cuanto se refiere a la historia de Venezuela, materia en la cual no se puede echar mano de conocimientos de importación sino muy complementariamente.

En otras ocasiones hemos expuesto el criterio de que todo docente universitario de historia debe ser un investigador [1], lo que no ha dejado de alarmar tanto a algunos partidarios del predominio de la función docente como a algunos investigadores. Los primeros temen, quizá, que ese criterio encierre subestimación de las necesidades de personal docente y hasta un llamado a frenar su crecimiento. Los segundos se alarman quizá ante una totalización que rebajaría la condición especial del investigador, haciéndole perder algo del halo casi mágico y prestigioso de que muchos desean rodear sus actividades.

Son temores infundados. Cuando proponemos que el docente sea un investigador, queremos decir, y muy propiamente, que debe estar en constante función de reelaborador crítico del conocimiento histórico, pero sin abandonar por ello la posibilidad de su aportación como *creador* de conocimiento. Y en este sentido cremos que la proposición no debe tener en mira sólo al docente universitario, sino a todo docente de historia. Hay un plano de la investigación en historia que corresponde al nivel docente: recolección de conocimientos ya elaborados, los cuales se hallan en constante proceso de transormación, y organización crítica de los mismos para su transmisión. Ese ha de ser, y cremos que así se lo admite generalmente, ejercicio constante del docente. El nivel propio del investigador científico en historia es el que tiene como propósito y resultado el ensanchamiento de lo conocido mediante incorporación de nuevos conocimientos, gracias a la exploración de zonas históricas poco o irregularmente trabajadas. Una variante de esta investigación científica en historia está constituida por la comprobación crítica y metódica de resultados ya adquiridos, contribuyéndose así a la consolidación de la disciplina.

Pedirle al docente que ejerza permanentemente la investigación al nivel de la docencia —como la hemos definido—, no es sino pedirle que haga lo que está supuesto hacer según la

más elemental concepción de la docencia. Pero, no hay ofensa en apremiar el cumplimiento de este deber, y no la hay porque bien sabemos que no se le cumple en general, y mucho menos con el grado de aplicación necesario a la elevación del nivel de la enseñanza. ¿Es esto una recriminación? No faltarán espíritus sensibles que así lo sientan, pero sólo es, en realidad, el reconocimiento de que no se cumple una labor necesaria, en parte por las limitaciones que apuntamos al hablar de la enseñanza de la Historia Documental y Crítica, pero en buena parte también porque el docente se halla desasistido de una formación filosófica, metodológica y técnica básica, sin la cual no pocas veces se ve arrinconado por las dificultades y obligado a ocurrir al expediente de seguir los apuntes del profesor o a glosar los dos o tres manuales que mejor conozca. En suma, paga las consecuencias de no haber recibido en el instituto de educación superior de donde egresó, una formación apropiada. Y no deja de ser lamentable que en tales condiciones tengamos que admirar como fruto de una constancia y un esfuerzo innecesariamente descomunales, la labor de quienes contradicen con su hacer estas observaciones generales.

Mas no termina allí la función investigadora del docente. Su permanente ejercicio como recolector y organizador crítico de conocimientos habrá de conducirle al hallazgo de dificultades urgidas de investigación, y no es poco lo que esto puede representar como contribución al desarrollo de los estudios históricos. Deben realizarse esfuerzos con el fin de que esas perspectivas de investigación encuentren oportunidad de realización. Los incentivos pueden ser muy diversos, así como las facilidades: desde seminarios específicos hasta enriquecimiento de las bibliotecas de liceos y centros de enseñanza media. Creadas estas condiciones se abrirá ante el docente la amplia posibilidad de la investigación histórica, en sus dos grados.

El deber del docente universitario de historia se polariza más hacia la investigación científica, si se admite la función de la escuela universitaria de historia, en las circunstancias anotadas, como centro de elaboración y comprobación de conocimientos que al ser impartidos repercutirán en la elevación del nivel de los estudios históricos y en la transformación del ambiente general de esos estudios.

Importancia de la investigación histórica en la Universidad

La función de las escuelas universitarias de historia en el campo de la investigación científica, que es alentada de manera determinante por el régimen autonómico de las universidades nacionales, no puede ser disociada de la general labor de investigación científica que se realiza en esas instituciones, y de los criterios que la norman. La autonomía de las universidades nacionales no las preserva completamente del influjo de los componentes viciados y hasta dañinos, por anticientíficos, del que hemos llamado clima general de los estudios históricos, cuya acción se combina en ellas con los efectos de un cierto desdén exhibido por algunos científicos con respecto a "las humanidades", actitud originada, probablemente, en la deslumbrante vinculación que se advierte entre las cuestiones de que se ocupan las "facultades científicas" y los "grandes problemas nacionales".

Mas quizá se trasluzcan en ello también las secuelas de una defectuosa formación escolar que, en sentido inverso, afecta por igual la postura de los "humanistas" ante las tareas de los "científicos".

Al tratar del estudio de la historia en la enseñanza preuniversitaria, apuntamos el grave daño infligido a esta disciplina por una docencia equivocada, que la vuelve estéril memorización capaz de desalentar a quienes inicialmente podrían sentirse interesados en ella. Si a semejante contrasentido añadimos el menosprecio —nutrido por la ignorancia y la superficialidad— que por la historia exhiben quienes exaltan como único valor científico el representado por las llamadas ciencias naturales o físico-químicas, animados en esto por una errónea comprensión de nuestra era científico-tecnológica, tendremos probablemente los dos focos de prejuicios más comunes en lo tocante a la importancia de los estudios históricos. Quienes así razonan, tanto como quienes enseñan una historia muerta y fastidiosa, olvidan la meta y objeto de todo esfuerzo

intelectual: el hombre, cuya historicidad es rasgo tan auténtico e importante como su propia materialidad. El conocimiento del hombre está inseparablemente vinculado con su condición de criatura histórica, y las expresiones de su conciencia se inscriben, así bien en su proceso formativo como en su campo de acción, en un ambiente histórico. De allí que la conciencia social de ese hombre se halle compenetrada con su ser histórico.

La conciencia nacional, como expresión sintética de la nacionalidad, es fundamentalmente un producto histórico, en el sentido de que constituye una suerte de refundición de significados del proceso de acumulación cultural, y ese proceso es histórico. Por eso es posible afirmar que el desarrollo del sentido histórico es parte necesaria de toda cultura pesonal. Por eso, también, es posible afirmar la importancia de los estudios históricos dentro del complejo cultural de nuestro país.

Si grande es la trascendencia de la labor historiográfica, igualmente lo es el campo de acción que se ofrece a los historiadores: vastas zonas de nuestra historia aguardan por el trabajo metódico y bien orientado de profesionales debidamente capacitados. A ellos les tocará cumplir, en este orden, un cometido difícil y meritorio.

Afortunadamente para las "humanidades", y entre ellas para los estudios históricos, crece en el ámbito universitario la comprensión de su importancia, y la obra desarrollada para alcanzar un acercamiento cada vez más estrecho entre "científicos" y "humanistas", como parte de una concepción unitaria de la cultura y de la Universidad, ya ha dado frutos apreciables, y anuncia logros de más en más significativos, gracias al esfuerzo adelantado por los consejos de desarrollo científico y humanístico, como patrocinadores de proyectos específicos de investigación, y por las facultades universitarias a través de sus institutos.

Signos concretos de este clima favorable al desarrollo de los estudios históricos podemos apreciarlos en la Universidad Central de Venezuela, cuya Escuela de Historia ve aumentar cada año el número de estudiantes egresados de medicina, ingeniera, etc., que acuden a ella en busca de una formación integral. Asimismo, se ensayan actualmente formas de colaboración de especialistas en diferentes disciplinas reunidos para el estudio de cuestiones comunes. En este sentido cabe mencionar el reciente *Asedio de las fuentes históricas,* promovido por la Facultad de Humanidades y Educación con la colaboración de especialistas en zoología, botánica, geografía, medicina, economía, etc., y la investigación global de la ciudad de Caracas que adelanta la Escuela de Sociología y Antropología de la Facultad de Economía.

* * *

En resumen, las escuelas universitarias de historia, gracias a las condiciones en que se desenvuelven dentro del régimen autonómico de las universidades nacionales, tienen planteada la tarea de contribuir cada vez más determinantemente a la consolidación y ampliación de un logro de las universidades venezolanas en el campo de los estudios históricos que ya ha sido objeto de pleno reconocimiento: "Cierto es que durante los últimos años —escribió Ramón Díaz Sánchez en su artículo "La historia que se enseña en Venezuela" *(El Nacional.* Caracas, 6 de septiembre de 1961)—, como consecuencia del desarrollo que ha experimentado la disciplina humanística en las universidades venezolanas, la concepción de la historia ha cambiado radicalmente"...

Pero esa transformación decisiva de la concepción de la historia —cuya afirmación nos parece demasiado enfática, sin embargo—, obliga a las escuelas universitarias de historia a la búsqueda de sistemas y procedimientos que permitan la irradiación de lo que se vaya logrando de ese propósito, hasta los más elementales peldaños de la enseñanza, con lo cual será posible salvar la dificultad vista por el mismo autor al decir de esa contribución: ..."Sin embargo, este hecho tan importante no ha trascendido aún del ambiente de las élites más avanzadas, razón por la cual el movimiento no ha tenido eficacia para modificar unas circunstancias que comunican inobjetable veracidad a las críticas formuladas a la enseñanza de nuestra historia"... *(Idem).*

Hay conciencia de esta dificultad, y su resolución es encarada en un sentido a cuyo esclarecimiento hemos aspirado a contribuir con estas notas. Crece la preocupación por encontrar los canales que habrán de permitir una fecunda intercomunicación entre los estudios realizados en las escuelas universitarias de historia y los otros niveles de su enseñanza: . . . "es interesante señalar —observaba J. M. Siso Martínez al comentar el artículo de Díaz Sánchez ("La historia y su enseñanza en Venezuela". *El Nacional*. Caracas, 9 de septiembre de 1961)— que resulta difícil por los momentos trascender su enseñanza [de la historia], como crítica y como interpretación, a la vasta porción de los venezolanos que estudian en la enseñanza media y en la primaria. Y ello porque se necesita crear a través de las Universidades y del Instituto Pedagógico, el equipo suficiente para realizar esa transformación"... Lo que hace oportuno consignar el reconocimiento de la labor que en este frente ya cumplen muchos egresados de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela, al calor de cuyas inquietudes nacidas en la práctica de la docencia han sido concebidas las ideas expresadas en estas notas.

(Publicado originalmente en la revista *Cultura Universitaria,* números 85-86, 1964. *Cuestiones de Historiografía Venezolana.* (Colección Avance, Nº 7). Caracas. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central, 1964).

NOTAS

1. Véase: "Notas sobre la enseñanza de la historia en Venezuela". *Tres temas de historia.* Caracas, Facultad de Humanidades y Educación de la U. C. V., 1961, pp. 169-207.

SOBRE LA TEORIA Y LA PRACTICA DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN UNA ERA DE CAMBIOS *

Es bien sabido que la evaluación de la orientación y de los resultados de una enseñanza ha de tener en cuenta la naturaleza de la sociedad donde se imparte y los objetivos que se plantea esa sociedad. Por lo primero no queremos decir subordinación a una realidad considerada estática, sino conciencia del momento de su evolución. Por lo segundo, una estimación o previsión científica de los estadios subsiguientes de esa evolución. En función de estos criterios podemos preguntarnos sobre si el joven que ingresa a la Escuela de Historia recibe, hoy por hoy, la formación más adecuada.

Pero, todavía es necesario condicionar la posible respuesta, propiamente dicha, a pregunta tan vital: pronunciarse sobre esa formación implica un juicio sobre lo que actualmente se hace —y no sólo sobre lo que se ha venido haciendo—, y una estimación de futuro. El juicio a que nos referimos en primer lugar no debe perder de vista que la enseñanza de la historia es parte de un complejo científico, universitario, ideológico, y hasta social, que la determina, y cuya transformación siquiera parcial está llena de dificultades y constituye un arduo reto para quienes la promueven. En cuanto a la estimación de futuro, es obvio que abre la puerta a posturas que van desde el tradicionalismo rutinario hasta concepciones individuales, con todo lo que implica un proceso de formación de consenso.

De allí que mis opiniones sean personales y sólo tengan el valor que puedan darles una constante y ya un tanto larga

* Ponencia presentada en la Mesa Redonda sobre Enseñanza de las Ciencias Sociales, celebrada en el marco del II Congreso Pedagógico Venezolano. Maracaibo, 20-26 de noviembre de 1996.

preocupación activa por estas cuestiones, y una firme vocación de historiador.

* * *

La enseñanza de la historia adolece, actualmente, de las fallas propias de un sistema educativo general que no se distingue por su racional concepción y su precisa y clara orientación. En ella se advierte el peso de una tradición cultural profundamente arraigada y celosamente defendida. Menos rápida en reaccionar ante el influjo de una dinámica científica procedente del exterior —menos que las disciplinas tecnológicas, en todo caso—, la historia es, en cambio, vulnerable a prejuicios que se generan en diversos planos de la cultura y de la sociedad, y a ellos ha de enfrentarse, en condiciones no siempre ventajosas, todo propósito de reorientación, si es que no de renovación.

Teniendo, pues, muy presente que la evaluación circunscrita a una Escuela no puede revelarnos las diversas implicaciones en toda su realidad ni en toda su magnitud, y admitido el complejo de circunstancias que condiciona y grava los esfuerzos individuales, estamos en situación de poder afirmar que la actual orientación de los estudios históricos padece el lastre agobiador de la tradición, entendida en el peor sentido, mas pugna por abrirse nuevas vías de desarrollo que implican, en último análisis, la necesidad de replantear el conjunto de dichos estudios, con todo lo que semejante tarea involucra en orden a dificultades.

La meta tiende a esclarecerse para personas y grupos cada vez más numerosos, pero estamos aún lejos de un consenso activamente predominante. La necesidad de responder a exigencias más depuradas en lo científico y más urgentes y hasta acuciadoras en lo social e ideológico, obliga a la búsqueda de medios para obtener productos —egresados— mejor entrenados y equipados para satisfacer los requerimientos científicos, más conscientes de su función en el presente y más idóneos para cumplir en ese presente tareas socialmente útiles. Con lo primero, el joven historiador contribuirá a rescatar su disciplina de la condición de "ciencia subdesarrollada"; con

lo segundo, ganará para ella una función en el presente que la haga superar el rango de adjetivo cultural, y la dotará de una respetabilidad —fundada también en la funcionalidad social—, que la ponga a cuebierto de los ataques y del desdén provenientes de un agresivo cientificismo no siempre bien inspirado.

Mas no escapa a quienes entrevén la meta con claridad que ésta no pueda alcanzarse actuando dentro de una estrecha concepción de lo histórico. Enfrentada a un reto científico que le es impuesto desde fuera, la historia se halla bajo un imperativo de renovación, trance todavía más apremiante en el caso de historiografías que exhiben considerable retardo científico respecto de los niveles ya alcanzados en el plano universal. La contribución enriquecedora y depuradora de las ciencias auxiliares constituye, en semejante emergencia, la mayor posibilidad y la mejor garantía de que la historia estará abierta a los logros científicos procedentes de diversos campos, podrá galvanizarse en su contacto y colocarse en posición de cumplir su función de síntesis del hombre en acuerdo con los niveles de transformación que éste ha alcanzado. Por ello parece claro que sería insensato, además de imposible, desligar las tareas de la historia —en orden a su adecuación a una era de cambios—, de las que competen a las ciencias sociales en general.

* * *

La enseñanza de las ciencias sociales debe atender a dos presupuestos básicos: el medio social en que se realiza y la relación a guardar con ese medio, es decir, su funcionalidad.

Si admitimos que Venezuela es un país subdesarrollado que solicita vías de desarrollo, y que este último es condición fundamental de su viabilidad como nación y como sociedad, bien puede afirmarse que la enseñanza de las ciencias sociales debe adecuarse a esta realidad. Para ello es necesario que tal enseñanza ponga por obra las siguientes orientaciones:

a) Abandonar en lo posible la sujeción a esquemas teóricos extraños a esa realidad de subdesarrollo, y hacer de esta realidad de subdesarrollo la esencia misma de la enseñanza.

b) Erigir en centro de preocupacion el estudio de la realidad venezolana, no como vía para la aplicación de esquemas teóricamente construidos, sino como conocimiento creador de esa realidad, hoy por hoy deficiente o muy parcialmente conocida.

c) Formular programas de estudio que guarden con esa realidad una estrecha relación fundada en la creación de conocimiento: para ello será necesario depurar y replantear el estudio de varias disciplinas, incorporar otras y hasta fundar algunas, en el sentido de su inicial desarrollo en el ámbito de lo venezolano.

Una enseñanza de las ciencias sociales, que reconozca estas bases, deberá conducir a la expresión de su funcionalidad en términos de contribución a la realización de las tareas impuestas por las necesidades del desarrollo.

Semejante posibilidad de contribución se funda en el concepto mismo de desarrollo integral, cuyos requerimientos permiten deslindar cuando menos tres cuestiones básicas que conciernen a las ciencias sociales y su enseñanza, cuestiones íntima y dinámicamente vinculadas entre sí. En tal sentido, la enseñanza de las ciencias sociales puede ser concebida en tres variantes interrelacionadas: a) en función del concepto de capital humano, entendido como factor del desarrollo; b) en función de la conciencia nacional, etnendida como marco de cualquier posible doctrina del desarrollo; y c) en función del cabal conocimiento de la sociedad en que se inscribe el proceso de desarrollo, conocimiento que se entiende como primero y primario para la planificación del desarrollo.

En razón de la premura con que fuimos convocados a esta mesa redonda, no podemos sino formular algunas consideraciones globales sobre tan importantes cuestiones, a manera de incitación al debate.

* * *

Si es cierto que uno de los elementos de la fórmula del desarrollo es el capital humano, en el caso de la enseñanza de las ciencias sociales ha de esperarse de ella la formación de

personal idóneo para abocarse al estudio y a la conducción del proceso de desarrollo, siendo éste el primer término valorativo de su funcionalidad.

En tal sentido, se impone una orientación de la enseñanza que exige, a su vez, el abandono del subdesarrollo en este campo, el cual se traduce en la adopción servil de esquemas importados, en la dedicación preferente a temáticas ajenas a la cuestión esencial de nuestra sociedad, en el temor de lo contemporáneo, en la persistencia de criterios y métodos tradicionales, y en la subvaloración de la culminación "practicista" de tales estudios.

Así, habrá de tenderse a la constitución de una ciencia social y de un científico social, de pie sobre Venezuela, capaces de integrar en una fórmula creadora de conocimiento, y promotora de su aplicación transformadora, ciencias sociales interrelacionadas que a su vez habrán de ser reorientadas y replanteadas. Esas ciencias son, fundamentalmente, la historia, la economía política, la sociología, la antropología y las ciencias políticas.

En lo concerniente a la historia, el objetivo de su enseñanza sería la formación de un tipo nuevo de historiador, capaz de aplicar el método histórico, apoyado en un sentido histórico creador, al estudio de las actuales tareas de la sociedad venezolana. Un historiador idóneo, por lo tanto, para solicitar junto con los demás científicos sociales bases para la formación de políticas propiciatorias del desarrollo, partiendo de la cabal comprensión histórica de una realidad venezolana en buena parte desconocida o mal conocida.

En otras palabras, trátase de un historiador que si bien no puede ni debe ser despojado de su buena dosis de pasado está sin embargo, de cara al presente y al porvenir, armado de un instrumental criteriológico y de una metodología que le permitan contribuir de pleno derecho a la definición de las tareas del presente.

Por esta vía el historiador habrá de transformarse, y con él la concepción misma de la historia, vuelta creadora consciente de sí misma en cuanto se la hace contribuir directamente a la edificación del presente y del futuro.

Marginalmente, al cumplir éste que puede considerarse un imperativo todavía más exigente y apremiante en una sociedad subdesarrollada, el historiador conquistará para sí la condición de científico social de indiscutible legitimidad —ya lo hemos anotado—, y la historia perderá, en nuestro país, el carácter de adjetivo cultural que en mucho tiene actualmente, si es que no de costosa gala de una sociedad por otros respectos menesterosa.

* * *

Al plantear el problema en esta forma, al concebir esta reorientación de los estudios históricos, no estamos razonando bajo el imperio de un desiderátum, sino abocados a la consideración de circunstancias que se expresan no sólo en el nivel teórico.

La nueva historia permitirá prevenir a la historia y al historiador de dos graves peligros que les amenazan y que, alimentados de erróneas concepciones y en buena parte de objetivas comprobaciones, se ciernen hoy sobre ellos con creciente ominosidad.

El primero de esos peligros es el cientificismo que parece atacar las conciencias preocupadas por promover el desarrollo, cientificismo que las lleva, en una actitud que es ella misma muestra de subdesarrollo, a querer trasladar a nuestra realidad lo que en los países desarrollados es a la vez factor y producto históricamente formado, e históricamente fundado en un complejo de valores que sobrepasa los límites de lo puramente científico y tecnológico. El cientificismo del subdesarrollo cae en la ilusión de que es posible, recomendable y eficaz la traslación de una ciencia y una tecnología calcadas de los países desarrollados, con prescindencia del complejo cultural que en sus teatros de natural aparición las rodea. Esta es la actitud que se manifiesta, en algunos dirigentes universitarios imbuidos del cientificismo del subdesarrollo, en actos de subestimación y aún de hostilidad hacia las ciencias sociales y en particular hacia la historia. Mas, el objetivo planteamiento del problema nos obliga a reconocer que

semejante actitud no carece de razones cuando advertimos que parte de la consideración de una historia que poco se recomienda científicamente. ¿Cómo ha de extrañarnos, entonces, que al concebirse el Proyecto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas se concediera poca o casi ninguna atención a la historia? Y ¿cómo negarle toda legitimidad a ese hecho cuando se ejerce respecto de una historia como la que generalmente se cultiva entre nosotros?

El segundo peligro está representado por la limitación y el estrechamiento creciente de la función social del historiador, que se ve constreñido, por su formación y por el consenso social absolutamente predominante en relación con su disciplina, a la mera condición de repetidor de historias, a la de cantador de loas a un pasado heroico idealizado, o a la de explorador de lo socialmente intrascendente. De cultivador del pasado tras cuya actividad acecha el peligro de abrir una vía más para la evasión del espíritu, el historiador entendido como científico social se convierte en un elemento necesario e imprescindible a la hora de acometer las más urgentes y trscendentales tareas sociales del presente, y en ello se vuelve legítima su actuación al lado del economista, del sociólogo, del antropólogo, etc. No podemos pretender que el historiador se identifique con el científico político, pero sí que se transforme en un científico social que, armado de instrumentos criteriológicos y metodológicos específicos, esté en condiciones de rendir una contribución —que sólo él puede rendir—, a la evaluación de la sociedad actual, a la fundamentación de políticas y a la implementación de las mismas en acuerdo con la naturaleza histórica del campo social donde habrán de ejercerse. Ese nuevo historiador no tendrá necesidad de reclamar respetabilidad para su disciplina, ni de buscar rendijas por donde introducir su presencia. Se habrá salvado de la triste condición de "breve introducción histórica" benévolamente puesta, a manera de pórtico rutinario, a todo serio estudio de cualquiera de las graves cuestiones enfrentadas por la sociedad venezolana.

Mas conviene salirle al paso a una objeción que surgirá obviamente. Ella es la que semejante desempeño del historiador

pronto tropezaría con un nuevo estrechamiento de su campo de aplicación, pues no es indefinido el número de tales historiadores que podrían requerir y absorber las tareas del desarrollo. Al intentar una réplica desdeñaremos —no porque desconfiemos de su validez—, una argumentación fundada en la seguridad de que el desarrollo en sí mismo aporta una respuesta. Tampoco acudiremos al fácil expediente de distinguir entre el historiador propiamente dicho y el docente de historia, reservando para el primero —el investigador de historia—, la nueva formación.

Nada de eso. Creemos que, por el contrario, la nueva formación debe ser impartida, a nivel básico, a todos los sujetos —objetos de la enseñanza de la historia, porque si bien la nueva formación habrá de alcanzar en el investigador de historia, o historiador propiamente dicho, altos niveles de depuración y perfeccionamiento, no es menos necesaria tal formación en el docente de historia, por cuanto su contribución a las tareas del desarrollo, aunque se manifieste en otros niveles, tampoco es menos importante y significativa.

Y esto decimos fundados en la consideración de lo que parece ser una verdad admitida por los estudiosos del desarrollo, y es que éste no puede promoverse en ausencia de una doctrina del desarrollo y sin la aportación de un capital humano en el cual se precisa no sólo destreza, sino también motivación.

Es en este campo donde la contribución específica del nuevo docente de historia adquiere un altísimo significado, y donde su labor se desenvuelve hasta unirse funcionalmente con la cumplida en otros niveles, si se quiere más elevados. Dos características capacitan al nuevo docente de historia para cumplir su tarea, cuando él, como el historiador, es un especialista, aunque a diferente nivel, del cambio, y cuando se advierte que está llamado a ser uno de los más eficaces agentes de la conciencia nacional.

Imposible separar en un pueblo la conciencia nacional de la conciencia histórica. Esta última se confunde con la primera y la alimenta. Así, en la medida en que el nuevo docente de historia imparta la conciencia del cambio y fundamente en la comprensión histórica del presente la conciencia necesaria

al desarrollo, estará motivando primariamente el capital humano que será agente del mismo desarrollo.

Si admitimos, por otra parte, lo que no todos están dispuestos a admitir, es decir que el nacionalismo constituye una de las condiciones básicas y hasta uno de los factores del desarrollo, la incidencia sobre la conciencia nacional adquiere su más clara significación.

En todo caso, parece posible afirmar que el desarrollo es también, en cierta forma, un estado de conciencia. Con esto no pretendemos que esté comandado por valores subjetivos, queremos decir tan sólo que si, por una parte, no puede concebirse el desarrollo sin una doctrina, y por la otra, que el desarrollo es función también del capital humano, en el sentido de hombres no sólo adiestrados sino también motivados, no puede dejar de reconocerse que la conciencia cumple en todo el proceso importante papel.

Mas no se trata de la creación de lo que suele denominarse "una mística". El proceso es otro: en la noción de desarrollo está implícito un esfuerzo racionalizador de la realidad, que siendo social es por lo mismo histórica. La conciencia del desarrollo ha de fundarse en el conocimiento de esa realidad, a lo cual concurren diversas disciplinas, y entre ellas las ciencias sociales. Mas el conocimiento de la realidad social a tenerse en cuenta en una concepción integral del desarrollo exige la comprensión histórica de la misma.

Ha de entenderse que este concurso de la historia no tiene en absoluto un carácter incidental, complementario o ilustrativo, y tratándose de sociedades parece estar fuera de dudas que la estimación de futuro relativa a las mismas es función de una valoración del presente, el cual, a su vez, sólo puede revelarnos tendencias en la medida en que se le estudia históricamente. La existencia de fracturas dramáticas o el ir en drástica contrariedad respecto de esas tendencias es adverso al concepto mismo de desarrollo, que exige la consideración de las posibilidades reales de la sociedad y esto no solamente en el orden económico, sino en forma global.

* * *

Creemos haber planteado, muy somera e inicialmente, algunos aspectos de los muchos que se revelan cuando encaramos el problema de la enseñanza de las ciencias sociales en una era de cambio acelerado y en un país subdesarrollado urgido de abandonar tal condición. Las consideraciones que hemos hecho constituyen un primer acercamiento directo a una temática que si bien ha sido, en Venezuela, debatida en relación con varias ciencias sociales desde hace algunos años, apenas comienza a serlo en relación con la historia. Esperamos haber contribuido a ese debate.

(Publicado originalmente en la Revista *Economía y Ciencias Sociales*, Año VIII, enero-diciembre de 1966, editada por el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Economía y Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela).

INDICE

Págs.

Introducción 7

PARTE I

METODOLOGIA DE LA HISTORIA

Sobre el discurso histórico 11
Notas 23
Agregados de datos, filiación, explicación, generalización y conocimiento histórico 25
I. Los agregados de datos 29
II. Filiación, explicación y generalización 35
III. Conocimiento histórico 49
Conclusiones 55
Apéndice A 57
Apéndice B 63
Apéndice C 67
Notas 71
Contribución a la metodología del estudio histórico-historiográfico, con base en una experiencia concreta .. 73
Notas 93
La supuesta empresa antiesclavista del Conde de Tovar y la formación del peonaje 95
Notas 115

PARTE II

ESTUDIO DE LA HISTORIA

	Págs.
Entre el bronce y la polilla	121
Nuestra Revolución Francesa	137
Notas	159
Sobre el problema de la contemporaneidad en historia de las ideas	161
Los estudios históricos en Venezuela	169
Notas	205

PARTE III

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Notas sobre la enseñanza de la historia en Venezuela	209
Notas	233
Sobre el estudio de la historia en la Universidad	235
Notas	251
Sobre la teoría y la práctica de la enseñanza de la historia en una era de cambios	253

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE CROMOTIP, EN CARACAS, EL 10 DE AGOSTO DE 1981.

Metodología y estudio de la historia
Germán Carrera Damas

Una de las preocupaciones centrales del historiador venezolano Germán Carrera Damas ha sido obligar a la disciplina de su especialidad a fundarse constantemente en lo metodológico. De esta manera, *Metodología y estudio de la historia* agrupa textos en los que se aborda críticamente lo metodológico. Los estudios políticos en Venezuela, la enseñanza de la materia, las peculiaridades del discurso histórico son sometidos, en consecuencia, a un proceso de revisión y polémica para fundar mejor el conocimiento histórico.

La nueva edición del presente trabajo responde a la constante solicitud de estudiantes y profesores, consagrando su texto entre los trabajos clásicos escritos en Venezuela sobre la disciplina.

Monte Avila Editores

P.V.P. Bs. 35,00

901.8
C314
e..2

logía y estudio de la historia

Metodología y estudio de la historia
Germán Carrera Damas

Monte Avila Editores